PORTUGAL Y ORIENTE:

EL PROYECTO INDIANO DEL REY JUAN

João Paulo Oliveira e Costa y Victor Luís Gaspar Rodrigues

COLECCIONES
MAPFRE 1492

El descubrimiento de la ruta marítima a la India se convirtió en el gran objetivo de la monarquía portuguesa tras la subida al trono, en 1481, de Juan II. En un principio, los intereses de Portugal se limitaron a los archipiélagos atlánticos y a la zona del estrecho de Gibraltar, pero razones estratégicas, geográficas, políticas, religiosas, económicas y sociales llevaron a la Corona a interesarse por las regiones exteriores. El paso del Atlántico al Índico fue descubierto en 1488, pero la exploración no comenzó hasta la firma del Tratado de Tordesillas, en 1494, por el que Portugal se reservaba el Atlántico sur. Así, en 1497, se inicia el viaje de Vasco de Gama para buscar al Preste Juan, viaje en el que llegaría a la costa del sur de la India y a Malaca. La apertura de esta ruta intercontinental contribuyó, además, a terminar con el monopolio musulmán del comercio. A partir de ese momento comienza la expansión portuguesa por Oriente, que los autores estudian en sus diversas facetas y nos presentan en esta magnífica obra.

João Paulo Oliveira e Costa (Lisboa, 1962). Mestre en Historia de los Descubrimientos y la Expansión Portuguesa. Asistente de la Universidad Nueva de Lisboa. Coordinador de «Sábado dos Descobrimentos». Victor Luís Gaspar Rodrigues (Angola, 1958). Investigador del Instituto de Investigação Científica Tropical.

Colección Portugal y el Mundo

PORTUGAL Y ORIENTE:
EL PROYECTO INDIANO DEL REY JUAN

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de la trilogía Portugal y Oriente: Luis Filipe Thomaz
Traducción: Martín Rasskin Gutman
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 – 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-339-2
Depósito legal: M. 27399-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España – Printed in Spain

JOÃO PAULO OLIVEIRA E COSTA
VICTOR LUÍS GASPAR RODRIGUES

PORTUGAL Y ORIENTE:
EL PROYECTO INDIANO DEL REY JUAN



ÍNDICE

Apéndices

PREFACIO

Usted tiene entre sus manos, querido lector, un libro que me habría gustado escribir. Más adelante explicaré las razones, pero ahora permítame que aclare por qué no lo hice. Le suplico me dispense si este tono confidencial con que me expreso le resulta poco apropiado para un prefacio.

Durante años soñé con la posibilidad de escribir un libro de estas características, pero una natural inconstancia, así como una preocupación casi enfermiza por el rigor en los detalles hicieron que me dispersara en un sinnúmero de estudios minuciosos y que postergara indefinidamente un esbozo, al menos sintético, de dicho proyecto. Cuando, en nombre de la Fundación Mapfre-América, por intermedio de un buen amigo, el doctor José Pereira da Costa, recibí una amable invitación para escribir para esta colección un volumen sobre Portugal en Oriente, lo recibí con una mezcla de tristeza y alegría: alegría, por presentárseme la oportunidad de tratar en síntesis un tema que, desde hacía tanto tiempo estaba estudiando y tristeza, al mismo tiempo, por llegar en un momento en que, inmerso en una serie de compromisos de menor importancia, pero que no podía dejar de cumplir, me resultaba imposible corresponder dentro de un plazo razonable.

Así, sugerí una solución que fue aceptada de inmediato: confiar a un grupo de antiguos alumnos la elaboración de este trabajo, comprometiéndome a dar una orientación a todo aquello que lo requiriese, así como a revisar el texto final. Si bien ya agradecía enormemente a la Fundación Mapfre por haberme distinguido con esta invitación, mi agradecimiento fue aún mayor al haber accedido de buena gana a mi sugerencia, permitiéndome de esta manera resolver la cuadratura del círcu-

lo: sin una participación directa, conseguir que el libro estuviera escrito. Que quede expresado aquí un doble agradecimiento a la Fundación Mapfre, en general, y, muy en particular, a su representante en Lisboa, Carlos Mesquita, por su gentileza y por mostrarse tan abierto a las sugerencias y tan dispuesto a dispensar los sucesivos retrasos de un trabajo que se extendió mucho más allá del tiempo previsto e, incluso, razonable. Es de justicia agradecer, de igual manera, a la Fundación Oriente, que decidió asumir los gastos de la edición de esta obra en portugués, permitiendo así que apareciera simultáneamente en los idiomas de Cervantes y Camoens. Quiero expresar mi enhorabuena por todo ello.

Mi agradecimiento va dirigido finalmente y de un modo muy especial a los doctores João Paulo Costa y Victor Rodrigues, únicos supervivientes de un equipo del cual desertaron los demás participantes por diversas razones, sin dudar en colaborar arduamente en la tarea de dar forma a un libro que tan sólo constituía un proyecto: no se limitaron a poner por escrito las ideas que les transmití, sino que las enriquecieron, completaron y corrigieron cuando se tornó necesario, mediante una investigación cuidadosa y una revisión inteligente de los datos obtenidos.

Usted podrá juzgar el resultado, puesto que lo tiene entre sus manos. Sé que no me corresponde elogiarlo, habiendo tomado parte, aunque ésta haya sido mínima. Sin duda, esta obra tiene un carácter provisional, como todo trabajo historiográfico y principalmente, las obras que intentan dar una visión sintética. Incluso en estas condiciones, me atrevo a decir que hacía falta un trabajo de estas características, aunque sólo constituyese un balance provisional —tras algunas investigaciones recientes— de la situación o bien, el punto de partida para futuros trabajos.

A pesar de su innegable interés, fruto del significado que este tema comporta dentro de la historia de la civilización humana, no es posible afirmar que la historia indoportuguesa ha sido investigada en profundidad. Constituyendo el tema central de esa especie de biblia nacional portuguesa llamada *Os Lusíadas*, la presencia portuguesa en Oriente no fue más cantada que estudiada. Al parecer, ésta causó en la generación posterior gran entusiasmo y es bien conocida la proliferación de crónicas sobre la conquista que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XVI. El siglo inmediatamente posterior, marcado por

la religiosidad de la Contrarreforma, se caracterizó por la preferencia de una «conquista espiritual», con la intervención de las misiones. Al disminuir su presencia durante el siglo siguiente, al mismo tiempo que Portugal —sustituida en Asia por los holandeses, ingleses y franceses— se dirigía esta vez al Brasil, de donde provenía el oro, su expedición hacia la India parecía haber dejado de despertar interés: si bien de dicha centuria data la única edición integral de *Asia*, de Barros y Couto y de un período posterior, la publicación de algunos textos de carácter histórico y geográfico realizada por la Real Academia de las Ciencias, ningún estudio digno de mención fue realizado por los eruditos durante el siglo XVIII y principios del siglo XIX.

El siglo XIX asistió en todo Occidente a una gran renovación de los estudios históricos, así como a un gran avance en sus métodos. Como cabe esperar, dicho movimiento no dejó de repercutir en un territorio al tanto de los movimientos de ideas europeos como era entonces el de Goa. Efectivamente, fue allí donde eruditos como Filipe Nery Xavier y Joaquim Heliodoro da Cunha Rivara —el primero, un cristiano natural de Goa y el segundo, natural de Évora, que prestaba su servicio en la India—, posteriormente secundados por numerosos adversarios, publicaron las primeras recopilaciones de carácter documental y realizaron los primeros estudios de la historia local con fundamento científico, al mismo tiempo que creaban las mismas academias indo-portuguesas y publicaban las primeras revistas de carácter histórico-literario del territorio.

A mediados del siglo XIX, una época en la que la Metrópolis vivía aún las secuelas de la pérdida del Brasil sin dirigirse decididamente al África, la historiografía nacional, renovada por Herculano, se ocupaba preferentemente por el período medieval y las conquistas distantes comenzaron a ser consideradas por algunos como la causa principal de la alegada «decadencia de la nación». Tirante Rodrigo José de Lima Felner, que, entre otros textos de gran utilidad, publicó las hermosísimas *Lendas da India*, de Gaspar Correia, hasta entonces inéditas, encontró pocas personas del Reino interesadas en este tema. Fue sólo en el último cuarto de siglo cuando, esta vez bajo la dirección de Raimundo António de Bulhao Pato, la Real Academia de las Ciencias dio a la publicación de documentos inéditos un notable impulso.

La conmemoración del centenario del viaje de Vasco da Gama, dirigida principalmente por la Sociedad de Geografía de Lisboa en 1898,

suscitó una serie de estudios puntuales, pero ninguna tentativa de síntesis digna de mención apareció en aquel momento. Fue en Gran Bretaña en donde, en el transcurso de la última década del siglo XIX, aparecieron conjuntamente dos obras que trataban acerca de la expansión portuguesa en el Índico, una de las cuales fue escrita por F. C. Danvers y la otra por R. S. Whiteway. Basándose casi exclusivamente en las crónicas —las recopilaciones de carácter documental de la academia recién comenzaban a realizarse— y marcados, además, por los prejuicios de la Inglaterra victoriana, que veía con desdén todo aquello que no fuese anglicano y sajón, deseosa de justificar su dominio sobre la India y su calidad de portador de la «civilización», dieron a la presencia portuguesa en el área una imagen bastante exagerada, por no decir distorsionada. No deja de resultar lamentable el hecho de que en la India contemporánea tales obras continúen siendo reimpresas, lo cual es, en cierta forma, razonable, como clásicos que son, pero lo que resulta grave es que sean veneradas como si se tratase de oráculos y consideradas en algunas universidades como la expresión última de la ciencia histórica, como si en el transcurso de un siglo ésta no hubiese experimentado progreso alguno.

El que, a nuestro entender, constituye el mayor de los errores cometidos por Danvers y Whiteway no reside en el hecho de caracterizar la hegemonía portuguesa en el Índico como bárbara y tiránica, puesto que la barbarie y la tiranía son conceptos subjetivos y relativamente amplios, sino en el de considerar que los portugueses gozaban de un dominio absoluto y un monopolio *de facto* que había sustituido, al mismo tiempo, la presencia musulmana y aniquilado el comercio nativo.

La visión de W. H. Moreland es, al parecer, más equilibrada, puesto que presenta un mayor número de matices, tal vez porque su interés se centraba en la economía nativa, tratando tan sólo de forma marginal la economía de los europeos recién llegados. Aunque sus estudios se centraban en el archipiélago asiático y no en el Índico, J. C. van Leur y más recientemente, M. Antoinette P. Meilink-Roelofsz, confirmaron totalmente el criterio de Moreland, demostrando que la presencia portuguesa en los mares de Oriente tuvo que sumarse a la de los que la precedieron, sin llegar a sustituirla, participando en un complejo juego de alianzas, rupturas e inestables equilibrios. Aún más recientemente, Niels Steensgaard se empeñó en demostrar que la verdadera división en la historia del Océano Índico no coincide con la entrada en escena

de los portugueses, sujetos aún, en muchos aspectos, a la tradición medieval, sino con la de las grandes compañías de comercio de Inglaterra y Holanda, que lograron finalmente relegar a un plano secundario no sólo el comercio portugués sino también el musulmán. Si bien su tesis fue rebatida, lo fue por exceso antes que por defecto, es decir, por atribuir al final del siglo XVII un sello revolucionario y radical que, en realidad, debería ser adjudicado al siglo inmediatamente posterior, marcado por los inicios de la revolución industrial británica.

Pero volvamos a Portugal y a lo que allí se hacía en el campo de la historiografía. Tendremos que dejar de lado tanto las ediciones de determinadas fuentes como ciertos estudios puntuales, publicados en Goa o en la Metrópolis, por importante que sea su valor: se tornaría excesivamente fastidioso enumerarlos, por lo que nos limitaremos a mencionar las obras en su conjunto.

En 1928, João Lúcio de Azevedo publicó las *Épocas del Portugal Económico*, primer intento de lograr una visión integral de la evolución de la economía portuguesa. Su obra pionera se caracteriza por un tremendo error de perspectiva, del cual nos cuesta desprendernos incluso hoy en día: en la exploración de la ruta del Cabo se limitó a contemplar la economía del imperio portugués en Oriente, ignorando por completo el papel del comercio desarrollado por los propios nativos de la India, la navegación de medio curso y el cabotaje. Así, en vista de que la rentabilidad de la ruta del Cabo siempre fue precaria —tal como lo comenta Alfonso de Albuquerque en sus cartas dirigidas al Rey— no se incluyó una verdadera base económica del Estado Portugués de la India. De esta manera, Lúcio de Azevedo esparció en el campo que nos interesa, sin querer, la confusión antes que la luz. Durante la misma época aparecieron las primeras tentativas de crear una visión de conjunto de la historia de la expansión portuguesa en los mares de Oriente. Me refiero, en particular, a los artículos de Jaime Cortesão en la *Historia de Portugal*, dirigida por Damián Peres y editada en Barcelos y, pocos años más tarde, los escritos de diversos autores en la *História da Expansao Portuguesa no Mundo*, dirigida por António Baiao, Hernâni Cidade y Manuel Múrias. A pesar de resultar satisfactorios en su época, hoy —más de medio siglo más tarde— han perdido vigencia, sin existir hasta el momento una síntesis más reciente capaz de sustituirlos. Señalaremos en su debido momento las principales distorsiones que enturbian la visión, que, entretanto, se ha tornado tradicional. La princi-

pal, notémoslo desde ahora, no constituye un defecto propio, sino un rasgo común a casi todos los estudios historiográficos de la época colonial: se trata de una visión eurocentrista que redujo el mundo nativo a un escenario inerte o bien, lo considera una simple fuerza de resistencia a la penetración europea, sin percibir las fisuras que lo dividían y por donde éstas se insinuaron tantas veces, ni la dinámica que lo animaba, viéndose alterado por la presencia de los recién llegados, pero de ningún modo anulado.

Tal como era de esperar, fue un autor natural de Goa, heredero del «doble tesoro de civilizaciones» que era la India portuguesa, quien intentó, por vez primera y de forma sistemática, superar el defecto anteriormente mencionado. En 1947, en una obra desafortunadamente poco difundida, *Os Portugueses e o Mar das Indias - Da India antiga e sua história*, el erudito goés, doctor Júlio Gonçalves, capitán de fragata, médico de la Armada Portuguesa y Secretario General de la Sociedad de Geografía de Lisboa, intentó por vez primera, según se tiene conocimiento, desde el fracaso de la experiencia de Juan de Barros en el siglo XVI, penetrar lo que hoy se conoce de la gesta indiana de los portugueses utilizando los elementos existentes acerca de la civilización indiana. Es cierto que la obra vale más por su intención que por sus resultados, incluso debido a que la Indianística, por su parte, se centraba al mismo tiempo en la India clásica de los *Vedas* y de las *Leyes de Manú*, sin distinguir claramente el abismo que mediaba entre esa visión literaria e idealizada y la realidad de finales de la Edad Media, poco estudiada en aquel tiempo. Mientras tanto, en Goa, los eruditos locales como A.B. de Bragança Pereira y Panduronga Pissurlencar, se dedicaban a la publicación de las fuentes y al estudio de las circunstancias.

Durante el tercer cuarto del siglo XX aparecieron en Portugal dos personalidades que contribuyeron de forma significativa a la renovación de la historiografía indo-portuguesa: de Silva Rego y Magalhaes Godinho. El primero se proponía estudiar la historia de la evangelización portuguesa y el Patronato Portugués de Oriente, realizando una labor sistemática y limitándose al período que finalizaba con la llegada de los primeros jesuitas a la India en 1542, sin embargo, publicó bajo su nombre o en el del Centro de Estudios Históricos Ultramarinos, presidido por él mismo, un gran número de textos originales, de gran valor para todo aquél que desee sucederle en dicha tarea. En contrapartida, el segundo se dedicó a la historia económica, sobre la cual elaboró una sín-

tesis magistral, *Os descobrimentos e a economia mundial*, publicada inicialmente en francés, pero posteriormente vertida al portugués. En lo que respecta a los metales acuñables, las drogas, las especias y demás productos interesantes para crear un comercio a gran escala, esta obra sustituye en definitiva a la de Lúcio de Azevedo, pues tiene como objetivo trazar el nacimiento de los circuitos económicos a escala mundial, dejando, no obstante, de lado, temas como el cabotaje o el comercio textil y alimentario, por lo que, en lo que respecta al terreno económico, deja aún mucho camino por andar.

Mientras tanto, fuera de Portugal, dos hombres se consagraron al estudio de su historia: en Alemania, el padre Jorge Schurhammer se aplicó con gran ahínco, según la buena tradición germánica y jesuita, al estudio de la época de Francisco Xavier. A su vasto conocimiento sobre la documentación portuguesa se suman las ventajas de una formación orientalista poco frecuente entre nosotros. Su obra *Franz Xavier, sein Leben und seine Zeit,* fue publicada en Friburgo de Brisgovia entre 1955 y 1973 y, para alegría de todos aquellos que ignoran el idioma de Goethe, fue traducida al inglés, aunque no al portugués. En Inglaterra, el mayor Carlos Boxer es el padre de los estudios de las relaciones entre Portugal y ultramar. Interesado inicialmente en la historia de Macao, fue ampliando poco a poco su campo de estudio, hasta abarcar finalmente todo el período que comprende la expansión lusa. Consideramos que el valor de su obra reside en el análisis antes que en la síntesis, en la numerosa documentación dispersa que salvó del olvido, en su atención puesta en el siglo XVII, considerada errónea y tradicionalmente como una época de oscurantismo y decadencia, así como en las áreas marginales del Japón o Timor. Resulta obvio añadir que el hecho de escribir sus obras en inglés le granjeó una audiencia inusitada en el ámbito internacional, lo que contribuyó a fomentar el interés de las esferas más cultas en la historia indo-portuguesa.

Después de estas contribuciones, resultan obsoletas las síntesis de Lúcio Azevedo, Jaime Cortesão y las de los colaboradores de la *História da Expansao Portuguesa no Mundo*, sin embargo, los trabajos de Boxer y Schurhammer no han podido ser sustituidos hasta ahora.

Los esquemas aceptados hasta el momento comenzaron a resultarme insuficientes y, cumpliendo con el precepto legal vigente hasta entonces, me vi en la necesidad de elaborar una disertación para obtener la Licenciatura en Historia. El tema que el doctor Veríssimo Serrão me

sugirió que abordase —Malaca en el siglo XVI— resultaba bastante inédito. Malaca había dejado de ser colonia portuguesa desde hacía mucho tiempo, no poseía una élite cultivada comparable a la de Goa y no había tenido jamás a un Nery Xavier, un Cunha Rivara o un Boxer. Era indispensable trabajar basándose en fuentes primarias, sin una bibliografía elaborada a la cual acudir —inconveniente que, en cierto modo, se convirtió en ventaja, puesto que me permitió abordar el tema como a la estatua de Condillac, es decir, sin ideas preestablecidas.

Lo primero en saltar a la vista fue la importancia del comercio regional: por ejemplo, los documentos daban al comercio textil la misma importancia, o tal vez mayor, que al de las especias, único tema tratado en los libros. En sus cartas al rey, tanto los capitanes como los administradores parecían mucho más preocupados por las relaciones con la costa de Coromandel o el golfo de Bengala, que con el embarque de las mercancías en las naves en Cochín. El abastecimiento del arroz era, asimismo, motivo de constante inquietud, pero dicho fenómeno constituye, a mi entender, una peculiaridad de Malaca, ciudad sin alfoz, situada entre la selva ecuatorial y el mar. Sólo más tarde, al leer los estudios de Jean Aubin sobre Ormuz, los de Geneviève Bouchon sobre la región de Malabar y los de Sanjay Subramanyam sobre Canará, comprendí que esta preocupación estaba mucho más extendida. Si bien el comercio de víveres no proporcionaba beneficios tan provechosos como el de las especias, resultaba, en cierta medida, más vital, puesto que de él dependía todo lo demás y era tanta la gente que en él participaba, que adquiría gran relevancia desde el punto de vista socioeconómico, así como estratégico.

Posteriormente, constaté con gran asombro que, a diferencia de aquello que sugerían los libros —el de Magalhães Godinho no había sido publicado aún en portugués—, el comercio de las especias se destinaba, en gran parte, a los mercados asiáticos y no a su exportación hacia Occidente. Me tomé el trabajo de realizar operaciones matemáticas relativas al comercio del clavo, acerca del cual disponía de datos numéricos, llegando a la conclusión de que, a lo largo del siglo XVI, jamás se debió de transportar por la ruta del Cabo más de un 12 por ciento de la producción. Durante mis inicios como historiador me limitaba a comentar cándidamente a mis amigos que no me parecían correctos los datos obtenidos, sin embargo, la sagaz perspicacia del doctor Borges de Macedo le condujo a comentarme que tal constatación era

importante y que convenía expresarla por escrito. Poco tiempo después pude verificar que hacia 1580, las ganancias netas proporcionadas por la explotación de la ruta del Cabo no representaban sino un 20 % de la suma total del rendimiento de los viajes oficiales de carácter comercial en los mares de Oriente, efectuados directamente o bien, a través de concesiones otorgadas por la Corona, por no mencionar los negocios de los particulares por cuenta propia, que resultan inapreciables, dada la escasez de documentación de que disponemos al respecto.

Mi segunda sorpresa tuvo lugar al desentrañar el papel de los nativos que comerciaban de forma permanente en las plazas portuguesas. Siempre había escuchado comentarios acerca del monopolio real y por esta razón, fue grande mi asombro al constatar que algunos mercaderes chinos e hindúes —los procedentes de la península malaya o de Coromandel— eran atraídos a Malaca; también me sorprendió que en la aduana local éstos pagaban menos derechos que los portugueses o al ver que los comercios del Rey les prestaban artillería y municiones con el fin de proteger sus navíos de los piratas.

Ante todo, despertó mi curiosidad la figura de Nina Chatu, un mercader quelín de Malaca, que facilitó a Albuquerque el camino para conquistar la ciudad y se convirtió enseguida en consejero comercial y su primer capitán y armador de navíos de compañías comerciales para la Corona. A mi juicio, su colaboracionismo era el resultado de una rivalidad entre las colonias de mercaderes hindúes y musulmanas, pero no me percaté entonces de las dimensiones de dicho fenómeno. Fueron los estudios de Geneviève Bouchon sobre los musulmanes de Querala los que me revelaron la extensión insospechada de ese extraño rasgo de la historia del Océano Índico a finales de la Edad Media, que era la politización de las comunidades mercantiles.

La formación espontánea de colonias de mercaderes portugueses, en su mayoría, desertores del servicio militar, que se situaban en puertos de los estados que los aceptaban en torno al golfo de Bengala en el sudeste de Asia o en el Extremo Oriente, tuvo lugar, según mi opinión, durante la misma época, sin embargo, tampoco conseguí penetrar su alcance. Creo que a Jorge Winius le sucedió algo similar, quien, a su vez, realizaba el descubrimiento del pintorescamente denominado *imperio sombra*. Al preparar en colaboración con Geneviève Bouchon un estudio sobre los portugueses en Bengala, dicho fenómeno me fue revelado con toda nitidez. Con gran sorpresa constaté que tales colonias

sólo tenían, como era de esperar, una economía propia, tal como desarrollaban su propia política, en ciertos casos con la intervención del estado y, en muchas ocasiones, en oposición al mismo. Los estudios recientes de Sanjay Subramanyam sobre el Coromandel y los de Jorge Flores sobre el Mar de Ceilán terminan por confirmar ampliamente la dimensión de dicho fenómeno que, en el fondo, no es del todo distinto al que mencionamos anteriormente, es decir, el de la politización de las comunidades mercantiles. También en este particular, todo invita a considerar a los portugueses como un elemento más que se unía a sus predecesores y se insertaba en los intersticios y no como una fuerza avasalladora que hiciera *tabula rasa* de cuanto sucedió.

Siempre había escuchado afirmar que el Estado de la India había entrado en una fase de decadencia inmediata desde el fallecimiento de Albuquerque, su artífice. El gobierno de don João de Castro —a quien Luis de Albuquerque destacó en diversos trabajos— podía ser considerado, cuando mucho como un esplendor fugaz que resplandecía entre la espesa nube de los «humos de la India» y el de don Luis de Ataíde como un destello postrero, pero en el *Soldado Prático* de Couto era considerado radicalmente como si se tratase del certificado médico de una enfermedad mortal.

En el caso de Malaca, este esquema poco ayudaba a la comprensión de las cosas. Es cierto que la crisis posterior a la desaparición del Terrible había sido mucho más patente allí que en otros lugares, sin embargo, durante la segunda mitad del siglo, Malaca había sobrevivido con éxito a una coyuntura particularmente adversa, caracterizada por los sucesivos ataques perpetrados por las fuerzas de Agén, Japará y Johor. La capacidad de respuesta que entonces manifestó el Estado de la India que, además, estaba siendo simultáneamente acosado en otros de sus frentes, no constituía un signo de decadencia, sino de vitalidad y, en el aspecto económico, los datos de que disponíamos —esencialmente, los procedentes de las aduanas— tampoco daban indicio alguno de declive.

Abstengámonos, por ahora, de emitir conclusiones generales. Pocos años después de la disertación de Manuela Blanco Velez sobre la rivalidad luso-bátava en la primera mitad del siglo XVII, seguida de un estudio comparativo de Artur Teodoro de Matos sobre los sucesivos presupuestos del Estado de la India, vino a confirmar plenamente que la presencia portuguesa en los mares de Oriente no había sufrido serios

reveses hasta antes de 1620, precipitándose entonces a su decadencia. Dicha decadencia era, por otra parte, de carácter relativo: los numerosos estudios monográficos de Carlos Boxer sobre el siglo que mayor interés le ha suscitado, el XVII, demuestran que, sobre todo en las áreas marginales, el imperio continuaba palpitando. Los trabajos de Pierre-Yves Manguin sobre los portugueses en Vietnam y, más recientemente, la síntesis de George Brian de Souza sobre la red centralizada en Macao, titulada de forma significativa *Survival of the Empire*, demostraron finalmente que se trataba de la más sólida base documental. Si bien, la presencia política y sobre todo, comercial del Estado había declinado, los sectores marginales de antaño (los *casados*, los mestizos, los exiliados e, incluso, los renegados —acerca de los cuales Sanjay Subramanyam y María Augusta Lima Cruz han llamado la atención recientemente)— permanecían bien arraigados a la tierra que les había acogido y rendían, por así decir, en las fuerzas oficiales.

A mi parecer, la visión tradicional acerca de la expansión portuguesa en el continente asiático requiere aún otro retoque. Es costumbre presentarla como el desarrollo progresivo de un designio imperial de carácter prácticamente unitario, sin embargo, las divergencias de concepción política como las que existían entre Albuquerque y el virrey don Francisco y más tarde, entre los hombres de Lope Soares y los del Terrible —bien conocidas desde siempre— fueron, la mayoría de las veces, imputadas a una debilidad de carácter del virrey o bien, a la demencia de Lope Soares, rencillas de familia, envidias cortesanas y componentes morales del mismo tipo. Al dedicar mi atención a Malaca, no conseguí ir más lejos, limitándome a anotar que la política externa practicada por Albuquerque hacia la India portuguesa tenía un cariz ideológico y sistemático, que contrastaba, en cierto modo, con el pragmatismo que prevaleció más adelante. Sin embargo, no logré desentrañar lo que subyacía a aquellas rivalidades.

Jean Aubin fue quien me señaló la existencia en la Corte de don Manuel de dos partidos con concepciones políticas bien distintas. El primero podría ser denominado *imperialista*, caracterizado por su ideología de Cruzada e interesado en tomar por asalto el Oriente Medio por la vía del Mar Rojo, así como en la alianza etíope, deseoso de recuperar Jerusalén y de destruir La Meca y estático en materia de comercio. El segundo podría considerarse *liberal*, mucho más interesado en las especias que en el Santo Sepulcro, opuesto a la búsqueda del Preste Juan,

al sometimiento de Egipto, a las conquistas territoriales y a los monopolios reales.

Esa dualidad que, como cabe comprobar, explica muchas cosas, fue detectada por primera vez por Alexandre Lobato en un artículo sobre Pedro Álvares Cabral, que, desafortunadamente, pasó desapercibido para casi todos los investigadores. Luis Filipe Barreto, en un lúcido capítulo que dedicó a Duarte Barbosa y Tomé Pires, en una obra que, a nuestro modesto entender, resultaba fatua en otros aspectos, llegaron a una conclusión idéntica, ignorando, al parecer, el artículo de Lobato.

Regresando al asunto anterior, dicha sugerencia interpretativa resultó de gran utilidad, permitiéndonos comprender muchos aspectos hasta ahora abstrusos de la política de don Manuel, de su ideología imperial y de la polémica que suscitó. Uno de los méritos de los dos autores materiales del volumen que tiene usted entre sus manos fue exactamente el de haber puesto de manifiesto que la oposición de don Manuel —que, en cierta medida, fue consecuencia de la existente durante el siglo XV entre los partidarios de la expansión marítima, como el regente don Pedro y los adeptos a la conquista de Granada o de Benamerín, como los condes de Barcelos, Arraiolos y Ourém, muy estudiada por Godinho— no se extingue con el mandato de don Manuel, sino que se perpetúa, aunque siguiendo pautas algo distintas, bajo el reinado de su sucesor.

El trabajo de análisis que presentaremos a continuación habría sido imposible sin la importante contribución de la «escuela de París» a la historiografía indo-portuguesa, grupo de investigadores inspirados en Jean Aubin. Si bien su atención se centró principalmente en el período del reinado de don Manuel, su metodología no deja de ser por ello válida para el siglo XVI en su conjunto: se trata, por una parte, de reanudar la tradición benedictina de un estudio histórico, pacientemente elaborado y que revele una gran erudición, basado en la totalidad de las fuentes disponibles —ya sean portuguesas, italianas, alemanas, árabes o nativas— y por último, de revalorizar la historia política y la perspectiva a corto plazo, vistas con desdén desde hace algún tiempo por la historiografía que se considera «moderna» y «científica».

Es posible que, en lo que respecta a los períodos históricos más recientes, la erudición sea mucho menos necesaria. A partir de comienzos del siglo XVII, aproximadamente, se cuenta, en principio, con un mayor número de fuentes que de acontecimientos, de modo que si cada

acontecimiento es corroborado por diversas fuentes, es posible prescindir, sin mayor inconveniente, de algunas de ellas. En lo que respecta a la historia antigua y medieval, emparentada aún con el siglo XVI, existen, por lo general, más acontecimientos que fuentes, de modo que, en muchas ocasiones, resulta suficiente descubrir un solo documento para desarrollar toda una teoría. Por ello resultan mucho más relevantes la erudición y la heurística.

Por otra parte, al menos en el caso de fenómenos tales como la expansión portuguesa, donde resulta notorio el papel conductor del Estado, la historia política, al no perder los condicionamientos sociales, económicos y culturales existentes, ofrece una visión más completa que la simple historia económica. La gestión pública no puede, en suma, olvidar el aspecto económico, pero esto no significa que el objetivo de cada medida del poder político deba ser de carácter económico. Más allá de la lógica económica existen otro tipo de lógicas: la del poder o la del espíritu, ya que el hombre no es tan sólo de carne ni vive sólo de pan y, más allá de la lógica, está lo irracional, que siempre aporta su cuota en el proceder humano. Una visión economicista de la historia deja, por eso, muchas cosas al descubierto. Además, las grandes variables sociales y económicas, sobre todo en épocas anteriores en que no se recurría a las estadísticas, no eran, en muchas ocasiones, percibidas claramente por los contemporáneos, de modo que su devenir cotidiano estaba determinado por síntomas aparentes, antes que por las líneas de fuerza reales de la coyuntura. Estas últimas son descubiertas por el historiador actual, en muchas ocasiones, por una simple comparación con modelos más explícitos, tal vez porque éstos son más simples o bien, porque son observados con la perspectiva que dan los siglos, la cual estaba totalmente vedada a los contemporáneos.

De esta manera, la historia social y económica suele ser contemplada en una perspectiva que se rige por consideraciones a largo plazo y la historia política, por el contrario, en una perspectiva que implica una concepción a corto plazo. En realidad, estas dos visiones son complementarias, al igual que las visiones macroscópica y microscópica de un tejido y ninguna de ellas sustituye a la otra. Sólo una perspectiva a corto plazo consigue explicar los errores, los aciertos derivados de la existencia de circunstancias favorables y los sucesos, cuya explicación puede formularse en términos coyunturales antes que estructurales, se tornan irreversibles, imprimiendo al curso de los acontecimientos un

sentido, al fin y al cabo, indeleble. La historia indo-portuguesa abunda en ejemplos, como veremos más adelante.

Al llamar la atención sobre la necesidad de evitar relegar a una categoría de «ciencia auxiliar» o de «disciplina menor» la historia política y los estudios basados en una perspectiva a corto plazo, no pretendo de modo alguno, insinuar que éstas constituyen la quintaesencia del saber o la rama más general del conocimiento histórico. Tal vez, como afirmaba Herculano hace más de un siglo, la «verdadera historia» es, al fin y al cabo, la que atañe a la sociedad, puesto que lo abarca todo. En el campo de la historia indo-portuguesa no nos parece, sin embargo, que se hayan creado las condiciones para obtener una visión general. La historia de la cultura y la intelectualidad está, en efecto, enteramente por hacer y la historia social en un sentido estricto, se encuentra aún en ciernes. Una incursión fugaz en dicho campo —en el estudio sobre Bengala, a que aludimos con anterioridad— apenas sirvió para revelar la insospechada inmensidad del terreno a investigar, por lo que concluí que es casi nada lo que sabemos sobre ese particular.

Al cabo de estas confesiones de carácter casi autobiográfico, usted habrá comprendido, querido lector, las razones por las cuales anhelaba desarrollar un análisis general de la historia de los portugueses en las Indias y aquéllas por las cuales me negaba a llevarlo a cabo: fueron tantas las sorpresas, tantos los puntos que carecían de análisis, que llegué a la conclusión de que en este campo, como se suele decir, «en donde se pone el ojo, se pone la bala». Consideré que era necesario trabajar aún mucho más y, por consiguiente, creí prematuro intentar ofrecer una visión general, a menos que hubiese realizado estudios monográficos adicionales.

Los dos autores de este volumen tuvieron el valor que yo no tuve; por esta razón, me quito el sombrero ante ellos. Supieron ser modestamente osados, es decir, contentarse con la imperfección inherente a toda tarea humana y asumir como provisional la síntesis. En el fondo, todo es provisional en este mundo y no existe en él materia alguna sobre la cual esté dicha la última palabra...

Las obras que consultamos para llegar aquí se encuentran indicadas en las notas bibliográficas, bien porque así lo requiere el deber de honestidad, bien porque resulta importante proporcionar a todo aquél que desee profundizar en su estudio, las herramientas necesarias. Por último, al final del tercer volumen, hallará una bibliografía

sistemática, actualizada hasta donde fue posible, aunque naturalmente selectiva.

Al finalizar este volumen, *juvante Deo*, se deberá proceder a la lectura de otros dos. Uno es la consecuencia lógica y cronológica del presente libro, que continuará describiendo los hechos más relevantes de la historia del Estado Portugués de la India durante los siglos XVII y XVIII. El otro hará a un lado el Estado para centrarse en lo que sucedía al margen: los viajes de los trotamundos por el interior del continente asiático, las proezas de los aventureros y las hazañas espirituales de los misioneros, el anodino comercio de los *casados* y la esperanza de los renegados, la génesis de los mestizos y la formación de una cultura criolla. Hoy sabemos que, tanto en Asia como en África, éstas modalidades de colonización, despreciadas durante mucho tiempo y consideradas marginales, lograron, en muchas ocasiones, implantarse más sólidamente que el Estado. Estas comunidades, cuyo carácter fue más duradero, adaptándose mejor al medio que les rodeaba, contribuyeron —al parecer, más que las «canónicas»— al intercambio entre las civilizaciones y al contacto entre las culturas, que constituye, sin duda, el fruto más significativo y duradero de la expansión. Por esta razón es justo que se les dedique un volumen completo.

Al ser redactados por un equipo más numeroso, los dos volúmenes siguientes serán más heteróclitos que el presente. De esta manera, se ganará en tiempo y en rigor lo que se perderá en unidad. De momento, no había otra posibilidad y aunque ésta hubiese existido, esta opción posiblemente, vale la pena. Júzguelo usted al final. Los dos volúmenes siguientes tendrán un carácter más provisional que el presente; así lo impone la materia que tratan, menos estudiada que la que constituye el *leitmotiv* de este volumen y por consiguiente, se prestan menos a un trabajo de síntesis.

Tenemos absoluta conciencia de los riesgos que corremos, pero consideramos que es nuestro deber hacerlo. Tal como señaló alguien, cuyo nombre no recuerdo, «si vemos más allá de nuestros antepasados es porque cabalgamos sobre sus espaldas». Las reglas del gran juego de Dios ordenan que la creación que a continuación ofrecemos, sea la espalda para que cabalguen, a su vez, nuestros sucesores y puedan, de esta manera, distinguir más allá de nosotros.

¡Hela aquí: cabálguela!

Luis Filipe R. Thomaz

Capítulo I

EL PROYECTO DE LAS INDIAS

En 1481, con el ascenso al trono de Juan II, la India se convirtió en un importante objetivo de la monarquía portuguesa.

Habían transcurrido sesenta y seis años desde que el expansionismo luso diera el primer paso con la conquista de Ceuta (1415). Los portugueses ya transitaban por «mares nunca antes navegados», desde que Gil Eanes traspasó el cabo Bojador en 1434 y los descubrimientos marítimos se habían convertido en un vector autónomo de la expansión desde hacía casi tres décadas cuando, en 1448, el infante don Enrique determinó que debían cesar las campañas militares en la costa de Guinea (semejantes a las que, a menudo, tenían lugar en Marruecos), promoviendo entonces un comercio pacífico con las poblaciones locales y, al mismo tiempo, la exploración del litoral africano. En los años posteriores, tanto anteriores a la muerte de don Enrique (1460) como los subsiguientes, la Corona se interesó particularmente por la conquista de Marruecos, sin embargo, no dejó de promover la continuidad de los descubrimientos en el Atlántico. El deseo de conquistar la India no constituía, así, uno de los motivos que atraían a los portugueses a viajar fuera de sus fronteras.

La expansión no obedecía a un proyecto totalmente preestablecido. Muchas habían sido las dudas y los desacuerdos sobre los posibles rumbos de este movimiento. De aquella lenta evolución en que se confundían antiguas estrategias, eternas ambiciones de riqueza y el deseo de descubrir tierras y gentes hasta entonces poco conocidas o incluso desconocidas, don Juan, siendo aún príncipe, había recogido muchas enseñanzas y en el momento de suceder a su padre en el trono, tuvo la

posibilidad de implementar una política en ultramar en torno a un único proyecto.

Por esta razón, consideramos importante analizar, aunque de forma breve, los primeros años del expansionismo portugués. De esta manera, podremos detectar las principales líneas de fuerza históricas que condicionaron o influyeron en dicho expansionismo. Después será más fácil comprender no sólo la política implementada por don Juan, sino también las características fundamentales de la presencia lusa en Oriente.

De los inicios de la expansión al sueño de la India [1]

Aspectos estructurales

Inicialmente, los intereses de la Corona y la nobleza portuguesa en ultramar se circunscribían a un área restringida los archipiélagos adyacentes del Atlántico y la zona del estrecho de Gibraltar, en donde la atención se centraba tanto en Marruecos, conocido como el «Algarve de allende los mares», como en el reino moro de Granada. Asia estaba aún demasiado distante de sus horizontes estratégicos.

Las razones que impulsaron a las autoridades del Reino a interesarse por regiones situadas más allá de sus límites fronterizos eran muy variadas, logrando, según cada caso, conquistar el apoyo más o menos extendido en círculos diversos. Podemos mencionar motivaciones o causas estratégicas y geográficas, políticas y religiosas, económicas y sociales.

La situación geográfica del país, en la periferia de Europa —«enclavado entre la inmensidad del océano y el vasto y peligroso reino castellano»— le había permitido ganar pronto la estabilidad de sus fronteras, le situaba lejos de los principales conflictos militares que se ori-

[1] Sobre este particular —que aquí se cita sin entrar en profundidad de detalles— recomendamos especialmente la lectura de los artículos de L. F. Thomaz, «Expansão portuguesa e expansão europeia-reflexões em torno da génese dos descobrimentos», en *Studia*, Lisboa, no. 47, 1989, pp. 371-415; «Portugal et l'Afrique au XVe siècle: les débuts de l'expansion», en *Arquivos do Centro Cultural Português*, Lisboa-París, 1989, pp. 161-256.

ginaban en el continente y le permitía el privilegio de gozar de una dimensión atlántica, única forma de resistirse a la fuerza de atracción unificadora que emanaba del centro de la Península. Más tarde, en 1253, Alfonso III (1248-1279) había determinado que todo el comercio exterior debía realizarse por mar [2], procurando, así, evitar la interferencia del coloso castellano en la vida económica del país. Sus sucesores procuraban favorecer sistemáticamente dicha dimensión marítima del país. Esta situación geográfica en el extremo sudoeste de Europa se había convertido pronto en una escala casi obligatoria para los navíos que unían la Europa meridional y mediterránea a la septentrional y atlántica. Los mercaderes lusos, conocedores de los circuitos, tenían en algunos productos de la tierra (siendo los más conocidos el vino y la sal) excelentes bienes para la exportación, pero, por lo general, su producción era idéntica a la de los demás países de la faja mediterránea, por lo que no les era posible gozar de los beneficios de la exclusividad, sino tan sólo de aquéllos que proporcionaba la existencia de una menor distancia con la Europa septentrional. Posiblemente, a las expediciones luso-genovesas hacia las Canarias durante el segundo cuarto del siglo XIV subyacía el deseo de encontrar productos más específicos que ofrecer a los mercados del norte, pero los resultados fueron escasos y dicha tentativa no tuvo continuidad.

Al contar con una producción local poco específica, la competencia de los demás países de la zona mediterránea y una productividad irregular debido a las condiciones del suelo y las características climáticas, Portugal se inclinó desde el siglo XIV hacia el transporte de mercancías, comprando en los mercados del Mediterráneo aquellos productos que se vendían en los mares del norte. Esta tendencia fue posteriormente retomada y ampliada por los movimientos expansionistas, diversificando cada vez más los mercados abastecedores y la gama de los productos comercializados.

País nacido de la Guerra Santa, Portugal veía en la lucha contra los moros una forma de expansión no sólo de su territorio, sino también de la cristiandad, considerándola, al mismo tiempo la base necesaria para la propagación del cristianismo. El proselitismo religioso se-

[2] Cf. L. de Albuquerque, *Indrodução à História dos Descobrimentos*, Lisboa, s/f, 3.ª edición revisada, p. 15.

ría, de hecho, uno de los elementos esenciales del expansionismo luso, a pesar de adaptarse inevitablemente a los condicionamientos y concepciones de la época que, haciendo del cristianismo una religión guerrera, desvirtuó muchas veces la pureza del Evangelio [3]. El avance hacia Marruecos (o hacia cualquier territorio sujeto al dominio musulmán, desde que fuera vedada allí la libertad de acción y la práctica religiosa a los cristianos), que significaba la apropiación de nuevas tierras (con todas sus implicaciones políticas, económicas y sociales), gozaba de legitimidad, en términos ideológicos.

A estos factores se sumaba el hecho de que en tiempos de paz, la nobleza se había convertido en un cuerpo social con perspectivas limitadas —la guerra contra el Islam representaba, así, una «vía de escape» capaz de aliviar las tensiones en el interior del país. Dicha situación se tornó más apremiante después de 1410, cuando, tras el largo conflicto con Castilla, que culminaría con la batalla de Aljubarrota y que, en 1385, garantizaba la independencia portuguesa, se firmó la paz con el reino vecino. La victoria militar fue precedida por una victoria de carácter político-jurídico del partido de don Juan, maestro de Avis (aclamado rey en las Cortes de Coimbra en abril de 1385), que dio lugar a un fuerte poder central que se diferenciaría durante algunas décadas de la mayoría de las monarquías europeas, aún más inmersas en procesos de reorganización interna. Esta centralización precoz hacía más plausibles las hipótesis de una expansión a distancia, pero colocaba a la realeza en la necesidad de dar ocupación y satisfacer a la nobleza, «exportándola», si era necesario, hacia ultramar.

De la conquista de Ceuta a los descubrimientos de don Enrique

Las dudas planteadas durante las primeras décadas de la expansión fueron innumerables. En 1415, tras desembarcar, Juan I permitió que la flota se dirigiese hacia Gibraltar en lugar de Ceuta. El temor que despertaba la lucha por los derechos territoriales con Castilla habría sido decisivo para optar definitivamente por el territorio marro-

[3] Cf. L. F. Thomaz y J. P. Oliveira e Costa, «A Bíblia e a Expansão Portuguesa» (en prensa).

quí. Portugal no poseía, sin embargo, recursos para emprender campañas sistemáticas en el África y una paz duradera con Castilla no había sido aún posible [4]. Aunque no estalló la guerra entre ambos reinos, se sucedieron entre 1410 y 1433 diversos períodos de tensión que obligaron a la corona portuguesa a concentrar sus fuerzas en la frontera terrestre.

Uno de los hijos del monarca, don Enrique, se convirtió en aquella época en el gran responsable del arranque definitivo de la expansión. Se trataba de un hombre profundamente entregado a los ideales de Cruzada y deseaba fervorosamente combatir el Islam. Éste había estado en Ceuta con su padre y asumió posteriormente la responsabilidad de adquirir el apoyo logístico de dicha ciudad. El infante, señor de grandes dominios y gobernador de la poderosa Orden Militar de Cristo [5], procuraba, por todos los medios, extender la Guerra Santa. Se encontraba rodeado de elementos de la baja nobleza que veían en su curso y en la ocupación de las islas del Atlántico la única manera de enriquecerse, mientras que don Enrique veía en dichas maniobras un medio para debilitar y rodear al enemigo, así como de fortalecerse. Al parecer, se trataba de un deseo de abrir un nuevo frente en la lucha contra los musulmanes, mediante el cual se renovaría el viejo sueño de alianza con el célebre Preste Juan (figura casi legendaria, considerada por los europeos como un rey poderosísimo y señor de vastos dominios al sur del Magreb islámico y que, en realidad, era tan sólo rey de una pequeña cristiandad etíope), que impulsó al infante don Enrique a enviar anualmente, desde 1422, navíos que intentaban ir más allá del cabo Bojador, límite meridional de aguas conocidas y que se consideraba imposible de traspasar. A la decimotercera tentativa, que tuvo lugar en 1434, una tripulación comandada por Gil Eanes logró este objetivo. El paso del cabo Bojador no abría un nuevo frente de guerra ni proporcionaba el encuentro con el Preste, sino que permitía a los portugueses y al continente europeo el descubrimiento de mundos hasta entonces desconocidos, el contacto con pueblos distintos y

[4] De hecho, la paz definitiva entre Portugal y Castilla habría de firmarse el 30 de octubre de 1431.

[5] Acerca del enorme patrimonio del infante don Enrique, el lector interesado encontrará elementos esclarecedores sobre el alcance potencial de sus características en el estudio de J. da Silva de Sousa, *A casa Senhorial do infante D. Henrique*, Lisboa, 1991.

el conocimiento de nuevos productos. Éste era el comienzo de los Descubrimientos [6].

No obstante, no era la adquisición de nuevas tierras aquello que más entusiasmaba a don Enrique, pues enseguida abandonó dicho proyecto para dedicarse activamente a la expedición contra Tánger, que tuvo lugar en 1437 y que se tradujo en un gran fracaso militar. Siguieron años difíciles debido a la captura del infante don Fernando (que había sido convertido en rehén, cuya libertad se obtendría a cambio de Ceuta) y a la muerte de don Duarte, hecho que casi provocó el estallido de una guerra civil. Recién en 1440, la situación se estabilizó con el ascenso al trono del infante don Pedro. Viéndose imposibilitado por diversos motivos para atacar frontalmente Marruecos, don Enrique reanudó en 1441 los viajes hacia el sur del cabo Bojador.

En realidad, la expansión militar era atacada por varios sectores de la sociedad. En la nobleza se encontraban desde aquéllos que apoyaban esta idea de una forma más o menos firme (aunque preferían Granada a Marruecos), hasta los que la rechazaban frontalmente. Las opiniones variaban principalmente de acuerdo con el espíritu y las concepciones estratégicas de cada uno, los grupos de presión y los distintos estratos de la nobleza. Por otra parte, dichas opiniones se dividían de acuerdo con la situación geográfica —en el Algarve, Lisboa y Oporto se defendía la presencia militar en el estrecho de Gibraltar, mientras que en el interior ésta era considerada inútil. Los primeros estaban interesados en fomentar la defensa de sus costas y la protección del gran comercio marítimo que pasaba por el estrecho, mientras que las ciudades restantes no obtenían beneficio alguno de dicha situación. Así, notaremos que, muy pronto, la expansión dividió las opiniones, puesto que los distintos grupos sociales no tenían intereses en común. Las divisiones existentes entre la clase dirigente permanecieron vivas durante los siglos XV y XVI, por lo que ejercieron una importante influencia en la historia del Estado de la India.

Inicialmente, al navegar hacia el sur, los hombres del infante reproducían *grosso modo* las actividades bélicas desarrolladas tanto en el

[6] En este punto no nos estamos refiriendo a la evolución de los descubrimientos marítimos, para su conocimiento, ver D. Peres, *História dos Descobrimentos Portugueses*, 3.ª edición, Porto, 1983, y los volúmenes anteriores de esta colección, fundamentalmente, el de Jorge Couto.

estrecho como en las costas de Granada y Marruecos, tratándose de ataques rápidos, al buen estilo musulmán, en que eran saqueados «honradamente» los bienes de los agarenos [7].

En 1443, en circunstancias más o menos fortuitas, se iniciaron los contactos comerciales con los azenegues de la costa del Sáhara. En 1444, con el descubrimiento del río Senegal, los portugueses tomaron posesiones en el África negra y poco después establecieron contacto con las poblaciones paganas, que apenas si habían sido convertidas al Islam. Sin olvidar la Guerra Santa, don Enrique promovió la colonización de Madeira y las Azores y, en 1448, ordenó a sus navegantes que se limitasen al comercio pacífico con los africanos. De los nuevos territorios comenzaron a llegar productos que resultaban interesantes en los mercados del Viejo Continente. De esta manera, Portugal logró convertirse en un importante exportador. Los grandes comerciantes comenzaron a asociarse entonces a las actividades del príncipe y sus protegidos.

A pesar de los beneficios que obtenía de los nuevos negocios en las tierras recién descubiertas, don Enrique continuó ordenando a sus hombres que continuasen dirigiendo expediciones hacia el sur. Ciertamente, se encontraba animado no sólo por la curiosidad y el deseo de encontrar otros productos aún más provechosos, sino también por la esperanza de descubrir la célebre cristiandad africana. Los negocios no menguaron el fervor belicista del infante y, en los rescoldos de la conquista de Alcazarquivir en 1458, éste llegó a solicitar a su sobrino, Alfonso V, que le autorizase a permanecer en Ceuta para terminar sus días combatiendo a los moros.

Entretanto, en 1455, el Infante, apoyado por el monarca, obtuvo de la Santa Sede la bula *Romanus Pontifex* (seguida por otras a modo de confirmación) que reconocía el derecho de los portugueses al monopolio de las rutas que fuesen más allá del cabo Bojador. Fueron también estos documentos pontificios los que llevaron a Manuel I a adquirir posteriormente títulos similares relativos a Oriente, como veremos más adelante.

Durante mucho tiempo se defendió la hipótesis de que don Enrique había impulsado los descubrimientos con la idea prestablecida de

[7] Cf., por ejemplo, G. Eanes de Zurara, *Crónica de Guiné*, caps. XIX-XXII, XXXI, o XXXVIII-XLVI.

circundar el continente africano y llegar hasta la India de las especias. Estudios más recientes demostraron que, inicialmente, el horizonte geográfico de este príncipe era mucho más limitado y que, más allá del Magreb, sólo distinguía al legendario Preste Juan, cuyos dominios se suponía que alcanzaban el Atlántico por el oeste, lo que permitía considerarlo un aliado válido para la conquista de Marruecos. En realidad, a pesar de que los descubrimientos constituían uno de los principales fenómenos que daban lugar a la modernidad, fueron iniciados, sin duda, por un hombre de espíritu profundamente medieval. En el fondo, fueron su tenacidad y su persistencia las que, al intentar resolver un antiguo problema (la guerra entre cristianos y musulmanes en el área mediterránea), provocaron situaciones nuevas, así como la apertura del Viejo Mundo a las aguas del Atlántico en un trayecto irreversible hasta alcanzar los límites del océano y, más tarde, una nueva concepción panorámica del mundo.

No debemos olvidar que en 1460 (año de la muerte del infante) se contempló la hipótesis de conquistar la India por el océano y que el propio don Enrique lo habría previsto, sin embargo, ningún documento hace referencia a este hecho antes de la carta de Toscanelli en 1475. De cualquier manera, no cabe la menor duda de que tanto las aspiraciones del infante como la política de la Corona continuaban centrándose en Marruecos y en la lucha contra los infieles y, en menor medida, en el comercio de los mares adyacentes y en la explotación agrícola de las islas.

Las dos últimas décadas del reinado de Alfonso V

Al parecer, durante el período que tiene por límites las muertes del infante don Enrique (1460) y la de don Alfonso V (1481) cuando comenzó a vislumbrarse la posibilidad de llegar a la India desde el Atlántico. Sin perder jamás de vista el sueño de eliminar el Magreb islámico y particularmente, el de conquistar Marruecos, algunos de los hombres más influyentes en el proceso expansionista vieron en el acceso al océano oriental la posibilidad de encontrarse finalmente con el Preste Juan y, al mismo tiempo, de convertir Lisboa en el nuevo centro proveedor de especias asiáticas de Europa, sustituyendo de esta manera a Venecia y a sus semejantes mahometanos.

El primer documento escrito que alude a la posibilidad de intervención por parte de Portugal en el comercio indiano es la carta escrita por el cosmógrafo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli dirigida a Fernando Martins, canónigo de la Sede de Lisboa, que, al parecer, había dictaminado esta medida en nombre de Alfonso V en 1475. En vista de que desconocemos el tenor del dictamen, no podemos asegurar si el acceso a la «India de las gemas y los aromas» formaba parte de los objetivos del monarca. Posiblemente, Toscanelli lo incluyó en la respuesta por iniciativa propia, haciendo eco de las aspiraciones de los medios mercantiles florentinos, ansiosos por competir con Venecia, que veían en la expansión portuguesa, inicialmente motivada por otros factores, una oportunidad que no debían perder. Al principio del siglo XVI, un elogio a Manuel I, redactado en Florencia, tras enumerar todo aquello que el Afortunado había hecho por la propagación del cristianismo, afirmaba que «no menos digno de alabanza es nuestro compatriota Toscanelli, que dio a los portugueses tal idea». De cualquier manera, bien de forma espontánea, sugerida por los genoveses de Lisboa a Alfonso V, o bien —tal como se afirma en dicho texto—, inspirada por Toscanelli, la idea de extender hasta la India oriental la navegación comercial echó raíces en Portugal.

Sólo de esta forma se explica que, en 1481, al subir al trono, Juan II planeara toda una política que perseguía dicho objetivo. Como veremos a continuación, Marruecos y el Mediterráneo continuaron siendo el eje fundamental de la política externa portuguesa, pero la continuidad de las navegaciones rasgaba nuevos horizontes, dando lugar a la concepción de una estrategia regional enmarcada en una política implementada a gran escala. Consideramos que las dos décadas inmediatamente anteriores al reinado del Príncipe Perfecto pueden dividirse en tres fases, que representan distintos momentos de la evolución a la que nos acabamos de referir.

La primera abarca los años comprendidos entre 1460 y 1469. Alfonso V se encontraba entonces poseído por el deseo de conquistar Marruecos y sobre todo Tánger, ciudad que había escapado del dominio de los portugueses en 1437. Durante estos años no se realizaron viajes de descubrimiento y las velas lusas no fueron más allá de la Sierra Leona, límite que se alcanzó en 1460.

La medida más importante adoptada entonces por el monarca, en lo que respecta al dominio del Atlántico, consistió en dar grandes in-

centivos a aquéllos que comenzasen a poblar la isla de Santiago, la principal del archipiélago de Cabo Verde. Se trataba de un área de clima tropical, situada a gran distancia y su ocupación no era tan simple como lo fue la de las Azores o la de Madeira, por lo que el rey concedió, en 1466, grandes libertades comerciales a aquéllos que se dispusieran a partir hacia aquella isla [8]. Al impulso que recibió la colonización de este archipiélago no resultaba ajena su enorme importancia estratégica, puesto que permitía controlar desde el mar una extensa faja de litoral africano y las aguas adyacentes. Así, a pesar de que su centro de intereses se situaba esencialmente en el norte de África, el monarca no olvidaba la necesidad de garantizar la hegemonía portuguesa en las regiones del sur del Atlántico.

Entre 1469 y 1475, la política marroquí de Alfonso V alcanzó su punto máximo con la gran expedición de 1471, en la que tuvo lugar la conquista de Arcila y, por otra parte, la ocupación de Tánger, seguida de inmediato por la entrega de diversas cartas que concedían villas africanas a varios nobles [9]. De esta manera, el rey pretendía, sin duda, extender el territorio controlado por la Corona en el Algarve de allende los mares. Resulta curioso que durante el mismo período, el monarca incentivó la continuidad de los descubrimientos, mandando a los navíos portugueses hacia aguas más próximas al límite meridional del continente negro. De hecho, en 1468, se realizó un contrato mediante el cual el rey arrendaba el monopolio del comercio de Guinea a Fernando Gomes, un comerciante lisboeta. Sin embargo, la Corona reservaba para sí el monopolio de determinadas mercancías, especialmente el del oro. Hasta aquí, este contrato era, al parecer, la fórmula ideal encontrada por Alfonso V para aprovechar las riquezas de Guinea, sin desviarse de sus objetivos de conquista, pero el monarca planteó otra exigencia a Fernando Gomes —éste estaba obligado a descubrir 500 leguas de costa cada año.

¿Acaso procuraba el rey mediante esta medida encontrar nuevas fuentes de riqueza y, sobre todo, nuevas minas de oro? ¿Acaso deseaba

[8] «Carta régia concedendo aos moradores da ilha de Santiago de Cabo Verde autorização para comerciarem na costa da Guiné, com excepção da zona de Arguim», 12 de junio de 1466, pub. en *História Geral de Cabo Verde-Corpo Documental*, Lisboa, 1988, vol. 1, pp. 19-22.

[9] Cf. J. da Silva Marques, *Descobrimentos Portugueses*, 3 vols., Lisboa, 1988, vol. no. 3.

continuar de esta forma la búsqueda del Preste Juan iniciada por su tío? ¿Acaso soñaba desde entonces con el descubrimiento de la ruta marítima hacia la India? Si bien las dos primeras hipótesis resultan plausibles —ninguna de ellas habría contrariado la política adoptada por el rey, puesto que un mayor número de riquezas o bien, el encuentro con el Preste, habrían significado la obtención de medios adicionales para continuar la guerra desatada contra los agarenos—, la última lo es en menor grado. No obstante, todas ellas están enmarcadas por las motivaciones que condicionaron desde siempre el expansionismo portugués. En realidad, los descubrimientos realizados durante este período (que condujeron a las velas lusas hacia el hemisferio sur, invadiendo, por consiguiente, todo el golfo de Guinea) fueron decisivos para la concepción de una política expansionista desarrollada por el Príncipe Perfecto.

En 1475, Alfonso V alteró definitivamente su política externa, optando por luchar por la sucesión del trono castellano frente a Enrique IV (1454-1474). El monarca estuvo fuera del Reino en dos ocasiones. Primero, en campaña en las regiones de Castilla y posteriormente, en negociaciones con Francia, mientras el príncipe Juan asumía la regencia, lo cual le permitió familiarizarse aún más con los asuntos del gobierno. Entretanto, en 1474, en vista de que el contrato establecido con Fernando Gomes no fue renovado, el príncipe pudo encargarse directamente de los asuntos de Guinea. Así, don Juan tuvo tiempo para madurar sus ideas y concebir una política global e integral, logrando que los intereses de los portugueses —aunque se dispersasen en un área cada vez más extensa— se orientasen hacia un mismo objetivo.

La política de ultramar de Juan II

Aspectos generales

En 1481, Juan II asumió el control integral de la política expansionista, adoptando como directriz de su gobierno un esfuerzo de centralización, combatiendo de esta manera los inmensos poderes obtenidos por la nobleza durante el reinado de su padre y, a lo largo de su

mandato, adoptó dicha política según un proyecto realmente ambicioso que procuró, no obstante, implementar paciente y meticulosamente.

El descubrimiento de la ruta marítima hacia la India era, sin duda, uno de los elementos principales de su proyecto. Como veremos más adelante, en aquella época se creía que la India se encontraba habitada por cristianos y por ello se consideraba que resultaría fácil sustituir a los mahometanos en el tráfico de las especias. También se esperaba que resultase más sencillo dar con la gran cristiandad etíope desde la costa oriental del continente africano. Por estas razones, consideramos que el eje de toda la política de Juan II aún se situaba en el Mediterráneo y en el África, aunque ésta ya era contemplada en una perspectiva global y no en su dimensión septentrional y magrebí.

Es en este contexto en el que deben ser entendidas las diferentes facetas que caracterizaron las medidas adoptadas por Juan II, pudiendo sintetizarse de la siguiente manera: continuación de la penetración portuguesa en Marruecos, pero esta vez, por medios predominantemente comerciales y pacíficos [10]; continuación del reconocimiento de la costa occidental africana hasta el descubrimiento del pasaje que une el Atlántico con el Índico; organización y desarrollo del comercio guineano; exploración de todo el Atlántico sur para el perfeccionamiento de las técnicas de orientación en altamar y estudio de los vientos y las corrientes con el fin de determinar mejores rutas oceánicas; envío de espías a Oriente para la exploración del comercio asiático y el hallazgo del Preste Juan; intentos de penetración en el interior del continente africano, en la búsqueda del Preste Juan y en el intento de penetrar en las redes del comercio terrestre; esfuerzo destinado a la creación de nuevas cristiandades para la conversión de reyes paganos y, finalmente, una intensa actividad diplomática que complementaría todas las acciones arriba mencionadas.

De esta manera, se confundían en un solo plan, el sueño de una África cristiana y el de una nueva ruta del tráfico intercontinental de las especias, plan que preveía, ciertamente, el sofocamiento y, probablemente, la eliminación del Islam.

[10] Asimismo, resulta importante señalar que fue durante este reinado, cuando se llevó a cabo el único intento portugués por construir un castillo en el interior del territorio marroquí (1489). Lejos del mar y sin el apoyo de las flotas, la expedición encargada de construir la fortaleza de la Graciosa fracasó.

> No se trata exactamente de un proyecto colonial, sino de un proyecto imperial al estilo medieval, que, sin embargo, se extendía dentro de un marco geográfico que traspasaba ampliamente los horizontes de la Edad Media. (...) El proyecto de Juan II representa, así, una especie de bisagra: resulta medieval en lo que respecta a su concepción jurídica, a su ideología y, parcialmente, en lo que se refiere a su estrategia para cercar el mundo musulmán y, por otra parte, resulta sumamente moderno por su planificación, su coordinación y el papel relevante que reserva al rey y al Estado y, sobre todo, por su alcance extendido a cuatro continentes [11].

Así, no se debe circunscribir su política en el sueño de la India, dentro del cual no se encuadran muchas de sus medidas inacabadas relativas al continente africano. Por ironía del destino, Juan II, que gobernaba siguiendo proyectos a largo plazo, reinó durante un período muy corto, razón por la cual no tuvo tiempo suficiente para delinear todas las medidas que sus acciones, a lo largo de catorce años de reinado, permiten imaginar [12].

La preparación del viaje hacia la India

El descubrimiento del paso hacia el Índico tuvo lugar en 1488, sin embargo, no fue enviada ninguna expedición de inmediato, con el propósito de conquistar la India. Aquí se revela, sin duda, el carácter meticuloso del monarca. Juan II promovía, entonces, de forma discreta, el análisis sistemático del Atlántico. Sus navegantes intentaban encontrar una ruta que les permitiese realizar en este océano todos los viajes con vientos favorables y terminaron por constatar que para tal fin era necesario, a la ida, dirigirse a occidente antes de tomar rumbo hacia Oriente. Esta idea se forjó durante la época en que tuvo lugar el viaje pionero de Cristóbal Colón. El rey portugués, seguro de que el genovés

[11] L. F. Thomaz, O projecto imperial joanino, en *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua Época, Actas*, 5 vols., Porto, 1989, vol. 1, pp. 81-98, p. 96.

[12] Para más detalles, ver nuestro estudio J.P.A.O. Costa, «D. João II e a cristianização de África», *ibidem*, vol. 1, pp. 405-416, p. 416.

no había llegado al continente asiático, tal como se presumía, aprovechó la ocasión para consolidar sus intereses por la vía diplomática.

De acuerdo con el tratado de las Alcáçovas (1479), en que, por primera vez, Portugal y Castilla se habían repartido el océano y sus costas, las tierras encontradas por Colón en 1492, situadas al sur de las Canarias, pertenecían al área atribuida a Portugal. Durante los meses siguientes se realizaron negociaciones complejas, firmándose en 1942 un nuevo tratado, el de Tordesillas, que sustituía la línea de demarcación anterior (el paralelo de las Canarias) por un meridiano.

El papa Alejandro VI fue quien defendió por primera vez esta nueva manera de distribuir el océano. Ciertamente, el 3 y el 4 de mayo de 1493, el Sumo Pontífice había procurado intervenir en la disputa luso-castellana, promulgando las bulas *Inter Coetera*, que atribuían a los monarcas españoles el dominio exclusivo de todas las islas o tierra firme descubiertas o sin descubrir, al oeste de un meridiano trazado a 100 leguas al occidente de las islas Azores o de Cabo Verde [13]. A pesar de aceptar el modelo propuesto por la Santa Sede, Juan II no acató la decisión papal y las negociaciones prosiguieron, con lo cual la corona portuguesa consiguió extender su área de influencia hasta una distancia de 370 leguas hacia occidente, partiendo del archipiélago de Cabo Verde. La intención del rey no consistía, precisamente, en incorporar Brasil al imperio portugués (aunque no cabe duda de que ya conocía la existencia de tierras en dicha región), sino simplemente ganar aguas a occidente para garantizar una ruta segura hacia el Oriente. Se trataba, finalmente, asegurar el dominio del Atlántico sur, área vital para la continuación del proyecto de Juan II. De momento, no se imponía aún la idea del antimeridiano, que, tal como lo demostró el almirante Teixeira da Mota, sólo fue levantada más tarde a causa de Malaca.

Con la firma del tratado de Tordesillas, Juan II había reunido, finalmente, las condiciones esenciales para descubrir la ruta marítima hacia la India y, a continuación, dio inicio a los preparativos con la construcción de nuevos navíos. Sin embargo, antes de su conclusión, la muerte sorprendería al monarca el 25 de octubre de 1495. Sería su primo y cuñado, el duque de Beja, quien, al sucederle en el trono, tendría la «ventura» de llevar a cabo la parte final del proyecto.

[13] D. Peres, *op. cit.*, p. 272.

El primer viaje

Con el descubrimiento de la ruta marítima hacia la India se abría una nueva página no sólo de la historia portuguesa sino también de la propia historia mundial y, a los sucesos entonces acontecidos, quedaba vinculado para siempre el nombre de Manuel I.

Siendo el último sobrino de Alfonso V, nada hacía suponer en 1469 que el recién nacido don Manuel habría de ocupar el trono portugués. Sin embargo, las muertes precoces, tanto de sus primos don Juan II y don Alfonso (el único hijo legítimo del Príncipe Perfecto, fallecido en 1491), como de sus hermanos mayores, le llevaron a ocupar el trono.

Don Manuel, educado por preceptores vinculados al franciscanismo «espiritual», vio en su insólita ascensión al trono, un significado providencial, lo que fue secundado por sus consejeros más allegados, que pronto comenzaron a crear una figura mesiánica en torno al rey [14]. Las victorias que sus súbditos alcanzaron en territorios distantes, enfrentando fuerzas muy superiores en número, acentuaron las convicciones del monarca, influyeron en sus decisiones y lo convirtieron en un ser cada vez más ambicioso. En el eje de su proyecto estuvo siempre presente, tal como en el caso de sus antecesores, el deseo de combatir y de sofocar el Islam, sin embargo, en este caso, la idea había adquirido matices más vivos por tratarse de un hombre profundamente inmerso en los ideales de Cruzada, que no se contentaba con la conquista de Marruecos, sino que soñaba con destruir La Meca y recuperar Jerusalén. En 1496, don Manuel no adivinó, naturalmente, lo que el futuro le reservaba, pero estaba decidido a concluir el proyecto imperial de don Juan II, adaptándolo, no obstante, a su personalidad, más voluntariosa y menos metódica que la de su antecesor.

La flota que realizó el célebre primer viaje partió de Lisboa el 8 de julio de 1497. Estaba compuesta por tres naves y por un navío de provisiones, bajo el mando de Vasco da Gama. Contrario a los viajes de exploración anteriores, capitaneados por hombres experimentados en las faenas marítimas, pero pertenecientes cuando mucho a los bajos

[14] Para comprender las características del espíritu de D. Manuel y su proyecto imperial, consultar el artículo de L. F. Thomaz, «L'idée impérial manueline», en *Arquivos do Centro Cultural Português*, París, 1990, vol. 27.

estratos de la nobleza, ésta se encontraba dirigida por un importante noble. Este hecho nos revela no sólo la importancia que fue atribuida a la expedición, sino también los fines que perseguía. Esta vez no se trataba del descubrimiento de tierras desconocidas, sino que se procuraba establecer relaciones comerciales y políticas con los reinos de los cuales se tenía noticia y cuya accesibilidad era conocida.

En estas líneas no cabe desarrollar una descripción pormenorizada de los hechos pasados a lo largo de los veintiséis meses que mediaron entre la partida y el regreso de Vasco da Gama a Lisboa [15]. Sin embargo, sí resulta importante referir los hechos más significativos y relevantes para el curso posterior de la historia.

Al partir de Lisboa, los navegantes portugueses conocían bien los vientos y las corrientes del Atlántico Sur, pero desconocían los correspondientes al Índico. Constataron que en este último, los vientos no soplaban de forma constante como en el Atlántico, sino de forma alternada de sur a norte y viceversa, con una periodicidad de seis meses: se trataba de los monzones. Vasco da Gama, al salir de Portugal en el verano, no pudo interceptar el monzón favorable, por lo que tuvo que aguardar en la costa oriental africana a la llegada del siguiente. Ya allí, enfrentó la hostilidad de casi todos los puertos musulmanes en los que atracó, y sólo en Melinde en donde invernó, el rey local vio con gran interés la llegada de los nuevos comerciantes. Probablemente, vio en ellos una oportunidad para promover las actividades de su puerto y, al mismo tiempo, sacudir la hegemonía de Quilón y Mombasa, a la que estaba sujeto.

Tras el inicio de la exploración del litoral oriental africano, los portugueses comenzaron nuevamente a realizar investigaciones sobre el Preste Juan. Las noticias recibidas en Mozambique, lejos de revelarles la modesta realidad a la que se circunscribía en aquel momento la cristiandad etíope, contribuyeron a acrecentar la leyenda:

> Pero nos dijeron que el Preste Juan estaba cerca de allí y que poseía muchas ciudades a lo largo de la costa, que sus habitantes eran gran-

[15] El mejor relato acerca de este viaje es el texto escrito por uno de los propios navegantes, probablemente, se trata de Alvaro Velho. Su edición más reciente y más accesible es la de José Manuel García en *Viagens dos Descobrimentos*, Lisboa, 1983, pp. 159-211.

des mercaderes y tenían grandes naves. Además afirmaban que el Preste Juan se encontraba en el interior, lejos de la costa y de los terrenos de cultivo y que no era posible ir hasta allí sino en camello. Estos moros traían consigo dos o tres prisioneros indios cristianos. Éstas y otras muchas cosas dijeron estos moros por los que estábamos tan contentos que llorábamos de placer y rogábamos a Dios que nos diera salud para que viésemos lo que todos deseábamos [16].

Tal y como afirmaría más tarde el hombre que el capitán mayor había hecho desembarcar para establecer el primer contacto con los indianos, los portugueses iban a «buscar cristianos y espacios» —dos objetivos que permanecían indisolubles—. El Preste Juan continuaba siendo un estímulo para el expansionismo luso, conduciéndolo a la búsqueda de parajes más distantes.

En Melinde, el rey asignó a Vasco da Gama un guía local y éste le llevó hasta Calicut, principal centro abastecedor de especias de la India. Los portugueses comenzaron a percatarse de que el comercio marítimo del Índico estaba siendo controlado por los agarenos, sin embargo, esperaban que los indianos, supuestamente cristianos, viesen con buenos ojos su llegada.

Sin embargo, Calicut era una ciudad que vivía del comercio con el Mar Rojo, por lo que su política marítima se subordinaba a los intereses de los mercaderes árabes allí establecidos e integrados a la sociedad local. Para ellos, la aparición de un ejército de cristianos constituyó un hecho inesperado, no deseado y muy preocupante.

Durante su estancia en la ciudad de Indiana, Vasco da Gama y sus compañeros no se percataron de la verdadera dimensión de la presencia de los musulmanes en la región, pero percibieron la resistencia que les oponían los mercaderes de La Meca y notaron, asimismo, la gran influencia que ejercían junto al rey Samorín, monarca local. Las intrigas de los moros contribuyeron decisivamente al hecho de que las negociaciones del capitán y el rey Samorín no alcanzasen un acuerdo, sin embargo debe tomarse en cuenta, del mismo modo, la falta de adaptación de los portugueses a las tradiciones orientales, puesto que Vasco da Gama no disponía de presentes dignos para ofrecer al soberano.

[16] *Ibidem*, p. 171.

No obstante, los portugueses pudieron regresar al Reino con las ansiadas especias, aunque en poca cantidad , y volvían con la certeza de tener que enfrentarse a la hostilidad de los musulmanes. Sin embargo, continuaban creyendo que los indianos eran cristianos. En realidad, ni siquiera la visita a un templo hindú fue suficiente para que el capitán mayor y los marineros que le acompañaban se percatasen de que se trataba de una religión diferente. Allí vieron que «había muchos santos pintados en las paredes de la iglesia, portando diademas, y su pintura era distinta porque los dientes eran tan grandes que sobresalían una pulgada de su boca. Cada santo tenía cuatro y hasta cinco brazos» [17]. Estas representaciones de las divinidades hindúes llevaron a los portugueses a admitir que se encontraban ante una cristiandad bastarda, quizás hierética, producto del aislamiento en que se encontraba.

Vasco da Gama obtuvo, asimismo, una descripción de los reinos de la costa del Índico, desde el Malabar (la zona costera del suroeste de la India en que se sitúa Calicut) hasta Malaca. De los quince reinos descritos, tres eran identificados como cristianos, lo que reforzó la equívoca creencia. Es preciso referirse al hecho de que, en dicha relación era indicado el número de guerreros de que disponía cada reino y de las principales mercancías que exportaba, lo que representa, sin duda, el objetivo dual (militar y comercial) de esta misión.

Desde el punto de vista de la historia universal, éste constituyó sin duda un viaje extraordinario, puesto que no sólo abrió una ruta marítima intercontinental, sino que contribuyó también al fin del monopolio musulmán de las relaciones comerciales entre la cristiandad europea y el Asia de las oportunidades. Por otra parte, el Atlántico adquiría una creciente importancia que comenzaba a sustituir al Mediterráneo en el papel de eje de la comunicación entre los pueblos, iniciándose al mismo tiempo la intervención de los europeos en el Índico.

Sin embargo, el viaje no alteró de inmediato la estrategia del expansionismo portugués, puesto que confirmó tanto la información correcta como la errónea de que la Corte disponía antes de la partida de Vasco da Gama. A partir de este momento conocieron mejor el Índico y la forma de llegar hasta allí, pero sólo las expediciones siguientes se encargaron de descubrir la verdadera realidad de Oriente.

[17] *Ibidem*, p. 186.

Capítulo II

LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE LA INDIA [1]

Los años que siguieron al viaje de Vasco da Gama constituyeron un período sumamente rico de la historia universal, pues fue el momento en que tuvo lugar el primer choque entre una potencia expansionista europea y el mundo asiático.

En esencia, se trató de un proceso bastante relacionado con la estrategia tradicional de confrontación entre cristianos y mahometanos que perduró prácticamente desde que el Islam había comenzado a extenderse. Ciertamente, fueron los musulmanes y no los asiáticos los que generalmente se opusieron a la penetración lusa en aguas del Índico.

Sin embargo, al imponer su voluntad en una región tan distante, los portugueses iniciaron una época de transición, estableciendo los remotos orígenes del futuro colonialismo europeo. Sirviéndose de la superioridad de sus navíos y de su armamento, así como de la sorpresa que causaron entre las potencias del Índico, los portugueses lograrían crear un sólido imperio marítimo —el primero erigido por un pueblo de Occidente en Oriente— en el corto espacio de quince años.

De esta manera, este período peculiar de la Historia asistió a la formación del Estado Portugués de la India.

[1] La expresión «Estado Portugués de la India» comenzó a utilizarse hacia 1550. Por razones de operatividad la utilizaremos para hacer referencia al período anterior para designar el conjunto de posesiones o establecimientos subordinados a la administración portuguesa desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Extremo Oriente.

El viaje de Pedro Álvares Cabral. El fin del sueño de la India cristiana

Con la llegada de Vasco da Gama a Lisboa en agosto de 1499, Manuel I se preparó nuevamente para enviar otra flota al Índico. Una vez conocido el hecho de que el negocio de las especias estaba, por lo menos en gran parte, en manos de los musulmanes y creyendo, como vimos anteriormente, que los hindúes eran en su mayor parte cristianos, el monarca decidió organizar una poderosa flota capaz de demostrar en Oriente tanto el poder de los portugueses como la determinación de su rey. El Afortunado esperaba que tal manifestación de fuerza llevase al rey Samorín a abandonar a sus socios musulmanes a negociar con sus «hermanos de fe». De esta manera, adquirían forma los sueños de don Manuel: la reintegración de la supuesta cristiandad indiana a la Iglesia Romana, el sofocamiento del comercio musulmán, primer paso para la «destrucción de los moros en aquel lugar», según sus propias palabras [2] y la transformación de Lisboa en el nuevo puerto abastecedor de especias de Europa.

El monarca sumó a los títulos que había heredado de su antecesor el de «Señor de la Conquista, Navegación y Comercio de Etiopía, Arabia, Persia y de la India», un título por el cual se reivindicaba sus derechos relacionados ante todo con el dominio de los mares [3], como veremos más adelante. Además de ser en aquellos momentos el único príncipe de la Cristiandad Romana que había enviado a sus súbditos hasta aquellas regiones, primacía en que se basaban, naturalmente, los derechos ahora proclamados, don Manuel los fundamentaba también en las bulas anteriores otorgadas por la Santa Sede, que reconocían a la corona portuguesa el dominio de las aguas descubiertas más allá del cabo Bojador. De esta manera, el rey procuraba dejar bien claro ante los demás príncipes europeos que la expansión en el Índico era monopolio de los portugueses.

[2] Ver «Carta de D. Manuel aos reis de Castela, dando-lhes parte do descobrimento da Índia», en *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente-Índia*, dir. por A. S. Rego, citada en Doc. Padroado Índia, 12 vols., Lisboa, vol. 1, 1947, pp. 3-5.

[3] Cf. L. F. Thomaz, «L'idée impérial manuéline», en *La Devouverte, Le Portugal et L'Europe*, París, 1990, pp. 35-104, 41-47.

El plan de don Manuel se vería obstaculizado por la verdadera situación política y religiosa de la India, como por la oposición que siempre manifestó gran parte de la nobleza hacia las ambiciones imperiales (de carácter centralizador) de la Corona. Comencemos por analizar las divisiones que se extendieron en el seno de la Corte.

Diferentes concepciones de la expansión

Según lo que se puede deducir en los documentos, Juan II había enfrentado una fuerte resistencia por parte de ciertos elementos de la nobleza en lo que respecta a su política de ultramar: según Juan de Barros, la construcción de la fortaleza de Mina en 1461 (que representó la ampliación de la autoridad real en el golfo de Guinea) fue realizada en contra de la opinión de la mayoría de los miembros del Consejo. Más tarde, en 1489, el rey envió una expedición con la misión de construir otra fortaleza en el litoral africano, en este caso, junto a la desembocadura del río Senegal. Asimismo, el capitán de la flota asesinó al aliado local de los portugueses (don Juan Bemoín, príncipe negro recientemente bautizado), alegando que éste preparaba una trampa. Tras la muerte del príncipe africano, la flota se retiró, abandonando las obras ya iniciadas.

Estas actitudes de oposición más o menos abierta a la política real se debían, sin duda al hecho de que las nuevas fortalezas representaban una extensión y fortalecimiento de la Corona, que de esta manera, podía ejercer una mayor vigilancia sobre el comercio privado, protegiendo mejor sus monopolios reales.

Así, coexistían en torno al rey dos grupos con visiones bastante distintas de lo que debía de ser el expansionismo portugués: el primero, que resultaba minoritario, compartía los sueños imperiales de los monarcas, incentivando la ampliación de los dominios y la creación de las condiciones para el enriquecimiento del Reino y de sus súbditos, así como la realización del viejo sueño de destruir el Islam y recuperar Jerusalén para la cristiandad. En el terreno económico, estaban a favor de un sistema de redistribución, según el cual la parte del león de la exploración económica pasaría al Estado, que, a su vez, la redistribuiría mediante varios procesos, de la concesión de privilegios a la atribución

de salarios a sus servidores. El individuo adquiriría así, honra y provecho por el servicio ofrecido a la realeza.

El segundo estaba, por un lado, más vinculado a la tradición medieval, puesto que, a pesar de que sus miembros reconocían la autoridad política del monarca, no se consideraban sus funcionarios. Eran hombres que preferían la piratería (en donde se podían distinguir como guerreros y obtener grandes beneficios) a servir al ejército bajo las órdenes de un comandante, representante del rey. Sin embargo, desde muy pronto, unieron las actividades corsarias a las mercantiles, convirtiéndose en mercaderes por cuenta propia y no en agentes comerciales del soberano. La política económica que preconizaban era liberal y anti-estatal y, por ello, más «moderna» que la concepción redistributiva, inspirada en la idea medieval de un rey-providencia, réplica de Dios en la Tierra. Se estima que tanto la burguesía nacional como las colonias mercantiles italianas se entendieron en general mejor con este grupo.

No resulta sorprendente que en 1497, Manuel I hiciese partir a Vasco da Gama, contra la opinión de la mayoría de los miembros del consejo. Éstos preferían el comercio en las aguas no disputadas del Atlántico, los enfrentamientos con los moros en Marruecos o la piratería en el mar de Eguas al avance hacia regiones orientales o la expansión comercial en mares que, dada la hegemonía musulmana, no podían prescindir de la protección de armadas reales, ni de la perspectiva de un comercio de especias explotado directamente por el rey, o, en especial, de las grandes campañas contra el imperio mameluco, que constituían el objetivo último de don Manuel, puesto que veían que a éste le interesaba la India principalmente como trampolín para pasar el Oriente Próximo. Los meses precedentes a la partida de la segunda expedición hacia el Oriente transcurrieron en un clima de tensión, en donde las dos facciones procuraban hacer prevalecer sus principios.

Curiosamente, la lucha sin tregua librada en el seno de la Corte quedó registrada en un documento que permaneció inédito hasta nuestros días [4]. Se trata del cuaderno de bitácora del capitán mayor del viaje: su texto revela intereses extremadamente pragmáticos, relacionados con el funcionamiento del comercio y fue redactado por un elemento

[4] Ver A. Lobato, «Dois novos fragmentos do Regimento de Cabral para a viagem da Índia em 1500», en *Studia*, n.° 25, Lisboa, 1968, pp. 31-51.

del partido «liberal-mercantil». Este grupo, ante la constatación de que la India era mayoritariamente cristiana, no tenía argumentos para oponerse al establecimiento de los portugueses en Oriente, pero procuraba limitar la expansión a la actividad comercial marítima. Sin embargo, la redacción final fue retocada por un personaje más identificado con las ideas del rey, acentuando el carácter político-militar de la expedición, fórmula que acabó por predominar. Mientras que en el texto inicial aparecía la frase «el viaje hacia la India es directamente un negocio» [5], la versión definitiva se encuentra marcada por la «afirmación de los ideales de la expedición, la aclaración de que ésta obedece a una ética de Estado que no excluye el aspecto comercial, pero que coloca toda la acción en un plano de mayor grandeza» [6]. A esta misma lucha se sumaba, tal vez, la duda en cuanto a la elección entre Vasco da Gama y Pedro Álvares Cabral para capitán de la expedición [7].

El partido imperialista acabó imponiéndose y Manuel I se preparó para iniciar la lucha contra los musulmanes, atacándolos al mismo tiempo en el Índico y en Marruecos. En ese sentido, ordenó a Pedro Álvares Cabral, el capitán mayor de la nueva expedición, que interceptase todas las naves de los mercaderes musulmanes que encontrase en el Índico (sólo en alta mar y no en las inmediaciones de Calicut) y, asimismo, le ordenó abandonar a dos hombres en Melinde, con el propósito de ir en busca del Preste Juan. De esta manera, intentaba establecer una alianza política y comercial con el rey Samorín y encontrar la cristiandad africana junto con la cual pretendía realizar una guerra mortal contra el Islam. Al lanzar de inmediato su armada contra los navíos mercantes musulmanes, el monarca portugués no sólo procuraba revalorizar las especias que llegaban a Lisboa (que serían mucho más solicitadas si dejasen de ser vendidas en Alejandría), sino también debilitar el imperio mameluco, cuya sede se encontraba en El Cairo y que vivía en gran medida de los impuestos aplicados al tráfico de las especias.

Nótese que la idea de imponer un bloqueo comercial a los musulmanes no era nueva; de hecho, desde la época de las Cruzadas, la Santa

[5] Idem, *ibidem*, p. 37.

[6] Idem, *ibidem*, p. 37.

[7] Cf. F. Leite de Faria, «Pensou-se em Vasco da Gama para comandar a armada que descobriu o Brasil», en *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. XXVI, 1978, (Separata del Centro de Estudios de Cartografía Antigua, n.° CXI, Lisboa, 1978).

Sede procuró incrementar dicha medida. En 1179, durante el tercer Concilio de Letrán, fue determinada la excomunión para todos aquéllos que mantuviesen un comercio de armas con los musulmanes y un siglo más tarde, en 1291, el papa Nicolás IV decretó el bloqueo total. Éste afectaba no sólo a los agarenos sino también a los cristianos que se veían igualmente privados de los productos asiáticos, lo que resultaba catastrófico sobre todo para las provincias italianas. Durante los siglos siguientes, el papado alternó decretos de prohibición global con decretos de carácter parcial. La idea de bloquear Egipto por el Mar Rojo, abarcando todo un proyecto estratégico de dominación del Índico Occidental, fue expuesta de forma brillante en 1319 por el dominico inglés Guillermo Adam. Como alternativa a la ruta tradicional, proponía la de Ormuz y Persia, en lugar de desembocar en el Mar Negro, proyecto que debía ser confiado a los genoveses, que practicaban una política menos colaboracionista con los moros que los venecianos. Pero dicho plan, al depender en tal grado de la alianza persa, resultaba excesivamente utópico. Sin embargo, don Manuel contaba con una nueva alternativa capaz de castigar el comercio mahometano sin perjudicar al de los cristianos. La idea, que consistía en bloquear el acceso de las especias al Mar Rojo, se encontraba unida a una estrategia antigua, adaptada a la nueva realidad geopolítica que había originado el viaje de Gama: la apertura de la ruta del Cabo.

A pesar de la importancia de las motivaciones belicistas, don Manuel no descuidó el peso del comercio, ordenando que se creasen factorías en Oriente para regular la compraventa de los productos durante la ausencia de las armadas. Una de ellas debía de ser instalada en Sofala, en la costa oriental africana, puerto por donde pasaba el oro de Monomotapa, y la otra en Calicut, en donde además del administrador y el personal administrativo, debían permanecer algunos religiosos franciscanos con el fin de reconducir a la supuesta cristiandad aislada.

Con el propósito de cumplir con estas misiones, partieron del Tajo trece navíos en marzo de 1500, con una guarnición de aproximadamente 1.200 hombres.

Mientras tanto, el monarca se preparaba para invadir el reino de Fez, al frente de una armada de 36.000 hombres —la ruta marítima hacia la India era tan sólo una pieza más de un complejo y vasto rompecabezas que se centraba en una estrategia de carácter predominantemente mediterráneo—. Al parecer, al igual que en 1434, el paso del

cabo Bojador se debía esencialmente al interés del infante don Enrique en cercar a los moros de Marruecos. En este momento, a finales del siglo XV, la penetración en el Índico se encontraba de nuevo íntimamente ligada a la idea de atacar el mundo musulmán por la retaguardia.

Sin embargo, el Reino fue más allá del noroeste africano y además de enfrentar una encarnizada oposición en la Corte, recibió una petición de auxilio desde Venecia, cuyas posiciones en Moreia se encontraban amenazadas por el expansionismo otomano. Inmerso en sus ideales de Cruzada, el Afortunado desistió momentáneamente en continuar desarrollando sus planes de conquista en el Magreb y envió al año siguiente una armada de 35 velas en apoyo de la república italiana. De camino, le recomendó que se apoderase de Mers-el-Kebir en Argelia (una escala que fue utilizada en el futuro en las rutas hacia la Tierra Santa), lo cual no prosperó.

Antes de llegar a Oriente, la armada de Cabral adquirió fama por el descubrimiento oficial del Brasil. Tratándose de un asunto polémico, sobre el cual abundan las opiniones pero escasean las fuentes, el descubrimiento del Brasil no alteró la política imperial de don Manuel. Sus riquezas se encontraban aún por explorar y su posición excéntrica en relación al núcleo de intereses del monarca portugués hicieron que este nuevo territorio en el Atlántico fuese considerado casi como una base de apoyo en la ruta hacia la India. Ciertamente, el control de aquellas tierras garantizaba la seguridad de las navegaciones en el sudoeste del Atlántico, zona por donde debían pasar las naves de la India, para tener siempre vientos favorables al atravesar el Océano.

Enemigos y aliados en Malabar

Tras perder seis navíos durante el viaje por el Atlántico, cuatro de los cuales se hundieron a causa de una tempestad en las inmediaciones del Cabo de Buena Esperanza, Cabral no estableció ninguna factoría en Sofala y se dirigió a Melinde, pasando primero por Mozambique y Quilón, para desesperación de los gobernantes locales, que presenciaban reaparición de los cristianos procedentes del sur.

Al llegar a la India, los portugueses pudieron, finalmente, conocer la realidad político-religiosa de la región.

A pesar de recibir autorización del rey Samorín para establecer una factoría, el capitán mayor pronto se percató de la oposición que los árabes allí presentes ofrecían, con el apoyo discreto del gobernante de Calicut. Los portugueses debían cargar los navíos hasta diciembre, con el fin de iniciar el viaje de regreso en el momento en que el monzón comenzase a soplar en dirección al sur. Por esta razón, sus rivales procuraban retrasar el curso de las negociaciones, por lo cual la factoría habría de servir en el futuro para regular el mercado, aunque no durante aquel año. Con el tiempo a su favor, los agarenos exasperaban a los cristianos recién llegados e intentaban colocar a los cristianos en su contra.

Los oficiales de las armadas terminaron por caer en una trampa y capturaron un navío que, según creían, transportaba especias destinadas a «los moros de La Meca» pero que, en realidad, contenía una carga de víveres. Encendida la mecha, los musulmanes consiguieron indignar a la población de la ciudad contra los «extranjeros», dando inicio a la caza de los marineros portugueses que se encontraban en la aldea y al asalto de la factoría. Ésta fue atacada y saqueada y casi todos los hombres que se encontraban allí perdieron la vida. En aquel momento, no existía la menor duda de que el rey Samorín y sus súbditos eran paganos idólatras y Calicut, por su parte, se convirtió definitivamente en el gran centro de resistencia ante la presencia portuguesa en Oriente. El rey Samorín tomaba el partido de los comerciantes musulmanes, que habían convertido su capital en un gran emporio del tráfico marítimo intercontinental.

En venganza, Cabral mandó bombardear la ciudad y prender fuego a los navíos que se encontraban allí: la artillería (elemento estratégico que aseguraría durante décadas la superioridad militar de los portugueses en la región) también entraba definitivamente en escena.

Tras abandonar las aguas de Calicut, los navíos lusos se dirigieron hacia Cochín, en donde fueron bien recibidos por el rey local. Cabral adquirió en aquel puerto las ansiadas especias, estableciendo allí la factoría que no pudo crear en Calicut. Mientras tanto, otro reino de Malabar —el de Cananor— manifestó un vivo interés en negociar con los cristianos recién llegados y éstos, antes de emprender el viaje de regreso, pasaron por allí con el propósito de comprar jengibre y canela. A su regreso, el capitán mayor llevó consigo una carta del rey de Coulán (otro de los principales reinos de Malabar, situado al sur de Cochín),

que manifestaba igualmente un vivo interés en negociar con los portugueses.

De esta manera, Manuel I podía contar con buenos aliados en Oriente. Cananor y Cochín eran dos pequeños reinos situados respectivamente al norte y al sur de Calicut. Deslumbrados por el importante comercio que pasaba por Calicut, estos dos estados veían en la aparición de los nuevos navegantes la posibilidad de rivalizar con la potencia regional que los controlaba y de convertir sus puertos en nuevos centros de apoyo para el comercio de las especias hacia Occidente. El rey de Cochín envió emisarios a Vasco da Gama en 1498 y el de Cananor, por su parte, procuró afanosamente que Pedro Álvares Cabral pasase de cualquier manera por su puerto. Barros cuenta que, cuando la armada portuguesa pasaba por las inmediaciones de Cananor con el cargamento de pimienta desde Cochín (el rey de Cananor temía que pasase de largo, por lo que a dos leguas de distancia del puerto, le envió dos *zambucos*. En uno de ellos se encontraba un delegado que le solicitó en nombre del rey que no pasase por allí sin atracar en aquel puerto. Estaba tan deseoso de entablar una amistad con el rey de Portugal que estimaba mucho que antes de partir de aquellas tierras llevase algún objeto suyo [8].

La presencia permanentemente de los portugueses en Oriente se benefició, desde el comienzo, de las fuertes rivalidades existentes entre los distintos reinos situados en toda la costa del Océano Índico, que se debatían continuamente. De hecho, a pesar de que el continente asiático se encontraba entonces ocupado por algunos imperios importantes, el único que ejercía una autoridad sobre la extensa región costera era el Imperio Chino, bañado por las aguas del Pacífico y, como veremos más adelante, fue precisamente en el litoral del Imperio Celeste en donde los navegantes portugueses tuvieron dificultades sin precedentes en el Índico, tardando medio siglo hasta conseguir establecerse en un puerto de la región.

El mismo deseo de suplantar la potencia regional que dominaba el comercio transoceánico fue el que llevó al rey de Melinde a recibir con

[8] Cf. J. de Barros y D. do Couto, *Da Ásia*, 24 vols., Lisboa, 1973-1975, década I, libro V, capítulo 9 (de ahora en adelante, citada por el autor al que corresponde la referencia y con la indicación de los números de la década, libro y capítulo en cuestión).

brazos abiertos a las armadas de Vasco da Gama y de Pedro Álvares Cabral, mientras que Quilón (entonces primera ciudad-estado de África oriental) actuaba en sentido contrario. A su regreso a Lisboa, Cabral traía la noticia de que también Sofala (lugar en donde el navío de Sancho de Tovar hizo escala durante su viaje de regreso) acogía de buen grado a los portugueses, procurando de esta manera escapar a la órbita de Quilón.

Al desembarcar en Lisboa en el verano de 1501, Pedro Álvares Cabral llevaba consigo excelentes mercancías que, además de asegurarle el éxito financiero del viaje, confirmaban el valor comercial de la ruta del Cabo. Sin embargo, el capitán mayor traía otras noticias para don Manuel.

La India, contrario a lo que se suponía, no era finalmente cristiana; la Corte se percató a partir de ese momento de la realidad asiática y comenzó a comprender la verdadera dimensión de las comunidades cristianas indianas. Durante siglos, los cristianos habían sido uno de los principales grupos de comerciantes del Índico, pero con el advenimiento del Islam, se vieron gradualmente sometidos a la expansión política, religiosa y comercial del Imperio Otomano. Junto con Cabral viajaron hacia Europa dos clérigos siro-malabares (los cristianos de Malabar se encontraban vinculados a la iglesia nestoriana de Siria oriental) [9], el padre Miguel y el padre José de Cangranor. El primero murió durante el viaje, pero el segundo llegó al Reino y permaneció allí durante seis meses antes de dirigirse a Roma, en donde fue recibido por el papa Alejandro VI. En Italia, su relato sobre Oriente fue recogido por Francanzano de Montalbodo, quien lo incluyó en la obra *Paesi novamente retrovati per la navigatione di Spagna in Calicut*, impresa en Vicenza en el año de 1507 [10]. Sin duda, mientras estuvo en Lisboa, este clérigo describió detalladamente los países asiáticos, permitiendo de esta manera que el monarca y sus consejeros reconsiderasen la situación.

El rey comenzo, a partir de este momento, a alimentar la esperanza de convertir a aquellos paganos al cristianismo. Se trataba de una experiencia vivida anteriormente en Europa, que inicialmente se encon-

[9] Sobre la historia de los cristianos en la India hasta la llegada de los portugueses, ver A. M. Mundadan, *History of Christianity in India*, vol. 1, Bangalore, 1984.

[10] Sobre este asunto, ver A. A. Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, 2 vols., Lisboa, 1972, vol. 1, pp. 369-377.

traba poblada por paganos, convirtiéndose, gradualmente, en un continente cristiano. Ésta hacía que sus gobernantes encarasen con optimismo la conversión de los pueblos paganos. Se creía que dichos pueblos no serían tan impermeables al cristianismo como lo eran los musulmanes y los judíos. Asimismo, existía un ejemplo reciente a este respecto que había tenido lugar en el Congo. Sin embargo, se tornaba más difícil conseguir la alianza militar contra el Islam; el Preste Juan continuaba distante, inaccesible, y de momento, era también evidente que la continuidad del comercio portugués en Malabar sólo sería posible mediante el uso de la fuerza.

Aún más preocupante que el número reducido de cristianos en aquellos lugares era el de musulmanes allí presentes, mucho mayor que el que se calculaba tras el viaje de Vasco da Gama. Finalmente, no eran sólo dos los reinos del Índico los que estaban gobernados por los musulmanes —todo el litoral del Océano, desde Sofala hasta Goa, pertenecía a príncipes sarracenos—. Más hacia el oriente, Bengala y varios pequeños sultanatos del sudeste asiático estaban gobernados por los seguidores del Profeta. Aprovechando el desinterés de los hindúes por los asuntos relacionados con el mar, la desaparición casi total del budismo de la India, del fin de las navegaciones chinas en el Índico, así como la débil presencia de las comunidades cristianas y judías, los musulmanes se habían apoderado de aquel Océano, convirtiéndolo en un lago musulmán [11]. La tradición indiana, según la cual el gobierno de la tierra pertenecía a los reyes, mientras que el de los asuntos marítimos correspondía a los comerciantes, había contribuido decisivamente a esta situación. Esta tradición originó que el poder político hindú de Malabar y las comunidades mercantiles mahometanas, que mantenían en el mar sus propias flotas de guerra, se complementasen. En Calicut, la prosperidad del Reino estaba íntimamente ligada al desarrollo del comercio marítimo.

[11] Actualmente, existen diversos estudios sobre este tema, ya sea analizando específicamente una región o presentando una visión global sobre todo el Océano. Uno de los trabajos más elaborados y al mismo tiempo más accesibles es el de G. Bouchon, «Les mers de l'Inde a la fin du XVème siècle, une vue generale», en *Moyen Orient & Océan Indien*, vol. 1, París, 1984, pp. 101-116. Sobre este asunto, el lector interesado podrá consultar el estudio de V. L. Gaspar Rodrigues, «A apropriação das rotas comerciais do Índico pelos Portugueses durante o século XVI», en *Portugal no Mundo*, dir. por L. de Albuquerque, vol. 4, 1989, pp. 260-278.

Finalmente, las características propias del sistema islámico, habían dado lugar a otra situación extremadamente ventajosa: al practicar la poligamia, los discípulos del Profeta se casaban legalmente en distintos puertos con mujeres locales. Éstas pertenecían, por lo general, a castas inferiores —generalmente despreciadas— y al convertirse al Islam, ascendían de inmediato a la importante posición social de sus maridos. Los hijos, por su parte, además de constituirse en herederos legítimos de los marineros mahometanos, fueron educados desde su nacimiento en la fe islámica. De esta manera, en el transcurso de unas cuantas generaciones, la costa indiana, que no estaba sometida al poder político del Imperio Otomano (y particularmente en Malabar) empezaba a tener importantes comunidades de hindúes musulmanes. Estos mercaderes, que sentían un fuerte arraigo hacia aquellas tierras, superaron con el tiempo a los demás grupos de comerciantes que habitaban en el Índico, especialmente los cristianos y los judíos, debido ante todo a su dinamismo y su solidaridad religiosa, apartando de esta manera a los no creyentes de los grandes negocios.

Resultaba inevitable que tanto en la costa oriental africana como en la India, los musulmanes y sus aliados locales decidiesen reaccionar en contra de los portugueses.

Ante la nueva situación, el partido anti-imperialista volvió a presionar al monarca para que abandonase la India, pero éste no cedió ante tales presiones. Don Manuel estaba apoyado no sólo por el pequeño grupo de consejeros que se identificaban con sus sueños imperiales, sino también por los comerciantes genoveses y florentinos establecidos en el reino. Éstos, ante la posibilidad de que las especias orientales comenzaran a llegar regularmente a Lisboa, mientras se bloqueaba su acceso al Mar Rojo y al Mediterráneo oriental, soñaban con Venecia, su rival (en aquella época, la gran distribuidora de especias de Europa), transformada en un mero centro de pesca [12].

Pero durante el otoño de 1501, mientras en el Reino se decidía el futuro de la empresa de la India, una nueva armada navegaba por el Índico.

[12] Expresión utilizada en una carta de Guido de Meser Tomaso Detti (Lisboa, 10 de agosto de 1499), *cit.*, en L. F. Thomaz, «L'idée impérial manuéline» [...], anteriormente *cit.*, p. 53.

Los navíos debían partir hacia la India en marzo, para doblar el Cabo de Nueva Esperanza en julio, cuando el monzón empezaba a soplar de sur a norte, lo que les permitía llegar a la India con viento favorable. Posteriormente iniciarían su viaje de regreso en enero, cuando el monzón se invertía, llegando al Reino en el verano siguiente. Esto suponía que el rey, al enviar todos los años navíos hacia la India, lo hacía sin tener conocimientos acerca de los sucesos que tenían lugar en la flota enviada el año anterior. Así, cuando Juan da Nova dejó Lisboa en la primavera de 1501, la noticia de la verdadera situación político-religiosa en Asia aún se desconocía en Portugal. Por esta razón, el monarca, seguro de que el rey Samorín era cristiano y convencido de que la poderosa armada de Cabral había creado las condiciones para el establecimiento pacífico en Calicut, en 1501, una pequeña flota compuesta tan sólo por cuatro navíos, de los cuales dos pertenecían a particulares: uno de ellos, a don Álvaro, hermano del Duque de Braganza y otro a Bartolomé Marchioni mercader florentino establecido en Lisboa.

Este episodio demuestra las grandes dificultades creadas por la expansión en regiones tan distantes: las decisiones de la Corona eran tomadas basándose en hechos que habían perdido vigencia y que eran sustituidos por otros más recientes —los capitanes podían, de esta manera, adaptar las órdenes reales a los cambios que, entretanto, habían tenido lugar.

Juan da Nova encontró un mensaje de Pero de Ataíde (uno de los capitanes de la armada de Cabral) en la aguada de San Bras. De esta manera, supo que no encontraría ninguna factoría ni en Sofala ni en Calicut y que el enfrentamiento era abierto. Asimismo, supo que debía dirigirse hacia Cochín, en donde había permanecido un administrador portugués, pudiendo escalar el puerto de Cananor. Tras encontrar otros mensajes en distintos puertos africanos, la nueva armada llegó a la India, en donde le aguardaba una flota en Calicut. Sin embargo, a pesar de que la fuerza naval portuguesa contaba apenas con cuatro unidades, consiguió vencer al enemigo, hundiendo varias embarcaciones —la movilidad de sus naves junto con la utilización adecuada de la artillería ofrecían a los portugueses una superioridad absoluta en el mar—. Esta misma ventaja permitió a Juan da Nova asaltar y hundir dos navíos comerciales de Calicut. Los hombres que se dirigían a la India «estaban

acostumbrados a pelear contra los moros» [13], según lo expresó Juan de Barros. Se trataba de marineros habituados a las luchas en el África y el Estrecho de Gibraltar. Notamos que al entrar en competencia y en conflicto con los musulmanes, los portugueses trasladaron al Índico la piratería que practicaban hacía más de dos siglos cerca de las costas de Marruecos y el reino moro de Granada.

Los informes de que disponemos acerca de esta expedición son escasos. Sin embargo, sabemos que, a pesar de la creación de una nueva factoría en Cananor, Juan da Nova no llegó a realizar transacciones en Cochín por no disponer de oro para pagar las especias, pero en Cananor se benefició del interés deliberado de los comerciantes locales en relacionarse con los portugueses para poder transportarlas.

Es probable que la preparación de estas flotas respondiese sobre todo a la profundización del conocimiento acerca de la India meridional así como de sus mercados. «Las expediciones de Cabral y de Juan da Nova se inscriben en un período de prospección intensa. Lo que es evidente para la primera (el descubrimiento de Brasil, reconocimiento del Cuerno de África) lo es igualmente para la segunda: una escuadra compuesta por cuatro caravelas —como lo fue la de Vasco da Gama—, la ausencia de dinero —indispensable en los mercados de la India—, una misteriosa escala revelada oficialmente por las autoridades venecianas y un cargamento mediocre llevado hasta Lisboa, evocan en su conjunto un viaje de exploración antes que una misión de aprovisionamiento» [14].

La presencia permanente en Malabar (1502-1505)

Las noticias que trajo consigo Pedro Álvares Cabral acarrearon, tal como vimos, «muchas dudas en la opinión de personas notables de este Reino con respecto a los beneficios de una conquista tan remota y tan llena de peligros» [15].

[13] J. de Barros, *Ásia*, I, V, 10.

[14] G. Bouchon, «A propos de l'inscription de Colombo (1501), quelques observations sur le premier voyage de João da Nova dans l'Océan Indien», en *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. XXVIII, 1980, pp. 233-270, 263-264.

[15] J. de Barros, *Ásia*, I, vi, 1.

Pero don Manuel (entusiasmado, sin duda, por el hecho de que sus súbditos llegasen a países a los cuales ni romanos ni griegos habían alcanzado) no podía abandonar la India. De ser así, habría tenido que desistir de sus proyectos de alianza con el Preste Juan y sus sueños de gloria. Era importante comenzar neutralizando la oposición musulmana al comercio luso en Malabar, la victoria en aquella región representaría la viabilidad económica de la presencia portuguesa en el Índico y el éxito de un bloqueo al tráfico de Calicut provocaría el desgaste del antiguo enemigo. Manuel I tenía que dominar el comercio de las especias para poder llevar la Guerra Santa a Oriente Próximo y para ello debía romper la *pax islamica* que reinaba en el Índico.

Entre 1502 y 1505, la atención de los portugueses se centró esencialmente en la costa de Malabar, pero la guerra que tuvo lugar en aquellos años no fue tan sólo una lucha entre dos grupos de navegantes por el dominio de una ruta comercial altamente lucrativa y de gran valor estratégico, sino que fue también una guerra entre cristianos que sostenían en tierra los reinos hindúes de Calicut y Cochín, enemigos ancestrales, divididos desde hacía mucho tiempo por la rivalidad comercial y por divergencias fronterizas y que procuraban aprovechar la nueva situación para extender sus dominios y beneficios a costa de su vecino. No obstante, en la retaguardia se encontraban aún los florentinos y los genoveses, por un lado, y los venecianos, por otro, incitando y apoyando a las partes en conflicto. La lucha que entonces se tramaba en el sudoeste de la India se relacionaba también con la antigua rivalidad que existía desde hacía siglos entre las principales ciudades del estado italiano. Es en un contexto complejo y global en el que deben ser entendidos los acontecimientos a los que nos referiremos a continuación.

El perfil del imperialismo marítimo portugués

En el año de 1502, Manuel I mandó una nueva armada aún más poderosa en dirección al Índico, compuesta por veinte navíos, bajo el mando de Vasco da Gama, que fue nombrado almirante de los «mares de Arabia, Persia, India y todo el Oriente».

De las veinte velas que partieron, cinco debían permanecer en la India bajo las órdenes de Vicente Sodré, con el propósito de proporcionar el apoyo a las factorías y efectuar el ataque a los navíos comer-

ciales de Calicut. Resulta evidente que comenzaba a esbozarse el proyecto de una presencia militar permanente en la India, cuya misión no sólo consistía en la defensa de grandes depósitos de mercancías de los portugueses, sino también en el ejercicio del bloqueo al tráfico musulmán —una tarea que no era posible llevar a cabo con la simple presencia estacional de las flotas en el Índico.

Pero al llegar a aguas orientales, Vasco da Gama tenía otra misión: lograr el reconocimiento de la autoridad imperial del monarca portugués por parte del rey de Quilón. Éste, acosado por una armada tan poderosa, aceptó rendir vasallaje al rey de Portugal y pagar un tributo (las parias), por un valor de 500 miticais de oro al año.

De esta manera, resulta posible observar que el interés de don Manuel era de superponerse a las autoridades establecidas en las zonas ribereñas del Índico y no propiamente el de realizar allí conquistas territoriales. Se extendía al Oriente una práctica que tenía raíces antiguas en la Península Ibérica: primero, habían sido los reinos cristianos de la Hispania septentrional quienes tuvieron que pagar grandes sumas al todopoderoso Califato de Córdoba y, cuando la situación militar se invirtió, fueron los reyes de León y de Castilla quienes recibieron parias de los reinos de Taifas (las pequeñas entidades políticas en que se había fraccionado el califato andaluz (incluyendo el reino de Granada). Esta práctica se extendió a la expansión portuguesa desde el reinado de Juan II: la Corona recibía tributo de varias ciudades del litoral atlántico marroquí, que, ante la inestabilidad política que se extendía por el país, preferían aliarse pacíficamente con Portugal.

La exigencia del pago de las parias impuesta a Quilón constituía, asimismo, un intento de pacificación del África oriental. Ciertamente, resultaba difícil consolidar la presencia lusa en la India sin que en la costa africana reinase la paz, en vista de que se trataba de una zona fundamental para el apoyo de las flotas en su trayecto transoceánico, así como para su abastecimiento en oro, con el propósito de comprar especias.

Se inició entonces la política que implicaba la utilización de emblemas de identificación [16] —aunque sólo comenzó a partir de 1505—:

[16] Vocablo empleado con la significación de pasaporte o salvoconducto para navegar. Es de origen arábigo, *girtas* (papel, documento) y ya se utilizaba en los mares de

los portugueses, al detentar el dominio del Océano, procedían a conceder licencias de navegación a sus súbditos y aliados, reservándose el derecho de atacar todos aquellos navíos que no los poseyesen. Analizaremos con más detalle este sistema más adelante en esta obra [17], pero es importante señalar desde este momento que, mediante esta imposición, se definía con mayor nitidez el imperialismo marítimo que Portugal habría de extender gradualmente a una vasta región del Índico.

En la India, Vasco da Gama profundizó en su alianza con el rey de Cananor y, sobre todo, con el de Cochín, el más interesado en la amistad con los portugueses, debido a su política regional, tal como mencionamos anteriormente. Una menor facilidad de relación con el rey de Cananor no resultaba extraña si se considera el hecho de que allí existía otra comunidad poderosa de mercaderes musulmanes, así como el hecho de que el rey local, respetando la tradición del gobierno hindú, no quería entrometerse en las disputas por el dominio de los mares [18].

Durante su presencia en la India, Vasco da Gama interceptó, asimismo, navíos de los «moros de La Meca» y entabló nuevas relaciones con Calicut. El rey Samorín, ciertamente preocupado por el poder de las flotas cristianas, procuraba encontrar una solución pacífica al conflicto. Pero de momento, los portugueses no la deseaban y efectuaron nuevos ataques como el que tuvo lugar en 1500. Por esta razón, el almirante realizó una demanda desorbitada a cambio de la paz: la expulsión de todos los musulmanes residentes en Calicut, lo que era, naturalmente, inaceptable para el rey Samorín, puesto que su salida provocaría la ruina del Reino. Las condiciones impuestas por Vasco da Gama no se adecuaban en lo más mínimo a la realidad social de la región. Ciertamente, los musulmanes no constituían un simple grupo de extranjeros desligados de la población restante indiana, sino que constituían una especie de casta que cumplía una función social muy concreta

Oriente antes de que los portugueses comenzaran a ponerlo en práctica con el propósito de controlar mejor los intercambios comerciales realizado a lo largo de las rutas del Índico. Cf. S. R. Dalgado, *Glossário Luso-Asiático*, Coimbra, 1919, s.v.

[17] Ver cap. 1 del tercer volumen de esta obra.

[18] Sobre las relaciones de los portugueses con el reino de Cananor en el transcurso de este período, ver G. Bouchon, *Mamale de Cananor, un adversaire de l'Inde portugais*, Ginebra-París, 1975.

y complementaria a los intereses del país, tal como sucedía con las diferentes castas hindúes [19]. Los intereses de Calicut se confundían, pues, con los de los detentores de la ruta del Mar Rojo. En contrapartida, toda la estrategia portuguesa de debilitamiento del Islam iba contra los intereses de unos y de otros. Ante el natural fracaso de las negociaciones, la armada portuguesa bombardeó la ciudad de Calicut durante dos días. La potencia marítima recién llegada castigaba, de esta manera, a los colaboradores del enemigo.

Posteriormente, el almirante firmó contratos comerciales con Cochín y Cananor, consiguiendo fijar un precio a las especias y mejores condiciones para las factorías que dejaba en ambos puertos.

Así, tuvo lugar el primer contacto formal con una comunidad cristiana siro-malabar. El encuentro tuvo lugar en Cranganor, sin mayores repercusiones en aquel momento. Si bien es cierto que en 1503 y 1504, los cristianos de Coulán participaron activamente en el abastecimiento de especias en las flotas lusas, las relaciones con esta cristiandad sólo se profundizaron más adelante, después de concluido el proceso de establecimiento de los portugueses en la región.

Una vez cargadas sus naves, la flota de Vasco da Gama regresó al Reino, dejando allí los navíos de Vicente Sodré.

Mientras que los estrategas portugueses buscaban el aniquilamiento de Calicut, el rey Samorín y sus aliados musulmanes comprendieron que la expulsión del adversario pasaba por la destrucción de su principal aliado local, el rey de Cochín. Aprovechando la ausencia de los navíos lusos, el rey Samorín lo atacó durante los primeros meses de 1503 y ocupó su capital. El rey de Cochín, sin embargo, consiguió refugiarse en la isla de Vaipín, región situada frente a la isla de Cochín, que era considerada tierra sagrada por los hindúes, en donde estaba prohibido combatir. Fue allí donde el rey y los portugueses que había permanecido en aquel territorio aguardaban la llegada de nuevas tropas.

Como es posible observar, Cochín no fue defendida por las fuerzas de Vicente Sodré. Tras dejar desprotegida la región, en donde todo se decidía, el capitán y sus compañeros habían preferido navegar hacia la

[19] Sobre la influencia y el grado de penetración de las comunidades musulmanas en Malabar a comienzos del siglo XVI, ver G. Bouchon, «Les Musulmans du Kerala à l'époque de la découverte portugaise», en *Mare Luso-Indicum*, vol. 2, Ginebra, 1973, pp. 3-59.

entrada del Mar Rojo para darse a la caza de los navíos mercantes musulmanes. De esta manera, se comenzó a esbozar muy pronto una divergencia que sería notoria, en muchas ocasiones, entre los intereses de la corona portuguesa y el de los capitanes que las servían en aquellas tierras. De éstos, la mayoría prefería, sin duda, la piratería y el comercio privado a la continuación de la política real, sobre todo cuando ésta les imponía sacrificios y riesgos sin la perspectiva de beneficios sustanciosos [20]. Posiblemente, en las inmediaciones del Mar Rojo, Vicente Sodré y su hermano Blas Sodré perecieron poco después en un naufragio, mientras que los tres navíos restantes se unieron posteriormente a los que habían salido del Reino en 1503.

Las primeras fuerzas permanentes en Malabar

En 1503, Manuel I dejó de enviar fuertes armadas a la India, prefiriendo organizar tres pequeñas flotas: dos en dirección al Malabar, bajo las órdenes de Francisco de Albuquerque y de su primo Alfonso (que más tarde habría de adquirir fama por su administración de la India) y otra hacia la entrada del Mar Rojo, a cargo de Antonio de Saldanha. Esta última estaba destinada únicamente al bloqueo del comercio musulmán de las especias.

Al enviar una flota aislada hacia el Mar Rojo, el monarca liberó a los primos Albuquerque de las numerosas tareas que suponía el control sobre la costa oriental africana. La llegada de los portugueses al Índico también alimentaba allí guerras antiguas, así que, después de que uno de sus capitanes, Rui Loureiro, impusiera el pago de parias al rey de Zanzibar, toda la armada de Saldanha se empeñó en auxiliar al rey de Melinde, asediado por el de Mombasa, en una situación muy semejante a la que se vivía entonces en Malabar y, tal como sucedía en la India, también allí fue decisiva la superioridad naval lusitana.

Con la llegada al Malabar de los navíos de Francisco de Albuquerque, acompañados esta vez por aquéllos que habían permanecido durante el año anterior a las órdenes de Brás Sodré, seguidos poco des-

[20] En el capítulo 2 del 3.er volumen de esta obra se analizará este tema de forma más detallada.

pués por la aparición de las velas de Alfonso de Albuquerque, los portugueses contaban nuevamente con una fuerza considerable en la región, pero antes de la llegada de su primo, Francisco, había expulsado rápidamente las tropas de Calicut, devolviendo, así, al rey aliado, su capital.

Ante la situación existente, era evidente que no bastaba tomar represalias contra Calicut, era necesario dotar a Cochín de medios de defensa eficientes, por lo que se decidió la construcción de un fortín de madera en donde se instalaría una guarnición que sustentaría la causa luso-cochinense después del regreso de las flotas al Reino. Mientras tanto, la guerra había paralizado la circulación de pimienta en la región, lo que llevó a los portugueses a establecer relaciones con otro abastecedor, el reino de Coulán.

> La táctica de Calicut, que consistía en implementar un bloqueo continental a los portugueses, había fracasado. Ésta habría de conducir a los portugueses en 1500 hacia Cochín, en 1501 Cananor y en 1503, abrirían una tercera factoría en Coulán [21].

En diciembre de 1503, Francisco de Albuquerque consiguió establecer un acuerdo de paz y comercio con el rey Samorín [22], pero poco después se reanudaron las hostilidades, por lo que era evidente, nuevamente, que Calicut retomaría la ofensiva, por lo que las embarcaciones lusas regresaron a su país. Cabía pensar que la guarnición de la fortaleza podría impedir que se repitieran las razzias del año anterior.

Aquélla fue la primera construcción militar edificada por los portugueses en la India y su mando fue entregado, finalmente, a Duarte Pacheco Pereira, quien había destacado anteriormente, en los tiempos de Juan II, tanto en la exploración del Océano Atlántico como en las negociaciones del tratado de Tordesillas, que, probablemente, ya había viajado a la India con Juan da Nova. Con él permanecieron cerca de

[21] J. Aubin, «L'apprentissage de l'Inde. Cochin 1503-1504», en *Moyen Orient & Océan Indien*, vol. 4, París, 1987, pp. 1-96, 30.

[22] Idem, *ibidem*. Se trata del estudio más detallado sobre las flotas que fueron a la India en el año 1503.

El texto del acuerdo puede verse en F. de Montalbodo, *Paesi novamente retrovati per la navigatione di Spagna in Calicut*, Vicenza, 1507.

150 hombres y tres embarcaciones. Cabe destacar que la fortaleza no representaba de forma alguna la ocupación de un espacio en la India por parte de los portugueses, puesto que la soberanía del territorio seguía perteneciendo íntegramente al rey de Cochín. La presencia de aquella fuerza lusa era el resultado de la existencia de una estrategia común, tal como había sucedido, por ejemplo, hacía cerca de un siglo, cuando las fuerzas inglesas habían auxiliado a los portugueses en la guerra contra Castilla [23].

Consideramos importante señalar que durante este primer viaje a la India, Alfonso de Albuquerque organizó un grupo de orientales que le acompañaron y le informaron detalladamente acerca de las estructuras del comercio marítimo asiático. A partir de entonces, éste comenzó a idear la imagen de un imperio marítimo sólido, que, años más tarde habría de fundar en aquellas aguas. También cabe resaltar otro pormenor significativo: el hecho de que el rey Manuel enviase a la India a dos capitanes totalmente independientes el uno del otro es, ciertamente, un indicio más de las divisiones existentes en la Corte —al parecer, los dos primos representaban las dos tendencias que se debatían en el Reino—. El nombramiento de Francisco mantenía satisfechos a aquéllos que pertenecían al partido anti-imperialista y el de Alfonso, satisfacía los intereses del propio monarca. En su artículo *L'apprentissage de l'Inde. Cochín 1503-1504*, Jean Aubin analiza detalladamente el problema y resalta, por ejemplo, el hecho de que Francisco, más vinculado a los valores de autonomía de la nobleza, había denominado el fortín construido por ellos *Castillo Albuquerque*, mientras que Alfonso, identificado con los ideales centralistas de la Corona, le puso el nombre de *Castillo Manuel* —el primero procuraba fijar el nombre del hidalgo que había ordenado la construcción de la fortaleza y el segundo evocaba la figura del rey que les había enviado hasta allí—. Cabe señalar que fue también Francisco de Albuquerque quien condujo solo las negociaciones que llevaron al acuerdo momentáneo con Calicut, lo que tiene sentido si recordamos que era la corriente imperialista la que pugnaba entonces por una penetración pacífica en los asuntos de Oriente.

[23] Acerca del significado de la alianza anglo-portuguesa de finales del siglo XIV, ver J. Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa, constantes e linhas de força*, Lisboa, s/f, pp. 28-30.

En marzo de 1504, comenzaron los ataques del rey Samorín. Durante los meses siguientes, millares de guerreros lanzaron sucesivos ataques contra Cochín, pero aquel puñado de portugueses, a pesar de su número reducido, logró rechazarlos uno a uno. Duarte Pacheco Pereira y sus hombres, beneficiándose, sin duda, de la calidad de su armamento, tanto de carácter ofensivo como defensivo, así como de una situación estratégicamente favorable (se trataba de la defensa de una isla y no de una posición en campo abierto) y sobre todo de un ánimo y una disciplina propios de quien, en lugares remotos, sólo tiene como alternativa la victoria o la muerte, mantuvieron abierto el puerto de Cochín a pesar del débil apoyo ofrecido por las fuerzas locales, sobre todo en los momentos cruciales [24]. Garantizada por tierra la seguridad de Cochín con la llegada de la armada en 1504, los portugueses pasaron a la ofensiva.

La derrota de Calicut

En setiembre de 1504, llegó a la India Lope Soares de Albergaria con once velas y una tripulación de 1.300 hombres. Manuel I había procurado, de esta forma, aumentar la capacidad del transporte de las especias, al mismo tiempo que dotaba al capitán mayor de medios poderosos para proseguir la lucha contra Calicut. Resultaba muy impresionante para los hindúes «la puntualidad de los navegantes portugueses, fieles al encuentro con el fin del monzón y les sorprendía también, durante estos primeros años, que aquéllos consiguieran vencer las tempestades en dos Océanos» [25].

Tras la llegada de los navíos a Cananor, el capitán mayor fue requerido para negociar, una vez más, la paz con Calicut. La situación política en este reino se deterioró, puesto que el rey Samorín, desprestigiado a causa de las proezas de Duarte Pacheco Pereira, se disponía

[24] Cabe encontrar una descripción más detallada de los combates que se desarrollaron en Cochín durante el invierno de 1504, en el manuscrito anónimo *Crónica do Descobrimento e Conquista da India pelos Portugueses*, Lisboa, 1986 (edición anotada por L. de Albuquerque), caps. 36-58.

[25] G. Bouchon, «Le premier voyage de Lopo Soares en Inde (1504-1505)», en *Mare Luso-Indicum*, vol. 3, París, 1976, pp. 57-84, 72.

a abandonar el poder. Esto dio lugar a que la armada portuguesa, al fondear en las inmediaciones de la capital, se viese obligada a esperar sin que se avanzara en las conversaciones. La demora fue reavivando en el capitán mayor la desconfianza resultante de las luchas anteriores, agravada, además, por el hecho de que los hindúes se negaban a entregar a dos espías venecianos que habían llegado a Oriente a bordo de navíos portugueses y que después se habían puesto al servicio del rey Samorín. Interpretando el impasse como una maniobra dilatoria, Lope Soares bombardeó la ciudad y continuó su ruta hacia Cochín.

Mientras que las naves procedían a embarcar las especias en Cananor, Cochín y Coulán, los guerreros embarcaron en navíos más pequeños. Había llegado el momento de ayudar al rey de Cochín en sus luchas territoriales. Lope Soares, que llevaba consigo una carabela, 15 chalupas y 20 paraos, procedió a atacar Cranganor, entonces dominada por Calicut y que estaba defendida por cinco grandes naves y 80 paraos. Una vez más, la energía y la disciplina de los portugueses fueron decisivas: éstos capturaron tres navíos grandes y 35 paraos y ocuparon la ciudad. Cuando los soldados se preparaban para el saqueo, el capitán mayor lo impidió a petición del rey de Cochín, puesto que deseaba gobernar pacíficamente y, de esta manera, no le sería posible aplicar impuestos a los ciudadanos de Cranganor si éstos eran asaltados. Las sucesivas derrotas de las armadas del rey Samorín llevaron a uno de sus vasallos, el rey de Tanor, a abandonarlo y a atacar sus fuerzas, procurando aliarse con Cochín y los portugueses. La guerra sostenida en tierra entre los hindúes seguía así un rumbo semejante a la que tuvo lugar en el mar —el bloque luso— cochinense vencía en toda la línea.

Al prepararse para regresar al Reino, Lope Soares sabía que los intereses portugueses quedaban bien asegurados. En la empalizada de Cochín permanecía, nuevamente, una guarnición, esta vez bajo las órdenes de Manuel Teles, pero no se esperaban ataques importantes de las fuerzas por parte del enemigo. Fue al comienzo del viaje de retorno de esta flota cuando éste dio el golpe de gracia a las esperanzas de Calicut, al hundir, del 31 de diciembre de 1504 al 1 de enero de 1505, los navíos de gran porte que llevaban la carga anual de especias de Malabar hacia El Cairo. Cabe señalar que en esta batalla naval no tomaron parte las naves portuguesas: Lope Soares atacó la flota enemiga, llevando apenas 360 hombres, distribuidos en una carabela y 15 chalupas, sin poner en peligro, de esta manera, el cargamento de especias destinado a Lisboa.

Durante el combate, los portugueses perdieron tan sólo a unos 25 hombres y 160 resultaron heridos, cifras que demuestran, una vez más, una aplastante victoria. Tal como referimos anteriormente, estos sucesivos triunfos se debían, esencialmente, a la gran capacidad de maniobra de las embarcaciones, junto a la eficacia de la artillería. Se imponía una nueva estrategia de combate en el Índico: allí, los navegantes estaban habituados a resolver las batallas mediante el abordaje y los combates cuerpo a cuerpo; si hacían uso de la artillería, esto constituía una maniobra preparatoria para el abordaje, realizando disparos elevados contra los mástiles de los barcos enemigos, de manera que quedaban inmovilizados. Los recién llegados, sin embargo, obtenían ventaja realizando disparos que apuntaban a la línea de agua, produciendo orificios en los cascos y el hundimiento de las naves enemigas. Sólo en aquellos casos en que deseaban proceder al saqueo, evitaban hundirlos y recurrían al abordaje, lo que en combate contra armadas poderosas era de evitar. Esta es la razón por la cual morían tan pocos portugueses y, de esta manera, fue posible imponer un nuevo orden en el Océano, con tan pocos medios humanos.

Consumada la victoria portuguesa, a Calicut le restaba apelar al otro gran perjudicado por esta situación —el Soldado de El Cairo, cabecilla del imperio otomano—. En los años siguientes, el rey Samorín y los comerciantes musulmanes del Malabar aguardaron ansiosamente la llegada de una armada egipcia capaz de expulsar a los cristianos del Índico.

El Soldado comenzó a amenazar al papa, diciéndole que destruiría los santuarios sagrados de Jerusalén si los portugueses no se retiraban de las aguas orientales. El Sumo Pontífice alcanzó a enviar un emisario a Portugal, sin embargo el rey Manuel I no alteró sus planes. Mientras tanto, el sultán egipcio pasó de la intimidación a la acción, iniciando la organización de una poderosa flota. Cabe resaltar que habría resultado más simple la construcción de estos navíos en el propio Índico, abundante en madera, a diferencia de Egipto. Sin embargo, el prestigio político-religioso de que disfrutaban los mamelucos en el seno del Islam sunní se superpuso al pragmatismo militar o, tal vez, éste temía un ataque portugués a los astilleros antes de reunir la flota. Por esta razón, el Soldado tuvo que mandar transportar la madera desde Líbano hasta el estrecho de Suez, lo que era, naturalmente, una maniobra lenta y compleja. Los mamelucos, debilitados por la decadencia del régimen, bruscamente acelerada por el bloqueo impuesto a la ruta de las espe-

cias, se vieron obligados a pedir ayuda a otro gran imperio musulmán: el de los turcos otomanos, cuyo centro era Estambul (la antigua Constantinopla, que en aquel momento dominaba los Balcanes en Europa y la región de Anatolia en Asia. La victoria de los portugueses en la guerra del Malabar afectaba la estrategia de los poderosos musulmanes del Oriente Próximo. Mientras que Lope Soares imponía en el Índico la voluntad del rey de Portugal, éste preparaba en el Reino otra gran flota y procedía a enviar a aquella región distante a un representante permanente. En la primavera de 1505 partía hacia la India don Francisco de Almeida, primer virrey de la India.

El establecimiento en el Índico (1505-1509)

Durante los cuatro años siguientes (correspondientes al gobierno de don Francisco de Almeida, los portugueses extendieron su presencia prácticamente a todo el Mar Arábigo —el Índico occidental—: sometieron la costa oriental africana, establecieron contactos con la isla de Ceilán y con diversos puertos del litoral de la India hasta la región de Cambay, conquistaron la isla de Socotora, atacaron la región costera de Arabia y asediaron Ormuz, la puerta de acceso al Golfo Pérsico. Asimismo, se realizó en este período el primer viaje de exploración hacia el Extremo Oriente hasta la Malasia. Al mismo tiempo, los mamelucos, apoyados por mercenarios turcos, preparaban la venganza. La estrategia del virrey fue, pues, condicionada por la inminencia de un fuerte ataque musulmán. Cuando éste tuvo lugar, las fuerzas portuguesas ya habían consolidado posiciones y continuaban siendo prácticamente imbatibles.

Entretanto, en el Reino, Manuel I, deslumbrado por los éxitos de sus súbditos, daba señales de una ambición desmedida propia de alguien que, como vimos, se consideraba un elegido y protegido del cielo.

La euforia de Manuel I

En 1505, a pesar de seguir sin tener noticias del Preste Juan, el monarca portugués se preparaba para organizar una Cruzada con el pro-

pósito de reconquistar Jerusalén [26]. Algunos de sus más íntimos consejeros desarrollaban una intensa actividad diplomática, procurando atraer a la causa manuelina al Papa y a los príncipes cristianos [27]. Sin embargo, las divisiones que, desde hacía mucho afectaban gravemente a la *Respublica Christiana*, agravadas por el creciente individualismo de los estados nacionales en vías de consolidación, convertían el proyecto en algo prácticamente imposible. Esa imposibilidad práctica de llevarlo a buen término no era percibida aún con nitidez. Lejos de constituir un quijotismo arcaizante, el sueño para recuperar Jerusalén permanecía vivo en la cristiandad y varios soberanos, además de don Manuel, lo compartían, especialmente, Fernando el Católico, su suegro, el rey de Inglaterra y, sobre todo, el de Escocia [28]. Pero en vista de que cada uno de ellos deseaba para sí la gloria de la conquista, la cooperación entre los distintos reinos se tornaba imposible, por lo cual el proyecto estaba destinado al fracaso. Además, si alguno de los aliados con que soñaba don Manuel se limitaban a hacer oídos sordos a sus propuestas, otros, como el rey de Escocia, iban aún más lejos, desarrollando una intensa actividad diplomática destinada a neutralizar y hacer abortar *in ovo* la Cruzada manuelina.

Entretanto, don Manuel mandaba imprimir en el extranjero (especialmente en Italia y en Alemania) relatos acerca de las victorias de los portugueses en el Índico [29]. De esta manera, procuraba ganar gran prestigio y, aparentemente, preparar el terreno para asumir el título de emperador. Deslumbrados por la vertiginosa sucesión de los acontecimientos desde que don Manuel ascendiera al trono, sus nombres buscaban afanosamente en los libros proféticos de la Biblia vaticinios que corro-

[26] Cf. D. Charles-Martial de Witte, «Un projet portugais de reconquête de la Terre Sainte (1505-1507)», en *Congresso Internacional de História dos Descobrimentos-Actas*, Lisboa, 1961, vol. V, 1.ª parte, pp. 419-449.

[27] Los dos diplomáticos principales que procuraron defender y reivindicar el sueño del Afortunado en diversas cortes europeas fueron Duarte Galvão, el gran artífice de la ideología imperial de don Manuel y fray Enrique de Coimbra, un franciscano que condujo al grupo de religiosos que acompañó a Pedro Álvares Cabral en su viaje a la India en 1500. Sobre sus vidas pueden consultarse los siguientes estudios: J. Aubin, «Duarte Galvão», en *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. IX, París, 1975, pp. 43-85; Fr. F. Lopes, «Frei Henrique de Coimbra, o missionário, o diplomata, o bispo», en *Studia*, n.º 37, Lisboa, 1973, pp. 7-120.

[28] Cf. L. F. Thomaz, «L'idée impérial manuéline» [...], ant. *cit.*, pp. 56 y 62.

[29] Ver A. A. Banha de Andrade, *op. cit.*, pp. 433-442.

borasen que estaba por cumplirse el preludio del fin de los tiempos y era inminente el advenimiento del rey mesiánico. Se dedicaban a interpretar, en particular, el *Apocalipsis de San Juan*, que anunciaba la «caída de Babilonia, la gran prostituta» (Ap. 17-18). Babilonia era para el autor sagrado un símbolo del Imperio Romano, que entonces oprimía a la cristiandad en ciernes; ahora se tornaba más fácil identificarla con el Imperio Otomano, ya que su capital se encontraba en El Cairo, ciudad cuyo nombre bizantino, divulgado con las Cruzadas, era Babilonia y cuyo soberano era conocido en Europa por «Soldado de Babilonia» [30].

De este período data precisamente un texto de Duarte Pacheco Pereira, el héroe de Cochín, que narra la euforia que animaba a los miembros del partido imperialista —aquellos que compartían con don Manuel tan grande entusiasmo—. Se trata del prólogo de su libro *Esmeraldo de Situ Orbis*:

> Y entre todos los príncipes occidentales de Europa, Dios sólo quiso escoger a Vuestra Alteza, para que éste supiese, recibiese y poseyese los tributos de los reyes y príncipes bárbaros de Oriente, que Roma, en tiempos de prosperidad, cuando dominaba gran parte del orbe, nunca pudo sojuzgar o hacer pagar tributo, los que, con el fin de oponerse al sometimiento, asesinaron al valeroso caudillo Marco Crasso (...) encontrándose la ruta de vuestros caballeros tan avanzada en tierras, índicos mares y asiáticas riberas, como habrían de relucir las grandes hazañas de Alejandro, cuyo paso resuelto estaría acompañado por las armas y flotas portuguesas, que por vuestro mandato y virtud tan grandes hechos realizan, acrecentan vuestra gloriosa fama, de manera que se extienda por toda Europa y África, Egipto, Arabia, Persia, entre los elamitas, los babilonios, los caldeos, los medos, los asirios, los partos, los fenicios, los palestinos, penetrando y dejando a su paso a los extensos y feroces pueblos escitas y los opulentos pueblos de la India, y por tanto, podemos decir que la gloria de vuestras victorias, la alabanza de vuestro nombre y la gran navegación y conquista pasan por Menelao y por Ano Cartaginense, así como por Eudoxo, sobre quienes los antiguos autores hacen gran fiesta y mención, así como por todos los reyes y príncipes, vuestros antecesores. Y puesto que,

[30] Cf. L. F. Thomaz, «BABILONIA, Sultão ou Çoldão de», en *Dicionário de História de Descobrimentos*, 3 vols. (en prensa).

> en tan poco tiempo, Vuestra Alteza ha descubierto casi 1.500 leguas, más que todos los antiguos y modernos, las cuales nunca fueron conocidas ni navegadas por nación alguna de éste nuestro occidente (...) ¿Pero, qué elocuencia será tan perfecta para poder mencionar el peso de tan grandes hazañas como las de nuestro César Manuel? Acá, Marco Tulio, el más excelente de los latinos, y Homero y Demóstenes, los principales oradores griegos, que por excelencia su elocuencia entre todos los mortales hasta ahora floreció, ciertamente sus manos habrían de temer escribir hechos de tanta grandeza [31].

De esta manera se expresaba la dimensión y el significado del expansionismo portugués en la India, lo que no constituía un mero ejercicio de retórica o simple propaganda política, sino la expresión de una ideología mesiánica en todo semejante a la que Colón impulsara al otro lado del planeta.

Además, el proyecto de Cruzada, arriba mencionado, en el Mediterráneo (un plan que, por sí solo demostraba la excesiva confianza que el monarca tenía en sí mismo), la política manuelina procuraba extenderse, al mismo tiempo, a numerosos frentes. En Marruecos, la red de fortalezas se acrecentaba, expandiéndose hacia el sur, por toda la costa del país y en Oriente pretendía ampliar el sistema de alianzas y vasallaje que harían del rey portugués un emperador universal *de facto*, aunque no lo *fuese de jure*. En sus cartas dirigidas al virrey, don Manuel insistía, de hecho, en que estableciese una alianza con Vijayanagar, el gran imperio hindú de la India meridional, que mantenía una guerra secular contra los poderosos musulmanes de Decán y, al mismo tiempo, le ordenaba que enviase noticias a Occidente sobre el Preste Juan y que en Oriente contactase con Malaca, el eje comercial de Insulindia. Era, pues, un plan extremadamente ambicioso que desagradaba enormemente al partido anti-imperialista, al que pertenecía, sin duda, el virrey. Y tal como era previsible, don Francisco de Almeida realizó pocos esfuerzos para llevar a cabo estas misiones, limitándose a garantizar la supremacía portuguesa en los mares, como veremos más adelante.

[31] D. Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis*, Lisboa, 1975, pp. 16-18 (reproducción anastática de la edición crítica comentada por A. E. Silva Dias, Lisboa, 1905, pp. 16-18.

Antes, resulta importante destacar que esta gran concentración de esfuerzos en el Índico y en Marruecos daba lugar a un desinterés casi total por el litoral brasileño. El monarca portugués había llegado, incluso, a prohibir los intentos de plantación de especias orientales en los territorios atlánticos [32]. Esta medida es, en nuestra opinión, el mejor ejemplo para ilustrar el hecho de que las motivaciones expansionistas de don Manuel eran de carácter esencialmente político-religioso, relacionándose, sobre todo, con la idea de Cruzada. Ciertamente, en caso de resultar exitosa, la transferencia de la producción de especias hacia el Atlántico habría proporcionado extraordinarias ventajas económicas a los portugueses, debido a la disminución del coste del transporte, al control de la producción y a una menor dispersión de los esfuerzos. El propio sistema comercial mundial sufriría, en efecto, perturbaciones significativas, pero aquel eventual enriquecimiento de las arcas habría significado la ruina del comercio de las especias orientales, aquello que sustentaba la presencia lusa en el Índico.

Manuel I no perseguía objetivos de lucro, sino de conquista. Es, sin duda, sorprendente el hecho de que si la expansión portuguesa era en aquel momento una de las fuerzas que conducían al mundo hacia la modernidad, sus dirigentes continuaban actuando en función de ideales que residían profundamente en un espíritu medieval.

La política de don Francisco de Almeida

Don Francisco de Almeida, al frente de 20 naves y 1.500 hombres tenía la misión de consolidar la presencia portuguesa en Oriente: a este propósito debía profundizar y diversificar tanto las relaciones diplomáticas como las comerciales [33]. Aunque don Manuel soñaba con la conquista de la Tierra Santa, no exhortaba a su virrey a ocupar territorios ni de los musulmanes ni mucho menos de los paganos. Deseaba, esen-

[32] Cf. J. R. do Amaral Lapa, *O Brasil e as Drogas do Oriente*, São Paulo, 1966, p. 8.

[33] Resulta particularmente interesante la lectura del estatuto otorgado por D. Manuel a D. Francisco (5 de marzo de 1505), en *Cartas de Afonso de Albuquerque sequidas de documentos que as elucidam*, 7 vols., Lisboa, 1884-1935, vol. 2, pp. 272-334.

cialmente, hacer reconocer su poderío, su autoridad sobre el Océano y detentar el control de ciertos puntos neurálgicos.

Interesados en el oro africano, que circulaba, sobre todo, en Sofala y que era necesario para la adquisición de las especias indianas, los portugueses comenzaron a dirigir su atención hacia Cambay, región productora de tejidos, muy apreciados por los africanos. Uno de los principales objetivos de don Francisco era el control de este triángulo comercial entre el Malabar, Cambay y África Oriental. Una vez más, vencía la autosuficiencia del Índico, puesto que Europa no contaba con productos que suscitasen en Oriente una demanda semejante a la que producían las especias, la seda y los tejidos asiáticos, en los europeos. Muchos siglos atrás, el Imperio Romano sólo a cambio de una derrama de oro, que lo debilitaría irremediablemente, había conseguido adquirir los lujos orientales. Esta vez, los portugueses procuraban vencer aquella dificultad estructural, participando en el propio comercio local. Al mismo tiempo, bajo pretexto de los elevados costes que suponía la defensa armada del tráfico de las especias, la Corona se apoderaba gradualmente del monopolio de este negocio. La empresa de la India comenzaba, de esta manera, a tornarse un factor de estrangulamiento económico para los comerciantes, imposibilitados para actuar libremente. La nobleza, por su parte, llamada a imponer mediante las armas la política portuguesa en la India, conseguía mantener en el seno de la sociedad una importancia que tendía a declinar en otras regiones de Europa a favor de la burguesía.

La penetración en el comercio oriental era, no obstante, uno de los aspectos de la política manuelina —aquélla que viabilizaba económicamente su permanencia en el Índico— pero que no era, tal como vimos anteriormente, su objetivo final. Sin embargo, para los elementos del partido anti-imperialista, éste constituía el factor más interesante de la presencia portuguesa en la India. No los intimidaba el riesgo de enfrentar armadas musulmanas, pero les incomodaba la imposibilidad de moverse con facilidad en aquel mundo que les prometía extraordinarias riquezas, tanto mediante el comercio como a través de las actividades corsarias.

Al no poder contrarrestar a este numeroso partido, el rey estaba obligado, en ocasiones, a adoptar soluciones de compromiso. El nombramiento de don Francisco de Almeida fue, probablemente, una de ellas —el monarca imponía su voluntad de permanecer en Oriente, pero

nombraba como representante a un noble que no compartía totalmente sus puntos de vista.

Fueron estos designios los que llevaron al virrey a preocuparse únicamente por asegurar la hegemonía portuguesa en el Mar Arábigo.

Posteriormente, en 1505, éste eliminó los principales núcleos de resistencia musulmana en la costa oriental africana. En primer lugar, atacó Quilón y el rey local, a pesar de haber pagado parias a Vasco da Gama en 1502, no lo hizo durante los años posteriores y ni siquiera la llegada de la nueva flota le intimidó. Así, la ciudad fue atacada y dominada rápidamente. Sin embargo, don Francisco no la ocupó, limitándose a destronar al rey local y a colocar en su lugar a un familiar que había aceptado colaborar con los intrusos, accediendo a que los intrusos construyesen allí una fortaleza. Aparentemente, los portugueses evitaban alterar la estructura política existente, intentando, ante todo, doblegarla a sus aspiraciones hegemónicas, pero intentaban, de hecho, acelerar procesos históricos cuyas consecuencias no preveían claramente. En este caso, Quilón, que ya había perdido anteriormente el fulgor de mediados del siglo XIV, entraba ahora en franco declive. En 1512, esta ciudad sería incluso definitivamente, desplazada por Mozambique; la guarnición lusa dejaría la fortaleza y ni siquiera en estas condiciones, Quilón volvería a perturbar a las fuerzas portuguesas.

Antes de pasar por la India, don Francisco arrasó Mombasa, el otro gran foco de resistencia. Los asaltos realizados en esta campaña constituyeron un elemento importante en la motivación de la tripulación. Así, se extendía al Índico, otra práctica de carácter secular en las costas de los mares de Eguas y Albarán, así como de uno y otro lado del estrecho de Gibraltar: ciertamente, desde el siglo XIV, los portugueses procedían a atacar esporádicamente tanto el litoral marroquí como el granadino, mientras que, a su vez, la costa del Reino, sobre todo, la Algarvia, continuaba sufriendo, en muchas ocasiones, ataques de los moros. Los mismos motivos que habían conducido a la extinción de la práctica de la piratería a las aguas del Índico justificaban ahora los saqueos de las ciudades, extensión natural de la piratería en tierra.

Sin embargo, no debe pensarse que la política concebida por don Manuel I consistía en pasar a sangre y fuego todo el Océano. En realidad, el rey exhortaba a don Francisco a mantener la disciplina de sus guarniciones y a velar por el respeto de la población:

> Tanto la gente de la flota como la de las fortalezas os encomendamos que sea obediente y castigada y que les dejéis bien claro que no deben hacer ningún desmán en los lugares donde permaneciéreis y que no hagan cosa que no deban y todo aquello que hiciéreis con quienes negociáreis lo hagáis de forma correcta y, en especial, os recomendamos que veáis y vigiléis la unión entre los hombres y las mujeres de la tierra, porque además de ofender a Nuestro Señor, es algo que se dice en la tierra que a los naturales produce gran escándalo [34].

Notamos, así, que la violencia a la que recurrían los portugueses, era producto, a menudo, del deseo de neutralizar la oposición que era alimentada, como es natural, por los sarracenos. Aunque las acciones realizadas entonces de alguna manera se perfilan como las precursoras del colonialismo de los siglos posteriores, éstas, en realidad, se insertan en un proceso histórico de carácter esencialmente medieval, marcado por la lucha tenaz entre la Cruz y el Imperio Otomano. Esto explica la extrema violencia aplicada a los opositores, los musulmanes, al mismo tiempo que se reservaba un estricto respeto por las demás poblaciones de Oriente, consideradas aún como un elemento neutral a atraer, antes que pueblos a dominar.

Después de atravesar el Mar Arábigo y antes de dirigirse al Malabar, el virrey hizo edificar otra fortaleza en la isla de Angediva, en donde confluían gran parte de las rutas que cruzaban el Índico occidental, razón por la cual la isla parecía constituir una excelente posición para interceptar el tráfico musulmán de las especias. Resulta visible el hecho de que en 1505, los portugueses procuraban, ante todo, situarse en los puntos clave del comercio tradicional que vinculaban la India con el Mar Rojo. Más tarde, tanto Quilón como Angediva serían abandonadas durante el gobierno de Albuquerque, puesto que entonces, la política imperialista portuguesa seguía una estrategia distinta.

Al llegar a Malabar, don Francisco de Almeida hizo construir otras dos fortalezas de piedra, una en Cananor y otra en Cochín. Estas fueron dirigidas con la autorización de los reyes locales, aunque en Cananor los mercaderes musulmanes se sintieron, de esta manera, más presionados. En Coulán, entretanto, los mercaderes musulmanes destruyeron la factoría portuguesa y la iglesia de los cristianos siro-malabares y

[34] *Ibidem*, p. 319.

durante varios años, los navíos lusos dejaron de arribar a aquel puerto.

A finales de 1505, el virrey contaba con cinco fortalezas —las cuatro construidas por sus hombres y la de Sofala—, edificada por la tripulación de otra flota que habría salido de Lisboa en abril del mismo año. Los portugueses consolidaban su posición y en marzo de 1506, don Lorenzo de Almeida, hijo de don Francisco, con 11 naves a su cargo, destruía una nueva flota en Calicut, compuesta por aproximadamente 200 velas.

De esta manera, la política de hegemonía marítima era implementada eficazmente, sin embargo no sucedía lo mismo en el terreno diplomático. Don Manuel deseaba establecer una alianza política con Vijayanagar y aspiraba, asimismo, a conseguir la conversión del emperador hindú al cristianismo. En la armada del virrey estaría un administrador destinado a la capitanía del imperio y cuando don Francisco llegó a la India, encontró en Cananor un mensaje del regente de Vijayanagar [35], pero de las conversaciones, tan sólo se recogieron declaraciones de intenciones. Posteriormente, el 21 de noviembre de 1505, Pero Fernandes Tinoco, el administrador designado, se quejó ante el monarca, diciéndole que el rey afirmaba públicamente que «no había de mandar a Narsinga [36] y que Vuestra Alteza nunca le hablaría de Narsinga y que después el regimiento no decía más que le mandase si le parecía bien y viese que servía a Vuestra Alteza» [37]. De esta manera, resulta obvia la obstrucción de los designios políticos del rey.

Don Francisco, por el contrario, hacía en el mar todo cuanto podía para consolidar la presencia portuguesa y el 8 de agosto de 1506, don Lorenzo salía al frente de siete navíos con el propósito de explorar las islas Maldivas y Ceilán. Sin embargo, las fuerzas regulares impidieron a la armada el dominio de las Maldivas, empujándolo directamente hacia Ceilán. Posiblemente, esta isla ya había sido visitada en 1501 por

[35] Acerca de las primeras relaciones entre los portugueses y el imperio de Vijayanagar, ver J. M. Santos Alves, *A cruz, os diamantes e os cavalos; frei Luis do Salvador, o primeiro missionário e embaixador português no reino de Bisnaga (1503-1510)* (en prensa).

[36] En las fuentes portuguesas, el imperio de Vijayanagar se designa con el nombre de Bisnaga, forma corrompida de Vijayanagar y, asimismo, Narsinga, denominación procedente de Narasiha, nombre del rey que reinaba por aquel entonces.

[37] Carta de Pero Fernandes Tinoco a D. Manuel, en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. II, pp. 341-344.

la flota de Juan de Nova, pero de cualquier manera apenas ahora se iniciaban los contactos oficiales. Al arribar a Colombo, don Lorenzo se enfrentó de inmediato a la hostilidad de los comerciantes musulmanes, que posteriormente procuraron influir en el rey local en contra de los recién llegados. Sin embargo, el capitán fue autorizado para edificar allí un monumento y adquirir canela y piedras preciosas. Durante el gobierno de don Francisco nunca se realizaron intentos por construir en aquella isla una fortaleza, tal como lo ordenaba don Manuel, ni se hizo de ella un gran centro representativo de la presencia portuguesa en Oriente, tal como lo había sugerido el monarca en 1506 [38]. Al parecer, los sectores poderosos de este territorio aconsejaron al virrey a dejarlo libre para el comercio privado, evitando, así, extender hasta allí los tentáculos del monopolio real.

Mientras tanto, los navíos portugueses comenzaban a subir a lo largo del litoral de la India hasta Cambay. La región se encontraba gobernada por musulmanes que se habían mantenido al margen del conflicto que había estallado en el Malabar. En este caso, don Francisco no desatendió las órdenes del monarca, que lo había incentivado a establecer tratados «con cualquier rey de la India, aunque moros fuesen».

El inicio del año 1507 estuvo marcado por un prolongado cerco a la fortaleza de Cananor. Beneficiándose de la neutralidad del rey local (que, siguiendo la práctica hindú, no interfería en el gobierno del mar), los mercaderes musulmanes habían lanzado un poderoso ataque que la guarnición logró resistir, repitiéndose, de esta manera, el episodio anterior ocurrido en 1504 en Cochín. A pesar de que la superioridad militar de los portugueses permanecía imbatible, la situación de la guarnición de Cananor parecía mucho más inestable que la de Cochín, por lo cual los mercaderes musulmanes se vieron forzados a frenar sus hostilidades por imposición de las autoridades de Vijayanagar. Cananor, uno de los principales mercados abastecedores de caballos al gran imperio de la India meridional, se veía obligada, debido a la imposición de los señores de Bisnaga (a quienes interesaba enormemente la continuidad de la presencia portuguesa en el Malabar) a cesar las hostili-

[38] Sobre los primeros momentos de la presencia portuguesa en Ceilán, además del artículo citado anteriormente (nota 12), ver G. Bouchon, «Les rois de Kotte au début du XVIème siècle», en *Mare Luso-Indicum*, vol. 1, Ginebra-París, 1971, pp. 65-96.

dades, bajo pena de perder el lucrativo comercio que detentaba. Una vez más, la coyuntura político-económica local beneficiaba, de forma marcada, la estrategia manuelina.

De esta forma, la acción de don Francisco se caracterizaba no sólo por su visión política distinta a la del monarca, sino también por la resistencia que la presencia lusa continuaba suscitando en aquella región. Además de la guerra de guerrillas a que estaban sujetos en el Malabar, había que tener en cuenta el ataque dirigido por los mamelucos, siendo los años de 1508 y 1509 decisivos a este respecto. Ciertamente, don Manuel tenía conciencia de la resistencia pasiva que ofrecía don Francisco frente a su política totalizadora. Por esta razón, buscó la manera de ponerla en práctica, en contra de los deseos del virrey: en 1506, el rey envió a Alfonso de Albuquerque con la misión de suceder a don Francisco, a finales de 1508, confiándole, mientras tanto, la vigilancia del Mar Rojo y la costa arábiga. Más adelante, en 1508, hizo partir del Tajo una flota bajo las órdenes de Diego Lopes de Sequeira, con la misión de descubrir Malaca.

Vemos, pues, que mientras don Francisco controlaba la situación en la India, don Manuel insistía en la tentativa de extender su influencia tanto hacia Occidente como hacia Oriente, incluso antes de ser herido en un combate decisivo contra la armada de los rumíes.

La campaña de Alfonso de Albuquerque en Arabia

En 1506, don Manuel albergaba el vivo sueño de dirigir una Cruzada contra Jerusalén. Dicho proyecto, al que algunos de sus consejeros más allegados intentaban dar forma mediante las negociaciones llevadas a cabo en diversas cortes europeas, debe de estar íntimamente relacionado con las decisiones del monarca en lo que respecta a Oriente. Así, envió en el mismo año dos flotas a la India, una bajo las órdenes de Tristán da Cunha y otra bajo el mando de Alfonso de Albuquerque, las cuales, mediante una acción conjunta, debían conquistar la isla de Socotora. De allí se proponían, ingenuamente, controlar el estrecho de Bab-el-Mandeb, punto de unión entre el Índico y el Mar Rojo. Tristán da Cunha debía cargar en seguida las especias en el Malabar y regresar al Reino; Albuquerque, por el contrario, debía vigilar los accesos al Mar Rojo. No resulta casual el hecho de que, habiendo sido nombrado en

1505 virrey de la India a un individuo más interesado en el comercio, en 1506, el monarca colocó en la zona de acceso al Oriente Próximo a uno de sus más valiosos hombres y firme seguidor de su política imperialista. Don Manuel procuraba, de esta manera, acelerar el bloqueo a Egipto. Su imperio se fortalecía mientras que el musulmán se debilitaba, lo que podía resultar decisivo para conseguir el éxito mediante un ataque por el Mediterráneo.

La conquista de Socotora tuvo lugar en abril de 1507. En Lisboa se creía que la ocupación de esta isla, junto con la construcción de la fortaleza de Angediva y el bloqueo de Calicut, impedirían la navegación desde y hacia el Mar Rojo, pero, finalmente, Socotora estaba aún muy distante del Estrecho, por lo que resultaba estratégicamente inadecuada, lo que motivó su abandono durante la administración de Albuquerque. Sin embargo, fue la base del Terrible en 1507 y 1508.

No obstante, el capitán portugués no estaba muy interesado en ir a la caza de los navíos mercantes de los sarracenos. De hecho, mientras que el virrey dejaba de cumplir de forma integral las órdenes de don Manuel, Albuquerque estaba dispuesto a infligirlas, poniendo en prácticas sus arriesgadas ideas. Como afirmamos anteriormente, llevó consigo al Reino, en 1503, algunos orientales que le habían revelado, mientras tanto, el panorama completo de las redes de comercio en el Índico. Su primer paso por la India le ayudó, pues, a percatarse de la complejidad de la estructura comercial del Índico, cuyos ejes se situaban en varios puntos estratégicos, entre los cuales sobresalían Ormuz, Malaca, Adén y Goa. Asimismo, pudo comprender las múltiples ventajas que adquiriría para la corona portuguesa, en caso de conseguir sustituir a los mercaderes musulmanes, que hasta entonces, mantenían la exclusividad sobre aquellas rutas comerciales. En 1507, el capitán tenía el objetivo de alcanzar Ormuz, ciudad de grandes riquezas y que controlaba el acceso al Golfo Pérsico y en donde confluían las rutas oceánicas con las rutas terrestres procedentes del Asia central [39]. Alfonso de Albuquerque no estaba dispuesto a negociar de igual a igual con los mahometanos. Deseaba someter Ormuz y sus puertos satélites a la autoridad imperial

[39] Sobre la historia de Ormuz y su importancia a comienzos del siglo XVI, consultar el artículo de J. Aubin, «Le Royaume d'Ormuz au début du XVIème siècle», en *Mare Luso-Indicum*, vol. 2, Ginebra, 1973, pp. 77-179.

de Manuel I. Para esto disponía de una flota de 6 navíos tripulados aproximadamente por 400 hombres. Los navíos zarparon de Socotora en agosto y al mes siguiente, atacaron cruelmente los puertos satélites de Ormuz en la costa de Omán. Curiate, Orfazón y Mascate fueron saqueados tras intentar resistirse, mientras que Soar y Calayate preferían someterse voluntariamente [40]. El 25 de setiembre, la flota ya se encontraba frente a Ormuz y había suprimido la posibilidad de eventuales ataques por la retaguardia y había atemorizado a la población del gran emporio mediante su acción brutal por todo el litoral árabe. Albuquerque decidió entonces que el rey de Ormuz aceptase la soberanía del rey de Portugal. Ante tal provocación, el conflicto era inevitable. El poder armado de los portugueses volvió a ser decisivo, puesto que consiguió hundir en un solo día la mayor parte de las 60 naves y las 200 galeras que defendían la ciudad. Una vez vencedor, el capitán mayor impuso a las autoridades locales el pago de parias (15.000 serafines anuales) y exigió que le cedieran terreno para la construcción de una fortaleza. El 24 de octubre se dio inicio a la construcción, sin embargo, las obras se retrasaban y Albuquerque tuvo que enfrentar la impaciencia de sus capitanes, a quienes desagradaba encontrarse inmovilizados en territorio hostil, cuando podían estar en las inmediaciones del Mar Rojo, a la caza de navíos comerciales musulmanes y sus riquezas. Las desaveniencias entre los capitanes y el comandante fueron percibidas por Cojeatar, el regente que gobernaba Ormuz en nombre del rey, que era aún menor de edad. El mahometano consiguió provocar el atraso de la conclusión de la obra hasta que, a finales de enero de 1508, tres capitanes dejaron sus navíos, abandonando la flota, hecho que obligó a Albuquerque a retirarse el 5 de febrero sin terminar la construcción.

Este episodio resulta muy ilustrativo en lo que respecta a las tensiones a que nos hemos referido. Mientras procedían al saqueo de la costa de Omán, los capitanes acataban sin mayores contratiempos, las órdenes de Alfonso de Albuquerque, pero cuando la acción se supeditaba a «razones de Estado», poco provechosas a corto plazo, comenzaba a desatarse la polémica, culminando en violencia. Cabe ver en es-

[40] Sobre la primera expedición de Albuquerque contra Ormuz ver el excelente artículo de J. Aubin, «Cojeatar et Albuquerque», *ibidem*, vol. 1, Ginebra-París, 1971, pp. 99-134.

tos acontecimientos un preludio a las pasiones contradictorias que habrían de desatarse durante la administración de Albuquerque.

Después de invernar en Socotora, el capitán mayor regresó a Ormuz al verano siguiente, dispuesto a concluir su proyecto, pero a continuación, Cojeatar le presentó una carta que le proporcionaba autoridad ante los nativos de Ormuz. De hecho, los hombres que lo habían abandonado allí a comienzos del año, se habían dirigido a la región de Malabar, quejándose naturalmente, ante don Francisco. Éste, cuya visión de lo que debía ser el imperio marítimo de los portugueses en Oriente era bastante distinta (y ciertamente roídos por el despecho, al saber que Alfonso de Albuquerque deseaba sustituirle en breve en la administración de la India), boicoteaba, de esta manera, la política de su rival.

Frente a la carta de don Francisco, Albuquerque se retiró del Golfo Pérsico, dirigiéndose a la India, pues se aproximaba el momento de asumir el gobierno. No obstante, la transmisión de poderes no se dio en términos pacíficos, como veremos más adelante. Mientras tanto, a pesar de que la situación en el Mar Arábigo continuaba siendo indefinida, don Manuel hizo partir desde Lisboa, en 1508, una flota con la misión específica de descubrir Malaca.

La expedición de Diego Lopes de Sequeira a Malaca

En los siglos XV y XVI, el expansionismo portugués tuvo como antagonistas esenciales al enemigo musulmán y al rival castellano. Castilla había sido la única monarquía europea que había seguido de cerca los pasos innovadores de Portugal. La rivalidad ibérica ya había generado conflictos en el Atlántico y llevó más adelante a otros en América y en el Asia Oriental. En esta última región, decidieron inicialmente, debido a las dificultades existentes en aquel momento, determinar con exactitud el lugar por el cual debía pasar el meridiano de Tordesillas. A pesar de que el primer viaje de circunnavegación iniciado por Fernando de Magallanes en 1519 dio inicio al conflicto luso-español en Asia, éste ya se esperaba en la década anterior. Ciertamente, a principios de siglo, los Reyes Católicos aún suponían que las navegaciones de Colón los habían puesto en contacto con el Extremo Oriente asiático. No fue sino

hasta 1513 cuando Vicente Núñez de Balboa eliminó definitivamente tales ideas al atravesar el Istmo de Panamá y dar con un vasto Océano, al que, siete años más tarde, Magallanes dio el nombre de Pacífico. En 1506, don Manuel aún temía que los castellanos, a partir del descubrimiento de América decidiesen conquistar Malaca, puerto conocido por ser el eje de un comercio próspero y la llave de acceso a los límites orientales del Asia. A pesar del deseo de intervenir en el Oriente Próximo, el rey ordenó en aquel año a Francisco de Almeida que procediese él mismo a descubrir Malaca y que construyese una fortaleza en la ciudad o en sus inmediaciones. Así, aunque este puerto se encontrase en el «hemisferio castellano», los portugueses precederían a sus rivales, lo que les proporcionaría una ventaja decisiva [41].

El virrey desacató la orden del monarca, que era, por otra parte, de carácter condicional (don Franciso debía ir en persona si en la India reinaba la paz, que no era el caso, dada la inminencia del ataque mameluco). Se limitó a enviar tres espías, que, sin embargo, fueron desenmascarados por los musulmanes en Coromandel y sólo consiguieron llegar a Cochín con dificultad. El proyecto de Malaca fue, de esta manera, aplazado.

No obstante, el rey no se conformaba con esta situación y, en 1508, envió a Diego Lopes de Sequeira al frente de una flota destinada específicamente al descubrimiento de aquella ciudad. Por esta razón, en 1509, los navíos lusos llegaron por primera vez a aguas malayas. En los estatutos entregados al capitán [42], Manuel I le recomendó que, además de establecer buenas relaciones con los gobernantes y de informarse acerca del sistema comercial de la región, procurase obtener noticias acerca de los chinos. De esta manera, se ponía de manifiesto una ampliación del horizonte del monarca hasta el Extremo Oriente. Las pocas noticias que circulaban hasta el Occidente de Malaca acerca del Imperio Celeste llevaron a suponer que los chinos no eran musulmanes. De este modo, el avance hacia Insulindia, impulsado con insistencia por el

[41] Cf. «Carta de D. Manuel a D. Francisco de Almeida», en *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente-Insulíndia*, 6 vols., Lisboa, 1954-1958, 1988, vol. 1, pp. 3-15.

[42] La edición más reciente de este valiosísimo documento se encuentra en *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Oriental (1497-1840)*, 9 vols., Lisboa, 1962-1989, vol. 2, pp. 234-271.

rey, también pudo ser interpretado como una búsqueda de nuevos socios comerciales y políticos en Asia —la adquisición de territorios que no se encontraban dominados por los mahometanos— [43]. Sin embargo, Malaca era un sultanato, a pesar de ser frecuentada por mercaderes no musulmanes (principalmente los quelins, los tamiles y los chinos), se encontraba muy ligado a los intereses de los comerciantes gujarats [44]. Hasta entonces, la expansión lusa en el Índico apenas si había afectado los intereses comerciales de los mamelucos y sus aliados en la región de Malabar, pero al pretender infiltrarse en el comercio malayo, los portugueses tuvieron que enfrentar a los gujarats, el grupo de mercaderes más poderoso en aquel Océano [45]. Éstos, que habían permanecido a la espectativa durante el transcurso de la guerra en la India meridional, se enfrentaron a los cristianos después de que éstos se aproximaran a sus principales redes comerciales.

De esta manera, Diego Lopes de Sequeira no fue bien recibido en Malaca. Sin embargo, el sultán no asedió de inmediato a los recién llegados, permitiendo, por otra parte, que éstos desembarcasen a su administrador. Los gujarats preparaban, entretanto, una celada, sobre la cual fue informado Diego Lopes por los chinos allí presentes, pudiendo retirarse, aunque tuvo que dejar al personal de la factoría en tierra, en donde se vio prisionero durante varios meses.

Incluso antes de la llegada de la flota al Reino, en el verano de 1510, el rey, siempre impaciente, ya había enviado nuevas tropas a Malaca, bajo las órdenes de Diego Mendes de Vasconcelos. Éste, sin embargo, encontraba un obstáculo en Alfonso de Albuquerque para continuar el viaje desde la India. Ante lo que había sucedido con los navíos de Diego Lopes, Albuquerque (que ya desempeñaba el cargo de gober-

[43] Sobre este asunto, véase nuestro artículo (J.P.O.C.) «Os Portugueses e o Extremo Oriente no século XVI, reflexões em torno do estabelecimento em Macau», separata de *Actas do Colóquio Comemorativo do Primeiro Centenário do Tratado de Pequim*, Lisboa, 1987; este mismo tema se desarrolla más detalladamente en nuestro estudio *A descoberta da civilização japonesa pelos Portugueses* (en prensa).

[44] Sobre la situación de Malaca en los albores del siglo XVI, véase L. F. Thomaz, «Malaka et ses communautés marchandes au tournant du 16ème siècle», en *Marchands et hommes d'affaires asiatiques*, París, 1987, pp. 31-48.

[45] Cf. G. Bouchon, «Les mers de L'Inde a la fin du XVème siècle, vue generale», en *Moyen Orient & Océan Indien*, París, vol. 1, 1984, pp. 101-116; idem, «Une thalassocratie oubliée: le Gujarat à l'aube du XVIe siècle», *ibidem*, vol. 5, 1988.

nador) sabía que sólo una gran armada podía hacer valer los intereses de los portugueses en Malaca y sojuzgar al sultán, tal como lo había planeado.

Pero mientras discurrían tales sucesos en Insulindia, en el Mar Arábigo tenían lugar acontecimientos decisivos.

La reacción del Oriente Próximo, la armada de los rumíes

Incapaces de desalojar a los portugueses, los comerciantes árabes aguardaban, llenos de esperanza, la llegada al Índico de un enviado del sultán mameluco. Sin embargo, el gobernante egipcio, enfrentaba entonces otros problemas, por lo que los navíos, a pesar de abandonar Suez a finales de 1505 (bajo las órdenes del emir Husayn Musrif al-Kuridi-el Mir Hocem, según las fuentes portuguesas) sólo penetraron en el Índico en agosto de 1507. Durante año y medio los musulmanes habían procurado reestablecer la autoridad de El Cairo en varias zonas del litoral del Mar Rojo, señal evidente de la debilidad que ya afectaba al Imperio Otomano. Así, cuando partió de Adén, la armada, desgastada por los combates y las deserciones, apenas contaba con seis navíos. El prestigio de que disfrutaba entre los musulmanes de la India le permitía, sin embargo, obtener refuerzos cuando llegase a la región de la costa indostánica. El primer choque entre los portugueses y los rumíes tuvo lugar en Chaul, en el año de 1508. Allí se encontraba una flota con el propósito de adquirir los paños, bajo la protección de los navíos de guerra de don Lorenzo de Almeida. El negocio se efectuaba en las aguas de un río, aproximadamente a diez kilómetros de su desembocadura, y fue allí donde los portugueses fueron sorprendidos. Después de varios combates, consiguieron escapar en altamar, pero el navío de don Lorenzo fue arrastrado por el mar y no pudo salir junto con los demás y, finalmente, encalló. Al encontrarse inmobilizada la embarcación, sus tripulantes fueron asesinados por los musulmanes. Mientras tanto, los navíos lusos restantes continuaron en dirección a Malabar. A pesar de que no se trataba de una batalla naval propiamente dicha, los musulmanes vieron en aquel combate un presagio de la derrota de los portugueses y los rumíes, por su parte, se cubrían de prestigio con la muerte del hijo del virrey.

La noticia del trágico fin de don Lorenzo llegó a la región de Malabar antes de que arribasen allí las tropas de Alfonso de Albuquerque. Movido por la sed de venganza, por un lado, y por el odio a Albuquerque, el virrey rehusó entregar el gobierno de la India a su sucesor y continuó dirigiendo una escuadra de nueve embarcaciones de vela en dirección al norte, en busca del enemigo. Este se encontraba en Diu y fue allí donde tuvo lugar el encuentro decisivo. Los portugueses se beneficiaron entonces de la posición de Malik Ayaz, el gobernador de la ciudad, que había apoyado a Mir Hocem, pero que, en esta ocasión, dejó de hacerlo. El 2 de febrero, don Francisco de Almeida destruyó la armada de los rumíes; nueve años después del inicio de las hostilidades en Calicut se impuso definitivamente en el Índico. La guerra contra los agarenos no acabaría entonces, así como tampoco se esfumaría tan pronto el sueño islámico de expulsar a los cristianos de Oriente, pero en realidad, la presencia lusa se consolidó y enseguida logró establecer un fuerte arraigo.

Tanto el rey Samorín como el Soldado de El Cairo tenían motivos para preocuparse, principalmente este último, que se encontraba en una posición cada vez más débil, debido a la disminución del comercio de las especias. Además, debido a su dificultad para obtener maderas frente al Mar Rojo, no había llegado aún el momento en que consiguiera restablecer una flota capaz de hacer frente a los lusitanos. La estrategia de don Manuel en lo que respecta a la intención de destruir al Imperio Otomano, se aproximaba al éxito. Sólo restaba saber quién conquistaría la vasta región, controlada aún por El Cairo.

De regreso en Cochín, don Francisco no sólo volvió a negarse a ceder el gobierno a su legítimo sucesor e, incluso, lo mandó encarcelar en Cananor. La rivalidad entre los dos partidos exacerbaba las frecuentes tensiones y diferencias existentes entre los diferentes clanes nobles, creando una situación anómala. Sin embargo, a la Corte ya habían llegado noticias acerca de las divergencias entre Almeida y Albuquerque, por lo que el capitán mayor de la armada de 1509, el mariscal don Fernando Coutinho, gozaba de los poderes necesarios para restablecer la legalidad.

Así, con su llegada al Malabar, Alfonso de Albuquerque pudo asumir, finalmente, el gobierno de la India. Después de la partida hacia Portugal de don Francisco (que murió sin gloria en un combate inne-

cesario contra los nativos del sur de África), el gobernador se vio obligado a lanzar un ataque sobre Calicut, según los deseos del mariscal y las órdenes del rey. El asalto tuvo lugar en enero de 1510, pero constituyó un rotundo fracaso. De hecho, después de un primer asalto exitoso, los soldados procedieron a atacar la ciudad, permitiendo el contraataque del enemigo. El mariscal perdió la vida cuando adquiría cada vez más riquezas en el palacio del rey Samorín y Albuquerque, sin embargo, menos interesado en el saqueo, no fue atacado desprevenido y no tuvo los medios para evitar el desastre. Al desaparecer el impetuoso Fernando Coutinho, Alfonso de Albuquerque podía, finalmente, desarrollar la política que, desde hacía mucho tiempo había ideado, marcada por una fuerte inclinación belicista e intervencionista y que veía en el poder de las armas el único medio adecuado para que los portugueses penetrasen en el comercio prometedor del Índico.

EL GOBIERNO DE ALFONSO DE ALBUQUERQUE Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA PRESENCIA PORTUGUESA EN ORIENTE (1509-1515)

El gobierno de Alfonso de Albuquerque constituyó la tercera y última fase del período de formación de lo que más tarde se denominara *Estado Portugués de la India* [46], con la decisiva contribución del gran capitán. Mediante sus acciones, sirvió de apoyo a la presencia portuguesa en Oriente, que habría de perdurar durante siglos.

Como vimos anteriormente, a diferencia de Alfonso de Almeida, que había partido hacia el Índico, sin tener al respecto más que los informes recibidos en Lisboa, Albuquerque había podido concebir cuidadosamente un plan imperialista para dominar las rutas comerciales del Índico, basándose en sus observaciones personales de 1503, así como del período comprendido entre los años de 1506 y 1509, acerca de la realidad social, política y económica de la región asiática, complementados por los informes que recogió entre sus consejeros orientales. Su proyecto se basaba, fundamentalmente, en la necesidad de conquistar

[46] La división en períodos que hemos observado, *grosso modo*, la secuencia desarrollada por L. F. Thomaz en su artículo «Índia, Portugueses na», en *Dicionário Ilustrado de História de Portugal*, 2 vols., Lisboa, 1985-1986.

los principales centros distribuidores de especias, drogas, víveres, tejidos y artículos de lujo, que constituían los productos principales del comercio del Índico, y no en la construcción de fortalezas en una extensa región. Algunas de éstas (especialmente las de Angediva y Socotora) representaron desde el comienzo un derroche de hombres y dinero, con pocas o ningunas ventajas de orden militar o económico, siendo por ello, rápidamente abandonadas, o sustituidas por otras que gozaban de una mejor localización, como fue el caso de Quilón, sustituida por Mozambique.

La opción de Alfonso de Albuquerque se basaba también en la constatación de que el simple dominio del mar y la consiguiente política de utilización de emblemas de identificación serían insuficientes a corto plazo para permitir a las fuerzas portuguesas el dominio de las rutas comerciales del Índico, dada la gran extensión del Océano y el número limitado de navíos con que podía contar para llevar a cabo su vigilancia.

Si bien su proyecto era sustancialmente diferente al de su antecesor, su propósito, que consistía en la construcción de un imperio territorial en oposición al imperio marítimo defendido por el virrey, no llegó a ser comprendido. Albuquerque, por el contrario, siempre entendió la necesidad de conquistar grandes apoyos en el tráfico oceánico como único medio para posibilitar las redes comerciales que pretendían crear en sustitución de los circuitos que estaban en manos de los musulmanes. Por otra parte, jamás olvidó que el éxito de su extenso plan dependía enormemente del poder naval de que pudiese disponer.

Tal como refiere Charles Boxer en su obra *O Império Colonial Portugués*,

> ... el mayor arquitecto de la India portuguesa entre 1510 y 1515 había afirmado que podía garantizar la continuación del imperio oriental «con cuatro buenas fortalezas y una flota bien armada tripulada por 3.000 portugueses nacidos en Europa»... Logró obtener tres de las cuatro fortalezas, pero el deseo de poseer una flota poderosa tripulada por 3.000 portugueses europeos sólo fue hecho realidad en una sola ocasión y de forma transitoria... en 1606 [47].

[47] C. Boxer, *O Império Colonial Português*, Lisboa, 1977, p. 75.

Goa

Una vez apartado don Francisco, Albuquerque aún debía contar con la oposición de aquéllos que habían apoyado al virrey.

Estos hombres abogaban, tal como vimos anteriormente, por un menor intervencionismo por parte de la Corona, al entender que sólo a través de la penetración pacífica en el Índico —el caso de Cochín era para ellos el ejemplo a seguir en otras regiones— sería posible la permanencia de los intereses lusos en tierras orientales. Asimismo, defendían que resultaba imperioso mantener el sistema de alianzas políticas puesto en práctica hasta entonces, que hacía de Cochín el principal interlocutor de los intereses de los portugueses en la región de Malabar, fenómeno que dependía, como veremos posteriormente, del hecho de que muchos de ellos se encontraban allí desde hacía varios años, identificándose, por esta razón, con los intereses particulares de aquel Reino.

Este grupo, claramente ligado al partido anti-imperialista, estaba formado por elementos pertenecientes a la media y alta nobleza que se habían asociado desde los primeros años a los principales mercaderes que residían en Cochín. Éstos gozaban de un enorme poder junto a las autoridades y al soberano local y, naturalmente, veían con malos ojos, las consecuencias que la política de Albuquerque acarrearía y aquello que sus acciones en la costa del sur de Arabia y en Ormuz dejaban traslucir.

Estos individuos detentaban los principales cargos de las factorías de Cananor y de Cochín, así como de la fortaleza situada en este último reino, lo que les permitió adoptar una postura de claro enfrentamiento a la política imperialista del gobernador. Éste, según decían, mediante las trampas que tendía «a los negros desprotegidos», no hacían otra cosa que vaciar los cofres y los almacenes de las factorías, necesarios para el aprovisionamiento de las naves regulares hacia la India, cuyo principal puerto de partida hacia el Reino era la ciudad de Cochín. Ciertamente, a estos hombres no podía interesar de forma alguna el proyecto político de Albuquerque. En realidad, la conquista de los principales puntos estratégicos del Índico, lograda mediante la intensificación de una actividad de fiscalización por parte de las fuerzas de la Corona, mediante el incremento del número de navíos en circulación por el Océano, permitirían no sólo realizar un

control eficaz de la navegación musulmana (asegurando para la Corona los rédicos fantásticos del «comercio de la India en la India»), sino que facilitaría, de igual manera, la supervisión de las actividades de los soldados y funcionarios reales, que disfrutaban entonces de enormes libertades.

La conquista de Goa, efectuada a comienzos del año de 1510 y su reconquista, que tuvo lugar algunos meses más tarde, a fines del mismo año, marcan, de alguna manera, la reanudación de las hostilidades, por lo cual comenzaron a llegar de inmediato a Lisboa quejas de todos aquéllos que enfrentaban una realidad que venían temiendo desde hacía mucho: el inicio de un período de guerras prolongadas y desgastantes que obligarían a una constante movilización de tropas y capitales que, finalmente, darían lugar al establecimiento de un estado fuerte, centralizado y monopolista, que no tardaría en sofocar el poderío económico de todos los que actuaban en su contra.

Por esta razón, hombres como Lorenzo Moreno, Gaspar Pereira, Antonio Real y Diego Pereira, que se encontraban fuertemente ligados a los intereses de Cochín (sobre todo, los dos últimos, que gozaban de gran prestigio junto con el monarca), comenzaron a desatar una campaña para desprestigiar a Albuquerque, así como su política, tanto entre las más altas instancias del gobierno, como ante el rey de Cochín, que, como resulta evidente, tampoco veía con buenos ojos la sustitución de Cochín, en tanto que puerto de carga de las naves regulares que llegaban a la India o bien, en tanto que puerto principal político administrativo del Estado Portugués de la India.

Efectivamente, se conocen varias cartas del rey de Cochín, dirigidas a su homólogo, en donde, entre otros asuntos, resalta ante el monarca portugués los lazos de amistad y cooperación que siempre habían unido a los dos reinos y que habían constituido la base para el establecimiento de los portugueses en la región de Malabar.

Goa, por su parte, fue posteriormente presentada como el símbolo de la mala gestión del dinero público desarrollada por Albuquerque, que, en poco tiempo, había conducido las finanzas de las factorías portuguesas de la región de Malabar a un estado de completa ruina. Tal como afirmó entonces Antonio Real, en una carta dirigida a don Manuel, «al sustentarse Goa, no tendréis carga ni provecho alguno en la India, puesto que esta ciudad necesita de todo y mucho más». Y remataba diciendo:

... así, señor, todo aquí es viento, salvo Cochín. Afirmaos aquí para siempre, porque todas las otras fortalezas, construidas y por construir, no os sirven de nada, salvo para gastar cuanto hay allí y cuanto hay aquí [48].

Esta era, finalmente, la reacción que todos aquéllos que, al ver que se iniciaba una nueva fase en la cual comenzaba a alterarse el equilibrio producido por los acuerdos políticos anteriormente establecidos, veían puesta en peligro la supremacía de Cochín como centro distribuidor de los productos que eran enviados al Reino por la ruta de la India y, por consiguiente, percibían una pérdida significativa del peso político y económico de la factoría establecida allí, sobre la cual ejercían su poder y de la cual se servían para la realización de sus negocios particulares, efectuados, en muchas ocasiones, mediante la asociación con elementos de la sociedad local.

No obstante, surge una incógnita: si Albuquerque tenía conocimiento de las poderosas fuerzas que obstruían la conquista de la Corona, tratándose de un proyecto que no formaba parte de las instrucciones contenidas en sus estatutos [49], ¿qué razones había tenido para conquistarla dos veces, si, tal como él mismo afirmaba y de antemano sabía, su conquista se había saldado por la pérdida de muchas vidas y el gasto de grandes capitales?

Tal como afirmó Jaime Cortesão, «como Goa, no existiría tierra alguna que reuniese tantas ventajas requeridas (...)» por el gobernador para la puesta en marcha de su proyecto. «Situada en una isla cercana a la costa occidental a la India, poseía un fondeadero bueno y frecuentado, así como facilidades para abastecerse» [50]. Además, se encontraba entre los sultanatos musulmanes de Decán y el imperio hindú de Bisnaga, que desde hacía mucho mantenían continuos enfrentamientos y que constantemente recurrían a Goa para la adquisición de caballos.

[48] Carta de António Real a D. Manuel (15 de diciembre de 1512), en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. III, p. 338.

[49] A este respecto convendrá recordar que D. Manuel, ante las múltiples quejas procedentes de la India sobre esta cuestión, llegó incluso a proponer a Albuquerque el abandono de Goa. Dicha medida no tuvo ningún efecto práctico, ya que al llegar a la India, los portugueses ya se habían apoderado definitivamente de la isla, así como de Malaca.

[50] J. Cortesão, *História dos Descobrimentos Portugueses*, 3 vols., Lisboa, 1979, vol. 3, pp. 44-45.

Éstos constituían un elemento vital para sus ejércitos y eran enormemente requeridos, puesto que el desgaste propio de las guerras junto con las condiciones climáticas, de antemano, poco propicias para su supervivencia, hacían necesaria una continua sustitución de los efectivos desaparecidos. El dominio de Goa significaba, de esta manera, no sólo el control de un negocio de gran provecho, sino, asimismo, la intervención en el equilibrio estratégico del Decán.

Los comerciantes establecidos allí, favorecidos también por la situación de Goa, se situaron muy próximos a la isla de Angediva, de la cual zarpaban numerosos navíos procedentes de la costa oriental africana, habían desarrollado un importante comercio que, naturalmente, había despertado el interés de Albuquerque, siempre interesado en implementar nuevas fuentes de beneficios que le permitiesen costear los gastos de las acciones militares.

La conquista de la ciudad también representaba la posibilidad de crear una sede del poder político portugués en una zona central del subcontinente de la India, hacia donde podían ser transferidos en el futuro los organismos administrativos, situados aún en Cochín, hecho que, sin embargo, sólo se habría de verificar definitivamente durante el gobierno de Nuño da Cunha (1529-1538).

A estas motivaciones, vinculadas esencialmente al proyecto del gobernador, se sumaban otras de carácter estratégico e inmediato. Ciertamente, parte de los supervivientes de la armada de los rumíes, desarticulada el año anterior por Francisco de Almeida, se habían refugiado en Goa y procuraban continuar desde allí la lucha contra los portugueses. Albuquerque no podía, así, abandonar la India, bien para atravesar el Mar Rojo, tal como deseaba don Manuel, o bien para dirigirse a otros lugares con el propósito de dar forma a su proyecto personal, dejando en la retaguardia a un adversario peligroso.

En febrero de 1510, tras su partida desde Cochín (dirigiéndose oficialmente hacia el Mar Rojo), Albuquerque recibió, cerca de Onor, la visita del corsario Timoja, que, en aquel momento era aliado de los portugueses, informándole acerca de la existencia de condiciones favorables para la conquista de la ciudad. No sólo el Hidalcán [51], señor de la

[51] «Hidalcão» o «Hidalxá». Con estos títulos, los cronistas portugueses designaban a los soberanos del sultanato mahometano de Bijapur o Balagate. Ambas expresio-

India, se encontraba en guerra, lejos de la ciudad, sino que también la población se sentía irritada por las fuertes cargas fiscales impuestas por las autoridades musulmanas. Sin dudarlo, Albuquerque convocó a los capitanes y, de inmediato, decidió conquistar Goa. La conquista tuvo lugar, sin embargo, las fuerzas lusas se vieron obligadas a retirarse aproximadamente tres meses más tarde, como resultado de la enorme presión a que fueron sometidas por las flotas reunidas por el Hidalcán.

Esta primera derrota, aprovechada de inmediato por sus enemigos para desprestigiarles política y militarmente, fue sin embargo, rápidamente superada. Tras organizar una nueva flota, volvió a Goa y la conquistó el 25 de noviembre de 1510, para gran sorpresa y consternación de los reinos mahometanos y paganos de toda aquella extensa región.

Albuquerque dio inicio a la creación de un sistema de defensa, que se prolongó durante muchos meses, dando lugar a la edificación de varias fortalezas en lugares de mayor acceso, como Benastarín y Pangín. Asimismo, creó los fundamentos de la sociedad luso-goesa, que habrían de perdurar hasta hoy, asunto que trataremos más adelante. De esta manera, el gobernador podía dirigir su atención hacia otras áreas del Índico que desearan someterse a la corona portuguesa. Entre sus proyectos estaba Malaca, puerto que le daría el efectivo dominio de algunas de las principales rutas comerciales del Océano y le franquearía el acceso a los mares de Insulindia y del Extremo Oriente.

Malaca

Malaca, situada en la confluencia de dos mundos distintos, pero complementarios, se había tornado, gracias a su localización y al ingenio de las comunidades de mercaderes allí establecidos, en un gran centro del comercio intercontinental. Desde allí eran enviados hacia Insulindia y el Mar de China todos los productos procedentes de occidente y era allí donde las grandes redes mercantiles occidentales se

nes son híbridos compuestos de la expresión árabe *adil* («justo») y del turco-mongol *khan* («jefe») o bien del persa *shah* («rey, soberano»), por consiguiente: «príncipe de la justicia» (cf. S. R. Dalgado, *Glossário* [...], ant. *cit.*, vol. 1, p. 462). En ese entonces, Goa pertenecía a sus dominios.

abastecían de productos procedentes de Asia oriental, especialmente las sedas y la porcelana china, así como las especias exóticas (clavo, nuez moscada y su pulpa) desde los confines del archipiélago indonesio. La aduana de Malaca era, así, extraordinariamente provechosa y Albuquerque deseaba convertirla en una fuente de recursos para la corona portuguesa.

En 1510, Albuquerque disponía de informes precisos sobre la ciudad, que le habían llegado en una carta de Rui de Araújo, el administrador que había permanecido allí en prisión en 1509. El gobernador pudo, de esta manera, adquirir un conocimiento real de la situación político-militar del sultanato y los estados circunvecinos, tanto durante el período inmediatamente anterior a la conquista, como después de la toma de la ciudad, al entablar negociaciones con los distintos reinos vecinos, en cada uno de los cuales estableció una embajada.

Consideramos que el hecho de que el gobernador hubiese enviado embajadores a Pegú, poco tiempo después de conquistada la plaza, resulta sintomático en lo que respecta a sus profundos conocimientos sobre la región, que le permitían pensar que se trataba de la solución ideal para el abastecimiento de arroz de la ciudad, en el caso de que Java, habitual proveedora de Malaca, cerrase sus puertas a los portugueses, en el caso de que su comercio se encontrase en manos de los mercaderes musulmanes.

De esta manera, basándose en dicha información y en otras que recogió a su paso, Albuquerque decidió partir hacia Insulindia. Tal como había hecho el año anterior, antes de atacar Goa, el gobernador anunció que partiría hacia el Mar Rojo y zarpó el 11 de abril de 1511. Sin embargo, se trataba de una época del año, en que, como se sabía, resultaba imposible la navegación, en vista de que el monzón se encontraba en su última fase, razón por la cual no tardó en regresar, a la altura de los bancos de Padua, dirigiéndose a Cochín. Tras ultimar allí algunos detalles, fue, poco tiempo después, en dirección a la península malaya, acompañado de una poderosa armada de 17 embarcaciones de vela y 1.200 soldados portugueses, apoyados por algunos cientos de malabares.

Después de casi dos meses de combate, que enfrentaron a sus tropas a un ejército de cerca de 30.000 guerreros malayos y javaneses, famosos por sus cualidades, por sus hazañas militares, los que, por otra parte, disponían de una numerosa artillería y un gran número de ele-

fantes, el gran capitán consiguió apoderarse de la ciudad, desalojando al sultán y a sus tropas restantes. Este último se refugió, inicialmente, en Pago, retirándose posteriormente a la isla de Bintão, lanzando desde allí algunos ataques sobre Malaca, sin conseguir recuperarla jamás. Albuquerque, a su vez, se apresuró a tomar una serie de medidas que perseguían un doble objetivo: por un lado, obtener el apoyo de la comunidad quelín [52], rival de los mercaderes javaneses y gujarats, la que deseaba atraer a su causa en virtud de los conocimientos técnicos y de los capitales que poseían. Por otra parte, deseaba establecer relaciones diplomáticas con los principales estados paganos más próximos, de manera que fuese oficialmente reconocida la conquista de la ciudad, manteniéndose el flujo habitual, lo que había hecho de Malaca uno de los estados más prósperos de la región [53].

Así, sólo envió embajadas a Siam y a Pegú, abastecedores tradicionales de arroz, estableciendo también los primeros contactos oficiales con otros reinos poderosos de la región, tales como el de Mojopahit, el último gran reino hindú de la isla de Java, Menancabo, reino aurífero de Sumatra, Campar y Pão, estos dos últimos situados en las cercanías de Malaca y, por esta razón, de gran valor estratégico.

Entretanto, envió a la China mensajes de paz y aquéllos en los que ponía de manifiesto su intención de establecer relaciones comerciales, con algunos súbditos del Imperio Celeste que se encontraban en la ciudad durante su segundo ataque; procedió, por otra parte, al establecimiento de lazos comerciales con el golfo de Bengala y Coromandel, en donde eran producidos diversos tejidos de algodón, indispensables para el comercio de Insulindia, en donde servían como moneda de cambio para la adquisición de clavo, nuez moscada y otras especias.

La conquista de Malaca dio lugar a que los portugueses entrasen definitivamente en conflicto con los comerciantes gujarats. Sin embargo, éstos no entraron en conflicto abierto con los cristianos, sino que

[52] «Quelines». Mercaderes hindúes procedentes de la costa de Coromandel, asentados en Malaca, en donde habían ejercido influencia política hasta las últimas décadas del siglo XV, momento en que fueron superados por los gujarates —sus rivales comerciales—, pasando a un segundo plano.

[53] Sobre el primer período de la presencia portuguesa en Malaca, resulta particularmente interesante el estudio de L. F. Thomaz, «Nina Chatu e o comércio português em Malaca», en *Memórias do Centro de Estudos da Marinha*, Lisboa, 1975, vol. 5, pp. 137-162.

procuraron eludir su bloque, tal como veremos más adelante. Alfonso de Albuquerque, beneficiándose de las dificultades internas con que las autoridades gujarats se enfrentaban, procuró evitar combatirlas frontalmente. Dentro de la estrategia del gobernador, la región de Gujarat se encontraba en segundo plano (o tal vez, correspondía a una segunda fase de su plan de acción), puesto que esperaba dominarlo de forma indirecta, mediante la ocupación de los principales centros de apoyo en el tráfico oceánico [54].

Una vez establecidas las bases que le permitirían el dominio de Malaca durante más de un siglo, el Terrible retornó a la India con tan sólo tres navíos, mientras los restantes pasaban al mando de Rui de Brito Patalim, quien, entretanto, había sido nombrado capitán de la ciudad.

Al llegar a Cochín en febrero de 1512, después de salvarse del naufragio de *Flor de la mar*, ocurrido frente a una de las planicies de la costa de Sumatra, Albuquerque se enfrentó de inmediato a una situación difícil, que se debía fundamentalmente al incumplimiento de las órdenes que había dado a los capitanes y administradores de las fortalezas: especialmente los de Cananor y de Cochín habían hecho todo lo posible para desacreditarlo y, por si fuera poco, las fuerzas del Hidalcán tendieron un cerco alrededor de la isla de Goa.

Aprovechando la llegada de las naves del Reino, se dirigió hacia el norte, en donde, tras una brillante campaña militar (que sirvió, asimismo, para dar fin a la ola de calumnias iniciada por sus adversarios, que lo daban por perdido en los mares de Malaca), pudo, finalmente, librar Goa de la presión a que se estaba sujeta desde hacía mucho tiempo.

Temporalmente resuelta la cuestión de Goa, que constituía un foco de grandes tensiones con sus opositores, agravado, además, por la reciente conquista de Malaca, Albuquerque se dedicó con mayor atención a resolver los asuntos relacionados con la región de Malabar, que se encontraban en una situación deplorable desde que había dejado el Índico en dirección a la península malaya.

Al igual que lo que sus opositores habían hecho en otras áreas, incluso en estos casos, las instrucciones que había dejado antes de partir

[54] Acerca de la política de Alfonso de Albuquerque con respecto a los gujarates, ver trabajo de J. Aubin, «Albuquerque et les négociations de Cambaye», en *Mare Luso-Indicum*, n.º 1, París, 1971, pp. 3-63.

hacia los mares del sur habían sido pasadas por alto. Ciertamente, durante los primeros meses del año 1511, el gobernador había encargado a Simón Rangel el intento de establecer un acuerdo comercial con el rey de Samorín de Calicut, lo que, al llegar a oídos de Lorenzo Moreno, Gaspar Pereira y Antonio Real, les hizo eliminar al emisario, a quien vendieron como esclavo, consiguiendo, así, aunque de manera temporal, retrasar la creación de una factoría en aquel reino.

Este grupo de hombres, apoyados por el monarca de Cochín, veían peligrar aún más su posición privilegiada, de la que gozaban, como mencionamos anteriormente, en la región de Malabar. Resulta comprensible, al establecerse un acuerdo entre el rey Samorín y Albuquerque, Cochín perdería, en definitiva, el papel primordial que hasta el momento le caracterizaba —el ser el principal centro comercial de Oriente—, posición que empezaba a tambalearse con la conquista de Goa.

Al igual que lo que había sucedido con Cananor, que, con la conquista de Goa, había perdido el hasta entonces importante comercio de caballos, desplazado al Reino de Vijayanagar, Cochín también llevaba las de perder con la instalación de una factoría portuguesa en Calicut, no sólo debido a que sus mercaderes carecían de posibilidades para competir con los de la plaza rival, sino también por el hecho de que el gobernador, al aumentar la red de fortalezas de la Corona, podía controlar con mayor facilidad el comercio que se encontraba en manos de los particulares.

Por el contrario, para el gran capitán, el establecimiento de una base comercial en Calicut representaba la culminación de un largo proceso iniciado algunos años antes, que había sido marcado por los sucesivos conflictos militares que habían producido fuertes desgastes en ambos contendientes. Según su opinión, dicha medida representaría, simultáneamente, el fin de aquellas luchas (lo que le permitiría salir de la India sin dejar a un enemigo tenaz en sus costas) y la intervención de la Corona en un mercado muy importante que hasta entonces le había sido vedado. De esta manera, esta actitud formaba parte de una estrategia global. Por esta razón, chocaba con los intereses de carácter estrictamente regional del rey de Cochín.

Para un hombre que soñaba con controlar las redes comerciales del Índico, resultaba de vital importancia colocar en su órbita un centro económico y financiero de primer orden, como era el caso de Calicut. Le

resultaba más ventajoso penetrar en el tráfico de la ciudad que cercarlo desde el mar mediante un bloqueo. Consideraba que la Corona tenía todo por ganar y nada que perder si llegaba a un acuerdo. Como es natural, no sucedía lo mismo con sus adversarios.

Encerrados en el estrecho mundo de sus factorías y ceñidos al abastecimiento de las naves regulares, los administradores no contaban con la visión necesaria para comprender los grandes proyectos comerciales de Albuquerque, de dimensiones oceánicas [55]. Aún sin la oposición de los clanes y partidos, tal diferencia de puntos de vista bastaba para que se generasen los conflictos.

Albuquerque, al poseer una amplia visión del marco económico y geo-político del Índico, pronto se percató de que, mediante la transformación del Estado Portugués de la India en una potencia asiática, su economía dejaría de depender de los envíos que anualmente llegaban desde el Reino.

Sin embargo, los apoyos que el gobernador precisaba, le habían fallado. Por una parte, don Manuel y sus consejeros no se percataron de la importancia del proyecto, lo que les condujo a dejar de financiar debidamente la empresa. Por otra parte, la mala voluntad de los administradores en lo que concernía a la política centralizadora estaba asociada a una total incapacidad para actuar como verdaderos comerciantes. De esto se quejó Albuquerque en una carta escrita enviada a don Manuel en 1513, en donde afirmaba: «Siento vergüenza de la torpeza y de los pocos conocimientos que tienen los administradores que enviásteis a la India, y os digo —y que Dios me ayude, al libraros de esta carga (...)— que no son hombres capaces de comprar diez reis de pan en la plaza» [56].

Tratándose, en general, de individuos pertenecientes a la baja nobleza, principalmente, caballeros de la Casa Real o criados del rey que habían sido enviados por el monarca y a quien apenas daban cuenta de sus acciones, no sólo no entendían los propósitos del gobernador, sino que también consideraban una pérdida de prerrogativas las continuas

[55] Sobre este particular, véase el artículo de M. E. Madeira Santos, «Albuquerque e os feitores», en *Actas do II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 203-226.

[56] Carta de Alfonso de Albuquerque enviada al rey (1 de diciembre de 1513), en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. I, pp. 157-158.

injerencias de aquél en lo que consideraban un área de su exclusiva incumbencia.

El gran capitán se exasperaba por la falta de visión de aquellos hombres —«oficiales menores de la Casa Real que vienen hasta aquí cada tres años, inexpertos que no saben nada acerca de los negocios, ni las mercancías, ni las compras, ni las ventas» [57]— y les responsabilizaba por el hecho de que aún en 1514, el monarca no había llegado a comprender la importancia del comercio regional en el Índico. Sin embargo, no se desanimó y, a pesar de ser consciente de las dificultades de dicha empresa, hizo todo cuanto pudo para que la Corona se introdujese a fondo en los asuntos asiáticos.

No obstante, para que su objetivo, que consistía en dominar las principales rutas mercantiles del Índico, se convirtiese en realidad, necesitaba conquistar Adén y Ormuz, puertos clave que dominaban respectivamente las entradas del Mar Rojo y el Golfo Pérsico, por donde, como es sabido, continuaba filtrándose una parte muy significativa del comercio del Mar Arábigo.

El primer ataque al Mar Rojo

En 1513, el gran capitán dirigió una expedición al Mar Rojo, acción que, por otra parte, también formaba parte del conjunto de directrices que, emitidas en repetidas ocasiones desde Lisboa, le mandaban ocupar el estrecho de Adén. El monarca portugués continuaba soñando con la conquista de Jerusalén. Para alcanzar este objetivo, precisaba que sus fuerzas en Oriente se concentrasen en el ataque al Imperio Otomano por el Mar Rojo. Obcecado por esta idea, don Manuel tenía dificultades para percatarse de la política asiática del Terrible. Tras dejar Goa el 18 de febrero, Albuquerque partió con una flota de 20 navíos y 2.700 soldados, de los cuales cerca de un millar eran malabares.

Al llegar a las inmediaciones del estrecho, la armada atacó Adén, sin embargo, el primer asalto fracasó, puesto que las escalas utilizadas

[57] Carta de Afonso de Albuquerque a Duarte Galvão (s/f), en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. I, p. 404.

para trepar las murallas no soportaron el peso de los guerreros portugueses, viniéndose abajo. En vista de que el viaje había durado más de lo previsto, hecho que, desde luego, puso en peligro el éxito de la expedición, en vista de que el monzón favorable para entrar en el Mar Rojo se encontraba en su última fase y debido a que comenzaba a escasear el agua, el gobernador decidió no repetir el ataque.

Este fracaso constituye, sin duda, un episodio significativo. De hecho, el primer asalto a Adén se vio frustrado debido a la ambición de los nobles, deseosos de situarse en primera línea y de distinguirse por sus hazañas militares. Por esta razón, muchos de ellos se lanzaron sobre las escalas, soñando únicamente con su gloria personal, haciendo que éstas se hicieran astillas. Muchos de aquéllos que realizaban las mayores proezas eran los mismos que criticaban la política de Alfonso de Albuquerque. El desacuerdo que existía con relación a su estrategia y las intrigas mediante las cuales intentaban desacreditarlo, no les impedían procurar sobresalir en los combates, puesto que sólo así podían consolidar su posición social. El temor de ser mal vistos o de ser considerados cobardes no les permitía rehuir a los combates, lo que servía de contrapeso para las divisiones existentes entre los clanes. Si bien el deseo de hacer gala de las hazañas dio lugar, en ciertos casos, como en el episodio de Adén, a un individualismo anarquizante, que constituía un obstáculo para el éxito de las expediciones, la mayoría de las veces condujo a una cooperación vital para el establecimiento del Estado Portugués de la India.

Tras su paso por Adén, Albuquerque se internó en el Mar Rojo con la intención de ocupar Maçuá, isla situada cerca de la costa de Abisinia, así como de perseguir la armada egipcia. Sin embargo, ni las embarcaciones eran las más apropiadas para la navegación en aquellas aguas, ni la época del año era la más propicia para una estadía prolongada, por lo que, al no existir una base en aquella región, no fue posible alcanzar los objetivos principales de aquella misión.

En las cartas escritas posteriormente a don Manuel, Albuquerque le informó acerca de las hazañas realizadas por sus hombres durante la campaña, llegando a afirmar que «no hubo barco ni armada que navegase aquellas aguas, ni aves que se posasen en el mar, tan asombrado estaba el Mar Rojo con nuestra presencia y tan solitario (...)». Sin embargo, el gobernador era consciente del fracaso de la expedición y de las razones que lo habían producido, pero esto no impidió que trazase

un plan para dominar en el futuro el Mar Rojo, mediante la conquista de Adén y Maçuá. Tal como él mismo reconoció entonces, las galeras debían ser el tipo de navío utilizado para este fin, debiendo tener el fondo plano, que poseyesen remos y velas, lo cual les permitía adaptarse a un mar lleno de bancos de arena y con vientos muy irregulares, pero a pesar de la experiencia adquirida, las flotas que se dirigieron hasta allí durante los años inmediatamente posteriores, continuaron utilizando veleros de alto porte.

A su regreso a la India en 1513, Albuquerque procedió a renovar su armada, tarea que llevó a cabo en las riberas de Goa y de Cochín, al mismo tiempo que reorganizaba las guarniciones de las fortalezas y se deshacía, además, de algunos de sus principales enemigos. Aún en 1512, tras enviar a las prisiones del Reino a Diego Pereira y a Antonio Real (que habían sido, como hemos dicho anteriormente, administrador y capitán de Cochín), mandó esta vez a Gaspar Pereira, su secretario, enviado a Portugal después de probar sus culpas, siendo éste sustituido en su cargo por Pero d'Alpoem.

Ormuz

El gobernador, al encontrarse libre de la incómoda presencia de algunos de sus principales opositores (el cronista Gaspar Correia diría a propósito de Gaspar Pereira que éste había sido en su tiempo ¡el mayor intrigante de la India!), podía ahora lanzarse a la conquista de otro centro importante que dominaba los vínculos marítimos entre el Golfo Pérsico y la costa occidental indiana: Ormuz.

Una vez reorganizadas sus fuerzas navales, partió hacia el golfo y el 26 de marzo de 1515, se encontraba nuevamente ante la ciudad de donde había partido humillado en 1508. Frente al aparato militar que acompañaba al gobernador, las autoridades de Ormuz aceptaron someterse, mientras su rey mantuviese formalmente su título, sujetándose, sin embargo a la protección portuguesa.

Aquél que fue el objetivo principal de su política cuando, siendo aún capitán mayor del Mar de Arabia, había dominado la ciudad por las armas, sería también el último punto estratégico del Índico que sometería a la autoridad de la Corona portuguesa. De esta manera, se cerraba un ciclo que había comenzado en 1507 y que, naturalmente, el

gran capitán deseaba prolongar mediante la conquista de Adén y el dominio de Diu, lo que, al verificarse, le daría el control casi absoluto de las rutas comerciales marítimas del Índico. No obstante, no tendría tiempo para ejecutar el gigantesco plan que había ideado.

De cualquier manera, resulta evidente que, con la conquista de Ormuz, el Estado de la India no sólo alcanzó a dominar un centro estratégico de vital importancia, en vista de que el Sha de Persia parecía destinado a convertirse en el aliado principal de los portugueses, en contra de los mamelucos y los otomanos, sino que también pudo apropiarse del vasto comercio de aquella región, especialmente el relacionado con los caballos, que, al proceder de Persia y Arabia, eran enviados principalmente hacia el puerto de Goa. Al dominar ambas ciudades, Albuquerque situaba bajo la hegemonía de los portugueses uno de los más importantes negocios del Índico:

> Esta vez, todos los caballos de Persia estarán en manos de Su Alteza, así como los de la tierra de Arabia, que son embarcados en los puertos del rey de Ormuz, desde Calayate hasta Bahrein. En todos estos lugares, las naves han recibido la orden de partir de estos puertos con caballos a bordo, poner 100 cruzados en fianza por cada caballo y de no enviarlos a otro lugar que no sea Goa [58].

La facilidad con que se produjo la ocupación de Ormuz, en contraste con las dificultades que siempre suponía penetrar el Mar Rojo, se debe, en parte, al hecho de que las orillas del Golfo Pérsico no estaban en manos de potencias marítimas. Esto había beneficiado desde el siglo XIV a los soberanos de Ormuz para ejercer el dominio sobre casi toda la región costera de aquella zona. Al superar la estructura local, el Estado de la India se convertía en una potencia regional, que no se limitaba a controlar el tráfico que pasaba por el puerto, sino que comenzaba también a involucrarse en los asuntos político-económicos del golfo. A pesar de que era el rey de Ormuz quien continuaba administrando sus posesiones, a los portugueses les correspondía vigilar aquellas aguas y hacer efectiva la autoridad oficial de aquél.

[58] Carta de Alfonso de Albuquerque dirigida al rey (22 de setiembre de 1515), en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. I, pp. 369-379.

Una vez controlada la situación en esta ciudad, en donde Albuquerque dejó como capitán a su sobrino Pero de Albuquerque, al frente de una poderosa guarnición y tras enviar a sus embajadores al sha y a otros hombres poderosos de la región que deseaba llamar a su causa (repitiendo, así, un modelo de actuación practicado anteriomente, tras la conquista de Malaca), éste partió hacia Goa el 18 de noviembre de 1515.

Durante el viaje, la disentería que había padecido el gobernador en Ormuz se agravó de forma decisiva, encontrándose éste «muy probablemente agotado por el exceso de trabajo, el cambio de alimentación y los rigores del clima» [59]. Así, cuando se encontraba en las inmediaciones de Calayate, recibió noticias de la India, informándole acerca de la llegada de su sucesor, Lope Soares de Albergaria, acompañado de muchos de los hombres que él mismo había enviado a las prisiones del Reino.

Ésta era, finalmente, la victoria de aquéllos que siempre se habían opuesto a la política intervencionista de Albuquerque y que, al estatismo por él defendido anteponían la necesidad de proceder al resurgimiento de la actividad de los particulares, fenómeno que, a corto plazo, demostraría ser profundamente nocivo para los intereses de la Corona.

Al llegar a Goa, moribundo, Alfonso de Albuquerque murió sumido en la más profunda amargura, el 17 de diciembre de 1515, «mal con el rey por amor a los hombres y mal con los hombres por amor al rey» [60].

El Terrible no pudo culminar la obra que había proyectado, pero dejaba atrás sólidos pilares en el Oriente portugués. En realidad, a pesar de todas las vicisitudes posteriores, el Estado de la India se mantuvo estable en términos financieros, mientras mantuvo bajo su jurisdicción las ciudades de Goa, Malaca y Ormuz. La caída de esta última en 1522 constituiría la primera señal de una decadencia casi irreversible y la pérdida de Malaca, que tuvo lugar el 1 de enero de 1641 provocaría su desmoronamiento. Podemos decir que el Estado de la India vivió durante un siglo a la sombra de la visión geo-política de Albuquerque.

[59] J. Cortesão, *op. cit.*, vol. 3, p. 53.
[60] J. de Barros, *Ásia*, II, x, 7.

Alfonso de Albuquerque desarrolló, como cabe comprobar, una política esencialmente asiática. Ésta, a pesar de satisfacer a Manuel I en lo concerniente a la ampliación de sus dominios hacia lugares cada vez más distantes, se desviaba del mayor objetivo del monarca, centrado en el Mediterráneo, antes que en Asia. Esto no significa que el gobernador no participase de los sueños de su rey de destruir el imperio egipcio, sin embargo, al parecer, Albuquerque consideraba más importante consolidar antes la posición de los portugueses en el Índico, aumentando, de esta manera, la presión sobre las redes del tráfico musulmán, para después vencer definitivamente a los mamelucos. En la correspondencia que el gran capitán enviaba al rey, éste no dejó de sugerir su antiguo deseo de someter el Magreb musulmán a las armas cristianas, ambición que coincide con lo que conocemos de la personalidad guerrera del Terrible.

La política de intercambio social con las comunidades autóctonas: los «casados»

La política de Albuquerque no se limitaba al control de las redes comerciales marítimas. Para que el Estado de la India se considerase una potencia asiática, no bastaba dominar los asuntos del Océano; era necesario contar con una sólida base de apoyo en tierra. Para este fin, resultaba indispensable desarrollar una política de entendimiento con los paganos, así como la unión de los portugueses con los habitantes de aquella tierra, de forma semejante a la que había tenido lugar anteriormente con la progresiva integración de los mahometanos en la región costera del Índico. Era necesario, más allá de una acción militar continua, una penetración en el medio social.

La conquista de Goa en noviembre de 1510 marca el momento a partir del cual los portugueses se establecieron por primera vez en un territorio conquistado en la India, llegando a adquirir una plena soberanía. Ciertamente, hasta entonces, las fuerzas de la Corona poseían, como hemos visto, apenas algunas factorías y fortalezas situadas en los reinos aliados, que, como resultado de los acuerdos y tratados firmados previamente, habían autorizado su establecimiento, sin que perdiesen con ello cualquiera de sus anteriores prerrogativas.

Por esta razón no resulta sorprendente el hecho de que después de la caída definitiva de la ciudad en manos de sus tropas, el gobernador se apresurase a defenderla de un eventual contraataque dirigido por el Hidalcán, al igual que lo que había sucedido algunos meses antes, al mismo tiempo que creaba un sistema de regulación y administración de las poblaciones sometidas íntegramente a la soberanía portuguesa.

Como afirma Luis Felipe Thomaz, Albuquerque se habría inspirado entonces en la «tradición medieval, según la cual los judíos y los moros estaban organizados en comunidades autónomas protegidas por el rey, conservando sus propios derechos, sus tribunales y sus magistrados», así como «en el régimen de la *dhimmah* del derecho público musulmán, según el cual los cristianos y los judíos gozaban de una autonomía parecida» [61].

Al adoptar una política de tolerancia con las autoridades paganas, ejemplo que siguió más adelante en Malaca, en breve logró su apoyo en el conflicto con los musulmanes. Como afirma Gaspar Correia, «puesto que, después de la batalla, el capitán había mandado difundir que todos aquéllos que regresasen a su casa estarían a salvo, no tardaron ellos mismos en internarse en los bosques en busca de los moros que se encontraban aún escondidos, denunciándoles posteriormente ante los nuevos señores de aquellas tierras [62].

La razón para explicar lo sucedido debe encontrarse, en un último análisis, en el hecho de que el territorio de Goa había sido sometido hacía no mucho tiempo por las fuerzas de Bijapur, que habían conquistado la antigua ciudad hindú en 1475 —«Goa la Vieja», dominada por los rajás de Vijayanagar— y luego fuera arrasada y sus templos destruidos. Geneviève Bouchon señala que es en este hecho en donde se debe buscar la explicación de gran parte de la aversión que ellos sentían hacia los musulmanes, sobre todo, para entender la razón por la cual la población goesa había aceptado tan dócilmente, al menos en un primer momento, la ocupación portuguesa [63].

[61] L. F. Thomaz, «Goa: une société luso-indienne», separata del *Bulletin des Études Portugaises et Brésilliennes*, n.os 42/43, París, s/f, p. 17.

[62] Cf. G. Correia, *Lendas de Índia*, 4 vols., Porto, 1975, vol. 2, p. 155.

[63] Cf. G. Bouchon, «Premières expériences d'une société coloniale: Goa au XVIe siècle», separata de las actas del *Coloque d'Histoire du Portugal, Histoire Européenne*, París, 1987, p. 86.

Desde la fundación del gran imperio de Vijayanagar en 1336, Goa fue conquistada sucesivamente y de forma alternada, por los musulmanes y los hindúes, sin que unos ni otros consiguiesen dominarla definitivamente. Goa, ciudad de transición, enclavada entre dos mundos opuestos, acabaría, en parte, gracias a ello, en manos de los cristianos durante siglos.

Albuquerque, por su parte, hizo todo cuanto pudo para atraer la voluntad de su población mediante una política de tolerancia religiosa, así como por la aplicación de un régimen fiscal claramente menos gravoso para las poblaciones que el que habían puesto en práctica los anteriores gobiernos, lo que, evidentemente, fue de su agrado.

Así, la ciudad mahometana, dio lugar a una nueva realidad, la «Goa de Albuquerque», que

> fue una ciudad de comerciantes, cosmopolita y bastante tolerante, capital de un imperio en vías de consolidación, era frágil, por encontrarse en una situación marginal, frente al resto de Asia, cuyos intereses económicos y políticos estaban, desde hacía muchos siglos, asentados y no podía consolidarse sin un mínimo apoyo, al menos tácito, de la población [64].

El gobernador, consciente de la necesidad de atraer a su causa a las comunidades no musulmanas de Goa, creó jurisdicciones separadas para los hindúes y los musulmanes y optó por evitar realizar cualquier modificación en las comunidades de la aldea, procediendo tan sólo a sustituir a los anteriores señores en la recaudación de los tributos.

Sin embargo, toda esta estructura se organizó sobre una base legislativa de carácter exclusivamente oral y, por ello, algunos años más tarde, las autoridades portuguesas se vieron en la necesidad de dar forma escrita al derecho, que, rigiéndose por la costumbre, era aplicado en las gãocarias [65]. Así, apareció, en 1526, la carta de privilegios de la ciudad, que reunía las costumbres recogidas por Alfonso Mexia.

En vista de que Albuquerque tenía la intención de que «Goa se asentase firmemente y que durase en nuestro poder para siempre (...)»,

[64] L. F. Thomaz, «Goa: une société luso-indienne», ant. *cit.*, p. 17.

[65] «Gãocarias». Comunidades de aldeas cuyas estructuras eran muy parecidas a las de los concejos portugueses que, como es bien sabido, tenían una organización que se remontaba al período medieval.

determinó, tal como afirma Gaspar Correia, «celebrar casamientos entre los portugueses y las mujeres de la tierra», tanto aquéllas que se encontraban en cautiverio en Goa, como las que, tras ser encontradas en Cananor, continuaban siendo paganas «y que, al contraer matrimonio y ser honradas en la conservación de sus maridos, serían perfectas cristianas y sus padres, establecidos en las tierras vecinas de Goa, al saber que no se encontraban en cautiverio, sino que estaban casadas y eran honradas, apaciguarían sus corazones»[66].

Este deseo del gran capitán fue, al principio, blanco de una fuerte oposición, promovida, especialmente, por sus capitanes, que no aprobaban la idea, puesto que les parecía «que no había hombre casado que sirviese para nada», ya que la estabilidad característica de su nueva situación modificaría necesariamente sus motivaciones y sus intereses. Y, de hecho, a partir del segundo trimestre del siglo XVI, comenzaron a ser vistos con enorme desprecio aquellos hombres casados que dejaban en tierra a su mujer y a sus hijos para alistarse en los navíos, en la medida en que dicha resolución implicaba el reconocimiento de su incapacidad para sustentar el núcleo familiar que tenían a su cargo.

A diferencia de esta primera fase, en que Albuquerque los colmó de beneficios —entre los cuales destacaba la concesión de dotes a las esposas, de un caballo y tierras y, en algunos casos, del dinero necesario para adquirir lo que considerasen indispensable—, aquéllos que contrajeron matrimonio vieron más tarde reducidos algunos de sus privilegios. Ciertamente, más adelante, durante la década comprendida entre los años 1520 y 1530, dejaron, al menos, de percibir un sueldo, mientras que, durante el gobierno de Albuquerque, hasta los desterrados que contraían matrimonio tenían derecho a ser registrados en los libros, de manera que recibiesen la misma cantidad que los demás soldados destacados en el Índico.

La política de casamientos mixtos seguida por el gobernador y que don Francisco de Almeida ya había fomentado de alguna forma, al mandar bautizar prostitutas hindúes que, posteriormente, ofreció a los soldados para que contrajesen matrimonio, tuvo por adversarios, no obstante, además de los capitanes portugueses, a los brahmanes, que consideraban dicha medida como una forma de alterar peligrosamente el

[66] G. Correia, *Lendas de Índia*, vol. 2, p. 159.

orden social preestablecido, así como un atentado a los principios básicos, sobre los cuales se basaba su religión y su moral.

De cualquier manera, en realidad, a pesar de que el Terrible había tenido que enfrentar numerosos escollos para imponer su proyecto, fue a partir de entonces cuando se formó la «Goa de Albuquerque», caracterizada por ser una «sociedad abierta, móvil, mixta, donde los cristianos no representaban sino una pequeña parte y en donde se imponían los factores comerciales (...), que daban lugar a cierta tolerancia religiosa» [67].

Posteriormente, a medida que la acción de los vientos traídos por el Concilio de Trento se hicieron más patentes en Oriente, a la vez que la Inquisición tendía su cerco en torno a la sociedad civil, la «Goa de Albuquerque» se convirtió en la «Goa de la Contrarreforma», donde los intereses comerciales cedieron paso, al parecer, a los intereses religiosos. Algunas señales bien claras de dicho cambio de actitud fueron, por ejemplo, las órdenes emanadas del Reino de Juan III, que mandaba recaudar una tasa adicional sobre las mezquitas y, simultáneamente, ordenaba que se procediese a la destrucción de los templos hindués.

La política pragmática de Albuquerque, que defendía la libertad de culto para los ciudadanos de Goa y pugnaba por el acceso de los brahmanes a la administración pública portuguesa, dio paso a una fase de intolerancia religiosa marcada por el dogma y el fanatismo, cuyo apogeo se produjo más adelante, durante el siglo XVII.

Proyectos de expansión del cristianismo

El componente escatológico de la ideología imperial de Manuel I comportaba casi la certeza de que, en poco tiempo, el mundo se habría convertido a la fe cristiana. Se creía, sin embargo, que la conversión final sólo sería posible mediante una sumisión previa al poder cristiano. Ciertamente, en los estados musulmanes en que el Corán es la ley, la apostasía recibe la pena de muerte, resultando imposible la conversión a la Ley Cristiana e inútil, por tanto, su divulgación.

[67] L. F. Thomaz, «Goa: une société luso-indienne», ant. *cit.*, p. 18.

La política de don Manuel, sujeta aún a la tradición de Cruzada, se centraba especialmente, como hemos visto, en el Oriente Próximo islámico. Para someterlo contaba, como mencionamos también, con el apoyo de la cristiandad hindú y, sobre todo, con el de la etíope, considerada desde el siglo XIV el aliado ideal para la conquista de los lugares santos. El Preste Juan era así, en el ajedrez político del don Manuel, una pieza esencial.

En lo que se refiere a los paganos, las ideas no eran, inicialmente, del todo claras, incluso por el hecho de que encontrarles en una India supuestamente cristiana, constituía una desagradable sorpresa. Eso explica, en parte, que no se había puesto en práctica, de inmediato, un plan sistemático de evangelización. Además, existe una gran probabilidad de que al respecto reinaba un optimismo exagerado. Al parecer, se pensaba que los reyes se convertirían con relativa facilidad y que su ejemplo sería secundado, en poco tiempo, por la población en general. A los precedentes históricos como los de Constantino, Clodoveo o Recaredo, habría de sumarse el del rey del Congo [68].

Esta vertiente religiosa de la política de don Manuel se había iniciado con el viaje de descubrimiento, que tenía por objetivo, *inter alia*, establecer contacto con el Preste Juan y con los cristianos malabares. Así, con Pedro Álvares Cabral viajaron a Oriente los primeros franciscanos encargados de reconducir hacia el camino verdadero a los cristianos heterodoxos, tal como los había considerado Vasco da Gama. Durante los años inmediatamente posteriores, dicha política continuó, paralelamente a la gradual formación del Estado de la India, pero, tal como era de esperar, estos esfuerzos fueron más intensos durante el gobierno de Albuquerque.

La cristiandad de la India

Inicialmente, Manuel I contaba con el apoyo de los cristianos hindúes, pero éstos se encontraban dispersos por el interior de los distin-

[68] Acerca de la evolución de la concepción sobre la propagación del cristianismo, véanse nuestros artículos «As missões cristãs em África», en *Portugal no Mundo*, dirigido por L. de Albuquerque, vol. 3, Lisboa, 1989, pp. 88-103; y «D. João II e a cristianização de África» (cf. nota supra cap. I, n.º 11).

tos reinos que comprendían la región de Malabar. A pesar de ello, durante los primeros años se dieron importantes contactos: entre 1503 y 1505, la comunidad cristiana de Coulán desempeñó un papel activo en los embarques de pimienta. Sin embargo, la reacción de los mercaderes musulmanes no se hizo esperar —éstos procedieron a atacar la factoría portuguesa—, asesinaron a sus ocupantes, destruyeron y arrasaron a continuación con la iglesia de los cristianos siro-malabares que se encontraban allí. La presencia lusa en este puerto se vio interrumpida durante más de una década.

Cabe observar algunos factores que afectaron las relaciones entre los portugueses y los cristianos de Santo Tomé durante todo el siglo: la colaboración estrecha de unos y otros no era deseada por las demás fuerzas de la región, tanto musulmanas como hindúes. Cada vez que se daba una mayor aproximación, de inmediato se generaban fuertes presiones externas que impedían su continuación. Este problema se debía, por una parte, a la falta de poder de los portugueses en tierra, y por otra, a la dispersión de las comunidades cristianas: los primeros no tenían grandes posibilidades de imponer su voluntad lejos de la costa, viéndose impedidos, de esta manera, para defender a los grupos locales de las presiones ejercidas por los comerciantes musulmanes o por los príncipes hindúes y los cristianos de Santo Tomé, a su vez, tampoco podían ayudar a combatir el poderío musulmán ni obstaculizar su comercio, frustrando así los deseos de la corona portuguesa [69].

Durante estos primeros años, las preocupaciones básicas de los portugueses se centraban en la estructuración del Estado de la India, por lo que, a pesar de intentar apoyar a los cristianos en tierra, no les prestaron demasiada atención. Asimismo, la alianza con la cristiandad local resultaba insuficiente para derrotar a los mahometanos. Esto mismo fue confirmado en 1514 por Alfonso de Albuquerque, cuando, instado por el monarca a favorecer a los cristianos y a los paganos en el comercio marítimo, con el propósito de asfixiar, de esta manera, el poderío del Imperio Otomano, el gobernador respondió:

[69] Ver nuestro estudio (J.P.O.C.) «Reflexões sobre os cristãos de S. Tomé na política portuguesa do século XVI», en *Actas do V Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa* (en prensa).

> ... los cristianos en tierra tienen poco poder para apagar en poco tiempo la fuerza del comercio y las compañías de los moros de la India (...), siempre he favorecido y favoreceré a los paganos en ese asunto y, principalmente, a los cristianos en tierra, pero, señor, a mí me parece que no es ese el camino para eliminar rápidamente el comercio de los moros, puesto que si ellos se encontrasen en tierras habitadas exclusivamente por ellos y los paganos, en otras tierras y puertos, creo que se aprovecharía más esta medida, pero (...) los mercaderes moros residen actualmente en los mejores puertos de los paganos, cuentan con naves muy grandes y realizan grandes negocios. Asimismo, los reyes paganos guardan una estrecha relación con ellos por los beneficios que les aportan todos los años [70].

El éxito del plan de la Corona requería, al parecer, del establecimiento previo de relaciones con el Preste Juan.

El enviado del Preste Juan

Por ironía del destino, mientras se efectuaba la búsqueda de la «gran» cristiandad africana, un portugués vivió en la corte etíope desde 1493. Se trataba de Pero da Covilhã, uno de los dos espías que había enviado a Oriente el rey Juan II, en 1487, a través del Mediterráneo, con el propósito de que reuniese información sobre la India y el Preste Juan. Pero da Covilhã había estado en el Índico y, al regresar a El Cairo, tuvo conocimiento de la muerte de Alfonso de Paiva, su antiguo compañero. Así, resolvió intentar encontrar al Preste él mismo y, finalmente, lo consiguió. Sin embargo, no obtuvo la autorización para regresar y su descubrimiento había perdido interés para la corona portuguesa. Tan sólo tres decenios más tarde, habría de ver nuevamente a sus compatriotas, con la llegada de la primera embajada portuguesa.

Mientras tanto, don Manuel continuaba su búsqueda del Preste. Como hemos mencionado con anterioridad, Pedro Álvares Cabral había desembarcado a dos desterrados para que iniciasen la búsqueda en Melinde en el año de 1500, pero éstos no alcanzaron el éxito.

[70] Carta de Alfonso de Albuquerque dirigida (25 de octubre de 1514), en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. *cit.*, vol. I, pp. 306-307.

En 1503, el monarca envió un embajador al Preste. Se trataba de Antonio López, un valenciano que se encontraba en la India y había llegado a Portugal en la flota de Juan da Nova, que, tras unos pocos meses, regresaba a Oriente en la escuadra de Francisco de Albuquerque. Don Manuel había intentado beneficiarse de la experiencia de este hombre, lo cual parecía fundamental, puesto que sabía con certeza que cualquier emisario suyo debía ser capaz de atravesar sin dificultad las regiones controladas por los musulmanes. El conocimiento del terreno y su población, asegurando una cierta discreción, podía ser la clave del éxito. Antonio López logró llegar al Mar Rojo, pero murió en Yidáh, en Arabia, sin poder concluir su misión.

En 1506, el capitán de Quilón envió, por propia iniciativa, a su intérprete personal, pero éste murió en Mombasa, a manos de los musulmanes que lo habían descubierto.

No obstante, don Manuel no desistía en su búsqueda y durante aquel mismo año, entregó a Tristán da Cunha ciertas cartas que éste debía hacer llegar al Preste Juan.

Alfonso de Albuquerque fue, sin embargo, quien envió en abril de 1508 los primeros hombres que alcanzaron su objetivo. Tras hacerles desembarcar en las inmediaciones del cabo de Guardafui, éstos se encontraban en una zona cercana a la tierra etíope, lo que les permitió llegar a la corte del Negus al año siguiente. Sin embargo, concluida la misión, no regresaron a la India. Albuquerque, a pesar de que, en 1510, ya sabía que aquellos hombres habían llegado a la tierra del Preste Juan, fue tan sólo a finales de 1512 cuando recibió la respuesta durante mucho tiempo esperada [71]. Había sido enviada en manos de Mateus, un comerciante, «hombre que había prestado grandes servicios al Preste», enviado en secreto por la regente del reino etíope y que había tardado más de dos años en aproximarse a la India portuguesa, procurando, de esta manera, no atraer la atención de los agarenos. Sin embargo, fue conducido a prisión en Dabul, pero llegaron informes sobre este embajador a los oídos de los portugueses, tras lo cual Albuquerque ejerció la presión necesaria para conseguir su puesta en libertad.

[71] Los éxitos de esta embajada y las circunstancias que las condicionaron, tanto del punto de vista etíope como el portugués, fueron analizados cuidadosamente por J. Aubin en su artículo «L'ambassade du Prêtre Jean à D. Manuel», en *Mare Luso-Indicum*, n.° 3, París, 1976, pp. 1-56.

La aparición de un emisario del afamado Preste Juan constituía un triunfo total para el partido imperialista, en la medida en que la alianza luso-etíope permitiría atacar a Egipto. Cercado por las intrigas de sus oponentes y por los rumores propagados por los musulmanes sobre la posible irrupción en el Índico de una segunda flota de los rumíes, el gobernador vio con gran interés la llegada de Mateus. Éste, sin embargo, pronto se convirtió en una pieza más de la campaña contra Albuquerque, puesto que los adversarios del Terrible le acusaron de ser un espía al servicio de los mamelucos, criticando, así, la negligencia de quien lo había recibido con los brazos abiertos.

Víctima de los juegos políticos que le eran totalmente ajenos, de los que, sin embargo, se había convertido en una pieza importante, Mateus no imaginaba los momentos difíciles que le esperaban, ni sabía que pasaría siete largos años entre los portugueses antes de volver a pisar suelo etíope.

En la India, a pesar de las primeras acusaciones en lo que se refiere a su verdadera misión, se benefició del apoyo de Alfonso de Albuquerque. Éste, al enviarlo al Reino para presentar el mensaje de los gobernantes etíopes, le hizo embarcar en Cananor con todas las comodidades. Sin embargo, más adelante, en Mozambique, las cosas cambiaron y el capitán del navío que lo transportaba lo condujo a prisión, escudándose en el rumor anteriormente extendido según el cual era considerado un falso embajador. Una vez más, las intrigas de hombres como Gaspar Pereira, habían surtido efecto. No obstante, en la Corte, como era de esperar, el embajador fue bien recibido por don Manuel, compareciendo ante el monarca el 27 de febrero de 1514, de donde se puede deducir que la intriga no había conseguido truncar las antiguas aspiraciones del monarca. Así, al igual que el gobernador de la India, el rey creyó en la legitimidad y la honestidad de Mateus.

De esta manera, se reavivaron los sueños de Cruzada, puesto que, en su carta, la regente etíope aseguraba su apoyo a las tropas lusas que decidiesen penetrar en el Mar Rojo, garantizando, asimismo, el suministro de contingentes militares para realizar un ataque conjunto en el territorio de los mamelucos. Por otra parte, sugería que la celebración de una alianza entre las dos monarquías cristianas se consolidase mediante el casamiento de una princesa portuguesa con un príncipe etíope. Éste era, de hecho, el mensaje que el Afortunado siempre había deseado recibir y le parecía que todo discurría conforme a lo planeado hacía mucho tiempo.

No obstante, al regreso de Mateus a Oriente en la flota de 1515, don Manuel había perdido parte del entusiasmo, al verse obligado a ceder a las presiones de los adversarios de Alfonso de Albuquerque y al tener que nombrar a un nuevo gobernador para la India. Al hacer esto, se había sometido, aunque de forma temporal, a los intereses del partido anti-imperialista. Así, a su regreso al Índico, Mateus estaba rodeado por los mismos que lo habían calumniado y que aspiraban a dedicarse casi exclusivamente al comercio y a las aventuras del Océano. Le esperaban, de este modo, días difíciles.

Por otra parte, no resultaba extraño el fracaso de la expedición de Albuquerque al Mar Rojo en 1513, cuyas noticias habían llegado a la Corte en Portugal, en el verano de 1514. A pesar de la fallida campaña militar, se había obtenido una valiosa información: en dicha ocasión se supo que era el litoral del Mar Rojo desde donde debía establecerse el contacto con Etiopía. De esta manera, se comprobó que el control del Mar Rojo aseguraría tanto la destrucción de las flotas egipcias como la comunicación con la cristiandad africana. Don Manuel había adquirido, aparentemente, un compromiso con la oposición. Aceptaba sustituir a Albuquerque por un miembro del partido rival, sin embargo, éste aceptaba que el rey mandase al Mar Rojo una flota dirigida exactamente por uno de los ideólogos del imperialismo místico, el viejo Duarte Galvão, que debía internarse en Abisinia como enviado de don Manuel para entrevistarse con el Preste Juan.

En el capítulo siguiente veremos de qué manera fue obstaculizado aún más este intento, ocasionando el aplazamiento del regreso de Mateus, así como el de la embajada portuguesa para dar inicio al gobierno de Diego Lopes de Sequeira, primo y sucesor de Lope Soares, pero menos reacio a dirigirse al Mar Rojo.

Primeros intentos de cristianización

Tal como había sucedido durante el reinado de Juan II, los portugueses continuaban intentando crear nuevos espacios cristianos en las tierras de ultramar. Sin embargo, aunque no se habían percatado de la necesidad de enviar clérigos que se dedicasen únicamente a la evangelización de la población, puesto que concebían la conversión al cristianismo un proceso natural que debía ser resultado, esencialmente, del simple contacto de los paganos con los cristianos: la simple convivencia

ocasionaría que aquéllos se percatasen de que la religión de Cristo era la verdadera. La evangelización moderna comenzó unas décadas más tarde.

Este optimismo se veía confirmado por las frecuentes conversiones de hindúes en las inmediaciones de las fortalezas portuguesas. En realidad, no se trataba de una conversión masiva, pero la cristianización se daba de forma casi espontánea, lo que confirmaba la idea de que, a medida que aumentase el poder cristiano, la evangelización habría de continuar de forma natural.

En realidad, los grupos sociales afectados eran bastante limitados: mujeres o amantes de los soldados portugueses, servidores de las factorías, mendigos atraídos por las limosnas que el rey ofrecía a los conversos, algunos pescadores e individuos pertenecientes a la casta inferior. La mayor parte de la gente se acercaba, ante todo, por el deseo de promoción social e integración en una comunidad, a pesar de toda su jerarquía, más igualitaria. Éstos abandonaban el sistema religioso y social en que habían nacido y que los marginaban a ocupar los últimos lugares dentro de dicho sistema, sin posibilidad alguna de mejorar.

En una carta enviada al rey el 7 de diciembre de 1514, Pedro de Mascarenhas se refería, de esta manera, a los conversos de Cochín:

> La mayor parte de la gente que se convierte al cristianismo son mujeres, puesto que así tienen su vida más asegurada, en vista de que ganan mucho más dinero entre nosotros. En otros sectores, la mayoría son mercaderes de productos menores y de alimentos que nos vienen a ofrecer; al verse favorecidos y recibir un mejor tratamiento, se convierten en cristianos [72].

En el fondo, se trataba de un proceso casi idéntico al que se produjo durante la penetración de los musulmanes en los mercados de la región de Malabar. También entonces se habían registrado las primeras conversiones al Islam entre los hindúes de las castas más menospreciadas [73].

[72] Carta de Pedro de Mascarenhas a Manuel I (7 de diciembre de 1514), en *Doc. Padroado Índia*, vol. 1, pp. 224-227, 225.

[73] Este particular fue estudiado por G. Bouchon en su artículo «Les musulmanes du Kerala» (ver nota n.º 17).

La labor de adoctrinamiento era, por otra parte, bastante difícil, debido al desconocimiento de las lenguas locales, revelándonos la documentación de aquella época una preocupación de las autoridades portuguesas por enseñar a los niños a leer en portugués. La mayoría de los que recibían el bautismo, estaban, por lo general, muy poco instruidos en la fe, pero representaban una señal de esperanza para los que soñaban con la evangelización de Asia.

Sin embargo, éste no era el modelo a través del cual la Corona pretendía lograr la conversión gradual de la India. Su objetivo se centraba en los hombres importantes y, principalmente, los reyes. Ciertamente, mientras que la conversión de un paria al Evangelio no tenía significado alguno para la estructura social local, se esperaba que el bautismo de una personalidad importante o de un soberano pudiese generar una institucionalización del cristianismo y su consiguiente proclamación como religión oficial, tal como había sucedido en África, en el año de 1491, con la conversión del rey del Congo, e incluso antes, con la conversión de los reyes hermanos y eslavos durante el primer milenio de la era cristiana. Así, se creía que, mediante la creación formal de nuevas cristiandades, resultaba más fácil adoctrinar posteriormente a las gentes oficialmente sujetas a un poder cristiano.

Este deseo de hacer surgir nuevos reinos cristianos, a pesar de constituir un rasgo del proselitismo religioso que siempre caracterizó de forma peculiar al expansionismo portugués, debe ser entendido dentro de una serie de intenciones más amplias. Así, se procuraba, en realidad, profundizar en las relaciones políticas y comerciales con otros reinos a través de la existencia de una religión común, generadora de fuertes lazos de solidaridad.

Don Manuel ponía en práctica todo cuanto estaba a su alcance para llevar a cabo esta política. Mientras que, para los partidarios de una penetración pacífica y de carácter simplemente comercial resultaba prácticamente insignificante la religión de los pueblos con que entraban en contacto, el monarca, deseoso de emprender una Cruzada contra el Islam, consideraba que resultaba más fácil conseguir aliados militares entre los eventuales conversos. Es en este complejo contexto en donde deben inscribirse, por ejemplo, los obstáculos anteriormente mencionados, que Francisco de Almeida puso a la embajada enviada por el rey y, posteriormente, en 1505, al emperador de Vijayanagar. El gran imperio hindú no era considerado por el monarca tan sólo como una even-

tual alternativa al Preste Juan, que continuaba entonces siendo inaccesible, al menos como un aliado regional de gran importancia, en el cual se apoyaría para aniquilar definitivamente al molesto rey Samorín de Calicut. Vijayanagar tenía incluso en común con el reino portugués su constante lucha contra los musulmanes desde su fundación. Estas circunstancias habían alimentado el sueño de conseguir la conversión del emperador hindú.

No obstante, a pesar de la acción apostólica y diplomática desarrollada posteriormente durante los primeros años por el franciscano fray Luis de Salvador, los contactos entre los portugueses y las autoridades de Vijayanagar persistirían de forma inconsistente hasta el año de 1510. Más adelante, con la conquista de Goa, las relaciones oficiales se tornaron momentáneamente tensas [74], y, posteriormente, nunca fueron más allá de la cordialidad y de un entendimiento comercial, hasta que el imperio comenzó a disgregarse tras la batalla de Talicota en 1565. La evangelización sólo hubo de dar sus primeros pasos en el interior de la India meridional en los albores del siglo XVII.

De acuerdo con la política anteriormente citada, Manuel I procuró, asimismo, convertir a los reyes de Cochín y de Cananor. El 20 de diciembre de 1514, Albuquerque daba cuenta al monarca de la resistencia encontrada. El rey de Cochín le había respondido que no podía darle una respuesta inmediata de lo que haría. Ciertamente, su eventual opción por la religión de los portugueses provocaría graves conflictos en el interior de su reino y todo el sistema de fidelidades en que se asentaba su poder corría el riesgo de desmoronarse.

Nótese que, de recibir el bautismo, el soberano habría sido asediado por la casta sacerdotal hindú, por lo cual, en poco tiempo, la influencia que ésta ejercía en la sociedad habría sido puesta en su contra, suponiendo para él una pérdida de autoridad, así como el apoyo de las tropas portuguesas. En la carta de Albuquerque, el gobernador revela de qué manera la evangelización significaba el rompimiento no sólo con las convicciones antiguas, sino también con algunas de las prácticas sociales habituales en la región:

[74] Cf. el estudio de J. M. Santos Alves, *A cruz, os diamantes e os cavalos...* (ver nota n.º 33).

> Les hablé de sus costumbres, con las que vivían tan llenos de errores y vicios, tanto para la vida en este mundo y la felicidad de los hombres, como para la salvación del alma desde el nacimiento; les dije que bien sabía que no había hombre malabar que supiese cuál era su hijo y que sus hijos no heredaban su fortuna, pareciendo más una costumbre de animales, que de los hombres de razón que, en realidad, eran [75].

Albuquerque se refería, sin duda, a determinados comportamientos sociales de aquella región, que ya eran señalados entonces en los documentos portugueses:

> Los reyes malabares contraen matrimonio cuantas veces desean y después de poseer a las mujeres, las entregan a personas honradas, con el fin de que contraigan nupcias a cambio de tierras (...). Entre los naires [76], ninguno tiene padre ni hijo, ni desposan a sus mujeres; ellas, cuantos más amigos tienen, más honradas son (...) y, por esta razón, nunca un naire tuvo padre ni hijo, puesto que todas sus mujeres tienen dos (y hasta diez) hombres conocidos [77].

Estas prácticas, habituales entre las gentes del país, no armonizaban con la moral cristiana y, aunque las sociedades europeas no eran excesivamente virtuosas, sus miembros procuraban transmitir el modelo «oficial» de la práctica cristiana. El politeísmo, la poligamia y la poliandria, el problema de la influencia de las clases sacerdotales en la población, sin mencionar los ejemplos divergentes de muchos europeos, constituyeron una serie de obstáculos que obstruían toda clase de tentativas de evangelización.

El gobernador no pedía una simple comunión con los grandes principios del Evangelio, sino una verdadera revolución, lo que era, sin duda, imposible de llevar a la práctica por parte de los reyes locales, a menos que, tras una conversión verdadera, aceptasen el riesgo o la enorme probabilidad de perder el poder.

[75] Carta de Alfonso de Albuquerque dirigida al rey (20 de diciembre de 1514), en *Doc. Padroado Índia*, vol. 1, pp. 228-231, p. 229.

[76] «Naires». Casta guerrera de Malabar.

[77] T. Pires, *Suma Oriental*; seguimos la edición de A. Cortesão, *A Suma Oriental de Tomé Pires e o Livro de Francisco Rodrigues*, Coimbra, 1978, pp. 177-178.

Por otra parte, si en hipótesis, hubiesen dejado el trono para abrazar el cristianismo, la conversión habría perdido su alcance político.

Cabe resaltar, asimismo, la inexistencia de casos de reyes hindúes convertidos al Islam, aún cuando los musulmanes dominaban todo el norte de la India. Ciertamente, todas las dinastías musulmanas que habían gobernado en la región eran de origen extranjero, tratándose, especialmente, de turco-mongoles, afganos o persas. Este fenómeno ayuda a comprender la extrema dificultad que comportaba la creación de comunidades cristianas en la India a partir del poder político y el tiempo se encargó de demostrar su impracticabilidad.

Don Manuel también pensó implementar una pequeña variante —el nombramiento de un príncipe de Cochín en Portugal. Éste sería educado entre europeos y enviado posteriormente de regreso a su país, con el fin de ocupar el trono—. Esta propuesta demuestra que el monarca portugués había comenzado a percibir el choque cultural que subyacía tras la conversión, mas no los disturbios de carácter socio-político que ésta acarrearía con toda probabilidad.

A este propósito señalaremos que, ya en 1510, el bautismo del arel (piloto de la barra) de Cochín había ocasionado algunas fricciones. Este cristiano novicio había arrastrado consigo a «toda su generación, su mujer y sus hermanos, que eran mucho más de mil personas» [78], lo que había perturbado al rey de Cochín, puesto que, de acuerdo con el tratado firmado en 1502 con Vasco da Gama, todos los cristianos correspondían a la jurisdicción de los portugueses. Así, a pesar de que no les incomodaba el bautismo de unos cuantos intocables, la situación se alteraba cuando se trataba de súbditos importantes. Éste fue, sin duda, otro ejemplo relevante de los complejos problemas que enfrentaron posteriormente los apóstoles del cristianismo. Difícilmente, sabían despojarse del ropaje «europeizante», que su religión había adquirido en el transcurso de 1.500 años e, incluso, aquéllos que lo habían conseguido, siempre tuvieron que enfrentar la tenaz oposición de los brahmanes, así como de todo su universo cultural.

Así, resulta posible comprobar que el modelo concebido inicialmente para llevar a cabo la propagación del cristianismo en Oriente no con-

[78] Carta del arel de Cochín a D. Manuel (1510), en *Doc. Padroado Índia*, vol. 1, p. 76.

taba con las condiciones necesarias para difundirse de forma satisfactoria, razón por la cual no influyó en la creación del Estado de la India.

No obstante, la política religiosa de la Corona no se limitó a contemplar estos aspectos. Desde el comienzo de la presencia lusa en el Índico, la Iglesia tuvo un papel relevante, constituyendo no sólo una importante estructura de delimitación, sino que fue responsable de algunos de los progresos del expansionismo portugués en áreas anteriormente inexploradas por las autoridades civiles, como veremos más adelante [79].

[79] Este tema se analizará en el capítulo V, apartado 5 de este mismo volumen. Asimismo, consúltese el capítulo V del segundo volumen y los capítulos V, VI y IX del tercer volumen.

Capítulo III

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REINADO DE MANUEL I Y LOS PRIMEROS GRANDES CAMBIOS ESTRUCTURALES EN EL MUNDO ASIÁTICO

Los últimos siete años del reinado del Afortunado estuvieron marcados por importantes acontecimientos. A pesar de que el Estado de la India ya contaba con sólidos cimientos, la política de expansión sólo habría de ser abandonada con la subida al trono del rey Juan III. Ciertamente, don Manuel, siempre insatisfecho, no renunciaba ni a sus aspiraciones de crear un imperio universal, ni a sus proyectos de destrucción del Islam y recuperación de la Tierra Santa. Por esta razón, insistió en enviar a sus capitanes en dirección al Mar Rojo, al tiempo que despachaba sucesivamente tropas hacia China, procurando, de esta manera, dominar las principales líneas mercantiles del Extremo Oriente. Además de este esfuerzo expansionista realizado en dos direcciones opuestas, el monarca continuó intentando, por todos los medios, estrangular las redes del comercio sarraceno del Océano Índico.

Entretanto, se produjeron dos grandes reacciones a dos décadas de presencia lusa en el Índico, con la reorganización del tráfico marítimo y la restructuración política del Oriente Próximo, como consecuencia de la caída del Imperio mameluco. Los turcos y los gujarates encabezaron el enfrentamiento con los portugueses.

Desde el punto de vista interno, éstos serían años de intensa —y, a veces, dramática— actividad. El inicio de este período tuvo lugar en 1515 con la incapacidad del rey portugués para contrarrestar al partido anti-imperialista y culminaron con el triunfo del Afortunado, convencido de que, finalmente, había llegado el momento de tomar Jerusalén. Sin embargo, la muerte le sorprendió antes de poder llevar a cabo sus designios.

Además de aquellos cambios de carácter esencialmente político-institucional o bien, relacionados con el comercio oficial, existe uno de primordial importancia, que debe ser señalado al referirnos a este período. Asimismo, durante estos años, la presencia portuguesa experimentó una decisiva escisión: junto a una estructura político-administrativa vinculada a la Corona, comenzaron a surgir en número cada vez mayor aventureros, por lo general, desertores de los organismos oficiales, que optaban por desarrollar una actividad mercantil en calidad de corsarios o mercenarios al margen de los cuadros y los territorios de la India portuguesa. A pesar de que actuaban por su propia cuenta, no dejaban, la mayor parte de las veces, de considerarse portugueses y cristianos (si bien se daba el caso de los renegados convertidos al Islam). Frecuentemente entraban en competencia comercial con el Estado, sin embargo, en vista de que conseguían penetrar en aquellos lugares a los que éste no podía acceder, en algunas ocasiones fueron utilizados como intermediarios o agentes. En ciertos casos, servían de mediadores en sus misiones diplomáticas, en otros, boicoteaban las misiones oficiales que rivalizaban con ellos e incluso, debido a la violencia y a los actos de pillaje a los cuales estaban acostumbrados, contribuían a reavivar la hostilidad que la población local sentía hacia los portugueses en general, comprometiendo así los esfuerzos de inserción del Estado en los medios asiáticos. Las colonias que formaron aquí y allí fueron, en muchas regiones, los primeros asentamientos en que se practicaba el cristianismo de forma organizada, siendo aprovechados, más tarde, por las órdenes religiosas como bases de penetración en el interior.

El período que abordaremos a continuación es, contrario a lo que generalmente se piensa, tan importante para el futuro de la presencia portuguesa en las Indias como el precedente y será tratado a continuación.

Lope Soares de Albergaria y la «gran apertura» (1515-1518)

El nombramiento de Lope Soares

Desde que Alfonso de Albuquerque había comenzado a gobernar en la India, llegaban a la Corte numerosas cartas de oficiales que desempeñaban sus funciones en Oriente, quejándose de sus acciones. Ta-

les relatos, naturalmente tendenciosos y por ello, parciales y exagerados, apenas llegaban a las manos del monarca. Dichas cartas eran leídas por los nobles que se oponían a la política del rey y a la actitud autoritaria y centralista del gran capitán. Así, las reclamaciones eran repetidas y ampliadas en la Corte por el sector anti-imperialista. A pesar de tal actitud, don Manuel defendía en todo momento la posición de su hombre de confianza, manteniéndole en el poder.

Ciertamente, Albuquerque no cumplía con exactitud las órdenes reales, tendiendo siempre a aplazar el ataque al Mar Rojo y dirigiendo a sus efectivos en busca de nuevas conquistas. Sumido en la impaciencia, esperando año tras año la posibilidad de lanzar un ataque contundente contra el imperio mameluco, el rey tal vez no percibía la importancia del plan desarrollado paulatinamente por el gobernador, pero no dejaba de entusiasmarse con sus victorias sucesivas. A pesar de que sus más ardientes deseos no eran cumplidos, el monarca portugués adquiría cada vez un mayor prestigio con tan distantes triunfos y los utilizaba en su propaganda de afirmación ante las demás coronas europeas y, sobre todo, ante las autoridades cristianas: «El número de éxitos aumentaba enormemente; la Corte de Lisboa, al mismo tiempo que dichos éxitos tenían lugar, sin demora los transmitía a Roma, así como a las demás capitales europeas» [1]. Asimismo, a las victorias en Oriente, se sumó, en 1513, la conquista de Azamor, en el litoral meridional de Marruecos, con la cual culminaba un período de importantes avances de las tropas lusas en aquel país.

En 1514, la Ciudad Eterna presenció, aterrada, una grandiosa embajada de Portugal. Ante la presencia de numerosos embajadores, de muchos príncipes europeos que habían ido hasta allí para prestar obediencia a León X, el nuevo papa, la representación portuguesa desfiló por las calles de Roma el 22 de marzo de 1514 y variadas clases, un caballo persa, «enjaezado con piezas de oro y seda de la India», que había sido ofrecido por el rey de Ormuz, así como un elefante hindú (el primero de esta especie que entraba a la ciudad) «que transportaba un cofre que contenía un rico presente, envuelto en un paño tejido en oro, con las armas reales portuguesas, que cubrían todo el elefante». Sobre el elefante iba montado un *cornaca* (N. del T.: conductor y tra-

[1] A. A. Banha de Andrade, *Mundos Novos do Mundo*, p. 660.

tantes de elefantes en la India), que vestía «ropajes de oro y seda, que le daba órdenes de seguir o de detenerse, arrodillarse o salpicar a los presentes [2].

Las conquistas de Alfonso de Albuquerque alimentaban, de esta manera, la gloria del Afortunado y éste no atendía las numerosas presiones para apartarle de la administración de la India.

No obstante, en el verano de 1514, la situación se modificó. A continuación, llegaron a la corte portuguesa noticias sobre los acontecimientos ocurridos en Oriente durante el año anterior. Así, se supo que Albuquerque, siempre vencedor cuando actuaba conforme a su iniciativa personal, había fracasado en el momento en que cumplía, finalmente, las determinaciones del monarca y se dirigía al Mar Rojo.

De esta manera, aumentaron las intrigas contra el gobernador, que, entretanto, pidió al rey el título de duque de Goa, argumentando, además de su competencia, su fidelidad a la corona lusitana, insinuando que deseaba convertirse en rey. Incapaz de contrariar durante más tiempo a grupos tan importantes de la nobleza, Manuel I se vio obligado a destituir a Albuquerque y a nombrar en su lugar a Lope Soares de Albergaria, personaje afín al partido opositor. Inmovilizado por la oposición cortesana, apoyada por un considerable sector de la alta nobleza y los comerciantes descontentos con el progreso de los monopolios, el rey, no obstante, procuró de diversas maneras recuperar, al menos parcialmente, el control de los acontecimientos. Sin embargo, nada de esto surtió efecto.

En primer lugar, ofreció a Lope Soares una suma astronómica de dinero para que desistiese de su cargo, pero éste, instado por el líder de los opositores, el barón de Alvito, su primo carnal, no aceptó.

Don Manuel también previó que Lope Soares sólo asumiría efectivamente el gobierno de la India si no hubiese llegado al Índico la siempre anunciada pero nunca aparecida segunda flota de los rumíes. Si se hubiese constatado esta hipótesis, el Terrible habría permanecido en funciones, correspondiéndole conducir las maniobras militares, mientras que Lope Soares habría asumido el gobierno en la región comprendida entre Cochín y Malaca. Si Lope Soares falleciese durante el viaje, Albuquerque debía permanecer en su puesto. El rey no contaba, natu-

[2] Idem, *ibidem*, p. 662.

ralmente, con la súbita muerte de Albuquerque, pero, de cualquier manera, los rumíes no aparecieron en ningún momento por las aguas del Índico. Esto demuestra, sin embargo, la mala voluntad con que el rey nombraba al nuevo gobernador.

Por otro lado, la misión de penetrar en el Mar Rojo, reconducir a Mateus a Etiopía y establecer contacto con el Preste Juan fue puesta fuera del alcance de Lope Soares y confiada a una flota que debía zarpar de Lisboa bajo la dirección independiente de Duarte Galvão [3], el gran ideólogo de la componente mística de su proyecto imperial. De esta manera, el monarca procuraba no perder el control sobre la zona que más le interesaba, dejando el comercio de la India en manos del partido liberal-mercantil, mientras colocaba en las inmediaciones del Oriente Próximo a un hombre íntimamente ligado a sus sueños mesiánicos de cruzada.

Duarte Galvão, sin embargo, de edad muy avanzada, no tuvo ánimo para asumir el mando de una flota y enfrentar la hostilidad de sus adversarios. Accedió en acompañar a Mateus, pero solicitó continuar bajo la capitanía de Lope Soares. Así, el embajador del Preste se encontraba rodeado por aquéllos que siempre le habían asediado.

El persistente don Manuel intentó implementar otra manera de alterar la situación: en 1516 trató de separar nuevamente el gobierno de la región próxima al Mar Rojo y del Golfo pérsico de las demás áreas del Índico. La flota que había partido del Tajo en aquel mismo año llevaba órdenes de efectuar la división, atribuyéndose el mando en la zona occidental a Alfonso de Albuquerque. Esta última decisión real demuestra claramente que fueron las presiones de la corte y no la voluntad del propio soberano las que condujeron a la destitución del gran capitán en 1515, de otra manera, el monarca no le habría asignado tales funciones, vitales para la consecución de su proyecto. En la primavera de 1516 aún se desconocía en Portugal el fallecimiento del Terrible, ocurrido en Goa en diciembre del año anterior.

Esta lucha política demuestra, por otra parte, cuán vivas se mantenían las divergencias en el seno de la clase dirigente portuguesa, así como la indudable tenacidad del rey.

[3] Sobre esta figura clave de la ideología imperialista de D. Manuel, véase el estudio de J. Aubin, «Duarte Galvão» citado anteriormente (cf. nota 25, cap. II).

Tal como sucedía desde hacía un siglo, desde que el expansionismo luso diera sus primeros pasos en 1415, no había un único proyecto de expansión. Las regiones de ultramar se habían convertido en un campo en donde los esfuerzos centralizadores de la Corona se oponían permanentemente a las tendencias autonómicas de la nobleza, así como al espíritu de aventura y a la sed de riqueza de muchos. Ciertamente, no eran sólo los hidalgos quienes actuaban en contra de la dinámica centralista implementada por la Corona. De una forma u otra, la mayoría de los que partían desde el Reino aspiraban a mejorar su situación personal y, en vista de que su salario (que casi siempre recibían de forma tardía y, en muchas ocasiones, en especie y no en dinero) no les permitía enriquecerse, puesto que tan sólo garantizaba la supervivencia, los provechosos negocios de Oriente atraían constantemente a todos aquéllos dispuestos a practicar el soborno o a partir a la aventura hacia lugares remotos.

Una vez finalizado el período de gobierno autoritario de Alfonso de Albuquerque, los portugueses comenzaron a dispersarse gradualmente por todo el Índico. Con la llegada de Lope Soares de Albergaria al Índico, comenzaría la «gran apertura».

La nueva coyuntura

Al llegar a la India, el nuevo gobernador dio «licencia a todos para navegar y comerciar en donde quisiesen» [4]. Esta medida tuvo como consecuencia inevitable el debilitamiento de la estructura que soportaba al Estado de la India no sólo por el hecho de que las fortalezas y las flotas tendían a perder efectivos, sino también porque las acciones de los portugueses comerciantes o corsarios privados entraba en competencia o en contradicción con el comercio y la política oficial de la Corona. Pero antes de analizar este fenómeno, conviene conferirle una dimensión espacio-temporal.

Esta determinación de Lope Soares al inicio de su gobierno, a pesar de reflejar su concepción del expansionismo portugués, se debía también a una situación más estable, experimentada entonces por la pre-

[4] G. Correia, *Lendas da Índia*, vol. 2, p. 466.

sencia lusa en Oriente. Cabe resaltar que, además de la viabilidad económica del Estado de la India, producto de la política de Albuquerque, la oposición de los musulmanes debía dispersarse por una vasta área oceánica, perdiendo, por esta razón, el carácter peligroso de antaño, cuando se admitía la posibilidad de que una armada procedente del Mar Rojo pudiese expulsar a todos los portugueses, más allá del Cabo de Buena Esperanza. Las posiciones de estos últimos comenzaban a verse sujetas puntualmente a un mayor desgaste, pero su permanencia en el océano ya no podía decidirse en una única gran batalla: las raíces implantadas por el gran capitán no lo permitían.

A comienzos de 1516 aún se temía que la famosa segunda flota de los rumíes irrumpiese en el Mar Arábigo, pero la expedición al Mar Rojo, conducida al año siguiente por el gobernador, a pesar de no producir resultados satisfactorios para la Corona, tuvo la oportunidad de verificar la ausencia de las tropas musulmanas, que, de hecho habían sido organizadas, pero que se disgregaron tras algunas campañas que se efectuaron aún en el interior del Mar Rojo y en Adén.

Así, existía una menor presión sobre las fuerzas portuguesas, lo que permitía a Lope Soares tomar medidas de carácter liberalizador, sin poner en peligro la permanencia lusa en la región. Ciertamente, la seguridad del Índico no interesaba, evidentemente, tan sólo a los imperialistas como Alfonso de Albuquerque, sino a todos en general, puesto que se trataba de una condición *sine qua non* para la propia presencia portuguesa en Oriente. Por esta razón, Francisco de Almeida no pudo jamás tomar medidas semejantes a las de Lope Soares, a pesar de que su concepción se aproximaba mucho más a las de éste, que a las del Terrible. La nueva coyuntura favorecía, de esta manera, los intereses privados de la nobleza. Esta seguridad obligaba a evitar disminuir excesivamente el aparato militar, sobre todo en el área estratégica fundamental, que era, sin duda, el Índico occidental. En esta región, Lope Soares también procedió a reforzar el conjunto de fortalezas, aumentando la presión sobre los productores de especias: para ello mandó construir una fortificación en Coulán, en la región de Malabar, y otra en Colombo, en la isla de Ceilán.

De hecho, en las aguas situadas más allá del cabo Comorín (región en donde el Estado de la India sólo dominaba la ciudad de Malaca) fue donde los particulares desarrollaban la mayor parte de sus actividades, especialmente en el Golfo de Bengala y en el Mar de la China. En el

Índico occidental, el archipiélago de Maldivas era la principal excepción, zona que se había convertido en una escala preferencial de las redes mercantiles mahometanas y en donde no existía una presencia oficial de la corona portuguesa. Por esta razón, constituía un pequeño paraíso para los corsarios y piratas.

La actividad de los particulares portugueses se dividía, así, entre las actividades corsarias legales (el ataque a navíos sin emblema y perteneciente a potencias enemigas) y el ilegal (el asalto indiscriminado a todos los navíos que encontraban a su paso, tanto si pertenecían a los aliados del Estado de la India), además del comercio pacífico en los puertos más variados de aquel océano. La relación de estas gentes con la estructura oficial del Estado de la India era variable, puesto que, conforme a la situación en cada caso y situándose en el caso extremo, los «alzados», constituidos, generalmente, por tripulaciones que se amotinaban e iniciaban enseguida una acción depredadora sobre el tráfico musulmán. A pesar de haberse desligado de la política real (fácilmente identificables en el contexto racial asiático), por lo que su actividad perjudicaba, inevitablemente, a la diplomacia lusa. Cabe resaltar, sin embargo, que incluso los capitanes que actuaban «de forma oficial» no se cohibían al asaltar navíos de reinos con los que Portugal mantenía relaciones cordiales. Si bien en la región del Mar Arábigo, tanto en las Maldivas como, posteriormente, en las cercanías del Mar Rojo, el Estado de la India aún podía intentar contrarrestar tales acciones, aquello se tornaba mucho más difícil al Oriente del cabo Comorín.

En ciertas ocasiones tenían lugar situaciones que hoy nos resultan verdaderamente desconcertantes. Merece la pena mencionar, por ejemplo, un viaje realizado por Enrique Leme de Malaca a Pegu, en los años 1515 y 1516. A pesar de dirigirse a aquel reino, el capitán asaltó por el camino a un navío mercante peguano, de modo que cuando comerciaba tranquilamente en Cosmín, un puerto del mismo reino, terminó siendo desenmascarado y tuvo que huir apresuradamente. No sólo su negocio particular se vio afectado, puesto que el administrador de la Corona en Martabán tuvo que abandonar la ciudad y el comercio establecido entre Malaca y Pegu (vital para el abastecimiento de víveres de los portugueses) permaneció momentáneamente interrumpido.

Un caso aún más alarmante se registró en 1518:

(...) Juan da Silveira, que había sido enviado por el gobernador Lope Soares de Albergaria a las Maldivas y a Bengala para establecer allí varias factorías, terminó viéndose envuelto en una situación de este tipo, que destruyó los intentos de la expedición. Al llegar a Chittagong (o Chittagón) en mayo de 1518, fue bien recibido inicialmente por las autoridades, pero su presencia se materializó posteriormente en acciones que atentaban contra los intereses locales, una vez que, al hacerle falta provisiones, intentó tomar por la fuerza un cargamento de arroz [5].

Casos como éste o el anterior revelan, sin duda, el carácter híbrido del expansionismo luso del siglo XVI —la nobleza procuraba llevar a cabo un proceso predominantemente comercial, pero era incapaz de abandonar del todo sus prácticas guerreras. A pesar de que no le interesaba, tal como hemos visto, desarrollar un proyecto de características enteramente caballerescas, como el de combatir sistemáticamente a los mamelucos, tampoco se adaptaba a las estrictas normas del mercado, lo cual explica este tipo de situaciones.

Sin embargo, esta disciplina, que fomentaba la anarquía, tenía otras facetas. Véase, por ejemplo, el caso de Juan Moreno, enviado en el año de 1519 a la costa del Coromandel por Diego Lopes de Sequeira, el sucesor de Lope Soares. Allí debía establecer relaciones comerciales y distribuir salvoconductos a los comerciantes de dicha región. Sin embargo, Juan Moreno transformó su misión pacífica en una sucesión de asaltos y sólo concedió los emblemas de identificación de que disponía a cambio de oro.

Actuando, por lo general, de forma ambigua, gran parte de estos capitanes no cortaba totalmente los lazos con las autoridades lusas, tan sólo procurando beneficiarse de la menor capacidad de intervención del poder instalado en Goa y la región de Malabar. Ciertamente, no era solamente la política personal de Lope Soares la responsable de esta situación —el simple hecho de que el Estado de la India se hubiese extendido, dispersaba sus fuerzas, dificultando el control y revelando, al

[5] Ver nuestro estudio (V.G.R.), «Os Portugueses em Malaca e no Golfo de Bangala (séculos XVI e XVII)», en *Portugal no Mundo*, dir. por L. de Albuquerque, vol. 4, pp. 148-168, p. 157.

mismo tiempo, nuevas tierras extremadamente apetecibles, hasta donde la Corona no podía llegar con facilidad.

Por otra parte, el belicismo que caracterizaba desde el año 1500 a los portugueses en Oriente había reforzado la preponderancia de la nobleza en este proceso. Así, se trasladó a las aguas del Índico un ambiente semejante al que se vivía en Marruecos. Existe cierto paralelismo entre los ataques efectuados a los navíos agarenos en Oriente y las razzias que la nobleza organizaba contra las aldeas próximas a las fortalezas marroquíes. Tampoco debemos olvidar que, de hecho, muchos de los que transitaban por el Índico habían servido anteriormente a la Corona en aquellas plazas africanas.

Otros aventureros privados, menos agresivos, pero con miras comerciales, se transformaban en simples mercaderes asiáticos, participando en el comercio regional. En algunos casos, formaban pequeños núcleos poblacionales, que, a veces, acababan por convertirse en nuevas ciudades lusas, como en los casos de Meliapor (fundada entre los años de 1517 y 1521) en el Golfo de Bengala, y el de Macao, creado más adelante, entre los años 1554 y 1557 en el Mar de la China. Aunque en una primera fase, este tipo de francotiradores no perjudicaba los intereses de la Corona, no ocurría lo mismo, en algunas ocasiones, cuando presenciaban la llegada de oficiales reales a los puertos en que se habían establecido. Si bien algunos les apoyaban, sirviendo de intermediarios entre sus compatriotas y las gentes con quienes convivían, otros, por el contrario, sintiéndose perjudicados al ver amenazadas sus actividades particulares, asediaban a los representantes de la India, llegando a enfrentarles con la población local.

Las «autoridades locales asiáticas preferían, por lo general, a los comerciantes privados, antes que a los navíos de la corona portuguesa» [6], puesto que eran más fáciles de tratar y dicho trato no tenía ninguna implicación diplomática. A pesar de ser entidades marginales, desde el punto de vista político-administrativo, estos aventureros fueron, en muchas ocasiones, responsables de la propagación de la cultura portuguesa hasta aquellos lugares en donde las flotas reales jamás consiguieron llegar.

[6] G. Bouchon y L. F. Thomaz, *Voyage dans les deltas du Gange et de l'Irraouaddy (1521)*, París, 1988, p. 47.

Los comienzos de la presencia portuguesa en el Golfo de Bengala

Durante el gobierno de Lope Soares, la presencia portuguesa se extendió por el Mar de la China y el Golfo de Bengala y, tanto en una región como en la otra, los emisarios oficiales no se encontraban solos: por los principales puertos comenzaban a transitar los comerciantes privados. Dejando de lado, por ahora, el caso del Imperio Chino, que recibió una mayor atención por parte de la Corona durante este período, como veremos más adelante [7], veamos, a continuación, de qué manera se inició la penetración portuguesa en las aguas del Golfo de Bengala.

Además de las expediciones fallidas, mencionadas antes, un número importante de aventureros comenzó a penetrar esta última región. En 1517, seis mercaderes descubrieron el túmulo del apóstol Santo Tomé [8]. Según la tradición, el apóstol había sido quien había introducido el cristianismo en la India, en donde terminó sus días y fue sepultado. Desde el primer viaje a Oriente de Vasco da Gama, época en la que don Manuel soñaba con encontrar la sepultura, no fue un enviado del rey sino estos comerciantes particulares los que desempeñaron la voluntad del monarca, a pesar de ocuparse de sus negocios privados, escribieron a continuación a las autoridades, comunicándoles la novedad y procurando, de esta manera, complacer al rey [9]. Una vez más resulta posible comprobar el comportamiento ambiguo según el cual el oficial y el particular se confunden conforme a los intereses en juego. En Meliapor, lugar en donde fue hallado el túmulo, comenzaron a reunirse algunos de estos negociantes, formando allí una colonia que fue creciendo y ganando importancia, participando posteriormente en el comercio centrado en Paliacate. «Los pobladores de Santo Tomé de Meliapor eran portugueses particulares, desertores de las guarniciones de Malaca y Cochín, así como algunas personas cuyo *status* gozaba de mayor legitimidad ante los oficiales portugueses [10]. Esta definición de Sanjay Su-

[7] Cf. apartado 3 de este mismo capítulo.

[8] Sobre este asunto, véase el estudio de L. F. Thomaz, «A lenda de S. Tomé e a expansão portuguesa», en *Lusitania Sacra*, nueva serie, n.° 3 (en prensa).

[9] Cf. *Doc. Padroado Índia*, vol. 1, pp. 296-299.

[10] S. Subrhmanyam, «Profit at the Apostle's feet: the Portuguese settlement of Mylapur in the sixteenth century», en *Improvising Empire, portuguese trade settlement in the Bay of Bengal 1500-1700*, Delhi, 1990, pp. 47-67, p. 50.

brahmanyam resalta una vez más la indefinición típica de estas gentes. Cabe resaltar que esta colonia espontánea se había fundado en el propio puerto de Paliacate. La decisión de concentrarse posteriormente en Meliapor respondía, ciertamente, al prestigio de que disfrutaba este lugar santo, lo que hacía disminuir el grado de clandestinidad ante las autoridades reales. Esto significa que estos mercaderes preferían mantener una relación de carácter institucional, aunque distante, con la Corona y participar más activamente en el comercio de Paliacate, antes que romper con ella. Esta tendencia hacia el compromiso permitió frecuentemente al Estado de la India penetrar en poco tiempo en aquellas redes mercantiles, sirviéndose, en muchos casos, de estos núcleos de aventureros [11].

Sin embargo, esto no siempre fue así. Por ejemplo, la embajada de Antonio Brito el Viejo, que, en 1521, visitó el sultanato de Bengala, se enfrentó a una oposición generalizada tanto por parte de los mahometanos como de los portugueses que residían allí. Ciertamente, tanto los gujarates como los otros grupos de musulmanes que vivían en el país, urdían intrigas, diciendo a los habitantes que se encontraban ante un pueblo conquistador, cuyos objetivos incluían el de ocupar su país. A tales noticias se sumaban los ecos de los actos de piratería anteriormente cometidos por los portugueses contra navíos bengalíes. Sin embargo, los enviados de la Corona también debían enfrentar una «embajada fantasma» organizada por aventureros que sólo intentaban beneficiarse de una pretendida condición de diplomáticos para llevar a cabo con mayor facilidad sus negocios y, ante la aparición de los emisarios reales, los pseudo-embajadores no dudaron en acusar a los representantes legítimos del Estado de la India de impostores. A todo esto se sumó la oposición de un renegado, que tampoco tenía interés alguno en ver instalados a los funcionarios del rey en aquella región [12].

La difícil situación vivida por esta embajada es, sin duda, un buen ejemplo de lo que fueron las consecuencias de la «gran apertura». Sin

[11] Este asunto será desarrollado en el capítulo IV del tercer volumen.

[12] El relato acerca de la embajada, así como el estudio detallado de todos los condicionamientos que influyeron en ella se encuentra en la obra de Geneviève Bouchon y Luís Filipe Thomaz, indicada anteriormente (cf. *Supra* nota 6).

embargo, mientras los aventureros se dispersaban por los más variados rincones del continente asiático, el Estado de la India continuaba llevando a cabo la estrategia mediterránea de Manuel I.

Perfil de la presencia portuguesa en el Mar Rojo y en el Golfo Pérsico

Tal como hemos mencionado, el gobernador no podía descuidar la vigilancia del Mar Arábigo y, por otra parte, no resultaba conveniente desafiar excesivamente la voluntad del monarca. Así, partió hacia el Mar Rojo al frente de una poderosa armada, a comienzos del siglo XVII. Tenía la doble misión de eliminar la nueva flota de los rumíes, así como de establecer contacto con el Preste Juan. Por la forma en que transcurrieron los acontecimientos, no cabe duda de que Lope Soares se había limitado a cumplir la misión a que estaba obligado, pero sin esforzarse en poner en práctica los designios imperialistas de don Manuel. El único objetivo real que debía perseguir a toda costa (la eliminación de la escuadra egipcia) ya había sido resuelto: la armada se había desgastado en combates en el interior del Mar Rojo y terminó entregándose posteriormente, tras un ataque fallido a Adén.

La organización de esta flota fue el último esfuerzo realizado por los mamelucos, con el propósito de evitar la caída de su imperio, sin embargo, en realidad, el destino de la flota coincidió con el de la dinastía que lo había enviado: el bloqueo ejercido por los portugueses, a pesar de no haberse dado en condiciones ideales, fue suficiente para sacudir las débiles estructuras en que se asentaba el imperio de El Cairo en los albores del siglo XVI.

La noticia de la derrota de la primera flota en Diu llegó a la capital egipcia en 1509, tres meses después de la batalla. El Soldado escribió de inmediato al rey Samorín, prometiendo el envío de nuevos navíos. Sin embargo, ya no tenía capacidad para construirlos, por lo que necesitaba solicitar nuevos refuerzos a los turcos otomanos. Éstos dieron entonces todo el apoyo a los egipcios, que, cada vez más debilitados, terminaron por depender totalmente de sus aliados.

Entretanto, diversas circunstancias habían retrasado la partida de la nueva flota. A la propia fragilidad del Imperio mameluco se sumaban otros ataques concertados, al menos en parte, con los intereses lusos. Por ejemplo, el primer cargamento de madera destinado a la creación

de la armada fue destruido aún estando en el Mediterráneo, por una escuadra de los caballeros de Rodas, interesada en el desgaste del bloque musulmán, esta orden militar procuraba auxiliar, naturalmente, la estrategia de la corona portuguesa.

Cuando los nuevos navíos estaban finalmente listos, una serie de hostilidades ocurridas en la frontera siro-persa, junto con nuevas acciones emprendidas por los caballeros de Rodas, impidieron el envío de la armada en 1512. Las embarcaciones fueron lanzadas al agua apenas en 1514, sin embargo fue preciso esperar un año más para reunir a los hombres que formarían las guarniciones de los 22 navíos. Partieron el 20 de agosto de 1515, pero, al igual que con la flota anterior, ésta también debió comenzar por consolidar la autoridad egipcia en el interior del Mar Rojo. De esta manera, tuvo que construir una fortaleza en una de las islas Comores y pacificar el litoral árabe. En fecha tan temprana como el año de 1516, lanzó un ataque contra Adén, que, a pesar de ser musulmana, no estaba sujeta a la tutela de los mamelucos. Los combates culminaron con la derrota de los rumíes, que sufrieron un elevado número de bajas. Los sobrevivientes se retiraron y se dispersaron, poniendo fin a los intentos de los egipcios por contrarrestar la presencia portuguesa en Oriente.

Cuando Lope Soares llegó a la entrada del Estrecho, Adén aún no se había repuesto de la batalla anterior y sus murallas habían sido parcialmente derribadas. El gobernador de la ciudad, ante el poderío de la armada lusa, aún en lo máximo de su fuerza, «lo recibió (a Lope Soares) con grandes festejos, haciendo entrega de las llaves de la ciudad (Adén), afirmando que deseaba que estuviesen a nombre del rey de Portugal» [13]. Adén, ciudad que mediante su resistencia había contribuido a la caída de Alfonso de Albuquerque, se ofrecía ahora a los portugueses y éstos, al dominarla, ganaban una base desde donde les resultaba posible realizar acciones sistemáticas contra el Oriente Próximo. El gobernador del Estado de la India, bien porque conocía los verdaderos designios de la corriente antiimperialista, o bien, porque era muy mal estratega, argumentando que no deseaba debilitar su armada, decidió que sólo aceptaría la sumisión de la ciudad después de la campaña en el interior del Mar Rojo.

[13] J. de Barros, *Ásia*, III, i, 2.

Las maniobras efectuadas allí no fueron definitivas, no sólo porque los portugueses desconocían las características de la región costera, ni los escollos que se ocultaban muchas veces tras una fina capa de agua, sino por el hecho de que no habían sido observadas las recomendaciones de Albuquerque de llevar galeras (navíos de bajo calado y con remos), en lugar de naves. Por esta razón, la armada portuguesa se vio forzada a navegar con mucha cautela, lo que no impidió que parte de los navíos se extraviasen debido a las tempestades, hundiéndose, incluso, algunos de ellos, entre los cuales había uno que llevaba piedra para la construcción de una fortaleza en la isla de Comores.

A pesar de estos percances, Lope Soares llegó a las proximidades de Jidá, pero no lanzó ataque alguno. Según Juan de Barros, el gobernador habría justificado su decisión por la carta enviada por el monarca, «en la cual le ordenaba que, de ninguna manera, pusiese en peligro la vida de sus hombres y que tomara muchas otras precauciones, por la seguridad de su tripulación» [14]. Lope Soares, que en 1504 había demostrado ser un capitán valeroso y eficaz, actuaba ahora de un modo bien distinto. Ciertamente, ahora estaba más viejo, pero esto no justifica la manera poco enérgica en que dirigió la campaña. Consideramos que detrás de tantas precauciones de carácter militar existía la firme determinación política de contrariar disimuladamente la voluntad del monarca.

Las mismas excesivas precauciones fueron tomadas en relación con el embajador del Preste, que venía en la armada, a quien muchos continuaban considerando un espía. Cuando los navíos llegaron a la isla de Comores, en donde fueron derribados los muros erigidos por los rumíes, el viejo Duarte Galvão comenzó a experimentar un deterioro físico y murió poco tiempo después. Al fallecimiento del enviado de don Manuel, el gobernador no nombró a ningún sustituto y dio por terminada su misión en el Mar Rojo. A su regreso, al pasar nuevamente por Adén, se registró una situación inversa a la del inicio de la campaña: esta vez eran los árabes quienes se encontraban fortalecidos y los portugueses, por el contrario, desgastados, por lo cual la ciudad mantuvo su independencia.

[14] *Ibidem*, III, i, 4.

La flota que entonces se retiraba, aplazaba una vez más los planes de don Manuel. Los partidarios de las ideas anti-imperialistas bloqueaban, de esta manera, el área de influencia etíope sobre el Mar Rojo.

Resulta interesante mencionar que, en el mismo año en que tuvieron lugar estos acontecimientos en el Mar Rojo, Juan Meira realizaba en el Golfo Pérsico el primer viaje entre Ormuz y Basora. Sin embargo, perseguía objetivos exclusivamente comerciales, dando inicio a una relación secular de los portugueses con aquella ciudad, que no se vio interrumpida siquiera por su conquista efectuada por los turcos en el año de 1546.

Este episodio resulta extremadamente ilustrativo en lo que respecta al contraste existente entre el Golfo Pérsico y el Mar Rojo. Este último, pulmón primero de los mamelucos y después de los otomanos, fue desde siempre una zona de conflicto, comercialmente impenetrable para los cristianos. Aquél, enclavado entre una Persia neutral, cuando no aliada a una Arabia en donde ninguno de los pequeños emiratos costeros ejercía una verdadera hegemonía, había resultado, al inicio, bastante permeable a la corona portuguesa y se mostraba igualmente abierta a los intereses de los particulares, al igual que el Mar Arábigo o el Golfo de Bengala.

También cabe resaltar que, incluso después de la muerte de don Manuel y del fin de las ambiciones reales de Cruzada, el Mar Rojo continuaría siendo esencialmente un área de guerra. Por un lado, los portugueses continuarían penetrando en su interior para mantener contacto con la cristiandad etíope, procurando, al mismo tiempo, capturar en sus inmediaciones el mayor número posible de navíos mercantes musulmanes; por otro, de su interior saldrían, sucesivamente, flotas turcas dispuestas a atacar el Estado de la India. El Golfo Pérsico, por el contrario, sería siempre un área predominantemente comercial.

Sin embargo, de momento, aún reinaba Manuel I, y en el Mar Rojo y la estrategia de la cual era el eje principal estaba impreso el sello del monarca. En 1517, partía del Reino una flota de 17 velas, tripuladas por un millar de hombres, con la estricta misión de vigilar los accesos al Mar Rojo. Nada apartaba al rey de su sueño de conquistar Jerusalén y derribar el Imperio Egipcio. El primer deseo del monarca nunca habría de alcanzarse, pero el segundo comenzaba a perfilarse. Si bien no

ocurría exactamente en manos de los portugueses, los mamelucos caían decisivamente. No obstante, su colapso no servía a los intereses lusos, puesto que redundaba en un fortalecimiento del mundo mahometano, esta vez bajo la égida otomana.

Los nuevos adversarios

Tras dos décadas de presencia portuguesa en el Índico, el Islam dejaba atrás, finalmente, el período de choque y de reacciones iniciales que dieron lugar a profundas alteraciones estructurales que perdurarían durante casi un siglo.

Como hemos mencionado anteriormente, Vasco da Gama y sus compañeros habían llegado a la India en busca de cristianos (que les sirviesen de aliados para asaltar el Oriente Próximo) y especias (lo que les permitía introducirse en los negocios del Asia de los monzones). Las reacciones a las que nos referiremos a continuación se debieron, en el fondo, a estos dos tipos de intervención.

En el Mar Rojo, donde el objetivo de la intervención portuguesa, incluyendo la búsqueda del Preste Juan, era de naturaleza fundamentalmente político-militar, la respuesta fue de idéntica índole. Los otomanos ocuparon Egipto, debilitado por el bloqueo portugués al comercio de la pimienta y desprestigiado por las derrotas sufridas por sus tropas. Así, los turcos conquistaron una vía de acceso al Índico, en donde comenzaron a enfrentar a las flotas lusas.

Sin embargo, en el Asia de los monzones, las fronteras no experimentaron cambios significativos: los recién llegados perturbaban, ante todo, el tráfico marítimo y la respuesta fue también de carácter esencialmente comercial, alterando las redes de comercio y creando líneas mercantiles alternativas a aquéllas que habían caído en manos de los cristianos.

De cualquier manera, la reacción partió esencialmente de los moros: los reyes paganos (a excepción del caso de Calicut, el más identificado con los intereses musulmanes) se mantuvieron predominantemente alejados de estos conflictos. En líneas generales, la llegada de los portugueses sólo había reportado beneficios, puesto que aumentaban el volumen de los negocios sin interferir en la producción, es decir, en la vida interna de aquellos países; las escaramuzas que resultaban del com-

portamiento belicoso de los nobles eran resueltas localmente, sin existir la necesidad de aplicar medidas de carácter más amplio.

Los turcos

Los turcos otomanos [15] fueron quienes, en una campaña fulminante (1516-1517), provocaron la caída de la dinastía de los mamelucos, iniciándose así la segunda fase del expansionismo otomano.

A lo largo de dos siglos, los otomanos habían logrado dominar todo el territorio de Anatolia (reunificada posteriormente por Osmán, el primer sultán, 1298-1326) y la Europa balcánica, avanzando, asimismo, en dirección a Occidente por el valle del Danubio. Habían derrotado a la cristiandad en todas sus contraofensivas, alcanzando memorables victorias en las batallas de Kosovo (1389), Nicópolis (1396), Varna (1444) y nuevamente en Kosovo (1447). Sin embargo, el momento culminante de la primera fase del expansionismo otomano tuvo lugar en 1453, cuando Mohammed II (1451-1481) conquistara Bizancio, la antigua ciudad de Constantino que fuera sede del imperio cristiano de Oriente durante un milenio.

Portugueses y turcos estaban establecidos en extremos opuestos del Mediterráneo. A pesar de que Alfonso V había correspondido al llamado de la Santa Sede para organizar una Cruzada con el fin de rescatar Constantinopla y al haber enviado en 1480 una flota en auxilio del reino de Nápoles, nada hacía suponer durante el siglo XV, tras una fuerte embestida de los otomanos, que unos y otros estarían inmersos en una lucha feroz durante más de un siglo, no sólo en el Índico, sino también a veces en el Mediterráneo occidental. Los movimientos expansionistas de unos y otros fueron los que ocasionaron el hecho de que pueblos originalmente tan distantes entrasen en choque y se enfrentasen.

Sin embargo, la conquista del Imperio mameluco no se debió tan sólo a la acción de los portugueses. Ciertamente, también constitu-

[15] Sobre el imperio otomano, véanse, por ejemplo, las obras *Histoire de l'Empire Ottoman*, dir. por R. Mantran, París, 1988; y D. Kitsikis, *L'Empire Ottoman*, París, 1985. Acerca de las relaciones de los turcos con el expansionismo portugués, el lector encontrará elementos introductorios en nuestro artículo (J.P.O.C.) «TURCOS», en *Dicionário de História dos Descobrimentos* (en prensa).

yó un episodio de la antigua lucha de los sunníes y los chiíes por el control de los lugares santos en Arabia y por la hegemonía dentro del Islam.

Tres años después de la llegada de Vasco da Gama a la India, el territorio iraní fue sacudido por la aparición de una nueva dinastía persa, la de los safévidas, que, bajo el impulso de su fundador, el sha Ismael, puso fin a siglos de dominación extranjera sobre Irán. Ciertamente, los persas habían estado subordinando desde el siglo VIII, en primer lugar a los árabes, posteriormente a los mongoles y, finalmente, a los turcomanos. Bajo el mando del sha Ismael, que encabezaba un movimiento religioso de índole sufí, es decir, la mística de la observancia chií, los persas se convirtieron en una potencia capaz de romper el equilibrio estratégico existente en los imperios islámicos de Oriente Próximo. A continuación, en 1508, el sha conquistó Bagdad, extendiendo así sus dominios en dirección al Mediterráneo.

La dinastía de los mamelucos, en pleno desgaste, se convirtió en uno de los objetivos preferentes del sha. Para los persas, el imperio de El Cairo resultaba apetecible no sólo a las quejas que circulaban por su territorio, sino también por el prestigio extraordinario de que disfrutaba en el seno de la comunidad islámica. El sha Ismael albergó entonces sueños semejantes a los que alimentaba el rey portugués: el deseo de derrocar al Soldado y de recuperar la custodia de los lugares santos, sólo que antes que Jerusalén, le interesaban Medina y La Meca y sus ambiciones, por otra parte, se centraban en conseguir la gloria del chiísmo y no la del cristianismo. El bloqueo impuesto por la armada lusa al Mar Rojo originaba así otros proyectos hegemónicos, relacionados con una estrategia muy distinta de aquélla concebida por el Afortunado, aunque ambas se situasen en la misma región.

Enemigo de los mamelucos, aparentemente desinteresado por el control de los mares, el nuevo soberano persa fue considerado por los portugueses desde los primeros años un potencial aliado. En la India, asimismo, se decía que

> (...) todo aquello que realiza (el sha) responde a los consejos de estos cristianos; según dicen, no derriba las casas de los cristianos ni mata a ninguno de ellos. Dicen que traerá consigo a diez mil hombres cristianos, armenios y de otras naciones, con los cuales realiza grandes hazañas; todos los reyes le obedecen y él, además, reforma nuestras

> iglesias. Destruye todas las casas de los moros que sirven a Mahoma (los sunníes, en oposición a los chiíes, seguidores de Alí) y no deja con vida a ningún judío en cuanto lo halla [16].

Tomé Pires, autor de estas líneas, acogía, igualmente, con cierto agrado, las guerras que los persas declaraban entonces a los egipcios y a los turcos. Los portugueses, que tenían una imagen muy distorsionada y optimista de las características del radicalismo chií, veían con interés la evolución de los acontecimientos.

No obstante, en el norte, los otomanos se inquietaban. Los acontecimientos amenazaban la estabilidad de su imperio —la propagación del chiísmo a Siria y Egipto podía constituir una ola capaz de implicar a la totalidad del mundo islámico, haciendo zozobrar a los sunníes y a sus formaciones políticas. En Constantinopla, el sultán se sentía efectivamente amenazado e inclinado a defenderse por tal ataque, desarrollando una nueva línea expansionista. El fracaso de la primera flota de los rumíes y las dificultades organizativas del segundo, junto con el surgimiento de focos de inestabilidad tanto en la frontera perso-mameluca como en la perso-turca, aumentaron la tensión. La incapacidad total de los mamelucos para derrotar a los portugueses y la infiltración de agitadores chiíes en todo el espacio siro-egipcio fueron, sin duda, los factores decisivos.

Selim I (1512-1520), tras infligir una importante derrota al sha, avanzó sobre el imperio agonizante, ocupando Siria en 1516 y Egipto al año siguiente. Poco después, su dominio se extendería a la costa occidental de Arabia.

El Imperio Otomano se convertía, así, en una nueva potencia del Océano Índico, al mismo tiempo que bloqueaba las ambiciones territoriales de los persas. Señores del Mar Rojo, los turcos lucharían contra el Estado de la India en el océano, mientras que, prosiguiendo en la guerra contra los safévidas, habrían de alcanzar más tarde un acceso al Golfo Pérsico. Ciertamente, Suleimán I (1520-1566) continuó con la política expansionista de su antecesor, haciendo avanzar a las tropas otomanas por la Europa oriental, por el Magreb y por Mesopotamia. La amenaza turca, esta vez presente tanto en el este como a lo largo de

[16] *A Suma Oriental*, pp. 156-157.

todo el sur europeo habría de hacer tambalear a la cristiandad durante muchos años.

La acción destructiva de los portugueses, exitosa, en la medida en que condujo a la caída de la dinastía de los mamelucos, contribuyó decisivamente a crear estas alteraciones de carácter político-militar que habrían de influenciar decisivamente en el curso de los acontecimientos, tanto en el Índico como en el espacio mediterráneo. El expansionismo luso, en lugar de debilitar al Imperio Otomano, lo había fortalecido, puesto que había obligado al Islam sunní a unificarse bajo un imperio militarmente poderoso.

En la medida en que la documentación nos permite deducir, éste constituyó un desenlace inesperado para los estrategas portugueses, puesto que resultaba difícil evaluar correctamente desde el Índico el poderío concentrado en Anatolia. Sin embargo, la gran capacidad militar de los otomanos ya no constituía una sorpresa para las huestes portuguesas, puesto que se enfrentaban desde hacía más de una década a mercenarios turcos.

Significativamente, la primera referencia encontrada en la documentación portuguesa alude a la batalla naval ganada por Lope Soares de Albergaria en el último día del año de 1504. Según la *Crónica Anónima* del Museo Británico, a diferencia de lo que sucedía habitualmente, uno de los navíos mahometanos ofreció una resistencia tenaz en lugar de darse a la fuga.

> (...) y la pelea duró por espacio de una hora, en que los enemigos todos perecieron, sin haber ninguno que quisiese conservar la vida, y los nuestros no permanecieron tan alegres por la victoria, pues siete de ellos no murieron y 33 fueron heridos. Los hombres de esta nave *eran todos turcos* y por eso pelearon así (...) [17].

La energía de estos combatientes habría de ponerse de manifiesto posteriormente con la llegada de los rumíes. Estos mercenarios enviados por el sultán otomano, tras su derrota en Diu, se dispersaron por el Índico, incomodando en todo momento a los portugueses y ganando su respeto. De ellos diría Alfonso de Albuquerque a don Manuel en

[17] *Crónica do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses*, cap. 63.

1512: «son hombres que más trabajan para conservar el crédito y la fama que ninguna otra gente que he conocido» [18].

Don Manuel I no tenía tiempo para percatarse de la profundidad de los cambios ocurridos entre los años 1516 y 1517 en el Oriente Próximo. En realidad, en los años inmediatos a la ocupación del antiguo reino de los mamelucos, los otomanos se dedicaron a consolidar su victoria y a extender su autoridad por la región costera del Mar Rojo. Fue durante el reinado de Juan III cuando lanzó grandes ataques a varias posiciones del Estado de la India.

Los turcos serían, así, los grandes enemigos de los portugueses, pero tras su sombra, camuflados por la actividad mercantil, los gujarates serían el otro gran impulsor de la lucha de los musulmanes contra las fuerzas del Estado de la India.

Los gujarates

Tal como mencionamos anteriormente, los gujarates, que constituían un reino independiente situado en el noroeste de la India desde 1401, formaban la más poderosa asociación de mercaderes del Océano Índico en los comienzos del siglo XVI. Tomé Pires dice al respecto: «Éstos son italianos en el saber y el trato de la mercancía» [19]. Más adelante, señala su omnipresencia en el Océano, afirmando: «No hay centro de comercio en donde no se haya visto gujarates» [20]. En este caso, se daba una combinación curiosa: como en toda la India, los hindúes no se inmiscuían en los asuntos del comercio marítimo, que, por esta razón, era controlado por la minoría musulmana, que detentaba también el poder político, sin embargo, eran los hindúes quienes controlaban la banca, por lo que participaban también en los grandes negocios que enriquecían al sultanato.

Durante el primer decenio de presencia lusa en Oriente, su actitud fue esencialmente espectante, hecho que encuentra su mejor ejemplo en el comportamiento vacilante del gobernador de Diu en 1509, cuan-

[18] Carta de Alfonso de Albuquerque dirigida al rey (18 de octubre de 1512) en *Cartas de Afonso de Albuquerque* [...], ant. cit., vol. 1, p. 92.

[19] *A Suma Oriental* ..., p. 198.

[20] *Ibidem*, p. 202.

do tuvo lugar la batalla naval en que la escuadra de Francisco de Almeida venció a la primera flota de los rumíes.

En aquella ocasión, el virrey concedió emblemas de identificación a los navíos gujarates. Sin embargo, en 1511, dos acontecimientos contribuyeron a una rápida modificación en las relaciones: por un lado, la conquista de Malaca efectuada por Alfonso de Albuquerque, que afectó particularmente las redes mercantiles controladas por Cambay —«los gujarates son las gentes a quienes más pesó que Malaca fuese de Vuestra Alteza»[21]—, por otro, que en el mismo año había subido al trono gujarat Muzafar II (1511-1526), un místico decidido a enfrentar a los cristianos.

Su oposición sería, no obstante, más sutil que la de los mamelucos, probablemente porque, momentáneamente, los portugueses afectaban su comercio, pero no llegaban a bloquearlo. Tampoco fueron ajenos a este hecho los condicionamientos de carácter interno, puesto que los sultanes eran atacados a menudo por la guerrilla hindú. Ciertamente, a pesar de que toda la India septentrional había sido conquistada por los musulmanes, diversos principados hindúes habían sobrevivido en la región noroeste, manteniéndose independientes, proseguían, tal como Vijayanagar la lucha contra los invasores musulmanes. Los conflictos internos y las tensiones en la frontera terrestre condicionaron siempre la actitud de los gujarates hacia los portugueses, lo que, junto con su gran experiencia en el comercio de largo alcance, les obligó a poner en práctica una estratégica de carácter esencialmente económico, apoyada en una vasta campaña de agitación antiportuguesa por todo el Índico, lo que les permitía la continuidad de sus negocios.

Al poseer emblemas de identificación cedidos por el Estado de la India, lograron aumentar su importancia en el seno del comercio islámico. En la segunda década del siglo XVI, cuando la mayoría de los navíos musulmanes eran aún incapaces de defenderse de los ataques de los portugueses, eran pocos aquéllos que osaban navegar sin emblemas, de identificación, por esta razón, los comerciantes árabes y malabares procedieron a embarcar sus mercancías en los navíos gujarates, escapando así a la vigilancia portuguesa.

[21] *Ibidem*, p. 204.

Al mismo tiempo, las embarcaciones musulmanas iniciaron una nueva ruta cuyas principales escalas eran Adén, las islas Maldivas y Agén. La región de Malabar establecía contacto con esta red paralela a través de las Maldivas. Era, sobre todo, el poderoso grupo musulmán de Cananor el que aseguraba este vínculo, razón por la cual no es de extrañar que tanto el Estado de la India como los simples aventureros mostrasen especial interés por aquel archipiélago.

En Insulindia, el sultanato de Agén, situado en el extremo noroeste de la isla de Sumatra, comenzaba a perfilarse como la alternativa mora a la Malaca cristiana, así como el nuevo proveedor principal de pimienta de Oriente Próximo.

Los portugueses se dieron pronto cuenta de esta nueva realidad, pero tardaron algún tiempo en reaccionar. A esto no resultó ajeno el hecho de que entre 1511 y 1517 partiesen en cuatro ocasiones grandes y numerosas flotas desde la costa de la India hacia Malaca, el Mar Rojo y Ormuz, que, movilizando un gran número de efectivos, llevaban a casi todos los hombres preparados, dejando las fortalezas en manos de jóvenes poco adiestrados para la guerra. Esto significa que, mientras los portugueses creaban las bases del Estado de la India, los gujarts reorganizaban el comercio de largo alcance musulmán, al mismo tiempo que desarrollaban su política de propaganda. Al enfrentar a las poblaciones locales a los cristianos, aprovechaban cualquier pequeño incidente capaz de provocar un levantamiento contra sus rivales.

En los últimos años de su reinado, Manuel I procuró responder, intentando bloquear esta vez la ruta creada por los gujarates y éstos, sin embargo, respondieron nuevamente de forma sutil y más contundente.

Diego Lopes de Sequeira y el «último hidalgo» de don Manuel

El rey, inmovilizado por la facción cortesana afín al partido antiimperialista en 1515, recuperó en 1518 su autoridad y envió a Diego Lopes de Sequeira a la India para que gobernase allí. Consideramos que la maniobra palaciega que le permitió retomar por completo las riendas del poder culminó a finales de 1518 con su tercer casamiento. Tras enviudar al inicio del año anterior, don Manuel transmitió poco después nuevas órdenes a sus embajadores, que preparaban el casa-

miento de su hijo heredero, don Juan, con doña Leonor (hermana de Carlos I, rey de España), pasando él a ser el consorte. Mediante esta unión, el rey portugués se convertía en el cuñado de uno de los más poderosos príncipes europeos (nombrado posteriormente Emperador de Alemania en 1519 con el nombre de Carlos V), consolidando su posición en la Corte. A partir de entonces, aquéllos que se encontraban inconformes con sus medidas centralizadoras, se agruparon en torno al príncipe Juan, que ya mantenía relaciones tensas con su padre, al no soportar la humillación que representaba verlo desposar a su prometida. Tras los «años grises» de la «gran apertura», encontramos nuevamente a partir de 1518 al rey entusiasmado con sus nuevos proyectos de Cruzada y animado con la idea de expansión de sus dominios hacia nuevos territorios del Índico e, incluso, hacia el Extremo Oriente. Aún estaba decidido a combatir a los españoles en las Molucas e interceptar las nuevas redes comerciales musulmanas en el Índico.

Así, se reavivaba la euforia manuelina, en vista de que el monarca no desistía en sus planes ambiciosos y, en parte, irreales, arrastrando, de esta manera y de forma definitiva a sus súbditos hacia la formación de un imperio de desmesurada magnitud y nada fácil de coordinar.

Diego Lopes de Sequeira, el nuevo gobernador de la India, era un hombre de su confianza, que tenía una tarea compleja y difícil: además de promover la penetración del Mar Rojo y orientar la construcción de nuevas fortalezas en varios puntos del Océano Índico, debía ocuparse del restablecimiento del orden, procurando detener las deserciones y las actividades desarrolladas por los particulares.

Éstos eran demasiados cometidos para un gobierno de tan sólo tres años de existencia. Esta fórmula (que contentaba a la nobleza, puesto que garantizaba una cíclica redistribución de los puestos oficiales) no se adaptaba adecuadamente a los intereses de la Corona, puesto que cada gobernador tardaba cierto tiempo en adaptarse y enterarse de los problemas existentes. Cuando recién comenzaba a actuar basándose en la experiencia, llegaba su sucesor, que podía tener ideas muy diferentes a las suyas y que, a veces, empezaba todo de nuevo. Como veremos más adelante, Juan III procuró combatir esta situación en algunas situaciones, pero la reacción de los cortesanos no le permitió llevar el intento hasta el final.

El descubrimiento de la cristiandad etíope

Diego Lopes sólo dio sentido a su gobierno a finales de 1518, después de que Lope Soares regresara de Ceilán y dedicó su primer año en Oriente a la administración general del Estado de la India.

Sin embargo, el monarca mantenía como principal objetivo la entrada al Mar Rojo y las cartas que le envió en la primavera de 1519, «apremiaba mucho que, a toda costa, entrase en el estrecho de La Meca, si no lo había hecho ya» [22].

En febrero de 1520, el gobernador dejó la India y siguió en dirección al Mar Rojo con una flota de 24 navíos y cerca de 3.000 hombres. Al llegar a las proximidades del estrecho que le permitía el acceso, encontró a otro mensajero del monarca, enviado directamente desde Lisboa, en cuya carta don Manuel insistía en que Diego Lopes entrase en el Mar Rojo, «con el mayor poder posible y que, a toda costa, llevase consigo al embajador Mateus» [23]. Una vez más, este frenesí del rey deja bien claro que ése era su mayor interés y que la restante política relativa al Estado de la India pasaba a un segundo plano. Después de 25 años de sueños constantemente aplazados y habiendo transcurrido cinco desde que recibiera al enviado del Preste Juan, éste continuaba siendo, aunque daba la impresión de no encontrarse muy lejos.

No obstante, esta vez se dio tan esperado encuentro: en el puerto de Arquico, en la costa de Abisinia, Mateus fue reconocido por los representates locales del rey etíope. De esta manera, se disipaban las dudas en cuanto a la legitimidad del viejo embajador. Diego Lopes se apresuró a desembarcar una embajada portuguesa encabezada por Rodrigo de Lima, que debía ir al encuentro de la corte del Preste.

A pesar de su poca relevancia, desde el punto de vista militar, esta expedición abría nuevas perspectivas a la estrategia de don Manuel en la guerra contra el Islam y, el gobernador, consciente de ello, despachó a un mensajero hacia Lisboa con las noticias, antes de continuar su viaje hacia Ormuz.

El rey recibió las noticias con alborozo y más tarde, en 1521, mandó imprimir en la capital aquél que fuera el primer texto portugués im-

[22] J. de Barros, *Ásia*, III, iii, 9.
[23] *Ibidem*, III, iii, 9.

preso acerca de la expansión —la *Carta de las Nuevas que llegaron al rey Nuestro Señor acerca del descubrimiento del Preste Juan*. El monarca procuraba, de esta manera, agitar la opinión pública, anunciando que había llegado el momento en que se reunían las condiciones para el rescate de Jerusalén. Esta necesidad de atraer el apoyo de la población quizás constituyó una manera de preparar la movilización de una gran armada, pero resulta obvio que se trató, asimismo, de un medio para inmovilizar al partido anti-imperialista. Impidiendo que futuras decisiones pasasen a manos del consejo de la Corte, el monarca situaba a los adversarios de su proyecto ante una situación en la que éstos se veían imposibilitados para invertir el rumbo de los acontecimientos, sin que esto supusiese un alto coste político.

Sin embargo, la muerte de don Manuel a finales del mismo año alteraría el curso de los acontecimientos y la *Carta* seguiría el mismo destino que su mentor, sin alcanzar a entrar en circulación, como veremos más adelante [24]. No obstante, el fin de los sueños de Cruzada no significaría el alejamiento de los portugueses del Mar Rojo ni la interrupción de sus relaciones con los etíopes. En efecto, a pesar de las veladas dificultades, los contactos perduraron. Al igual que Lope Soares, Diego Lopes de Sequeira tenía la misión de construir una fortaleza en el interior del Mar Rojo. Ésta perseguía, sin duda, un objetivo dual: servir de avanzadilla para enfrentar cualquier flota musulmana enviada por los señores de El Cairo y como base de apoyo para los contactos con Etiopía. Pero al igual que su antecesor, Diego Lopes no consiguió edificarla, no sólo porque no conocía suficientemente la región, sino también, porque al encontrarse a gran distancia de la India, vio enormemente obstaculizada la consecución del proyecto.

Por otra parte, la entrada de las flotas portuguesas en el Mar Rojo dependía totalmente del monzón que las habría de llevar de vuelta a las costas de la India, lo que implicaba una reducción drástica del tiempo de que disponían para llevar a buen término las acciones militares que debían efectuar. Posteriormente, en 1523, por ejemplo, Luis de Meneses, que se dirigió allí con el objetivo de llevar de regreso a Rodrigo de Lima, al no encontrarlo preparado para embarcar, se limitó a dejarle

[24] Cf. Apartado 1 del capítulo IV.

un mensaje, pidiéndole que estuviese preparado para el monzón siguiente y retornó de inmediato hacia el Índico. Rodrigo de Lima sólo consiguió regresar a la India en 1526.

Los primeros contactos luso-chinos

A pesar de su decisión —o llamémosle obsesión—, don Manuel procuraba mediante el hallazgo del Preste Juan, al mismo tiempo, extender el imperio portugués en otras direcciones. Una región en la que puso un particular interés fue, sin duda, el Extremo Oriente. Aunque su política en relación con esta región no podía insertarse de forma alguna en el núcleo de su estrategia (don Manuel pronto supo que los chinos no eran cristianos ni contaba con ellos para combatir a los musulmanes), ésta se integraba perfectamente en su aspiración de formar un imperio universal y escatológico.

El avance de los portugueses en dirección al Asia oriental fue, esencialmente, el resultado del deseo de penetrar en sus importantes redes de comercio y la decisión del rey en llegar a Malaca se vio acelerada por una razón política, que respondía a la dificultad en determinar con exactitud el lugar por donde pasaba el meridiano de Tordesillas y del consiguiente temor de que los españoles se apropiasen en algún territorio en la región. Estos recelos de principios de siglo eran producto del desconocimiento de las verdaderas dimensiones del globo y los distintos continentes, pero durante los últimos años del reinado de don Manuel, afloraron nuevamente, debido a la expedición organizada por Fernando de Magallanes.

Ningún documento nos permite afirmar que el deseo del Afortunado de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el Imperio Celeste se debía al temor de ver a los navíos españoles cruzar las aguas del Extremo Oriente. De cualquier manera, con la extensión del área de influencia lusa hasta los confines asiáticos, el monarca intentaba abarcar todo el espacio que correspondía a los portugueses por el Tratado de Tordesillas.

El primer encuentro entre portugueses y chinos tuvo lugar en Malaca en 1509, con la llegada de la flota de Diego Lopes de Sequeira. Los chinos fueron quienes avisaron a los europeos acerca de la trampa que les tenían preparada: dos años más tarde, cuando Albuquerque fon-

deó frente a la ciudad, los capitanes de los juncos chinos allí presentes se ofrecieron para colaborar en el ataque, lo cual fue rechazado por el Terrible. Al parecer, existió una natural y casi instintiva aproximación entre estos dos grupos no musulmanes en una zona dominada por los seguidores del Profeta.

En 1513, llegaron los primeros portugueses a un puerto chino. Jorge Alvarez, enviado por el capitán de Malaca, se limitó a realizar transacciones comerciales, siendo secundado al año siguiente por Rafael Perestrelo. Se trataba de relaciones puramente comerciales, desprovistas de un carácter oficial desde el punto de vista chino y conducidas por el capitán de Malaca. En estos viajes estaban presentes dos ideales distintos acerca de la expansión lusa en Oriente: los de don Manuel, que simplemente estaba interesado en extender al máximo su zona de influencia y el de Alfonso de Albuquerque, decidido a transformar Portugal en una potencia asiática, priorizando la infiltración de sus hombres en las redes del comercio marítimo asiático y situando en un plano secundario los intereses de la ruta del Cabo [25].

Incluso antes de tener conocimiento de estos viajes (cuyas noticias sólo empezaron a llegar a Lisboa a partir de 1516, don Manuel ordenó el envío de una embajada al Imperio Chino. Como cabe observar en relación con su conducta referida al Mar Rojo, el monarca se anticipaba, asimismo, al conocimiento de los resultados obtenidos. Si bien disminuían los retrasos inherentes a las grandes distancias, el rey tomaba decisiones menos fundamentadas. Ésta constituía una de las facetas más importantes de su fogosa personalidad.

Los navegantes portugueses se dirigían esta vez a la China como proveedores de especias, producto del cual el Imperio Celeste era el mayor importador del mundo.

Las riquezas del Mar de la China pronto atrajeron a los aventureros, que, poco a poco, fueron abandonando sus puestos en las filas del Estado de la India. Entre 1515 y 1520 aumentó de forma significativa el número de portugueses que llegaron clandestinamente al litoral chino. Sobre todo, llevaron pimienta de Sumatra, así como de la región de Malabar. De esta manera, además de apartarse de su servicio a la

[25] Ver nuestro estudio (J.P.O.C.), «Os Portugueses na China», en *Portugal no Mundo*, dir. por L. de Albuquerque, vol. 4, 1989, pp. 180-196, p. 188.

Corona, debilitándola, y de competir con los funcionarios reales que llegaban regularmente a Cantón, perjudicaban en muchas ocasiones el negocio de la pimienta en la India, afectando los intereses de la ruta del Cabo. El propio monarca había contribuido al agravamiento de la situación, concediendo licencias a varios hidalgos para que desarrollasen actividades comerciales legales en la China, sin embargo, a finales del decenio, intentó invertir el rumbo de los acontecimientos, creando un nuevo marco político-administrativo en Asia oriental. Éste, sin embargo, no llegó a ser implementado. Antes veamos el curso de las relaciones luso-chinas entre los años 1515 y 1520.

Durante este período, los contactos diplomáticos se dieron bajo una cierta cordialidad, mientras que el comercio proporcionaba excelentes beneficios. Sin embargo, al mismo tiempo, fueron surgiendo los factores que darían lugar al total rompimiento de las relaciones oficiales luso-chinas en los años 1521 y 1522.

En 1517, llegó a Cantón la flota de Fernán Peres de Andrade, que partió de Lisboa en 1515. El capitán llevaba consigo al primer embajador portugués para el Imperio Celeste —Tomé Pires, el antiguo escribano de la factoría, contable y administrador de las hierbas aromáticas de Malaca, un hombre con amplia experiencia en Oriente, patente en su *Suma Oriental*. Al iniciar su viaje de regreso, Fernán Peres dejaba al embajador bien instalado, aguardando el momento de iniciar el viaje hasta la Corte Imperial de Pekín. Se encontraba muy satisfecho por los excelentes negocios realizados y gratamente sorprendido por la forma en que habían discurrido las conversaciones con los mandarines.

Habiendo llegado a Lisboa en 1520, el capitán fue recibido de inmediato por el monarca. Según Damián de Góis, «el rey le preguntaba muchas veces por las cosas de la China» [26]. El optimismo de Peres ciertamente entusiasmó al Afortunado, quien planeó la ampliación de la estructura del Estado de la India hasta el Extremo Oriente. Por esta razón, decidió mandar edificar una fortaleza en el litoral chino y constituir una «armada de la China» y, en 1522, salía de Lisboa el capitán mayor de una flota que debía realizar el trayecto entre Sumatra y el Imperio Celeste.

[26] D. de Góis, *Crónica do Felicíssimo rei D. Manuel*, edición crítica de J. M. Teixeira de Carvalho y D. Lopes, 4 vols., Coimbra, 1949-1955, part IV, cap. XXIV.

De esta forma, se procuraba, por un lado, imprimir cierta disciplina a las actividades de los portugueses en el Mar de la China y por otro, el propio comercio global de la pimienta. Ciertamente, la creación de una armada que transitase entre la isla de Sumatra y el litoral chino estaba destinada al transporte de la pimienta —el Estado de la India pasaría a controlar dos distintas rutas de las especias: la ruta occidental, entre la región de Malabar y Portugal y la ruta oriental, establecida entre Insulindia y la China. A pesar de que el último nombramiento a que nos hemos referido tuvo lugar en la primavera de 1522 (tres meses después del fallecimiento de don Manuel), consideramos que esta decisión corresponde todavía a los planes elaborados por el monarca antes de su muerte, ya que una medida tan importante como ésta no pudo haber sido adoptada a última hora, aunque la elección de la persona designada hubiese variado.

Sin embargo, mientras se concebía este modelo en el Extremo Occidente acerca del Viejo Mundo, en el Extremo Oriente se instalaba el conflicto. La altivez de los hidalgos, la indisciplina y la avidez de los comerciantes, así como la xenofobia de los chinos, fueron los principales responsables del fracaso de los contactos oficiales.

En 1519 llegó a Cantón una nueva flota bajo las órdenes de Simón de Andrade. Este capitán había estado en la India desde el año de 1503 y en el transcurso de dieciséis años se había habituado a imponer su voluntad sobre los asiáticos por la vía de las armas. Al llegar al Imperio Chino, resolvió reunir los medios de que disponía en un islote y edificar allí una fortificación. De esta manera, se preparaba contra eventuales ataques de los piratas que invadían la región y que anteriormente habían puesto en peligro la flota de su hermano Fernán Peres. Sin embargo, para los mandarines, ésta constituía una actitud incorrecta, puesto que era impensable que un pueblo extraño erigiese un fuerte dentro de las fronteras del imperio y sustrajese así una parcela, aunque minúscula, de suelo chino a la autoridad del Emperador, el Hijo del Cielo.

Por otra parte, Simón de Andrade impidió a los comerciantes de otras naciones que realizaban allí sus actividades, que las llevasen a cabo mientras él no efectuase las suyas. En este caso percibimos una semejanza con aquello que sucedía durante la misma época en el Golfo de Bengala, en donde los hidalgos, marcados por una educación caballeresca, no se adaptaban a la lógica del mercado y, sintiéndose más fuer-

tes que sus competidores, procuraban imponer su voluntad por la fuerza.

Durante el monzón de 1520, el capitán dejó Cantón sin mayores dificultades. Los chinos, por su parte, a pesar del malestar que habían generado los actos del capitán portugués, continuaban comerciando de forma habitual. Sin embargo, Simón de Andrade estaba sorprendido por no haber encontrado a Tomé Pires al regreso de su visita al Emperador, sin embargo, los informes que obtuvo acerca del embajador eran alentadores.

Insensible a las características propias de los chinos, el capitán no se percató de que la altivez y la beligerancia que le habían caracterizado en otros lugares de Oriente resultaban inadecuadas en las relaciones con las autoridades de aquel país. Ciertamente, los portugueses se habían acostumbrado desde muy pronto a explorar las divisiones políticas que caracterizaban toda la costa del Océano Índico y habían advertido que, en cuanto entraban en conflicto con las autoridades de un puerto, podían encontrar apoyo en el puerto vecino —las rivalidades regionales habían facilitado enormemente la penetración lusa en Oriente. Sin embargo, hasta ese momento, los capitanes aún no habían comprendido que el Imperio Celeste era distinto de las demás grandes formaciones políticas asiáticas. En realidad, la China, a diferencia de las otras, ejercía el control político sobre todo el litoral correspondiente a todo su territorio del interior.

De esta manera, la inserción de los portugueses en el Extremo Oriente se tornaba más compleja que en el Índico, aunque no fuese necesario vencer allí la resistencia de los musulmanes. Para muchos hidalgos era, en el fondo, mucho más simple penetrar en redes mercantiles por la fuerza de las armas, que mediante delicadas conversaciones, respetando íntegramente las normas de conducta de un país.

Pocos meses después de que Simón de Andrade hubiese abandonado el litoral chino, llegó al Cantón la noticia de la muerte del emperador Wu Ts'ung y los mandarines decretaron un luto que implicaba el cierre del comercio. Sin embargo, los comerciantes privados portugueses que allí se encontraban prosiguieron desarrollando sus actividades. Pero esta vez, la paciencia de las autoridades chinas se agotó y los europeos comenzaron a ser perseguidos y masacrados. Los sobrevivientes, tras duros combates en la desembocadura en el río de las Perlas, lo-

graron llegar a Malaca en octubre de 1521. Los puertos chinos fueron vedados a los portugueses, bien fuesen aventureros individuales o bien, flotas del rey: el litoral chino reaccionaba de forma conjunta, bajo el mando de la poderosa administración central del imperio.

A comienzos del año siguiente, llegó a Malaca Martín Alfonso de Melo Coutinho, que partió del Reino en la primavera de 1521 con la misión de construir una fortaleza en territorio del Imperio Celeste y permanecer allí, desempeñando el cargo de capitán.

Resulta importante destacar el optimismo simplista con que don Manuel envió a aquél que debía ser su primer agente permanente en la China. Cuatro embarcaciones fueron consideradas suficientes no sólo para construir la fortaleza, sino también para imponer un nuevo monopolio del Estado de la India. El rey portugués había dado la orden a Martín Alfonso de impedir el curso del comercio de la pimienta entre los chinos y los siameses. Esta orden real revela, de hecho, un menosprecio por las capacidades de los asiáticos y se trata, sin duda, de un ejemplo más de la euforia de don Manuel [27].

No obstante, en lo que respecta al desdén con que eran vistas las potencialidades de los chinos, el monarca nunca estuvo solo. Tomé Pires, en su *Suma Oriental*, se refiere de la siguiente manera al Imperio Celeste y a sus habitantes: «Según lo que cuentan las naciones de Oriente, las cosas de la China son algo grandioso, tanto la tierra como las gentes y sus riquezas, su Estado y otras tantas cosas, que parecería que ellos creer estar en nuestro Portugal y no en la China (...)» [28]. Y más adelante, añade:

> Sin menospreciar la gloria de cada región, las cosas de la China parecen ser de tierra honrada, buena y muy rica. Y para someter al gobernador de Malaca a nuestra obediencia no es menester hacer tanto como dicen, porque son gentes muy débiles y fáciles de vencer. Y afirman las personas, capitanes que fueron allí muchas veces, que el gobernador de las Indias que tomó Malaca dominaría con diez naves toda la China en las orillas del mar [29].

[27] Podrán encontrarse más detalles y comentarios sobre todo esto en nuestro artículo (J.P.O.C.), «Do sonho manuelino ao realismo joanino-novos documentos sobre as relações luso-chinesas na terceira década do século XVI», en *Studia*, n.º 50 (en prensa).

[28] *A Suma Oriental* ..., p. 252.

[29] *Ibidem*, p. 364.

Estamos, sin duda, ante uno de los mejores ejemplos del modo en que muchos portugueses compartían entonces la exagerada confianza del monarca acerca de sus capacidades. Y si bien, los hombres instalados desde algún tiempo en el continente asiático daban informes como los anteriormente citados, éstos, al llegar a la Corte, inflamaban notoriamente el espíritu del Afortunado.

No obstante, la fortaleza que debía ser construida en el litoral chino, debía cumplir otras funciones. En una carta escrita desde la India en septiembre de 1521, antes de continuar su viaje al Extremo Oriente, Martín Alfonso se quejaba de no encontrar allí un maestre carpintero que ocupase el lugar de aquél que había llegado de Lisboa y que, entre tanto, había fallecido. La situación preocupaba al capitán, puesto que, en cuanto se instalase en territorio chino, debía «construir posteriormente algunos navíos (...) que sirviesen para llevar a cabo los descubrimientos que Vuestra Alteza desea» [30]. Esta afirmación revela el hecho de que don Manuel concebía la nueva fortaleza como un foco más de la expansión de la presencia portuguesa en el Asia oriental.

A la llegada a Malaca de Martín Alfonso de Melo Coutiño, éste fue informado acerca de los conflictos que se habían producido en el año anterior. A pesar de ello, continuó su misión, reforzando su pequeña escuadra con otros dos navíos y continuó su viaje. No obstante, la capacidad de resistencia de los chinos, incluso en el mar, era mucho mayor de lo que esperaban Tomé Pires y sus compañeros. Una fuerte armada compuesta por varias decenas de juncos aguardaba la reaparición de los europeos. Al llegar a las proximidades de Cantón el 4 de agosto de 1522, Martín Alfonso se vio obligado a retirarse catorce días más tarde, después de perder a dos de sus navíos. De esta manera, se esfumaba el sueño chino de don Manuel, que, por otra parte, como ya es sabido, había fallecido unos meses antes.

La superioridad naval que había dado a los portugueses la supremacía en las aguas del Índico volvió a manifestarse en el extremo occidental del Pacífico, pero en este caso, sus grandes conocimientos téc-

[30] Carta de Martín Alfonso de Melo dirigida al rey, pub. en R. Bishop Smith, *Martim Afonso de Mello captain-major of the portuguese fleet which sailed to China in 1522*, Bethesda, Maryland, 1972; este documento también se encuentra en una edición más accesible en nuestro artículo citado anteriormente en la nota 27.

nicos sólo permitieron que algunos de los navíos escapasen a los numerosos juncos que los atacaban, huyendo así de la completa derrota. Ciertamente, a la gran habilidad de los navegantes lusos se opuso la enorme capacidad de movilización de los chinos. Estas dos realidades distintas impresionaron enormemente a unos y a otros. En 1523, una flota de cerca de cien unidades se apostaba en las proximidades de Cantón con el propósito de defender la ciudad de una posible invasión procedente de Malaca y en esta ciudad corrían rumores de que los chinos se preparaban para atacar. Incapaces de establecer relaciones políticas, éstos desconfiaban entre sí.

Tomé Pires, el embajador que había desembarcado en 1517, no volvió a establecer contacto con sus compatriotas, o bien, su destino nunca se supo; tal vez, pereció en aquella región, o, por último, permaneció recluido en alguna prisión hasta el final de sus días.

A partir de entonces, el Mar de la China se convertiría en el paraíso de los aventureros —un área aún menos vigilada por los navíos reales que el Golfo de Bengala, en donde el negocio y la piratería podían proporcionar sumas fantásticas. Interrumpidas las relaciones oficiales entre Portugal y la China, se desarrollaron desde finales de la misma década contactos informales, que crearía lazos de confianza que, más tarde, permitirían el establecimiento definitivo de los portugueses en Macao [31].

La nueva red de fortalezas y la reacción musulmana

A finales de la segunda década del siglo XVI, las preocupaciones de don Manuel no se limitaban a sus deseos de establecer contacto con el Preste Juan y de ampliar su influencia al Extremo Oriente. Asimismo, deseaba bloquear la nueva red de comercio creada por los gujarates, preparándose, al mismo tiempo, para enfrentar las naves españolas procedentes del Pacífico y anticipárseles en la ocupación militar de las Molucas.

Juan de Barros deja bien claras las aspiraciones del monarca, al referirse a la flota que partió del Reino en 1520:

[31] Este asunto será desarrollado en el capítulo VI del tercer volumen.

> Además de los negocios del transporte de las especias, mediante la flota de Jorge de Brito, que había partido aquel año, el rey mandaba muchas cosas a Diego Lopes (...). Aquí, el rey quería que se hiciese una fortaleza en las Molucas, otra en Sumatra, otra en las islas Maldivas, otra en Chaul y que se penetrase en el estrecho (Mar Rojo), y que se trabajase en la toma de Diu, donde también debía construirse otra fortaleza y que mandase en la China y que descubriese las islas del Oro y otros lugares [32].

El rey reforzaba, de esta manera, órdenes semejantes que había enviado anteriormente, en 1518 y 1519.

Así, quedaba bien claro su deseo de combatir los designios de los gujarates y de los españoles, ya que estaba en juego el dominio absoluto del Índico. A pesar de los escasos medios de que disponía, el gobernador procuró ejecutar las órdenes reales, siendo el período comprendido entre 1521 y 1523, crucial a este respecto.

En 1521, un grupo levantaba una fortaleza en Pacén, sultanato de Sumatra, vecino a Agén, mientras que otro desarrollaba actividades semejantes en las Maldivas. Los portugueses procuraban, así, interferir en la nueva ruta de largo alcance mediante la cual los musulmanes comerciaban con la pimienta.

Al mismo tiempo, Diego Lopes comandaba una expedición contra Diu, isla situada al extremo sur de la península de Kathiawar, a la entrada del Golfo de Cambay, y que constituía verdaderamente, la base de los gujarates, «que para los negocios de Malaca, resultaba muy útil al rey de Portugal» [33]. De esta manera, no sólo se intenta establecer una base en un área estratégicamente fundamental, sino también ganar un acceso directo a los productos de Cambay, tan importantes para los negocios en el litoral africano y en Malaca. El Estado de la India procuraba, en el fondo, profundizar en su área de influencia asiática y su hegemonía sobre el comercio oceánico. De la misma manera que la conquista de Goa había tornado aún más deseable e importante la ocupación de Ormuz, la de Malaca, por su parte, atraía a los portugueses al litoral gujarat y a Diu, en particular.

[32] J. de Barros, *Ásia*, III, iv, 7.

[33] F. Lopes de Castanheda, *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses*, 2 vols., Porto, 1979, libro V, cap. XLVIII.

A pesar de no lograr apoderarse de la ciudad, el gobernador consiguió establecer un acuerdo con Nizam Shá o Niza Maluco, sultán de Ahmadnagar, mediante el cual éste autorizaba la edificación de una fortaleza en Chaul, recibiendo por parte del Estado de la India, como contrapartida, la garantía de la entrega anual de 300 caballos árabes, en las mismas condiciones en que este negocio se llevara a cabo en Goa. Chaul se convertía así en la primera fortificación portuguesa en el litoral de la India, al norte de Goa. Los portugueses, a pesar de no instalarse en el Gujarat, consiguieron aproximarse a dicho territorio, hecho que contribuyó a ejercer una mayor presión sobre sus líneas de comercio y a un mayor acceso a los importantes tejidos de Cambay.

Durante este mismo año, otra escuadra se dirigía a las Molucas, construyendo en 1522 una fortaleza en la isla de Ternate. Los españoles, a su vez, se instalaron en la vecina Tidore, hasta que cesase el conflicto, como veremos en el capítulo siguiente.

Todas estas nuevas posiciones seguían el modelo habitual en lo que se refiere a su establecimiento. Los dominios, obtenidos de formas distintas, eran muy semejantes entre sí desde un punto de vista estratégico. Así, existían dos tipos fundamentales. «Por un lado, pequeñas islas localizadas frente al litoral continental, o bien, situadas en la desembocadura de los ríos, y por otro, posiciones en tierra firme que dominaban dicha desembocadura» [34].

Al encontrarse tan distantes del Reino, los portugueses no tenían medios para bloquear la nueva ruta musulmana del Índico —el contraataque coordinado por los gujarates puso rápidamente fin a las veleidades de don Manuel. Ciertamente, en el mismo año de 1521, estallaron rebeliones contra las fuerzas del Estado de la India en Pacén, Ceilán y Coulán, las fortalezas más recientes, así como en Calicut y Ormuz. Por otra parte, el grupo encargado de la construcción del fuerte en las Maldivas fue sorprendido y masacrado por una flota enemiga.

Se trató, sin duda, de un ataque de dimensiones oceánicas, obligando al adversario a dispersar sus fuerzas. Tras estos conflictos «en la penumbra trabajaban siempre los gujarates, suministrando armas y mu-

[34] Ver más detalles en nuestro estudio (J.P.O.C.), «A colonização da Ásia pelos Portugueses», en *Portugal no Mundo*, dir. por L. de Albuquerque, vol. 3, pp. 158-179, p. 172.

niciones»[35]. Ésta era la respuesta de una comunidad vigorosa y floreciente y, sobre todo, omnipresente y, por esta razón, bien diferente a la que había sido comandada anteriormente por los mamelucos. Y mientras que en los primeros años los portugueses se habían concentrado casi exclusivamente en la región de Malabar, lo que les permitía soportar con éxito los ataques de Calicut, esta vez, en posesión de todo el Índico, no podían actuar de forma semejante.

En 1523, Pacén caía en manos del sultán de Agén, que se apoderó en seguida de los reinos de Pedir y Aru, logrando controlar el norte de Sumatra y limitando, de esta manera, el acceso de los portugueses a las especias de aquella isla. La coalición gujarat-agén liberaba su ruta del bloque lusitano.

En la región septentrional de Sumatra se desarrollaba un fenómeno de reordenamiento político[36]. Tal como había sucedido algunos años antes en el Oriente Próximo, esta vez se debía, en gran parte, a la penetración lusa en el Índico. De esta manera, en los dos extremos de la nueva ruta musulmana despuntaban poderosas formaciones político-militares capaces de defenderla de los agresores cristianos.

Esta sucesión de los acontecimientos dio lugar a una nueva realidad estructural del comercio en el océano Índico: comenzaron a coexistir definitivamente dos rutas del transporte de las especias asiáticas hacia Europa, una de las cuales iba desde la región de Malabar hasta Portugal, por la ruta del Cabo y la otra, que partía de Sumatra hasta llegar al Mediterráneo oriental, por el Mar Rojo. Los moros habían sido incapaces de impedir el establecimiento de los portugueses en Oriente, pero éstos tampoco tenían capacidad para aumentar significativamente sus efectivos en la región con el fin de detener el flujo comercial de los musulmanes en aquella vasta región. La grandeza del océano y la amplitud de los mercados obligaba a unos y a otros a aceptar la continuidad de las actividades mercantiles del adversario. Tras dos décadas de presencia lusa en Oriente, las principales líneas de fuerza de su presencia en el mundo asiático habían sido trazadas.

[35] G. Bouchon y L. F. Thomaz, *Voyage*, p. 65.

[36] Sobre este asunto, véase el estudio de J. M. dos Santos Alves, «Os sultanatos de Samatra e os Portugueses, 1509-1571», disertación para la obtención de la maestría presentada en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 1991.

Mientras transcurrían todos estos acontecimientos en el Índico, en Portugal fallecía el rey Manuel I. Con su desaparición llegaba a su fin una política agresiva y se esfumaban los ideales de Cruzada. La conquista de Jerusalén, así como el deseo de aniquilar el Magreb islámico, dejaban de constituir el centro de las preocupaciones imperiales de la monarquía portuguesa: esta vez subía al trono Juan III.

Capítulo IV

EL ESTADO DE LA INDIA DURANTE EL SEGUNDO CUARTO DEL SIGLO XVI

El reinado de Juan III no ha suscitado entre los historiadores el mismo interés que el de su padre. Esto se debe, en gran medida, a que, a pesar de haber continuado su lucha contra los musulmanes, la gesta heroica no tuvo la misma intensidad que había alcanzado durante las primeras décadas del siglo, tan del agrado de la historiografía nacionalista portuguesa de corte tradicional.

En cuanto a la historiografía más reciente, que gradualmente procura revisar e interpretar la historia de la gesta portuguesa en el Índico a la luz de nuevos documentos, incluyendo las fuentes orientales y haciendo uso de metodologías más modernas, se presenta frecuentemente la necesidad de comenzar por el principio, debido a que, hasta ahora, se ha abordado en muy raras ocasiones el período del reinado de Juan III.

Es preciso reconocer que, desde muchos puntos de vista, éste resulta mucho menos interesante: como vimos anteriormente, fue durante las dos primeras décadas cuando tuvo lugar el enfrentamiento entre aquéllos que ya se habían establecido y los recién llegados, así como la adaptación de los sistemas políticos y comerciales asiáticos a la nueva situación. De ahí la riqueza y la importancia del reinado del Afortunado, reflejada, nuevamente, en el espacio que le dedicamos en el presente estudio.

Ahora bien, al tratarse un imperio oriental prácticamente establecido, los acontecimientos adquieren un carácter más rutinario y por ello, tal vez resulte menos atrayente para muchos historiadores. Aparentemente, no están presentes ni el dinamismo ni la espectacularidad de los primeros años; se trata, antes bien, de una espiral de continuidad es-

tructural a lo largo de estos años. No obstante, aquí y allí se registran fenómenos coyunturales que marcan más profundamente la época o bien, perfilan —aunque tímidamente— futuras evoluciones que merecen nuestra atención.

Por esta razón, resulta importante analizar cuidadosamente los condicionamientos que explican la nueva política de la Corona y la manera en que ésta contribuyó a lograr una mayor penetración de los portugueses en el mundo asiático, poniéndolos en contacto con casi todas las civilizaciones del continente, razón por la cual el portugués se convirtió en la lengua habitual de los mercados del Océano Índico.

Dejando el análisis de la expansión de carácter privado para el tercer volumen de esta obra, procuraremos seguir, de momento, los principales aspectos de la evolución de las instituciones lusas en la India en este segundo cuarto de siglo, de naturaleza aparentemente rutinaria.

EL PRAGMATISMO Y EL LIBERALISMO DE JUAN III

A pesar de las dificultades que suponía la administración de territorios tan distantes, los monarcas no dejaron de imprimir un sello personal al curso de la historia. Hemos tenido ocasión de señalarlo en el caso de Manuel I. Aunque los sucesivos gobernantes de la India procuraron adaptar los planes de los reyes a sus respectivas visiones personales, siempre resulta posible detectar la voluntad real como el hilo conductor de todo el proceso histórico. Lo mismo sucede durante el reinado de Juan III. La confianza que Manuel I tenía en sí mismo y el menosprecio hacia las capacidades de los pueblos orientales, habían dado lugar a un monarquismo más acentuado. Menos idealista que su padre, libre de convicciones mesiánicas, el nuevo monarca heredó un imperio excesivamente disperso, que comenzaba a ser peligrosamente atacado en múltiples frentes.

Un imperio bajo presión

La historia del Estado de la India debe considerar la evolución global del imperio portugués, en vista de que las decisiones de la Corona con respecto a Oriente debían, asimismo, desviar la atención a otras

áreas sometidas a la influencia lusa. Como hemos visto, la transformación del Imperio Otomano en una potencia del Índico y la aparición de flotas españolas en las Molucas perturbaron la estrategia portuguesa en la región. Asimismo, esto condujo a una política de competencia y agresividad por parte de los gujarates, así como al aumento del poderío del sultanato de Agén. Todos estos condicionamientos, que sólo comenzaron a perfilarse a finales del reinado de Manuel I, adquieren a lo largo de este período una dimensión mucho más amenazadora.

Además, la Corona comenzaba a hacer frente a la hostilidad marroquí, por parte de los jerifes de Suz y, finalmente, debía enfrentar el inicio de la competencia europea por el dominio del Atlántico.

El aumento de la influencia lusa en el noroeste africano se produjo con la formación del Estado de la India. Después de la imposición de la soberanía portuguesa por parte de Juan II sobre diversas villas del litoral del sur de Marruecos, don Manuel había desarrollado allí una política de conquista y de construcción de fortificaciones, apoderándose de las fortalezas de Santa Cruz del Cabo de Gué, Safín, Azamor (conquistada en 1513 por una flota numerosa comandada por el duque de Braganza) y Mazagón. Otras expediciones terminaron en fracaso, especialmente la que tuvo lugar en 1515, destinada a construir un castillo en Mamora, pero Portugal controlaba entonces la región fértil de Duquela.

Durante aquel mismo año, tropas capitaneadas por Nuño Fernandes de Ataíde avanzaron hacia el interior y llegaron a las inmediaciones de Marraquesh, la antigua capital de los almorávides y de los almohades, sin lograr conquistarla. Sin embargo, el peligro de la consumación de una gran conquista cristiana del país, junto con la esperanza suscitada por las derrotas sufridas por los invasores, provocó una fuerte reacción entre algunas fuerzas moras, en un momento en que el espacio marroquí se encontraba dividido entre cabilas rivales que sólo aceptaban teóricamente la autoridad del sultán. Esto contribuiría a facilitar la penetración de los portugueses. Tras la mencionada expedición de Nuño Fernandes, los jerifes de Suz (señores de un pequeño territorio en los confines meridionales del país) proclamaron la Guerra Santa contra el invasor cristiano e iniciaron un proceso de reunificación nacional, que concluiría tres décadas más tarde con la con-

quista de Fez en 1549 y el inicio de la dinastía jerifiana de los saadidas (1549-1654) [1].

Cabe ver, de esta manera, que, a diferencia de todos sus antecesores de la dinastía de Avis, Juan III hubo de enfrentarse en África a un enemigo cohesionado y determinado a acabar con los portugueses en el «Algarve de allende los mares», lo que, conjuntamente con la expansión de los turcos en la Berbería, habría de crear a mediados del siglo una situación peligrosa para el Reino. En aquellos momentos, ya se había perdido la fortaleza de Santa Cruz del Cabo de Gué (12 de marzo de 1541) y se habían abandonado la de Safín, Azamor (octubre de 1541), Arcila y Alcazarquivir (1150).

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Marruecos, aunque no interferirían directamente en la evolución contemporánea del Estado de la India, se dejaron sentir sobre la política expansionista portuguesa, llegando a poner en peligro la continuidad de la presencia lusa en Oriente. Ciertamente, las campañas victoriosas de los saadidas conducirían a diversos sectores de la Corte a defender el abandono de la India para concentrar los esfuerzos en las diversas áreas del imperio situadas en el Atlántico [2]. Más allá de todas las maniobras políticas que tales acontecimientos suscitaban, la Corona se veía obligada a dedicar esfuerzos adicionales en la implementación de un mayor número de medidas defensivas que las que resultaban habituales hasta ese momento.

Sin embargo, Marruecos no era el único lugar en donde los portugueses padecían nuevas presiones. También en el Atlántico —eje fundamental de toda la estructura imperial— existían dificultades inesperadas con la aparición de la piratería francesa.

Durante casi un siglo, portugueses y españoles se habían disputado la hegemonía del Océano sin la interferencia de otras naciones cristianas y los tratados de las Alcáçovas y Tordesillas habían definido las respectivas zonas de influencia. Sin embargo, la repartición entre las dos coronas ibéricas, al dejar de lado a los demás príncipes europeos, suscitaría prolongados conflictos durante las siguientes centurias. Tras salir

[1] Acerca de este asunto, véase la síntesis de M. C. Junqueiro, «Marrocos na Política Expansionista Portuguesa (1481-1578)», en *História de Portugal*, dir. por J. Hermano Saraiva, 6 vols., Lisboa, vol. 2, 1983, pp. 493-525.

[2] Cf. O. Rodrigues Fontoura, *Os Portugueses em Marrocos na época de D. João III. Abandono ou permanêcia?*, Facultad de Letras de Lisboa, 1966 (copia).

de la crisis de finales de la Edad Media, otros reinos comenzaron a considerar la expansión marítima como una forma de aminorar las tensiones sociales y las dificultades económicas.

Francia fue el primer país que siguió los movimientos de los españoles. Al no resultarle políticamente viable la penetración en las redes que éstos habían establecido, los franceses comenzaron a dedicarse a las actividades corsarias a la altura de las Azores, en vista de que, debido al régimen de vientos del Atlántico norte, era allí donde confluían los navíos portugueses que procedían de la India, Mina y el Brasil, así como los españoles procedentes de América. Tanto unos como otros estaban cargados con riquezas exóticas para los mercados europeos. En una segunda fase, los navegantes franceses entrarían en competencia con los portugueses en la costa de Guinea y en el Brasil, más accesibles y menos defendidas que la India.

Fue en 1519, al final del reinado de Manuel I, cuando partió por primera vez desde Lisboa una escuadra hacia las Azores, con la misión de esperar allí y escoltar hasta el Reino a la armada que procedía de la India. Ésta se convertiría posteriormente en una práctica habitual durante el reinado de Juan III, constituyendo otro factor de limitación, puesto que la conservación del imperio requería la exigencia de un mayor despliegue de fuerzas en las inmediaciones de la costa portuguesa. Vitorino Magalhães Godinho estima en 19 el número de navíos portugueses capturados por corsarios franceses a lo largo de la década de 1520-1530 [3]. No cabe duda de que a comienzos del reinado de Juan III se daba una nueva coyuntura, mucho más desfavorable.

El monarca debía defender el litoral del país y enviar navíos para vigilar las aguas de las Azores, Guinea y el Brasil, además de las flotas regulares destinadas en el Estado de la India, el cual se encontraba, por su parte, presionado por las fuerzas musulmanas, a lo que se añaden los refuerzos constantes que necesitaban las guarniciones de las fortalezas marroquíes. Ante esta situación, mucho más compleja que la que caracterizó al siglo anterior, en que Juan II y Manuel I habían planeado la estrategia imperial portuguesa, Juan III procuró, naturalmente, de-

[3] Cf. V. Magalhães Godinho, «As incidências da pirataria e da concorrência na economia marítima portuguesa no século XVI», en *Ensaios II*, Lisboa, 1978, pp. 183-203.

sarrollar una política tendente a la consolidación de redes comerciales, dejando de lado los sueños de conquista [4].

A toda esta situación bastante abrumadora, se sumaba el hecho de que el nuevo monarca había acaudillado durante los últimos años de vida del Afortunado, gran parte de la corriente anti-imperialista que se oponía a la actuación del último hidalgo de la política manuelina.

Los cambios políticos en el seno de la Corte

Posiblemente, tras los primeros meses de su gobierno, haya tenido lugar, de forma discreta, un acontecimiento de gran alcance político —la destrucción de la *Carta das Novas*—. En realidad, no se conoce ningún ejemplar de esta obra en Portugal y el único del que hoy se tiene conocimiento se encuentra en Inglaterra [5]. Aunque hechos de esta naturaleza no sean frecuentes durante esta época, podemos admitir que tuvo lugar una destrucción premeditada: la edición, mandada a imprimir por don Manuel pocos meses antes de su muerte, que, como vimos, procuraba conducir a la opinión pública en favor de una cruzada en alianza con el Preste Juan, puede haber sido destruida por orden directa del nuevo rey o por la influencia de elementos influyentes de la corriente anti-imperialista. Ésta era la forma de impedir la difusión de la noticia y de sofocar la iniciativa de aquéllos que compartían el sueño del Afortunado. Apenas algunos ejemplares fueron rescatados, como lo demuestra no sólo el que se conserva en Londres, sino también porque de la *Carta* «se sirvieron, entre otros, Lopes de Castanheda, que llega a transcribir pasajes enteros, con pequeñas modificaciones sintácticas» [6].

Antes de morir, don Manuel I envió en la primavera de 1521 un nuevo gobernador a la India. Se trataba de Duarte de Meneses, que apenas si logró resistir la fuerte ola de ataques contra las posiciones por-

[4] Acerca de los grandes cambios que se produjeron a nivel mundial precisamente en la transición entre el final del gobierno de Manuel I y la ascensión al trono de Juan III, véase el estudio de V. Magalhães Godinho, «A viragem mundial de 1517-1524 e o império português», *ibidem*, pp. 207-221.

[5] El ejemplar se encuentra en el Museo Británico y fue reeditado en portugués por A. Cortesão (Lisboa, 1938).

[6] A. A. Banha de Andrade, *Mundos novos do mundo*, vol. 2, p. 856.

tuguesas organizada por los gujarates. El gobernador habría de conseguir, sin embargo, al calor de los conflictos, aumentar las parias que el rey de Ormuz debía pagar al Estado de la India, pasando éstas de 25.000 a 60.000 serafines anuales. Según lo que cabe observar, Juan III aguardó al final del mandato de don Duarte para, en 1524, iniciar su política directamente, enviando entonces hacia Oriente con el título de virrey a un hombre de su entera confianza: el afamado Vasco da Gama.

Este nombramiento revela, sin duda, el predominio de los elementos anti-imperialistas en los comienzos del gobierno de Juan III. En efecto, al mismo tiempo que figuras que habían permanecido en la sombra durante muchos años ahora reaparecían detentando cargos prominentes, otros, que habían sido distinguidos en sucesivas ocasiones por don Manuel, caían en desgracia.

Esto sucedió, por ejemplo, con Duarte Pacheco Pereira, viejo héroe de Cochín y uno de los más firmes seguidores de la ideología imperialista y mesiánica del Afortunado, que, en el verano de 1522, ingresó en prisión en la fortaleza de San Jorge da Mina, en donde había sido capitán desde 1519. Asimismo, Diego Lopes de Sequeira, anterior gobernador de la India, que había consumado el descubrimiento de la tierra del Preste Juan y había probado la legitimidad de Mateus, se sentía insatisfecho con los acontecimientos.

Se sabe, incluso, que en 1524, el embajador de Carlos V en la corte portuguesa informó al emperador acerca del desencanto de aquellos dos hidalgos. Por cartas expedidas entonces en Portugal, Juan de Cuniga informó a Carlos V que Duarte Pacheco Pereira y Diego Lopes estaban en disposición de servirle, descubriendo para el monarca español la Arabia Feliz del Preste Juan [7]. En los tiempos en que don Manuel pontificaba, Vasco da Gama amenazó con ponerse al servicio de Castilla [8].

Dados los precedentes de Vasco da Gama y Fernán de Magalhães, no creemos que, como admite Luis de Albuquerque, nos encontremos ante ciertas «ideas extravagantes» del embajador [9]. A la luz de los es-

[7] Cf. A. Teixeira da Mota, «Duarte Pacheco Pereira, capitão e governador de São Jorge da Mina», en *Mare Liberum*, n.º 1, Lisboa, 1990, pp. 1-27.

[8] Cf. A. C. Teixeira de Aragão, *Dom Vasco da Gama e a Vidigueira*, Lisboa, 1898.

[9] Cf. A. Teixeira da Mota, *op. cit.*, p. 27. El artículo de Teixeira da Mota fue publicado póstumamente, acompañado de un comentario de L. de Albuquerque.

tudios más recientes acerca de la idea imperial manuelina y la lucha absurda que tuvo lugar en el seno de la Corte durante todo el reinado del Afortunado, consideramos mucho más probable que, en un momento de profunda desilusión, algunos de los elementos más destacados del partido imperialista, ante la nueva estrategia contraria a la alianza con el Preste Juan, hubiesen ido en busca de otro monarca que quisiese llevar hasta el final la voluntad de Manuel I.

De cualquier manera, resulta importante no pasar por alto, sobre todo, el hecho de que hay varios elementos que revelan la existencia de los diversos cambios políticos que se produjeron con la llegada de Juan III al trono y, asimismo, de que los ideólogos de la anterior estrategia de la Corona fueron apartados tras la muerte de don Manuel, en el preciso momento en que parecía haber llegado la hora de concretar los sueños alimentados durante más de dos décadas.

En contrapartida, Vasco da Gama, que dos décadas antes había desaparecido de la escena política y sintiéndose insatisfecho, como vimos, había comenzado a barajar la hipótesis de servir al rey de Castilla, ahora era requerido por Juan III para realizar un tercer viaje a la India.

Sin embargo, cabe destacar que el nombramiento de Vasco da Gama no representaba una vuelta a la «gran apertura» desencadenada por Lope Soares de Albergaria. Ciertamente, el monarca deseaba reorganizar y consolidar la estructura político-administrativa del Estado Portugués de la India y confiaba en el viejo almirante para la prosecución de este objetivo, como veremos más adelante.

Los nuevos aspectos de la política portuguesa en Oriente

Una vez dejada de lado la idea de la conquista del Oriente Próximo, la atención del Estado de la India se centraba en ocho áreas fundamentales:

— La costa oriental africana, donde tras el abandono de Quilón (1512), los portugueses se habían instalado en posiciones más meridionales, teniendo por bases principales las fortalezas de Sofala y Mozambique. Se trataba de una región importante para el comercio y funcionaba como base de apoyo para la navegación entre Europa y Asia. La isla de Mozambique, además de servir como puerto de escala, acogía a los navíos que partiendo del Reino, llegaban con retraso al Índico y, ca-

reciendo de la posibilidad de viajar con un monzón favorable, estaban obligados a pasar el invierno en el litoral africano. En aquel entonces, constituía la zona del Estado de la India que estaba menos expuesta a ataques enemigos;

— El Mar Rojo, zona estratégica por excelencia, ya no sólo como vía de acceso a Egipto, sino también por constituir en ese momento la región por donde saldrían forzosamente las armadas turcas. Por esta razón, Goa enviaba todos los años flotas destinadas a la vigilancia de sus accesos y procuraba mantener contactos regulares con los etíopes;

— El Golfo Pérsico, área predominantemente comercial, controlada a partir de Ormuz, plaza que constituía uno de los bastiones de las finanzas del Estado de la India. Insertada dentro del mundo islámico, Ormuz no suponía grandes alicientes para los mercaderes privados, que encontraban mayores facilidades de movimiento entre los paganos;

— El sultanato de Gujarat, situado en Cambay, nombre de su principal puerto, donde los portugueses procuraron adquirir una posición desde hacía mucho tiempo. Allí se asistiría, en breve, a la ocupación y posterior defensa de Bazaim y los territorios adyacentes, así como a la de Diu. La obtención de esta última ciudad representaba, en el fondo, la adquisición de una de las pocas piezas de la maquinaria político-comercial engendrada por Alfonso de Albuquerque que el Terrible no tuvo tiempo de colocar bajo su dominio y sus sucesores inmediatos nunca tuvieron el ingenio o la fuerza necesarios para concretar este objetivo. Sería Nuño da Cunha (1529-1538) quien habría de cumplir tal deseo;

— Goa, pieza estratégica importante que funcionaba como sede definitiva del imperio tras las últimas dudas sobre su conservación. Además de ser la sede político-administrativa, era también una importante plaza comercial y su aduana constituía uno de los principales pilares de las finanzas de la India portuguesa;

— Malabar, centro fundamental del comercio entre la India y el Reino, también era el centro de la lucha por el dominio de las redes comerciales de la India meridional y Ceilán [10];

[10] Acerca de la presencia portuguesa en esta región y en este período, véase el estudio de J. M. Flores, «Portugueses e Mappilla em Ceilão e na Costa da Pescaria (1524-1539): os interesses em jogo», en *Actas do V Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa* (en prensa).

— El mundo malayo, otra región predominantemente comercial, controlada, a semejanza del Golfo Pérsico, por uno de los principales centros del comercio interoceánico, Malaca. En términos económicos, esta ciudad representaba la tercera base en que se asentaban las finanzas del Estado de la India. Al contrario de Ormuz, Malaca era un puerto extremadamente atractivo para los comerciantes privados. De ahí partían aquéllos que se aventuraban en el Mar de la China y muchos de los que optaban por realizar sus actividades en el Golfo de Bengala;

— Las Molucas, zona abastecedora de las especias más raras y base de exploración de la región oriental de Insulindia, su posesión fue disputada en el inicio de este período con España, pero Juan III habría de empeñarse activamente en su conservación, lo que consiguió tras largas negociaciones [11].

Los esfuerzos militares emprendidos por el Piadoso tenían un carácter predominantemente defensivo, o bien, se destinaban fundamentalmente a salvaguardar los intereses lusos en aquellas regiones.

En Insulindia, por ejemplo, una expedición comandada por Pero de Mascarenhas, penetró en 1526 en las selvas ecuatoriales de la isla de Bintán para desalojar al sha Mahmud, antiguo sultán de Malaca, que mantenía una lucha tenaz con los conquistadores de su capital. Al año siguiente, una escuadra intentó construir una fortaleza en Sunda, en el extremo oriental de la isla de Java, hecho que estaba enmarcado en un esfuerzo de penetración en las redes de comercio locales y, ciertamente, en un intento de reforzar la influencia y la seguridad de los portugueses en aquella región.

El Estado de la India desarrolló, igualmente, diversas acciones militares en el interior del Golfo Pérsico durante este período, bien mediante la intervención en las disputas locales, o bien, procurando imponer la autoridad del rey de Ormuz, súbdito del Estado de la India, a sus reacios vasallos. Así, procuraba asumir el papel de potencia regional y extraer los beneficios inherentes a dicho status. Cabe notar, sin embargo, que los portugueses nunca se adaptaron totalmente a la es-

[11] Cf. apartado 2 de este capítulo.
Sobre los principales acontecimientos acaecidos en Las Molucas durante este período, el lector podrá encontrar información pormenorizada al respecto en el estudio de E. Trigo de Sousa, «Capitães portugueses nas ilhas Molucas», en *Studia*, n.os 43-44, Lisboa, 1980, pp. 183-282.

trategia específica de aquella región en la medida en que allí, tanto los aliados como los enemigos eran musulmanes, por lo que siempre persistía la desconfianza, que llevaría, incluso, a no poder concretar ciertas misiones, ya que los capitanes rehusaban adherirse a sus aliados del momento. Otras concluirían de forma brutal, como es el caso que tuvo lugar en 1529, en que el rey de Basora se negó a pagar las siete fustas que había prometido, a cambio del apoyo luso en su disputa contra el rey de Gizara: en venganza, el comandante portugués prendió fuego a una de sus aldeas con 300 habitantes.

Asimismo, en la India meridional perduraría una guerra de desgaste entre las fuerzas del Estado de la India y los moros de tierra adentro. En esta área fueron abandonadas las fortalezas de Colombo, en Ceilán (1524) y la de Calicut (1525). Tal como sucedía en otras zonas del Océano, la lucha que se daba allí era producto del deseo por controlar el comercio de un único producto o bien, el control total de un puerto, como señala Jorge Manuel Flores:

> ... tenemos la impresión de que una de las razones que justifica la persistencia de la guerra en esta área específica fue justamente la de la rivalidad —entre los portugueses y Mappilla— por el dominio del comercio entre Coromandel y Malabar, al cual se suma una serie infinita de pequeños motivos, todos ellos gravitando en torno a la circulación «dentro» del área comprendida entre el Índico oriental y el Índico occidental [12].

En la zona de acceso al Mar Rojo se produjeron maniobras para interceptar la navegación comercial islámica, sobre todo durante la década de 1520-1530, pero cabe pensar que ésta era, esencialmente, una forma de obtener beneficios no muy distinta de la utilizada por los corsarios franceses contra los portugueses en las aguas de las Azores. A pesar de no tener la capacidad para ejercer un bloqueo total, el Estado de la India aún era lo suficientemente fuerte como para apoderarse del comercio de sus enemigos, además de desarrollar el suyo propio. Sin embargo, dicha ventaja habría de disminuir lentamente con el tiempo. Ésta constituía, sin duda, otra faceta de los esfuerzos

[12] J. M. Flores, «Portugueses e Mappilla...».

militares de la Corona en el Índico, pero resulta evidente que ya no subyacía la antigua aspiración manuelina de apoderarse de los mercados de Alejandría.

El único gran esfuerzo de conquista tuvo lugar en la región de Gujarat, área que, como vimos, se encontraba inscrita dentro de los planes del Afortunado. La política de Juan III no se basa en un simple abandono de las iniciativas del antecesor, sino en el hecho de desistir en proseguir aquellas que representaban una enorme y poco eficaz dispersión de esfuerzos. Por ello, Juan III continuó incentivando la ocupación de Diu, puesto que ésta permitiría la consolidación del sistema comercial en que se asentaba el Estado de la India y aumentaría la seguridad en el área neurálgica de la presencia lusa en oriente —el Índico occidental.

Así, cabe observar que la guerra continuaba estando muy presente en la vida cotidiana del Estado de la India. Sin embargo, esencialmente se trataba de conflictos regionales, teniendo como objetivo —casi siempre— la hegemonía político-comercial sobre una cierta área. La guerra ya no entrañaba grandes sueños de conquista, tornándose, principalmente, un medio de apoyo al desarrollo de una estrategia comercial. Con el propósito de hacer viables sus negocios, cristianos y musulmanes no dudaron en recurrir a la fuerza para apartar a sus rivales y enemigos. Cabe comprobar que, en algunas ocasiones, algunos de estos conflictos localizados se relacionaban entre sí [13], puesto que cualquiera de las partes en lucha tenía la noción de la dimensión global que comportaba la competencia en aquel océano. Sin embargo, no resulta posible hablar durante este período de una guerra total. Resulta perceptible que algunas de estas campañas tienen, momentáneamente, intereses en común, pero ésta no era la dinámica que normalmente les animaba.

Asimismo, hay que señalar que en todos estos conflictos que enfrentaban a portugueses y moros, eran estos dos últimos y no los asiáticos en general, quienes reaccionaron en contra de la presencia lusa en oriente, pues ésta era, sobre todo, una lucha entre fuerzas que controlaban el transporte —la Cruz y la Media Luna continuaban siendo los principales (casi los únicos) interesados en el comercio marítimo del Océano Índico.

[13] Cf. Idem, *ibidem*. Por ejemplo, las guerras en los mares de la India meridional debe de haber estado relacionada con los conflictos en torno a Diu.

También resulta interesante señalar que Juan III había alimentado —al menos en ciertos momentos— la esperanza de aniquilar el comercio agareno de las especias en Malabar, como, al parecer, puede constatarse en una carta enviada en 1526 [14] a don Enrique de Meneses, gobernador de la India (1525-1526), en donde el monarca lo exhortaba a que hiciera todo cuanto pudiese para que los cristianos siro-malabares, vendedores de la pimienta, fuesen bien recibidos en las factorías a fin de que dejasen definitivamente de negociar con los mahometanos. En nuestra opinión, al inicio de su reinado, el rey aún tenía la esperanza de acabar con el poderío musulmán en Malabar, recurriendo al mismo aliado y al mismo negocio que don Manuel había idealizado en los albores de la centuria —cristianos y especias [15].

No obstante, la compleja situación en que se encontraba aquella cristiandad —a la cual nos referimos anteriormente [16]— no permitía que dicho plan alcanzase el éxito. Sin embargo, cabe destacar la forma en que Juan III daba prioridad a las «soluciones comerciales» para llevar a cabo su política.

Este cambio de actitud de la Corona tuvo, sin duda, otro ejemplo paradigmático en el modo en que el monarca enfrentó el fracaso del «sueño chino» de Manuel I.

El 25 de octubre de 1523, Martín Alfonso de Melo Coutinho escribió desde la India una carta al rey, informándole acerca del fracaso de la misión que le fuera confiada. En sus amargas palabras se percibe el resentimiento de quien había sido víctima de la euforia manuelina:

> No quisiera mandar a Vuestra Alteza (Juan III) nuevas con tan poca alegría, siendo éstas las primeras que le escribo después de que Dios Nuestro Señor le puso en el estado que le había prometido (...), pero quisiera mandarle las nuevas que me pidió, aunque reconozco mi culpa al intentar tan grande hazaña [17].

[14] «Cópia da carta enviada por D. João III a D. Henrique de Meneses, governador da Índia, sobre o comércio da pimenta e os cristãos de S. Tomé» (1526), transcrita en nuestro estudio (J.P.O.C.), «Reflexões sobre os cristãos de S. Tomé ...» (cf. nota 65, cap. II).

[15] *Ibidem*.

[16] Cf. apartado 5, capítulo II.

[17] «Carta de Martim Afonso de Melo Coutinho para o rei dando-lhe conta dos sucessos da sua viagem à China» (Goa, 25 de octubre de 1523), transcrita en nuestro

Los infortunios de Martín Alonso, sin embargo, se ajustaban a la nueva política real. En 1526, el monarca daba órdenes precisas sobre las relaciones con el Imperio Celeste, pidiendo al capitán de Malaca que intentase por todos los medios «tornar (las relaciones luso-chinas) al primer estado y conservar la paz y la amistad» [18]. El rey procuraba, de esta manera, que sus súbditos reactivasen el comercio interrumpido, razón por la cual no enviaba más armadas ni determinaba nuevos monopolios, intentando recuperar pacíficamente una línea mercantil enormemente lucrativa, que se había perdido desastrosamente.

Resulta curioso señalar que Juan III, a su vez, recomendase al capitán de Malaca que trabajase en «esto mediante los de la tierra de Siam y los de Patane» [19]. Si recordamos que Martín Alfonso tenía, en 1521, la misión de impedir el comercio de los siameses en China, distinguimos aún con más nitidez las modificaciones ocurridas en esta década en el modo en que la Corona concebía la política expansionista en Oriente.

El inicio de una moderna campaña evangelizadora

Resulta importante resaltar que bien entrado el segundo cuarto del siglo XVI, tuvo lugar otro cambio significativo, producto, asimismo, de una visión más realista del mundo en ultramar. Si bien su idealización no se debe al rey portugués, con posterioridad éste no dejó de acariciarla y aumentarla.

Ya nos hemos referido al optimismo con que se encaró desde el principio de la expansión la propagación del cristianismo. Por esta razón, en los inicios no hubo que realizar esfuerzo suplementario alguno para catequizar de forma sistemática las poblaciones asiáticas. Ésta era, por naturaleza, una misión espinosa, ya se tratara de convertir a musulmanes o fieles de las demás religiones existentes, pero habría de re-

estudio (J.P.O.C.), «Do sonho manuelino ao realismo joanino ...», doc. n.° 7 (cf. nota 27, cap. III).

[18] Copia de la «carta enviada por D. João III a Pero de Mascarenhas, capitão de Malaca sobre o restabelecimento das relações com as autoridades chinesas», *ibidem*, doc. n.° 8.

[19] *Ibidem*.

sultar más difícil en cuanto los portugueses se limitasen a actuar en los diversos lugares en donde se imponía la autoridad del Estado de la India.

Durante los primeros cuarenta años, la conversión más espectacular fue, sin duda, la de los paravas —toda una casta de la Costa de la Pesca, en la India meridional— que, sin embargo, respondía a intereses estratégicos bastante peculiares, derivados de la necesidad de aquéllos de alinearse con los cristianos en contra de los musulmanes [20], debido a la guerra que asolaba su región.

No obstante, en 1542 partió de Portugal un grupo de religiosos distintos a los que habían viajado con anterioridad. Se trataba del primer contingente de jesuitas, dirigido por San Francisco Javier. La iniciativa de la Compañía, que rápidamente sería secundada por otras órdenes religiosas, se destacaría por el incremento en las acciones sistemáticas de evangelización fuera de los centros controlados por los portugueses. La cristianización comenzaba entonces a ser encarada como una tarea específica, diferente de la conducción de la vida espiritual de una comunidad normal y necesitaba, por ello, de personal especializado. Los misioneros jesuitas comenzaron inmediatamente no sólo a adoctrinar activamente a la población de las plazas portuguesas, sino también a extender de forma progresiva su acción hasta zonas a donde las armas lusas no llegaban. Si bien no llevaban hasta allí la autoridad de la Corona, llevaban, con la religión cristiana, la cultura *lusíada*. A mediados de siglo, en el momento en que el aparato político-militar comenzaba a dar ciertas muestras de cansancio, la llegada de una evangelización militante representaría, en cierto modo, un nuevo tipo de expansión portuguesa en Oriente [21].

La cuestión de Las Molucas

Como vimos anteriormente, la política portuguesa con respecto a los asiáticos difería conforme a la religión que éstos profesaban. A pesar

[20] Cf. K. McPherson, «Paravas and Portuguese», en *Actas do V Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa* (en prensa).

[21] Este particular se analiza en el capítulo V del tercer volumen.

de no tratarse de comportamientos rígidos, puesto que eran razonablemente frecuentes las excepciones a la regla, es posible afirmar que, en general, se favorecía principalmente la penetración pacífica en los mercados controlados por los paganos, mientras que la competencia con los comerciantes moros redundaba, en la mayor parte de los casos, en guerras de carácter local o incluso, de ámbito regional. Con la aparición de otros cristianos en el continente asiático, el monarca no desistió del empleo de las armas para hacer valer sus intereses, sin embargo, procuró resolverlos preferencialmente por la vía de las negociaciones. Esto fue lo que sucedió cuando Portugal y España se disputaron la posesión de las Molucas durante la década de 1520-1530.

Los fundamentos de la disputa

Este contencioso surgió a partir de dos problemas distintos: por una parte, de la dificultad para definir los límites de las áreas que correspondían a cada una de las coronas ibéricas según lo estipulado en el tratado de Tordesillas; por otra, de la gran importancia económica de estas islas. Ciertamente, aunque la cuestión geográfica constituyese la génesis del conflicto, fueron los intereses político-económico inherentes los que lo convertirían en un caso importante.

> En la época en que los portugueses y los castellanos llegaron a Oriente, Las Molucas eran el único productor mundial de clavo, insustituible por la imposibilidad de aclimatar a dicha planta a otras regiones —y de ahí el gran interés de poseer estas islas [22].

Al Estado de la India le interesaban estas islas fundamentalmente por su íntima relación con Malaca, puerto desde donde el clavo era enviado a los distintos puertos asiáticos. Así pues, constituían un elemento importante para el mantenimiento de las redes del comercio oriental que los portugueses se habían apropiado. Para los españoles, al menos

[22] L. F. Thomaz, «Maluco e Malaca», en *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas* (actas do II Colóquio Luso-Espanhol de História Ultramarina), Lisboa, 1975, pp. 29-48, *cit.* en p. 29.

en un primer momento, parecían representar una puerta de acceso al mundo de las especias.

Consideramos que para la corona portuguesa, la inclusión de aquel archipiélago en el área jurisdiccional de Carlos V representaba no sólo un enclave para el desarrollo económico del Estado de la India, sino también la transformación de España en el nuevo proveedor de especias de Europa. Deseosos de mantener la paz en la Península Ibérica, ambas monarquías debían llegar a un acuerdo. Éste, sin embargo, no sería fácil de alcanzar y su ratificación habría de esperar hasta 1529.

De esta manera, cabe ver que la política de Juan III con respecto al Asia Oriental no presentaba un carácter uniforme. Al existir dificultades en las relaciones con las dos áreas extremadamente importantes para el éxito de los negocios de Malaca, la China y Las Molucas, el rey actuó de un modo distinto en relación con cada una de ellas. En el caso de China, el fracaso de las armadas sólo había creado problemas en el ámbito asiático —para Portugal no resultaba grave que sus relaciones políticas con el Imperio Celeste fuesen más o menos inexistentes— de ahí que el único interés de Juan III fuese el de procurar la reactivación del comercio con los chinos. En el caso de Las Molucas, además del problema económico, tan importante como el anterior, existía un problema político delicado, ya que el adversario no se encontraba en los confines asiáticos, sino junto al Reino Portugués, por lo que era necesario mantener una política de buena vecindad, que resultaba vital para la propia seguridad del país.

Las intenciones de la corona española y los avances de los portugueses

Los fundamentos geográficos del problema se relacionan con la evolución del conocimiento de las verdaderas dimensiones del planeta y las diferentes concepciones de las mismas formuladas en las dos cortes ibéricas.

Ignorando la existencia de América y del Océano Pacífico y suponiendo que sus navegantes frecuentaban el litoral del Extremo Oriente, Fernando *el Católico* consideraba natural su derecho a una parte significativa del territorio asiático y de sus riquezas. Pero mientras el monarca aragonés, regente de Castilla, no encontraba las tierras de las es-

pecias, los portugueses las transportaban hacia Europa por la vía del Cabo. Al perdurar las dudas de carácter geográfico en ambas cortes, don Manuel, ya instalado en el espacio asiático, procuró aprovechar de la mejor manera posible dicha ventaja, instando a sus súbditos a que avanzaran rápidamente hacia Malaca. Entretanto, los consejeros españoles reclamaban para su rey todos los territorios al este del Cabo de Buena Esperanza (en otras palabras, todo el Índico) o bien de Ceilán, de la desembocadura del Ganges o de Malaca [23], según los cálculos efectuados.

Tras veinte años de exploraciones infructuosas, en 1512 Fernando *el Católico* pensó en enviar una expedición al Asia Oriental por la ruta del Cabo de Buena Esperanza, con la misión de delimitar el área portuguesa imposibilitando, de esta manera, que los navegantes del Afortunado aprovecharan la ausencia de los españoles en la región con el propósito de extender de forma ilícita sus dominios. El rey nombró a Díaz de Solís para dirigir el viaje con órdenes para que fuese

> ...posteriormente a Ceilán para averiguar si permanecía dentro de la jurisdicción castellana y si lo hacía, debía tomar posesión de la isla (...), tras lo cual debía poner proa hacia la isla de *Maluque* «que cae en los límites de nuestra jurisdicción y tomaréis posesión para la Corona Real de estos reinos». Asimismo, antes debía tomar posesión de las islas que se encontrasen entre el Cabo de Buena Esperanza y Ceilán que no hubiesen sido descubiertas por mandato del rey de Portugal. Después pasar por Las Molucas, debería dirigirse a Sumatra, Pegú y a la tierra de los chinos y los juncos [24].

No obstante, la armada de Solís no habría de partir, debido, en parte, a las presiones de la política diplomática de don Manuel.

> Ante este fracaso, don Fernando mostraría gran empeño en el hallazgo de un pasaje hacia las Indias de sus dominios. En el futuro, la cuestión del meridiano se encontraría en estrecha relación con el afán de llegar a Las Molucas y ya no se trataba de un problema geográfico, sino de carácter eminentemente político [25].

[23] Cf. R. Ezquerra Abadía, «La idea del antimeridiano», *ibidem*, pp. 1-26.
[24] Idem, *ibidem*, pp. 13-14.
[25] Idem, *ibidem*, p. 14.

Entretanto, los portugueses habían llegado a Las Molucas en 1512 bajo el mando de Antonio Abreu y Francisco Serrão, dos capitanes a quienes Alfonso de Albuquerque había encargado el descubrimiento del archipiélago. El gobernador, en vista de que pretendía mantener la estructura comercial que había convertido Malaca en uno de los grandes emporios del Océano Índico, necesitaba, de esta manera, garantizar la continuidad del tráfico del clavo hacia la ciudad recién conquistada y no dudó en enviar inmediatamente una pequeña flota en busca de tan preciosa especia. Abreu y Serrão partieron de Malaca a finales del año de 1511 y llegaron a la región a principios del año siguiente, efectuando un reconocimiento de las islas de Amboino y Banda. Seguidamente, Abreu regresó con un cargamento de nuez, pulpa de nuez moscada y clavo, mientras que Serrão, tras naufragar, permaneció en la zona instalándose, finalmente, en Ternate —una de las islas del grupo de Las Molucas.

> Ésta era una de las pocas regiones en donde los musulmanes no se habían mostrado sistemáticamente hostiles a los portugueses. Este hecho responde, posiblemente, a dos factores. En primer lugar, al aislamiento de Las Molucas en relación a los otros estados musulmanes y, sobre todo, a las grandes potencias del Oriente Próximo, aislamiento que los alejaba de la influencia de aquéllos y los hacía estar más a merced de los portugueses. En segundo lugar, éstos ofrecían mejores condiciones al comercio del clavo que los moros de Malaca y Java, que, según Tomé Pires, fijaban a su antojo el precio de su mercancía, sin ofrecer a los productores garantía alguna [26].

En 1513, arribó una segunda escuadra portuguesa, capitaneada por Antonio de Miranda de Azevedo y desde entonces las relaciones entre Malaca y Las Molucas tuvieron carácter ininterrumpido. En el archipiélago, la presencia lusa fue disputada por los sultanes de las dos islas principales —el de Tidore y el de Ternate—, razón por la cual, los portugueses, tras ciertas reservas iniciales, se establecieron en Ternate. No resulta extraño que al llegar a la región, los españoles fuesen bien acogidos en Tidore y que permaneciesen allí hasta el final del conflicto.

[26] L. F. Thomaz, «Maluco e Malaca», *ibidem*, p. 37.

Mientras el Estado de la India consolidaba sus lazos con Las Molucas, la monarquía española era informada de la existencia del «Mar del Sur», un nuevo Océano que le proporcionaría el acceso a las islas de las especias. Llegada la noticia del descubrimiento de Balboa a Europa en 1514, Fernando *el Católico* envió a Solís por el camino de Occidente. No obstante, el viaje terminaría de forma trágica en el estuario del Río de la Plata.

El viaje de Fernando de Magallanes y la solución del conflicto

Bajo el reinado de Carlos V, España llegaría al continente asiático, irónicamente, de la mano de un portugués, Fernando de Magallanes, quien, insatisfecho con el comportamiento de don Manuel hacia su persona, ofreció sus servicios al Emperador para llegar hasta el archipiélago de Las Molucas a través del Mar del Sur. Magallanes había estado en Malaca con Diego Lopes de Sequeira, por lo cual tenía cierta experiencia relacionada con el mundo oriental y se proponía encontrar el pasaje que Solís no había encontrado.

Aceptada la iniciativa y preparada la expedición, ésta partió de Europa en 1519. En las instrucciones entregadas al comandante, el Emperador le ordenaba que respetara las demarcaciones portuguesas, puesto que, en esta ocasión, el viaje debía ceñirse totalmente al espacio que correspondía a España. Magallanes encontró el pasaje sudamericano que daría acceso al Mar del Sur, cruzó este vasto Océano, pero nunca llegó a Las Molucas, pues, habiendo alcanzado el continente asiático en la latitud de las islas de Luzón (más adelante, denominadas Filipinas), murió allí en el transcurso de un combate contra los indígenas en la isla de Cebú. Sin embargo, a pesar de no desembarcar en las islas almejadas, Magallanes llevó a España hasta el continente asiático, razón por la cual el conflicto podía degenerar, a partir de ese momento, en un contencioso político o bien, militar.

Las noticias del viaje llegaron a Europa en 1522 con Sebastián Elcano y suscitaron reacciones diversas en las dos cortes ibéricas. A pesar de las divergencias, las dos coronas procuraron llegar a un acuerdo pacífico y en la primavera de 1524, delegados de los dos monarcas se encontraron en la frontera de Caia. En Portugal existían dudas en cuanto a la legitimidad geográfica de la posesión de aquellas islas, por lo que

los delegados argumentaron que los derechos lusos se fundamentaban en el hecho de que los portugueses ya habían realizado actividades comerciales en aquella región desde hacía diez años, correspondiendo a los españoles presentar razones que se opusiesen a la situación vigente. Los enviados de Carlos V, por su parte, afirmaban que el archipiélago pertenecía por derecho a la corona española, debiendo ser los portugueses quienes debían encontrar argumentos que justificasen sus pretensiones [27]. La irreductibilidad de estas posiciones, con las dudas de carácter geográfico de unos y la falta de fuerza en la región de otros, produjeron un *impasse* en la negociaciones. En esta coyuntura, «Carlos V quiso asegurarse de los descubrimientos de Magallanes y para ello, envió a los mares del sur otra expedición, bajo las órdenes del comendador fray García Jofre de Loyasa» [28], en la cual participaba como piloto principal Sebastián Elcano.

Un breve relato de este viaje que se conserva en el archivo nacional de la Torre de Tombo [29], nos informa acerca del hecho de que, aunque Carlos V había dado órdenes para que la armada siguiese hasta Las Molucas por la ruta del Cabo, los capitanes habían optado por seguir la vía del Pacífico, con el fin de intentar descubrir la célebre y mítica isla Cipango, que anteriormente había atraído a Colón hasta las Antillas:

> (...) al salir de la Coruña, viajamos todos en convoy hasta la isla de La Gomera. En esta isla, el comendador (Loyasa) llamó a todos los capitanes para discutir acerca del viaje que habían de realizar y les mostró las instrucciones de Vuestra Sacra Majestad (que) mandaba que fuesen por el Cabo de Buena Esperanza y Juan Sebastián Elcano les hizo entender que resultaba mejor navegar por el estrecho de Magallanes y que era más provechoso, porque en el camino había una isla a 18 grados que se denominaba Cipango (...), por lo cual y mu-

[27] Acerca de este particular el lector encontrará amplia información en el estudio de L. de Albuquerque y R. Graça Feijó, «Os pontos de vista de D. João III na Junta de Badajoz-Elvas», *ibidem*, pp. 529-545.

[28] J. Oyarzun, *Expediciones españolas al estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego*, Madrid, 1976, p. 49.

[29] Carta de D. Soler, «que escribió al rey (Carlos V), informándole acerca de los resultados de las expediciones que hasta entonces habían viajado a la India» (Cochín, 10 de enero de 1531), ANTT, *CC*, II-166-97.

chas otras cosas que entre ellos sucedieron, determinaron realizar la travesía por dicho estrecho [30].

Cipango, maravillosamente descrito por Marco Polo, era un poderoso complemento a las especias, que jugaba un importante papel en el proceso de atracción de los españoles al Asia Oriental [31].

La travesía del Pacífico de esta segunda armada fue, sin embargo, muy azarosa y tanto Loyasa como Elcano murieron durante el viaje, después de lo cual los navíos se extraviaron y los supervivientes se dispersaron por algunas de las islas más orientales de Insulindia.

Entretanto, los portugueses habían construido una fortaleza en Ternate en el año 1522 y desde allí dirigieron la lucha contra los españoles, sobre todo contra aquéllos que se habían instalado en Tidore.

Ocupando una posición marginal en lo que respecta al comercio asiático, excesivamente apartada del archipiélago en disputa, España no tenía tanto interés en las islas como Portugal. Además, los retrasos y las pérdidas sufridas por las armadas enviadas habían llevado a Carlos V a considerar que muy difícilmente conseguiría el control sin dispersar demasiado sus fuerzas, hecho que no se ajustaba a sus intereses ya que se encontraba profundamente empeñado en una estrategia de hegemonía europea.

Finalmente, el 15 de abril de 1529 se encontró una solución negociada: mediante el Tratado de Zaragoza, se reconocía que Las Molucas se encontraban situadas en el área española, pero que pasarían al dominio de la corona portuguesa mediante el pago de 350.000 ducados. Juan III pagaba, de esta manera, una importante suma, pero aseguraba el buen curso de los negocios asiáticos. Carlos V, por su parte, encontraba una forma de financiar sus campañas contra Francisco I. En cierta medida, se trataba de un buen acuerdo para ambos, si tomamos en cuenta que los portugueses albergaban en aquella época enormes dudas sobre sus propios derechos geográficos y no sólo eran quienes más

[30] *Ibidem*, hoja 1-1 v.º.

[31] Acerca de este asunto, véase nuestro estudio (J.P.O.C.), *A descoberta da civilização japonesa pelos Portugueses*, disertación para la obtención de la maestría presentada en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Lisboa, 1988 (en prensa) y de F. Solano, «Navíos y mercaderes en las ruta occidental de las especias (1519-1563)», en *A viagem de Fernão de Magalhães* ..., pp. 579-610.

necesitaban de aquellas islas, sino que, en caso de conflicto armado, eran los que más tenían que perder.

Siendo un monarca duramente castigado por los historiadores, que habitualmente lo asocian de forma exagerada al declive del poderío portugués en los mares y a la decadencia cultural posterior a la llegada de la Inquisición al Reino, la decisión de Juan III sobre esta materia ha sido, en ciertos casos, objeto de análisis excesivamente apasionados. Ciertamente, resulta fácil afirmar hoy en día que el Tratado de Zaragoza constituyó un derroche de dinero por parte de la corona lusitana, puesto que Las Molucas se encontraban en un área que según el Tratado de Tordesillas correspondía a Portugal. No obstante, este hecho sólo se comprobó rigurosamente más adelante, razón por la cual se trató de una transacción totalmente comprensible en aquel momento.

Deficiencias estructurales y esfuerzos de reorganización

Durante el segundo cuarto del siglo XVI, la maquinaria político-administrativa creada por los portugueses en Oriente comenzó a dar señales de debilidad: las fuerzas de carácter individualista que liberó Lope Soares de Albergaria —y que fueron parcialmente reprimidas por Diego Lopes de Sequeira—, comenzaron a corroer las instituciones. La desorganización de los cuerpos militares así como de los principales organismos que respaldaban sus acciones, contribuyó a generar un sentimiento de malestar en el seno de las fuerzas lusas destacadas en el Índico. La experiencia demostraba que el gobierno del Estado de la India debía ser entregado a una personalidad que, simultáneamente, tuviese grandes cualidades militares y de gestión, que, al igual que Albuquerque, fuese capaz no sólo de eliminar la indisciplina latente en los soldados situados en la India, sino que, al mismo tiempo, tomase la iniciativa procediendo al saneamiento económico y financiero del Estado, mediante un conjunto de medidas que implicarían necesariamente el fin de una serie de desmanes y abusos perpetrados especialmente por los administradores, los capitanes de las fortalezas y hasta por los propios gobernadores.

A Diego Lopes de Sequeira le había sucedido Duarte de Meneses (1521-1524), que, a pesar de haber conseguido reforzar la autoridad

portuguesa en Ormuz, fue responsable de un nuevo desorden y corrupción, perjudicando enormemente a la Corona en favor de los intereses de los particulares. Duarte, que había asumido el gobierno de la India como recompensa a sus acciones siendo capitán de Tánger, demostraría en Oriente, en el momento en que los gujarates consolidaban su contraofensiva, que era un mal comandante.

Juan III, aunque no compartía, como vimos, los mismos conceptos expansionistas de su padre, percibía que era imprescindible restablecer el orden. Al enviar hacia la India a Vasco da Gama con el título de virrey y con un «poder total de justicia y de acción, como hombre del rey, sobre toda persona que se encontrase desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el interior» [32], el monarca realizaba un primer intento por imponer los intereses de la Corona en Oriente.

Vasco da Gama, segundo virrey de la India

A su llegada a la India —era la tercera vez que Vasco da Gama llegaba a sus costas—, el navegante luso era portador de los más amplios poderes nunca conferidos a gobernador alguno y se hacía acompañar, como señala Gaspar Correia, «de gente muy importante y capitanes muy destacados, la mayor parte de los cuales habían crecido en la India», además de «grandes provisiones de los almacenes y mucha artillería» [33]. Traía los medios indispensables para alcanzar los objetivos que debía cumplir al desempeñar su cargo. No resulta sorprendente, por ello, que tras su llegada a la India, Vasco da Gama hubiese procedido a una casi total remodelación de los cuadros de mando, acompañada de una serie de medidas que tendían a limitar los excesos y abusos existentes. Ciertamente, si observamos de cerca alguno de los detalles de los cambios efectuados, comprobaremos que prácticamente todos los capitanes de las fortalezas fueron sustituidos por hombres que lo habían acompañado desde el Reino: Enrique de Meneses (Goa), Lope Vaz de Sampaio (Cochín), Pero de Mascarenhas (Malaca), Simón de

[32] G. Correia, *Lendas*, vol. 2, p. 816.

[33] Idem, *ibidem*, vol. 2, p. 816.

Meneses (Cananor) y Cristóbal de Sousa (Chaul) constituyen los principales ejemplos de este cambio.

Este proceso de sustitución de los capitanes de las fortalezas, que comenzó en Chaul aún antes de que el virrey recibiese el poder de manos de su antecesor, «porque traía la orden de que dondequiera que llegase, debería actuar sin esperar a que Duarte le diese su consentimiento» [34], fue acompañado de la puesta en práctica de un conjunto de medidas muy severas, entre las cuales el ingreso en prisión del antiguo gobernador constituye quizás el hecho más significativo, sobre todo por los resquemores que provocó.

En vista de que la situación de los sueldos de los soldados en la India constituía una de las principales causas que generaban problemas, debido al malestar que se instaló en el seno de las tropas —que recibían con poca o ninguna regularidad su salario—, el virrey ordenó de inmediato la obligación de que todos los soldados se «apuntaran» en el *Centro de Reclutamiento General*. El no cumplimiento de esta orden implicaría la inmediata suspensión del pago de los salarios y las provisiones a todos los infractores. De esta manera, se evitaban los fraudes existentes en aquel organismo, en donde, como se sabía perfectamente, se encontraban inscritos soldados desaparecidos o que habían sido «inventados» por los capitanes, quienes cobraban sus respectivos sueldos (por no mencionar a aquéllos que recibían simultáneamente salarios en más de una fortaleza). Asimismo, se procedía a una valoración aproximada de los efectivos con que el virrey podría contar para la armada, o bien, en caso de una emergencia militar.

De esta manera, Vasco da Gama pretendía que los soldados adscritos a las distintas fortalezas de Oriente permaneciesen de hecho en sus puestos, lo que, como es sabido, sólo sucedía muy rara vez, lo cual se traducía en situaciones de alerta debido a que en las fortalezas habitualmente sólo se encontraba una pequeña guarnición.

Asimismo, se promulgó el edicto del 1 de octubre de 1524, que retiró los sueldos y las provisiones a los casados de la India [35]. En esta misma tesitura, fue él quien determinó que los soldados incapacitados

[34] Idem, *ibidem*, vol. 2, p. 817.

[35] Archivo Histórico de Goa (AHG), *Provisões, Alvarás e Regimentos*, libro n.° 3.027, hoja 221 v.°.

para la guerra debían ser privados de sueldo, medida que, aunque parecía excesivamente drástica, estaba destinada a acabar con los abusos perpetrados por todos aquellos que, alegando su invalidez para el servicio militar, continuaban recibiendo una paga como si se hallasen prestando servicio activo.

Por otra parte, con la intención de evitar que los hospitales mantuviesen a falsos enfermos, ordenó «que los médicos del hospital no acogiesen a ningún enfermo salvo aquéllos que presentasen llagas y heridas» [36] y determinó que se negase el ingreso en el hospital a todo aquel que se hiriera en el transcurso de un acto de indisciplina.

Asimismo, en un intento por mejorar las flotas existentes, se apresuró a mandar construir bergantines «que remasen más que los paraos de los Malabares» [37], tarea que fue llevada a cabo por el maestre Vyrne, un genovés que había acudido en su ayuda para supervisar la construcción de los navíos.

Pretendiendo acabar en definitiva con los abusos que se estaban cometiendo, trató, desde un principio, de amedrentar a los capitanes de las fortalezas y a los administradores —incluso llegó a reprender a algunos de ellos, después de acusarlos en procesos criminales que mandaba incoar—, proceso que habría de culminar, como hemos mencionado, con el embarque y prisión de don Duarte de Meneses. Según Gaspar Correia, cuando Luis de Meneses, hermano del gobernador que cesaba en el cargo, protestó fuertemente contra tal detención, Vasco da Gama replicó:

> ... que tenía poderes para ejecutar las condenas de todos los crímenes cometidos por todas aquellas personas que se encontraban del Cabo de Buena Esperanza hacia el interior, sin que hubiese necesidad de que el rey de Portugal lo juzgase conveniente, y que haría justicia con los propios hermanos del rey, si éstos se encontrasen en la India [38].

El cronista nos demuestra, de esta manera, la forma decidida con que el virrey procuraba reorganizar la administración del Estado de la India —la política liberalizadora de Juan III sólo alcanzaría el éxito si

[36] G. Correia, *Lendas*, vol. 2, p. 830.
[37] Idem, *ibidem*, vol. 2, p. 830.
[38] Idem, *ibidem*, vol. 2, p. 832.

los oficiales reales realizasen una acción concertada, respetando las órdenes emanadas del poder central.

No obstante, las aspiraciones de la Corona se vieron afectadas por la súbita muerte de Vasco da Gama el 24 de diciembre de 1524, en Cochín, después de tres meses de intensa actividad en el gobierno.

De esta manera, fue necesario abrir, por vez primera, las vías de sucesión que acompañaban a los virreyes o a los gobernadores, mediante las cuales el monarca indicaba en secreto el nombre de las tres personas que debían asumir, sucesivamente, el gobierno de la India en el caso del fallecimiento de los anteriores en la lista. Una vez abierta la primera vía, se vio claramente que la elección recaía en don Enrique de Meneses, capitán de Goa.

La turbulenta sucesión de Vasco da Gama

La desaparición de Vasco da Gama, ocurrida en un momento particularmente crucial para la reorganización que se pretendía llevar a cabo, provocó de inmediato la interrupción del proceso, ya que su continuación dependía casi exclusivamente de la figura del virrey y de los grandes poderes que este poseía por designio real. Por otra parte, acabó por generar a corto plazo graves conflictos en el seno de los «partidos» y las «clientelas» existentes en la India, cuando éstas aprovecharon el precoz fallecimiento de su sucesor para desatar las hostilidades para colocar en el cargo de gobernador a uno de los suyos.

Enrique de Meneses, durante su año de gobierno, no quiso o no pudo continuar desarrollando la política de reestructuración de los organismos del Estado de la India y sus acciones se tradujeron en algunas expediciones militares de poca relevancia, destacando el levantamiento del cerco y la posterior destrucción de la fortaleza de Calicut. La decisión de arrasar el fuerte fue el resultado de las grandes dificultades que implicaba su mantenimiento, ya que los sucesivos ataques de los que era objeto constantemente lo habían transformado en un enorme sumidero de recursos. Después de que fuera construida por Albuquerque en 1512 con el propósito de que sirviera de puesto de control de las actividades mercantiles de Calicut, ya que se encontraba junto a la desembocadura del río que daba acceso al puerto, fue abandonada y transformada en una trampa en diciembre de 1525. Más tarde, en 1531,

Nuño da Cunha habría de ordenar la construcción de la fortaleza de Chalé, pequeño puerto de mar situado junto a aquella ciudad de la que constituía una de las entradas de mar, sustituyendo, así, a la fortaleza destruida en su doble tarea de vigilar el tráfico de navíos y de servir como centro de defensa contra la piratería de Calicut.

Una vez terminada la expedición, Don Enrique de Meneses regresó a Cochín, en donde lo aguardaba el descontento de muchos nobles que, sintiéndose agraviados por su conducta o bien, mal recompensados por sus servicios, le pidieron autorización para regresar al Reino. Enfermo y enfrentado a sus capitanes, se retiró a Cananor aconsejado por los médicos y cirujanos, que consideraban el clima de este lugar el más adecuado para su dolencia. No obstante, murió poco después, el 2 de febrero de 1526.

Tras el conocimiento de su muerte, los altos mandos de la India se apresuraron a abrir la segunda vía de sucesión, que señalaba a Pero de Mascarenhas —en aquel momento, capitán de Malaca— como su sucesor. Sin embargo, el gobernador designado no podía llegar de inmediato a la región de Malabar, ya que el monzón impedía en aquel momento la navegación desde aquella ciudad malaya hacia la India. Por esta razón, Alfonso Mexia, administrador de Hacienda y Lope Vaz de Sampaio, capitán de Cochín, se apresuraron a movilizar a los demás capitanes para que se abriese la tercera vía de sucesión, pretendiendo, así, que fuese nombrado un gobernador interino hasta la llegada de Mascarenhas.

Su conducta respondía a la enemistad existente entre Alfonso Mexia, administrador de Hacienda, y Pero de Mascarenhas, sobre el cual aquél había dado malas referencias en el Reino, lo que había hecho que el monarca le retirase su confianza. Por esta razón, receloso de la reacción del capitán de Malaca, que naturalmente sabría de sus intrigas al llegar a la India, hizo cuanto estuvo en su mano para impedir su nombramiento.

Antes de abrirse la tercera vía, se insistió en el intento de elegir a un gobernador interino —algunas figuras influyentes alegaban que, abriéndose el documento, podía suceder que el individuo designado ya no se encontrase en la India o bien, ya hubiese fallecido, lo que dejaría sin solución tan difícil asunto— pero, al no llegar a un acuerdo, en vista de que los votos eran extremadamente dispares ya que cada uno escogía al personaje que más le convenía, se decidieron a proceder a la apertura de la vía de sucesión restante, conviniendo que la persona señalada en el documento sólo gobernaría hasta la llegada de Pero de Masca-

renhas. Éste era, finalmente, el compás de espera tan deseado por Alfonso Mexia, que esperaba conseguir, de esta manera, la elección de una persona de su confianza: esto fue lo que ocurrió ya que en el documento se designaba a Lope Vaz de Sampaio como gobernador.

A partir de ese momento, estaban sentadas las bases para que estallaran conflictos entre las diferentes clientelas, encabezadas ahora por Pero de Mascarenhas y Lope Vaz de Sampaio. Con el nombramiento de dos gobernadores se agudizaba aún más la indisciplina y la falta de cohesión de las fuerzas portuguesas en Oriente, en vista de que las decisiones tomadas carecían de fuerza y autoridad para imponerse —algo de lo que carecían ambos, ya que siempre habría alguien que se sentiría con derecho a cuestionar la legitimidad de las órdenes recibidas.

Ciertamente, la llegada de Pero de Mascarenhas a la India no se hizo de forma pacífica, puesto que Lope Vaz de Sampaio se negó a entregarle el poder, alegando que había recibido un edicto real que determinaba la devolución a Portugal de las «antiguas sucesiones», nombrándole sustituto de don Enrique, en caso de que éste muriese. Así, se generó una situación de tal complejidad entre los seguidores de ambas personalidades, que poco faltó para que estallase una guerra civil [39].

Este documento, que, como algunos afirman fue redactado bajo las órdenes de Alfonso Mexia, fue contestado de inmediato por Mascarenhas. Sin embargo, de nada valieron los esfuerzos del antiguo capitán de Malaca para hacer valer sus derechos. Tras un proceso extremadamente complicado y lleno de ardides, en que ambas facciones presionaron a los jueces que habrían de decidir el pleito, Lope Vaz de Sampaio consiguió imponerse finalmente, proclamándose gobernador en diciembre de 1527. Una vez asumido el cargo, se apresuró a enviar al Reino a su adversario, sobreviniendo en seguida un período marcado por las persecuciones de aquéllos que se habían mostrado contrarios a su causa [40].

[39] Acerca de este asunto véase el trabajo de A. Coimbra Martins, «Correia, Castanheda e as 'diferenças' de Índia», en *Revistada Universidade de Coimbra*, vol. 29, 1983, pp. 1-86.

[40] Esto se ve confirmado por la carta de Lopo de Azevedo, fechada el 10 de diciembre de 1527, en donde éste afirma al monarca que el propio gobernador le había dicho que no «había de dar ningún cargo a ninguna persona perteneciente a la banda de Pero de Mascarenhas ni le haría ningún bien», en *As Gavetas da Torre do Tombo*, Lisboa, vol. X, 1974, pp. 563-573.

Así, transcurrieron casi dos años en los que se discutió a quién correspondía el gobierno del Estado de la India. Mientras tanto, las medidas centralistas que Juan III había pretendido que fuesen llevadas a cabo por Vasco da Gama, eran aplazadas.

Por primera vez en la entonces corta historia de los portugueses en el Índico, sus principales responsables habían dejado traslucir claramente la extensión de sus divisiones internas. De esta manera, se resquebrajaba la cohesión —fundamentada principalmente en la subordinación de los capitanes y los soldados a las órdenes emitidas por el gobernador— que había constituido la base de sus grandes éxitos militares. Al mismo tiempo, era la primera vez que se exponía el más alto cargo de la India a una vejación semejante. Este hecho resultaba aún más preocupante si se considera que los altos cargos locales, amigos o enemigos, se habían percatado de dicha situación. Las luchas intestinas que en muchos casos habían impedido los adversarios de los portugueses reaccionar de manera concertada ante sus pretensiones imperialistas, perjudicaban esta vez al Estado de la India, tornándolo mucho más vulnerable. Afortunadamente, ninguno de estos potenciales rivales se encontraban preparados como para emprender expediciones militares de envergadura y aunque se hubiesen decidido, no habrían logrado superar sus profundas divisiones para enfrentarse unidos al enemigo cristiano.

Entretanto, Juan III se enteró de la muerte de don Enrique y, percatándose de los problemas que podían causar sus gobernantes, intentó enviar a la India dos naves con órdenes para que Pero de Mascarenhas gobernase hasta que él designara otro gobernador. Sin embargo, estos dos navíos se extraviarían cerca de Madagascar, hacia donde se habían dirigido sus capitanes con la intención de realizar actos de pillaje, lo que provocó la continuación de las luchas intestinas en la India, mencionadas anteriormente [41].

El gobierno de Nuño da Cunha (1529-1538)

Al conocerse en la Corte la grave situación que se vivía en la India, el monarca nombró a Nuño da Cunha nuevo gobernador, sobre quien

[41] Sobre este asunto, véase el estudio de J. Borges de Macedo, *Os Lusíadas e a História*, Lisboa, 1979, pp. 143-258.

recayó la tarea de hacer prisionero a Lope Vaz de Sampaio y enviarlo al Reino. Al igual que ocurriera con varios de sus antecesores, el representante de la Corona en Oriente habría de regresar a Lisboa en condiciones denigrantes, hecho que ilustraba los grandes problemas que afectaban las estructuras del Estado de la India.

Nuño da Cunha, que llegó a la India en 1529, había partido del Reino al mando de una poderosa flota y, tal como había sucedido con Vasco da Gama, estaba investido de amplios poderes para proceder al refuerzo de la supremacía de las armas portuguesas y reestructurar la administración pública. De esta manera, Juan III procuraba, por segunda vez, imponer su real voluntad en Oriente.

Tras su llegada a la región de Malabar y una vez conducido a prisión Lope Vaz de Sampaio, Nuño da Cunha comenzó sus tareas, reorganizando y transfiriendo de Cochín a Goa algunos de los principales organismos del Estado de la India, principalmente el *Centro de Reclutamiento* y el *Erario Público*, conjuntamente con todos los funcionarios y el propio administrador de Hacienda.

Ciertamente, Goa se convirtió, de la mano de Nuño da Cunha, en el verdadero centro administrativo del imperio portugués de Oriente. La «ciudad de Albuquerque», que había pasado a un segundo plano en beneficio de Cochín por los sucesores del Gran Capitán, sumaba ahora a su incuestionable importancia económica y a su excelente localización, el hecho de albergar los centros de poder y se convertía, naturalmente, en la verdadera capital del Estado de la India.

La transferencia del *Erario Público* y del *Centro de Reclutamiento* hacia Goa, así como de todos sus funcionarios, no sólo implicó que por allí tuviesen que pasar obligatoriamente todos los soldados y capitanes de regreso al Reino (para que pudiesen volver a Lisboa era necesario remitir todos los documentos indispensables al *Centro de Reclutamiento*), sino que convirtió a la antigua ciudad un centro desde el cual partían distintas flotas que regularmente zarpaban en misiones de dominio, defensa o conquista. Por otra parte, el establecimiento del gobernador en la ciudad la transformó en el centro de decisiones de la estrategia político-militar. La suma de todos estos factores contribuyó a convertir la ciudad —que, de hecho, ya era importante— en una urbe verdaderamente cosmopolita, que rivalizaría con las principales ciudades del Reino, tanto por el número de habitantes, como por la majestuosidad de sus viviendas, edificios públicos y religiosos.

Más tarde, en el último tercio del siglo, habría de verificarse su supremacía en relación a Cochín como puerto de partida de las naves del Reino, cerrándose entonces un ciclo, que, iniciado con la instalación de los primeros portugueses en la región de Malabar, habría de sufrir las transformaciones más decisivas con Alfonso de Albuquerque y, posteriormente, con Nuño da Cunha. Este último fue, como muchos señalan, un verdadero promotor de algunas de las principales líneas de acción trazadas por el Terrible; de su mandato se puede afirmar, sin duda alguna, que consolidó de forma duradera el dominio portugués en Oriente.

Sin embargo, la transferencia de los organismos reales hacia Goa coincidía con los objetivos estratégicos consignados en los estatutos del gobernador.

La «antigua ciudad» —actualmente abandonada y sustituida por Pangín, la «Nueva Goa»— además de poseer un óptimo sistema de defensa natural (la isla de Tissua o de Goa, en donde se sitúa, está enclavada entre los ríos Zuari y Mandovi, que, a su vez, se intercomunican por el canal de Combarjua aislándola de la tierra firme) y un vasto *hinterland* que le permitía resistir mejor un cerco prolongado, se encontraba más próxima no sólo de aquello que sería el principal teatro de operaciones durante el gobierno de Nuño da Cunha —el golfo de Cambay—, sino también de la región noroeste del Mar Arábigo desde donde se dejaba sentir la amenaza de los turcos. Localizada en la costa del Concão, mucho más al norte que Cochín, Goa permitiría una intervención más rápida de las flotas portuguesas destacadas en aquella región.

Sin embargo, la atención del gobernador no se limitó a la lucha contra los turcos y los gujarates, sino que al mismo tiempo, mantuvo diversas flotas en activo en otras regiones, con el propósito de sustentar la supremacía portuguesa en las áreas clave del Estado de la India. A este propósito, destacan las directrices que dio en la ribera de Cochín y Goa, ordenando que se procediese a alistar de forma sucesiva navíos que permitiesen la presencia regular de una gran flota en las aguas del Océano.

El primer ataque a Diu tuvo lugar en 1531. El deseo de ocupar este puesto se debía a la necesidad que desde hacía mucho tiempo sentía la Corona de controlar las actividades comerciales de los mercaderes gujarates, sus competidores y enemigos. A pesar de comandar una armada muy poderosa, compuesta por un gran número de embarcacio-

nes [42], Nuño da Cunha fue derrotado por los defensores de la ciudad. El sultán Badur (1526-1537) había recibido el apoyo por parte de un ejército dirigido por el turco Mustafá Arrumi (el Rumecão de los textos portugueses) y obligó a los portugueses a retirarse gracias al fuego cerrado de la artillería turca y gujarat. En su retirada hacia el sur, el gobernador destruyó Goa [43] y atacó Damán y Bazaim.

A pesar de este fracaso, continuó la presión desde el Estado de la India sobre el sultanato gujarat y, poco tiempo después, en 1534, aprovechándose de las condiciones extremadamente favorables, Nuño da Cunha consiguió obtener una autorización de Badur para ocupar Bazaim. Al encontrarse su frontera terrestre bajo la amenaza de los ejércitos de los mongoles —los nuevos señores del centro de la planicie indo-gangética [44]— Badur procuró pacificar la frontera marítima, puesto que, mientras que los mongoles ponían en peligro la propia independencia del sultanato, el expansionismo del Estado de la India resultaba mucho menos amenazador, por lo que el sultán prefirió negociar con los cristianos. De esta forma, Nuño da Cunha se apoderaba de un importante puerto comercial y extendía sus dominios sobre una región rica en víveres y maderas, que, al encontrarse en las cercanías de Chaul,

[42] Como en muchas otras ocasiones, las cifras referentes a esta armada varían de acuerdo con las fuentes. Así, mientras que João de Barros afirma que Nuño da Cunha comandó entonces 199 velas (*Ásia*, IV, iv, 12), G. Correia señala una cifra sustancialmente distinta (400 velas y 20.000 hombres-*Lendas*, vol. 3, p. 390), lo que es corroborado por D. do Couto (*Ásia*, IV, vii, 2).

[43] También conocida como Gogha o Guogua, en 21.° 41'N y 72.° 16'E, en la costa occidental del Golfo de Cambaya. Cf. Visconde da Lagoa, *Glossário Toponímico da Antiga Historiografia Portuguesa Ultramarina, Ásia-Oceânea*, 3 vols., Lisboa, 1950-1953, vol. II, p. 87.

[44] La dinastía mongol fue fundada en 1526, tras la muerte del último sultán de la dinastía de Lodi, en la batalla de Panipat (21 de abril). El vencedor de la batalla, Babur (1483-1530) cuyos dominios se centraban en la región de Afganistán —siendo Kabul su capital— trasladó su corte a Delhi, iniciando una nueva dinastía que perduraría hasta el siglo XIX y que llegó a dominar gran parte del territorio de la India. Su sucesor, Humayun (1530-1545) intentó extender sus dominios en la India atacando Gujarat, pero más tarde hubo de enfrentarse a graves rebeliones internas. Tras un período de cierta inestabilidad, los mongoles conocieron su primer momento de gran esplendor durante el gobierno de Akbar (1545-1605). A su muerte, el imperio mongol se extendía desde Kabul hasta el interior del Decán, incluyendo, asimismo, regiones tan importantes como Gujarat y Bengala. El siglo XVII marca el apogeo de esta dinastía. Cf. P. Spear, *A History of India*, vol. 2, Londres, 1987, pp. 15-80.

podía defenderse con mayor facilidad. Los portugueses se convertían en señores de una vasta y rica faja de terreno que colindaba al sur con Chaul y al norte con Maín, siendo protegida en el interior por los Ghates.

Sintiéndose cada vez más amenazado por los mongoles, Badur pidió auxilio militar a los portugueses para expulsar a los ejércitos enemigos que mientras tanto habían invadido su territorio, ofreciéndoles a cambio el control sobre Diu (1535).

El gobernador, ante la posibilidad de ganar sin necesidad de entrar en combate una ciudad que había costado la vida a tantos hombres, se apresuró a enviar en auxilio de Badur a Martín Alfonso de Sousa al frente de un cuerpo expedicionario de 500 hombres que se distinguió en los campos de batalla, recibiendo, posteriormente, innumerables favores por parte del sultán. El dominio definitivo de los portugueses sobre Diu constituyó, sin embargo, un proceso complejo que sólo culminó con el asesinato del sultán gujarat por parte de los portugueses en las aguas contiguas a la ciudad, cuando intentaban capturarlo tras una entrevista con el gobernador a bordo de un galeón de la armada portuguesa [45].

Al tomar el control de esta ciudad, el Estado de la India asestó un nuevo golpe a los comerciantes musulmanes de la región de Malabar, que, hasta entonces, habían continuado negociando disimuladamente con Cambay por la vía de Maldivas [46]. No resulta sorprendente que las posiciones portuguesas en el sudoeste de la India tuvieran que hacer frente a nuevos ataques orquestados por Calicut.

La obtención de esta nueva plaza no impidió, sin embargo, que continuasen existiendo diferencias de opinión entre los principales capitanes en lo que respecta a la estrategia a seguir. Ciertamente, la canalización de un gran número de efectivos militares y la necesidad de una presencia continua de poderosas escuadras para defender Diu de los ataques de Mafammude, el nuevo sultán gujarat, una vez libre de la presión de los mongoles, provocaron la aparición de un grupo extremadamente contestatario a la política del gobernador, el cual tenía como fi-

[45] Cf. F. Lopes de Castanheda, *História do Descobrimento e da Conquista da Índia pelos Portugueses*, Libro VIII, caps. CLXIV-CLXV.

[46] Cf. G. Bouchon, «Sixteenth Century Malabar and the Indian Ocean», en *Indian and the Indian Ocean*, Calcuta, 1987, pp. 162-184, 176.

gura principal a Martín Alfonso de Sousa (el héroe de las campañas en Cambay), capitán mayor naval, a quien Nuño da Cunha había enviado a la región de Malabar con el objetivo de proteger Cochín de la ofensiva de Calicut.

En una carta dirigida al rey fechada en Cochín el 24 de diciembre de 1536, aproximadamente un año después de la construcción de la fortaleza de Diu, el tono adquiere tintes decididamente críticos. No sólo acusa al gobernador y a sus funcionarios de descuidar los intereses de la Corona, sino que también, y sobre todo, le acusa de haber permitido la pérdida de Cochín:

> Nuño da Cunha dejó a mi cargo los asuntos de Malabar, que son de tanta importancia que no sólo no debería ocuparse de otros, sino abandonar el resto para dedicarle toda su atención, porque Vuestra Alteza no tiene necesidad de hacer nada en este lugar, salvo conservar vuestro territorio de Malabar y vuestra pimienta asegurada [47].

De esta manera, se reactivaba una vieja polémica que tantos problemas había causado a Alfonso de Albuquerque, cuando éste había iniciado su política de expansión por todo el Océano Índico, dejando de concentrar su atención en la defensa de Cochín. Una vez más, aquéllos que veían el comercio de la pimienta a través de la Línea de la India como única y exclusiva preocupación de las fuerzas de la Corona y entendían lo restante como elemento superfluo y costoso (olvidando, en este caso, lo que la fortaleza de Diu representaba en términos comerciales y estratégicos), clamaban contra el «abandono» de Cochín, principal puerto de preparación de las naves de la Línea de la India, que partían desde allí hacia el Reino con el cargamento de la pimienta.

En el fondo, los argumentos que se daban en contra del mantenimiento de Diu —costes excesivamente elevados, enorme distancia, etc.— eran los mismos que «la mayoría de Cochín» había aducido en tiempos de Albuquerque contra la conservación de Goa. Éstos deben ser entendidos, ante todo, como pretextos: lo que a estos hombres —partidarios del comercio libre, en que tenían capacidad para interve-

[47] *Cartas de Martim Afonso de Sousa (1534-1539)*, pub. por L. de Albuquerque, Lisboa, 1989, p. 43.

nir— convenía, era que la Corona se mantuviese acantonada en el *terminus* de la Línea de la India y no multiplicase sus medios de control ni sus tentáculos del comercio estatal por las costas del Océano.

Mientras tanto, pasado algún tiempo, con el fin de que la situación en la región de Malabar se agravase —lo que habría provocado, naturalmente, un aumento de la tensión entre estas dos facciones— el tono de las críticas de Martín Alfonso de Sousa aumentó, llevándole a afirmar en una carta dirigida al conde de Castanheira, en enero de 1538, que

> ...si Vuestra Señoría estuviese en este Malabar en el que me encuentro, con pocos barcos y muy poca gente, mucha guerra y mucho qué hacer y, además, sin poder hacer nada, sino estar deshonrado y sin servir al rey, además, enfrentado al hecho de que el gobernador no quiere dar permiso a nadie para que venga hasta aquí y, si lo hace, es posteriormente destruido y, si abandona este lugar, corre idéntica suerte, Vuestra Señoría entendería lo que quiero decir.

Pero más adelante, refiriéndose nuevamente a la región de Malabar, afirma:

> que Dios me castigue si se ha visto jamás cosa tan perdida como esta tierra (...), que aquí está toda la fuerza y es lo que más se debe impulsar, sin embargo, los gobernadores huyen de ella y se dirigen a Cambaya, que es dulce, dejando aquí que todo se pierda, de donde parte toda la pimienta que va a Portugal [48].

En base a las argumentaciones y a ejemplo de lo que los «hombres de Cochín» (los detractores de Alfonso de Albuquerque) habían hecho, surge de nuevo el enfrentamiento entre las dos posturas: una, de carácter marcadamente regionalista, defendiendo los intereses de Cochín y su pimienta y la otra, más preocupada por la afirmación de la presencia político-militar portuguesa en el Océano Índico. De cualquier manera, es preciso reconocer cierto peso en la argumentación de algunos, principalmente la de Martín Alfonso de Sousa, que afirmaba que la continua conquista de plazas militares, diseminadas por una extensa

[48] Idem, *ibidem*, pp. 54-55.

área, acarrearía, a corto o medio plazo, la ruina del propio imperio, en vista de que no existían tropas suficientes como para protegerlas y, en muchas ocasiones, se carecía de los medios para mantenerlas.

En el mismo año de 1538, los gujarates, auxiliados por los turcos, intentaron reconquistar la plaza de Diu, atacando con una fuerte armada y aproximadamente 23.000 hombres. António da Silveira, que capitaneaba la fortaleza, llevó a cabo una acción decisiva consiguiendo resistir hasta la llegada de refuerzos meses más tarde.

Por esta época llegaba de Lisboa una nueva armada con García de Noronha a bordo, nombrado nuevo virrey de la India por Juan III.

Nuño da Cunha ejerció tres mandatos consecutivos al frente del Estado de la India, de esta manera, el monarca portugués reconocía —de forma implícita— las dificultades que suponían los nombramientos trienales. Pero después de mantener a la misma persona durante nueve años, fue presionado por los cortesanos (siguiendo moldes semejantes a los que habían llevado a la permanencia de Alfonso de Albuquerque y al nombramiento de Lope Soares) para que destituyese a un gobernador que, al igual que el Terrible, se ganó muchos enemigos debido a su acción centralista.

El nombramiento del maduro García de Noronha resultaría tan nocivo para los intereses de la Corona como lo fuera Lope Soares en 1515. Así, las intrigas palaciegas perturbaban de forma decisiva la disciplina de las fuerzas portuguesas en Oriente.

Juan de Castro

Al gobierno de Nuño da Cunha le seguiría el del virrey García de Noronha (1538-1540), así como el de los gobernadores Esteban da Gama (1540-1542) y Martín Alfonso de Sousa (1542-1545). Durante estos gobiernos la estrategia general del Estado de la India no se alteró de forma significativa.

El gobierno de Martín Alfonso de Sousa (1542-1545) representa, como cabría esperar de las actitudes que éste tomara en tiempos de Nuño da Cunha, una claudicación del estado ante los intereses de la nobleza, como si se tratara de una nueva «gran apertura» de Lope Soares de Albergaria. Asimismo, el gobernador procedía de un gran familia de la nobleza, descendientes de un hijo bastardo de Alfonso III, pre-

sente durante generaciones y generaciones en los cuadros de la administración metropolitana y posteriormente, en la de ultramar. Sus miembros eran muy numerosos [49]. Bajo el gobierno de Martín Alfonso, el Estado de la India quedó prácticamente en manos de un clan de hidalgos, los Sousas, así como de otras familias importantes de Oriente. Por vez primera se contempló a un gobernador doblando el cabo Comorín sin dirigirse a conquistar nuevas posiciones para el Estado, sino simplemente para cometer actos de pillaje: era el «viaje a la pagoda», que tenía como propósito el saqueo de un templo hindú del reino de Bisnaga en el cual, *si vera est fama*, había grandes riquezas. En todo caso, la expedición resultó un fracaso.

Aún así, Martín Alfonso se benefició de un estado de calma política general en el Índico que le permitió llevar a cabo una buena administración financiera del Estado. De esta manera, en el momento de su regreso al Reino, pudo dejar una economía saneada en la India (con unos fondos de aproximadamente 450.000 pardos), de los que Juan de Castro empleó una parte para proceder a cargar las naves en Cochín durante aquel año y al siguiente, enviando el resto a Lisboa. En una carta a Juan III, Castro retrata a su antecesor como un militar celoso y, si bien llama la atención sobre el mal estado en que se encontraba la armada, afirma que Martín Alfonso de Sousa era un buen capitán «porque dejó Goa bien pertrechada de pólvora, azufre y salitre y la armada tenía dentro su artillería, suministros y velas nuevas» [50].

El gobierno de Juan de Castro, que representa un nuevo intento centralizador iniciado en setiembre de 1545, estuvo marcado por algunos de los momentos más difíciles que atravesaron las fuerzas portuguesas en el Índico, entre los cuales destaca, por las diferencias que existían entre las fuerzas en liza, el segundo cerco de Diu. Enfrentando con éxito dichos peligros, el gobernador consolidó más aún los pilares sobre los que se asentaba la presencia portuguesa en Oriente.

[49] Ver en el anexo el árbol genealógico del clan de los Sousas (consultar esquema n.° 1). El lector encontrará allí uno de los mejores ejemplos acerca de la manera en que algunas familias se especializaron en el servicio a la Corona en Oriente, lo que las convertía en personas extremadamente influyentes y poderosas en aquellas regiones.

[50] Cf. «Carta de D. João de Castro para D. João III», (Goa, posterior al 2 de setiembre de 1545), pub. por A. Cortesão y L. de Albuquerque, en *Obras Completas de D. João de Castro*, Coimbra, 4 vols., 1976, en vol. III, p. 73.

Antes de destacar en la guerra, Castro hubo de enfrentarse a otros problemas que no habían sido solucionados por su antecesor: por una lado, la cuestión de Mealezán, jefe musulmán que habían huido de sus tierras en el Decán en dirección a Cambay, con el temor de ser asesinado y que luego fuera acogido y amparado por los protugueses. Por otro lado, estaba la cuestión de los bazarucos [51], responsable de un alza en los precios en Goa y una disminución de los productos disponibles en el mercado.

En relación con el primer asunto, Martín Alfonso de Sousa ya había entablado negociaciones muy avanzadas con Hidalcán (enemigo del que se había refugiado con los lusos) para entregarle a Mealezán a cambio de una serie de compensaciones monetarias y de otra índole. Aún así, Juan de Castro, entendiendo que dicha actitud suponía una traición que en el futuro supondría la desconfianza de todos los soberanos de la India y los llevaría a no querer tener tratos con los portugueses, decidió negarse a la entrega del asilado y prefirió enfrentarse a las poderosas fuerzas de Bijapur.

La cuestión de los bazarucos había sido provocada por el aumento artificial de su valor, lo que suponía la subida del quintal de cobre a 32 pardos [52] y 3 tangas [53] y provocó la inmediata paralización de su cir-

[51] Antigua moneda de la India portuguesa de valor variable y diversos metales, tales como el cobre, estaño y el plomo. El término era de uso corriente en Goa cuando los portugueses la conquistaron, pero su etimología no resulta clara. Cf. S. R. Dalgado, *Glossário*, s.v.

[52] En la India, este nombre se aplicaba antiguamente a dos clases de monedas distintas: una de oro, cuyo valor era de 6 tangas o 360 reis y la otra de plata, que equivalía a 5 tangas o 300 reis. El pardo de oro era utilizado entre los pueblos indígenas de la India occidental, lo que constituía un hecho habitual en tiempos de Alfonso de Albuquerque. El pardo de plata comenzó a acuñarse en Goa hacia mediados del siglo XVI y se distinguía del otro mediante los nombres de «pardo de tangas», «pardo de larines» o «serafines». Cf. idem, *ibidem*, s.v.

[53] Moneda asiática hecha de diferentes metales y de valor variable, que era utilizada en la India portuguesa, en Persia y en el Turkestán. La tanga antigua de Goa era de plata y la posterior se hizo de cobre. Ambas valían 60 reis. Un pardo de oro o de plata tenía 6 tangas, un serafín, 5 tangas y una rupia, 12 tangas. La raíz etimológica fundamental es la expresión procedente del sánscrito *tanka o tankaka*, «moneda con sello», especialmente de plata. Cf. idem, *ibidem*, s.v.

culación en el exterior de Goa, ya que los comerciantes se negaban a recibirlos, puesto que una vez en tierra eran adquiridos al peso y no por el valor nominal que les había sido atribuido. Ante esta situación e instigado por los comerciantes, el pueblo, los ediles y los propios funcionarios reales, el gobernador optó por bajar los precios al mismo nivel que estaban antes de las medidas que puso en práctica Martín Alfonso de Sousa.

Asimismo, Juan de Castro manifestó una profunda preocupación por ordenar el desorden que había observado en la armada. Promoviendo inspecciones sistemáticas de las embarcaciones, procuró hacer una valoración general del estado de la flota portuguesa y ordenó la inmediata construcción de nuevas carabelas. Según expresa él mismo,

> ...la razón que me movió a ordenar la construcción de carabelas y no otros navíos, fue que consideré que los galeones necesitan una gran tripulación —en la que se incluyen artilleros y lascarines— para ser realmente efectivos y en la India no se dispone de esos medios humanos. Por su parte, las galeras precisan remeros y careciendo de ellos son los peores navíos del mundo [54].

A esta acción del gobernador se le sumaría, pocos meses después, la conservación de la plaza de Diu que, socorrida a tiempo —si bien no se emplearon ni los navíos ni los efectivos que parecían necesarios en un principio— pudo resistir a un poderosísimo ejército turco-gujarate, en el que quizás constituyó uno de los momentos más significativos de la presencia militar portuguesa en Oriente durante todo el siglo XVI.

Impulsado por la escasez de soldados en las fortalezas y por el reconocimiento de la inexistencia de cualquier clase de ejercicios de adiestramiento físico o sobre técnicas militares —en sus cartas, Castro se refiere constantemente a la gran cantidad de individuos que cambiaba de actividad, escapando a sus obligaciones militares— intentó, a semejanza

[54] «Carta de D. João de Castro para D. João III» (Goa, con posterioridad al 2 de setiembre de 1545), en *Obras Completas*, vol. III, p. 93.

de lo que hiciera Alfonso de Albuquerque, reactivar las compañías de ordenanza en la India [55].

En Diu, por ejemplo, en el momento en que se produjo el cerco de la fortaleza, debían existir, si bien no compañías estructuradas por completo, al menos sus cimientos. Esto puede confirmarse atendiendo a las instrucciones del gobernador enviadas el 15 de abril a Juan de Mascarenhas, capitán de la plaza. Allí se dice expresamente, tras señalar las principales medidas que abría que tomar con respecto a los cuerpos de vigilancia, que «el capitán, alférez o sargento allí donde hubiere soldados de ordenanza, estarán obligados a recorrer sus puestos de vigilancia, para ver si todo está en orden» [56].

Al año siguiente, una vez superados los problemas que atenazaron la fortaleza fue el propio Juan de Castro, según Gaspar Correia, quien colocó a toda su gente «de forma ordenada y sistemática, de forma que había muchos arcabuceros, con sus banderas, pífanos, trompetas y clarines (...) iba delante de la tropa don Jerónimo de Meneses, con un escuadrón de 400 hombres (...) y el capitán Francisco de Sequeira estaba al mando de 500 malabares» [57].

Sus intentos parecen no haber tenido continuidad, puesto que tras su muerte ya no se encuentran referencias acerca de experiencias similares, sino que, antes al contrario, se asiste a una nueva fase de desorganización de las tropas que, al no estar sometidas a una fuerte disciplina, volvían a los antiguos vicios, prefiriendo, en muchas ocasiones, dedicarse directamente a otros oficios. Se trata de un fenómeno bastante semejante a lo que sucediera con la llegada de Lope Soares de Albergaria a la India, cuando éste se dispuso a desmantelar rápidamente los cuerpos militares «a la suiza» que Alfonso de Albuquerque había creado con anterioridad. De esta manera, resulta claro que la cohesión de las fuerzas portuguesas en Oriente siempre dependía de las características del representante de la Corona en la región.

[55] Cf. nuestro estudio (V.L.G.R.), *A Organização Militar do Estado Português da Índia*. Trabajo de síntesis presentado para las pruebas de acceso a la categoría de asistente de investigación, Instituto de Investigación Científica Tropical, Lisboa, 1990 (copia).

[56] «Instruções do Governador para D. João de Mascarenhas» (Goa, 15 de abril de 1546), en *Obras Completas* ..., vol. III, p. 160.

[57] G. Correia, *Lendas*, vol. 4, p. 611.

Asimismo, Juan de Castro prestó mucha atención a los asuntos relacionados con la Hacienda y, al igual que ocurriese con su antecesor, se mostró muy rígido en la aplicación de medidas destinadas a evitar los innumerables fraudes que se producían en la India, acerca de los cuáles mantenía informado al rey tanto en lo que respecta a los nombres de los infractores como el detalle de las sanciones que se les habían impuesto. Su preocupación por rodearse de gente honesta —aunque no siempre era la mejor preparada— le llevó, por ejemplo, a designar a Sebastián Lopes Lobato para ocupar el cargo de Auditor General de la India ya que «los letrados que podían ocupar el puesto no eran, debido a la licenciosidad de sus vidas y costumbres, individuos indicados para encomendarles este oficio» [58].

En el plano militar, Castro demostró ser un excelente estratega y un óptimo dirigente, no sólo por la manera en que gestionó los escasos recursos con que contaba, sino también por la forma en que él mismo dirigió la misión de socorro a Diu.

Como es sabido, al comienzo del cerco de las fuerzas enemigas (abril 1546), la ciudad se encontraba defendida apenas por 200 soldados portugueses y permaneció aproximadamente durante un mes en una situación muy desesperada, hasta que el 18 de mayo llegaron los primeros refuerzos enviados desde Goa que permitieron aliviar en cierta medida la presión a que estaba sometida la fortaleza. Sin embargo, estos refuerzos resultarían insuficientes ante el poder devastador de las minas y la artillería musulmana, razón por la cual, Juan de Castro alistó una poderosa flota y partió hacia Diu, a donde arribó el 6 de noviembre de aquel mismo año. Después de tres noches —en el trascurso de las cuales logró introducir a través de las almenas de la fortaleza la mayor parte del contingente de 1.500 soldados que transportaba a bordo—, lanzó un fortísimo ataque contra las fuerzas sitiadoras que, una vez dispersadas, se vieron obligadas a levantar el cerco que ya duraba siete meses.

Habiendo alejado momentáneamente el peligro, el gobernador concentró los esfuerzos en la reconstrucción de la fortaleza, con el propósito de evitar un posible contraataque de las fuerzas gujarates. En aque-

[58] «Carta de D. João de Castro para D. João III» (Diu, setiembre-diciembre de 1547), en *Obras Completas*, vol. III, p. 494.

llos momentos difíciles le sirvió de gran ayuda la rápida colaboración de los ciudadanos de Goa que, ante su petición, contribuyeron con 20.000 pardos, ya que las arcas del Estado estaban vacías.

Pero si bien la acción realizada por Castro en Diu ha suscitado los mayores elogios por parte de todos aquellos que han dedicado su atención a analizar detalladamente este período, el papel que desempeñó en la resolución de otros conflictos considerados de menor importancia, también tuvo un carácter decisivo.

A decir verdad, pocos meses antes de que las tropas de Cambay hubieran cercado Diu, Goa había sido objeto de un ataque por parte de las fuerzas de Hidalcán. El sultán, enfurecido porque el gobernador se había negado a entregarle a Mealezán, resolvió atacar la ciudad. En respuesta, Juan de Castro no se limitó a hacer frente a los escuadrones atacantes, sino que decidió efectuar una serie de maniobras envolventes en represalia, ordenando a las flotas de Malabar y de Cambay que asolaran la franja costera del enemigo y promoviendo, al mismo tiempo, tratos con los capitanes y señores de Balagate [59] y con el imperio de Vijayanagar, para que ejercieran presión sobre los territorios de Bijapur.

Enfrentado a fuerzas de tamaña importancia —y temiendo una unión efectiva de todos estos reinos— Hidalcán resolvió rendirse. De esta manera, el Estado de la India se convirtió definitivamente en dueño y señor de las tierras de Bardez y Salcete, aumentando, así, su grado de influencia en la región de Goa.

Posteriormente, cuando Diu se encontraba cercada, Bazaim también sufrió un asedio. Inmediatamente el gobernador envió en su ayuda algunos navíos bajo las órdenes de Francisco de Meneses y, asimismo, envió otras naves hacia Chaoul, temiendo que Niza Maluco resolviese atacar [60]. Pero mientras estallaban las hostilidades en Cambay, llegaron noticias procedentes de Cananor hacia finales de mayo que informaban acerca de que Samorín estaba coaligado con los gujarates y que intentaba atraer a Bijapur y Ahmadnagar a la alianza. No obstante, esta compleja situación se habría de resolver a causa del estallido de un conflicto entre estos dos últimos sultanatos.

[59] La palabra *balagata* designa genéricamente en Goa y en la costa de la India el territorio que está más allá de los Ghates occidentales, se refiere, por consiguiente, a la meseta del Decán.

[60] Cf. *Obras Completas*, vol. III, p. 193.

De esta manera, cabe comprobar los innumerables problemas a los que se enfrentaba Juan de Castro en el Mar Arábigo, en el preciso momento en que Diu se había convertido en el blanco del mayor ataque perpetrado hasta entonces contra una fortaleza portuguesa. Asimismo, en Insulindia, Malaca comenzaba a hacer frente a la presión permanente del sultanato de Agén.

Los ecos de los actos heroicos y la administración honesta llegaron hasta la Corte del reino luso y en 1548, Juan III volvió a confirmarle en el cargo, otorgándole el título de virrey. Una vez más, el monarca intentó consolidar la autoridad de la Corona mediante la acción continuada de un comandante militar prestigioso que unía a sus cualidades guerreras excelentes dotes como diplomático y gestor.

Sin embargo, el destino traicionó nuevamente los designios reales, puesto que Juan de Castro habría de encontrar la muerte aquel mismo año, dando pie a una serie de gobiernos breves —García de Sá (1548-1549) y Jorge Cabral (1549-1550).

Nuño da Cunha y Juan de Castro asistieron impotentes a la diáspora de aventureros portugueses por las márgenes del Golfo de Bengala y el Mar de China, contemplando cómo se les escapaban de las manos aquellos centenares de hombres que tanta falta les hacían para consolidar la máquina militar y administrativa que sustentaba el Estado de la India. Sin embargo, a pesar de no haber logrado detener este goteo permanente que socavaba las fuerzas de la Corona, lograron afirmar la presencia oficial portuguesa en el Índico occidental y sanear sus finanzas con la incorporación de Diu y Bazaim en su red de fortalezas.

Hacia mediados del siglo XVI, la época de las grandes conquistas prácticamente había fenecido, si bien el Estado de la India continuaba con su dinámica de crecimiento, procurando seguir de cerca las evoluciones de las fuerzas vivas del Oriente portugués —los aventureros y los misioneros—, al tiempo que mantenía una política militar de carácter agresivo en el Mar Arábigo.

La guerra con los turcos

Como ya hemos visto, a pesar de que la presencia portuguesa se extendiese hasta los parajes más remotos de los mares de Oriente, la

política del Estado de la India estaba concentrada, fundamentalmente, en el Índico occidental. Fuera de la región delimitada por el Cabo de Buena Esperanza y la isla de Ceilán, la atención de los funcionarios de la Corona se centraba, esencialmente, en Malaca y Las Molucas. Era en el área occidental del Océano, sin duda, en donde la estructura político-militar tenía que ser más firme, ya que ésta era la región en donde el poderío de los musulmanes se mostraba más efectivo. En efecto, en las costas del Mar Arábigo se encontraban las principales potencias marítimas que disputaban el control de las redes mercantiles a los portugueses y, por ello, en ese lugar las hostilidades alcanzaban mayores proporciones. Más allá de Ceilán, Agén constituía el único foco importante en conflicto permanente con los intereses de la Corona.

Al tiempo que debían enfrentarse con sus rivales comerciales del Índico (gujarates, moros de Malabar y gentes procedentes de Agén), ahora los portugueses también tenían que vérselas con los otomanos, primero en el Mar Rojo y después, tras la caída de Irak en sus manos, en el Golfo Pérsico. La actuación de los otomanos apenas si se regía por intereses mercantiles. Resulta evidente que les interesaba conservar la ruta de la pimienta del Mar Rojo, de manera que continuaran desempeñando el papel de proveedores de especias de Europa, sin embargo, los sultanes otomanos se habían proclamado califas, jefes espirituales de todo el Islam sunní, de modo que no podían abdicar del papel de defensores de la fe y la espada del Islam. *Mutatis mutandis* estaban en una posición similar a la de don Manuel cuando aspiraba a formar un imperio universal y, por ejemplo, se había sentido moralmente obligado a socorrer Venecia. No es posible reducir la política de los turcos en el Índico a una dimensión puramente económica, puesto que encierra aspectos políticos e ideológicos que perpetuan, por decirlo de algún modo, el ambiente de las Cruzadas.

Ya hemos tenido la ocasión de encontrar a los otomanos junto a los gujarates durante los cercos de Diu, pero será posible hallarlos en muchas otras circunstancias, atacando sistemáticamente las flotas y plazas portuguesas. Durante este período, los combates más importantes habrían de librarse en la parte oeste del Mar Arábigo, primero junto a los accesos al Mar Rojo, extendiéndose posteriormente al Golfo Pérsico.

1526-1546: la lucha desde el Mar Rojo

Tal como mencionamos anteriormente, desde un principio el Mar Rojo interesó a los estrategas portugueses fundamentalmente por razones ofensivas, puesto que representaba la vía para establecer contacto con la cristiandad etíope y para el asalto al Oriente Próximo, al tiempo que era la zona en donde se podía interceptar el flujo de mercancías del Índico en dirección a Egipto. Posteriormente, fue adquiriendo importancia por razones de carácter defensivo, puesto que convenía impedir la entrada al Mar Arábigo de armadas capaces de poner en peligro la seguridad del Estado de la India. En el segundo cuarto del siglo XVI, una vez abandonados los planes de conquista de Egipto, fue este segundo aspecto el que se mantuvo en pie.

A finales de 1524, Vasco da Gama preparaba una poderosa flota para enviarla al Mar Rojo bajo el mando de su hijo Esteban [61], pero su súbito fallecimiento interrumpió los preparativos. Esta zona habría de insertarse en los planes de acción del efímero virrey. Sabiendo que la nueva política de la Corona se caracterizaba entonces por el abandono de los anteriores sueños de Cruzada, resultaba evidente que esta armada tendría como misión intentar reforzar la hegemonía marítima lusa, bloqueando el acceso de los turcos al Océano.

Durante este período, todos los años partía una flota portuguesa de la India hacia el Estrecho, con el objetivo de asaltar el comercio mahometano a lo largo de la costa de Arabia. En muchos casos, los navíos penetraban en el Mar Rojo para establecer contacto con los etíopes y atacar los puertos musulmanes. Cabe asegurar que en la década de 1520-1530, los portugueses ejercieron un dominio eficaz sobre la zona de la entrada al Mar Rojo.

Tras ocupar el imperio mameluco, los otomanos no avanzaron de inmediato hacia el Índico: fue en 1526 cuando su estrategia oriental comenzó a tomar forma. Una primera armada importante partió de Egipto y en la India corrieron rumores de que era inminente un ataque turco, por lo que las fortalezas portuguesas hicieron los preparativos necesarios. A pesar de que el poderío otomano aún no era lo suficientemente fuerte como para poner en peligro las posesiones del Estado de

[61] Cf. J. de Barros, *Ásia*, III, ix, 2.

la India, la amenaza turca mantenía a los gobernantes portugueses en estado de alerta. Sin embargo, durante el mismo año, los otomanos decidieron no adentrarse aún en el mar, consolidando antes su autoridad en las orillas del Mar Rojo, levantando una fortaleza en la isla de Comorán y convirtiéndola en su puesto de avanzada.

En 1527, los otomanos atacaron Adén, pero la ciudad se resistió, tras lo cual, durante los años siguientes, las poblaciones del litoral del nordeste africano y de la Arabia meridional estuvieron sistemáticamente bajo el fuego cruzado de los turcos y los portugueses, puesto que tanto unos como otros intentaban controlarlas e impedir que éstas ofrecieran su apoyo al enemigo. En términos generales, dichas poblaciones mantuvieron una cierta independencia, agradando a unos y a otros conforme aparecían en sus costas navíos turcos o portugueses. En este contexto cabe enmarcar, por ejemplo, el pago de parias por parte de Adén a la escuadra de Héctor da Silveira, en 1530, en un momento en el cual la ciudad se encontraba nuevamente sujeta a fuertes presiones ejercidas por los turcos.

Mientras tanto, en 1528, el Estado de la India había procurado responder al avance otomano en el Mar Rojo, enviando hasta allí una armada con veinte velas y cerca de 1.000 hombres, que debía atacar la fortaleza de Comorán, sin embargo, la expedición fracasó y la posición de los musulmanes resultó reforzada.

La estrategia oficial portuguesa en esta área se vio perjudicada por la aparición en la región de los «alzados». Ciertamente, las tripulaciones que se amotinaban y optaban por una vida azarosa, transformándose en piratas, asaltaban habitualmente a su presa en puntos clave de las rutas oceánicas, fundamentalmente las Maldivas y el Estrecho. Aquí atacaban no sólo a los navíos mercantes, sino también a las poblaciones costeras [62], lo que condujo a algunos jefes locales a alinearse definitivamente con los turcos.

En 1538, los otomanos aumentaron las presiones sobre el Índico con la conquista de Adén. García de Noronha, que ya se había distinguido por su retraso en la preparación de la flota que estaba destinada a prestar ayuda a la población de Diu durante el primer gran cerco, optó por preparar la defensa frente al enemigo en la India. Sin embargo, su sucesor, Esteban da Gama, prefirió ir a enfrentar al adversario

[62] Véase, por ejemplo, J. de Barros, *Ásia*, IV, viii, 15.

y organizó una gran armada para atacar el Mar Rojo. En 1541, penetró sin resistencia en el interior de aquel mar, siendo aquélla la única ocasión en que los navíos portugueses llegaron a Suez, pero al igual que en otras circunstancias, este ataque no tuvo resultados prácticos significativos.

A pesar de los avances y retrocesos, era la posición de los otomanos la que ganaba una solidez cada vez mayor y los años 1546-1548 resultaron ser decisivos. En 1546, tras una campaña victoriosa contra los persas en Mesopotamia, conquistaron la ciudad de Basora, logrando el acceso al Índico también por el Golfo Pérsico y dos años más tarde, consiguieron evitar que los portugueses se adueñasen de Adén.

Los años que siguieron a 1546: la lucha extendida al Golfo Pérsico

La toma de Basora por los turcos constituyó un revés importante para los intereses del Estado de la India. Consciente de esa situación, Luis Falcão, capitán de Ormuz, había pedido refuerzos a Goa para apoyar al rey de Basora contra el invasor, pero la propia India se encontraba entonces duramente asediada y por tanto era incapaz de atender de inmediato a tal pedido.

La llegada de los otomanos al Golfo Pérsico representó, naturalmente, un agravamiento de la posición estratégica portuguesa, pero, paradójicamente, no perjudicó de forma significativa el comercio de Ormuz. En el verano de 1547, el gobernador turco de Basora solicitó al capitán de Ormuz que los portugueses reabriesen su factoría en la ciudad. «La razón principal de esta petición consistía en que no habrían de ir a esta ciudad (Basora) mientras no existiese allí un administrador portugués» [63]. Se daba, así, el caso rarísimo en que Portugal mantenía un agente comercial en territorio subordinado al sultán de Estambul. Cabe señalar que el carácter específico del Golfo Pérsico [64] daría lugar, asimismo, a que los portugueses llegasen a fundar una iglesia en aquella

[63] En R. Gulbenkian, «Relações político-religiosas entre os Portugueses e os Mandeos da Baixa Mesopotâmia e do Kuzistão na primeira metade do século XVII», en *Anais da Academia Portuguesa de História*, Lisboa, IIª serie, vol. 32, tomo II, 1989, pp. 231-328, 237.

[64] Cf. capítulo III, apartado 1.

ciudad en 1625 [65], lo que suponemos se trata de un caso único en las relaciones entre el imperio luso y el otomano.

El sostenimiento de relaciones comerciales no impidió, sin embargo, que el Estado de la India procurase desalojar al enemigo de Basora, aliándose, para ello, con los persas y el antiguo rey de Basora, pero la fragilidad de las alianzas comprometió los intentos de 1551, 1556 y 1561 —el miedo a ser traicionados por los musulmanes (tan sólo aliados transitorios) llevaría a los capitanes a renunciar.

Mientras tanto, en 1548, surgía en Adén la última gran oportunidad para que los portugueses lograran disminuir la presión turca. Aunque profesaban la misma religión que los ocupantes de su ciudad, los árabes de Adén no soportaban vivir bajo el yugo otomano. En 1547, consiguieron expulsar a la guarnición turca y de inmediato, pidieron auxilio a la otra gran potencia de la región, los portugueses, ofreciéndoles la ciudad a cambio de protección. El pedido fue acogido por la armada del Estrecho, que vigilaba las proximidades de Ormuz y posteriormente, fue enviado un destacamento para proteger la ciudad, mientras se informaba de lo sucedido a Juan de Castro. El gobernador se apresuró a enviar una armada de 25 navíos, bajo el mando de su hijo, Álvaro de Castro, que dejó Goa en 1548.

Sin embargo, la guarnición desembarcada en Adén fue incapaz de soportar la contraofensiva de los turcos y abandonó la ciudad, por lo que don Álvaro no tuvo posibilidades de lanzar un ataque. No pudiendo aprovechar esta situación, los portugueses tuvieron que enfrentar, definitivamente, dos frentes de ataque otomanos.

En 1550, la presión turca sobre el Golfo Pérsico aumentó con la conquista de Catifa (Khatif), ya en las inmediaciones de Bahrein (Bahrain), pero ante tal amenaza, portugueses y persas se entendieron por vez primera y los expulsaron de la ciudad al año siguiente.

En 1552 y 1553, Ormuz sufrió dos peligrosos asedios por parte de las armadas procedentes del Mar Rojo, y Mascate cayó momentáneamente en manos del enemigo. En los años posteriores la situación no se alteró significativamente, puesto que ni los portugueses consiguieron desalojar a los turcos de Basora ni éstos lograron ocupar otras posiciones importantes en el golfo.

[65] Cf. R. Gulbenkian, *op. cit.*, pp. 260-261.

De esta manera, cabe señalar que el segundo cuarto del siglo XVI estuvo marcado por un gradual fortalecimiento de la presencia turca en la región, lo que representó un debilitamiento de la hegemonía portuguesa, aunque el Estado de la India conservase sus posiciones fundamentales y la aduana de Ormuz continuase garantizando provechosos beneficios para las finanzas del Estado.

Capítulo V

LA ESTRUCTURA DEL ESTADO DE LA INDIA

Hacia mediados del siglo XVI se había consolidado la organización interna del Estado Portugués de la India. Tras el período formativo, que transcurrió *grosso modo* durante el reino de don Manuel, el proceso se estabiliza definitivamente tras las tres primeras décadas de gobierno de don Juan. En las siguientes décadas se llevarían a cabo una serie de actuaciones puntuales, pero en sus líneas generales, el sistema seguiría funcionando de la misma forma.

Como veremos más adelante, la segunda mitad del siglo XVI constituyó un período bastante dinámico, si bien presenta características diferentes de las cinco décadas que hemos estado analizando anteriormente. Se desarrollan nuevos modelos de penetración en regiones aún no controladas por el Estado de la India y, aún así, las instituciones oficiales no sufrieron modificaciones sustanciales en su manera de funcionar.

Por ello, resulta interesante analizar más detalladamente las estructuras en que se asentaba el Estado de la India antes de proseguir con el análisis de su evolución en el tiempo. A pesar de que ya hemos hecho mención en diferentes fragmentos de algunos de sus aspectos, considero que en este caso resulta conveniente presentar de forma sistemática la organización de la India portuguesa. Se trata de un área de la investigación histórica —al igual que ocurre con muchas otras— en la que aún existen lagunas importantes, razón por la cual, la síntesis que intentaré llevar a cabo no puede ser otra cosa sino un esbozo provisional.

Al iniciar el estudio de las principales estructuras que configuraron la organización económica, política y militar del Estado de la India, cabe afirmar, en términos generales, que salvo en el caso de la justicia,

no había cuadros de mando especializados, lo que impedía el aprovechamiento correcto tanto de las potencialidades económicas del mundo oriental como de la superioridad tecnológica de la cual disfrutaban las fuerzas militares portuguesas. En efecto, el mismo individuo podía servir de forma simultánea o sucesiva en cargos tan diferentes como el de alcalde mayor, una función militar, y la de administrador, una función comercial. Esta aparente versatilidad escondía, en realidad, la incapacidad de construir una máquina administrativa eficaz y un ejército disciplinado. De esta manera, analizando por ejemplo el *Orçamento do Estado da Índia* de 1574, verificamos que en Mozambique y Sofala, el alcalde mayor también era el administrador. En otros casos, fundamentalmente en fortalezas de menor importancia estratégica y comercial tales como Coulán, Cranganor o Cananor, era el propio capitán, el cargo máximo en una fortaleza, quien ejercía al mismo tiempo el cargo de administrador. En el caso de Cananor, el capitán también desempeñaba el oficio de almojarife.

Al contrario de lo que sucedió en las regiones que dominaban áreas territoriales, ya fuesen pequeños espacios como las islas atlánticas o un vasto territorio como el del Brasil, en Oriente no existían los cargos hereditarios ni vitalicios y habitualmente, las nominaciones tenían un carácter trienal. De esta manera, al tiempo que no se promovía la especialización de individuos en diferentes cargos imprescindibles para el funcionamiento del Estado de la India, tampoco se fomentaba la especialización en una determinada área geográfica, ya que un individuo que estaba sirviendo a la Corona en Ormuz, podía ser enviado a continuación para ocupar cualquier otro cargo desde las Molucas a Sofala.

A esta deficiencia estructural se le unía otra no menos negativa: los cargos, en vez de ser remunerados, eran entregados como premio, teniendo en cuenta los *proes e precalços* (ventajas y ganancias eventuales) que proporcionaban, lo cual era una invitación a la corrupción.

A partir de mediados del siglo, comienza a desarrollarse otro factor nocivo. Los cargos eran concedidos por el monarca cuando quedaba alguna vacante, es decir, la persona nombrada sólo entraría en funciones cuando el resto de las otras que estaban antes que él —que solían ser muchas, sobre todo a finales de siglo— hubiesen cumplido ya sus trienios. De esta manera, la Corona aumentaba el número de agraciados sin que esto se correspondiese con un crecimiento de los puestos disponibles. En algunos casos los titulares de un nombramiento eran au-

torizados a venderlo a otras personas, en otros, cuando el nominado demoraba mucho en asumir el cargo —y mientras tanto envejecía— procuraba transmitir la nominación a un pariente allegado. Incluso en ocasiones, este tipo de recompensas eran otorgadas como dote a huérfanas o viudas y aquel individuo que contrajera matrimonio con ellas ejercería la función en cuestión.

Estos condicionamientos hacían que en muchos casos, personas totalmente ineptas y sin preparación alguna para los cargos en cuestión, estuviesen en disposición de asumirlos. Su mayor preocupación prácticamente consistía en enriquecerse en la mayor medida posible. Téngase en cuenta que el hecho de que los individuos tuviesen que servir a la Corona mientras esperaban años y años para ocupar un puesto, contribuía sobremanera a que una vez asumidos dichos cargos, ejercieran su poder de forma muy abusiva.

La organización político-administrativa

En 1501, con el asentamiento de los primeros portugueses en Malabar, se inicia el largo proceso de permanencia política portuguesa en tierras orientales, del cual Macao constituye actualmente el último vestigio. En efecto, la creación de la pequeña factoría de Cochín constituyó el punto de partida para su afirmación en el territorio y asimismo, para la creación de estructuras que dieron origen a lo que más tarde, a partir de mediados del siglo XVI, se denominó el *Estado de la India*.

Los modelos

La expedición de Pedro Alvares Cabral, que en 1501 estableció la primera factoría en Cochín marcó, como ya hemos tenido ocasión de ver, el momento en que la Corona cayó en la cuenta de la imposibilidad de penetrar en el sistema mercantil del Índico por vías absolutamente pacíficas. Por un lado, se percató de la inexistencia de comunidades cristianas con el peso suficiente como para servirles de apoyo en la enorme tarea de desalojar a los musulmanes; por otro, comprendió que estaba ante un mundo en donde no podía competir en pie de igualdad con las gentes del Islam, toda vez que Portugal no poseía, en cantidades su-

ficientes, aquellas mercancías que servían como moneda de cambio para la adquisición de las especias.

Acostumbrados a comerciar con las poblaciones negras de la costa occidental africana —gentes cuyo estadio de civilización resultaba muy diferente del que poseían los pueblos que ahora encontraban en Oriente—, los portugueses se dieron cuenta de que el sistema de intercambios desarrollado en el Atlántico no podría funcionar en el Índico. La enorme riqueza y variedad de los productos intercambiados en Calicut, Ormuz, Malaca y otros grandes centros comerciales, no resistían la comparación con los que circulaban por el Atlántico. El cobre, las cuentas de vidrio y las pulseras de latón, las escasas cantidades de oro procedente de Mina y otros pocos productos no resultaban suficientes como para servir de moneda de cambio para adquirir los productos que deseaban, fundamentalmente, la pimienta y el jengibre de Malabar, la canela de Ceilán, el clavo, la nuez moscada y su pulpa de las Molucas, la seda y la porcelana de China y las diversas piedras preciosas procedentes de Ceilán y del golfo de Bengala.

El reencuentro con los mahometanos, trasladando a Oriente un conflicto que se remontaba en su esencia a la época de la Reconquista, condujo a la reproducción del modelo de la organización de la expansión en el Norte de África, caracterizado por la existencia —a lo largo de la costa— de plazas fuertes en permanente estado de guerra, en donde la nobleza, debido a sus características, asumió un papel de excepcional importancia.

De esta manera, al contrario de lo que sucedió en la costa occidental africana en donde habían podido comerciar libremente, al tomar la decisión de quedarse en el Índico, los portugueses tuvieron que proteger su organización mercantil mediante una poderosa máquina militar. En esta parte del mundo, se asistió a la asociación del modelo económico y comercial utilizado en el litoral de África occidental con el modelo político-militar e ideológico que correspondía a la presencia lusa en Marruecos [1]. Al identificarse el primero con las perspectivas iniciales y el segundo con las adaptaciones que la Corona se vio forzada a in-

[1] Cf. L. F. Thomaz, «Estrutura politica e administrativa do Estado da Índia no século XVI», en *Actas do II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 515-540, p. 519.

troducir, se comprende fácilmente que se comenzara por fundar en la India organismos dedicados a la actividad mercantil, seguidos muy de cerca por las instituciones dedicadas a la acción militar. El Estado Portugués de la India surgió como entidad política en 1505 con el nombramiento del primer representante permanente del rey, el virrey Francisco de Almeida. No obstante, se trataba de un estado que aún no tenía un verdadero soporte territorial y que prácticamente, su razón de ser se asentaba en la presencia de una armada para defender las factorías fortificadas de Cochín y de Cananor e intentar controlar los mares.

Existían dos intereses capitales que se hallaban en juego: la neutralización de la ruta de la pimienta del Mar Rojo y el dominio del comercio triangular que se realizaba entre Cambaya, Malabar y la costa oriental africana. De ésta provenía el oro indispensable para la adquisición de especias en Malabar y a su vez, los tejidos necesarios para la obtención del oro llegaban de Cambaya. El deseo de dominar el cuadrilátero estratégico definido por estos cuatro polos (Gujarat, Malabar, boca del Estrecho y costa Suahill) condujo a que la presencia portuguesa adquiriese rápidamente un aspecto beligerante. Tras la victoria decisiva obtenida en Diu en 1509, Alfonso de Albuquerque continuó la profundización y la expansión de la presencia portuguesa.

A decir verdad, el Terrible, al pretender apropiarse de los principales centros comerciales del Índico mediante el procedimiento de convertirlos en bases de apoyo de las redes comerciales del Estado de la India, multiplicó las posiciones en tierra firme, consolidando la presencia portuguesa y extendiéndola al Golfo Pérsico y a Insulindia.

Aun así, no todos los establecimientos portugueses fueron adquiridos por medio de la conquista pura y simple como ocurrió en Goa y Malaca: en el caso de Ormuz, por ejemplo, Albuquerque optó por volver a colocar en el gobierno al rey vencido y de esta manera, la plaza obtuvo un estatuto semejante al de los modernos estados coloniales [2].

En otros lugares, tales como las tierras de Salcete, Bardez y las de Bazaim, la plena soberanía se ejerció en virtud de tratados acordados

[2] Acerca de las diferentes formas en que los portugueses consiguieron establecerse. Cf. idem, *ibidem*, pp. 527-533.

con sus anteriores señores, quienes cedieron los territorios al Estado de la India.

En Ternate y Ceilán se daban situaciones menos comunes, puesto que los reyes locales —que se habían convertido al cristianismo— cedieron sus dominios a los portugueses mediante testamento. Poco después, en Timor, sería la propia población quien se sometería voluntariamente al rey de Portugal, impulsada por la acción de algunos jefes locales que se habían convertido a la religión cristiana.

Otras fortalezas, como Cochín, Cananor, Cranganor, Coulán y Chaul, en la India, o Mozambique y Sofala en la costa oriental africana, fueron obtenidas mediante sistemas contractuales, si bien no siempre de forma pacífica, permaneciendo enclavadas en zonas en las que la Corona no ejercía soberanía alguna. Legalmente, dicha soberanía se limitaba al interior de la propia fortaleza. No obstante, el espacio de maniobra de los funcionarios reales variaba enormemente, en consonancia con la forma en que habían sido obtenidos los territorios, el estado puntual de las relaciones entre los portugueses y los reyes locales, el poderío militar de los territorios vecinos, etc.

De esta manera, cabe comprobar que la expresión *Estado de la India*

> ...no designa un espacio bien definido, sino el conjunto de territorios, bienes, personas e intereses administrados o tutelados por la corona portuguesa en el océano Índico y los mares adyacentes o los territorios costeros desde el Cabo de Buena Esperanza al Japón [3].

Por esta misma razón, se trata de

> ...una red y no de un espacio, no interesa la producción de bienes sino su circulación; no se preocupa tanto de los individuos como de las relaciones entre dichos individuos y por ello aspira más al control de los mares que a la dominación del territorio (...). La territorialidad es un fin instrumental, es decir, un fin ordenado con respecto a otro fin que es considerado superior en la jerarquía de los objetivos [4].

[3] Idem, *ibidem*, p. 515.
[4] Idem, *ibidem*, pp. 517 y 520.

De esta manera, el conjunto tiene un ordenamiento lógico integrado en función de las rutas del comercio marítimo, de ahí también su carácter predominantemente urbano, que raramente se extiende hacia los espacios rurales adyacentes.

Los organismos del Estado de la India

Habiendo esbozado en trazos generales algunos de los condicionantes del proceso de la formación del Estado de la India y los diferentes modelos en que se inspiró su estructuración, veamos ahora cuáles eran los organismos creados para proceder a la gestión habitual de sus intereses. Como señalamos anteriormente, los primeros funcionarios que desembarcaron en Malabar fueron los administradores. Su tarea consistía en supervisar el aprovisionamiento de la factoría con mercancías destinadas a ser transportadas hacia el Reino de Portugal y, a su vez, proceder a la venta de los productos que traían las naves desde Europa. Más tarde, con la extensión de la presencia lusa, su función alcanzó una nueva dimensión, ya que en cada plaza debían obtener las mercancías que resultaban necesarias para efectuar los negocios regionales dirigidos por la Corona. Parece ser que, en un principio, también les competía el aprovisionamiento de los navíos —ya fueran aquéllos pertenecientes a las armadas estacionadas en el Índico o los que hacían el camino de la India— tanto en lo que respecta a vituallas, armas y municiones, como a aparejos náuticos.

El nombramiento de Francisco de Almeida como primer virrey de la India y la creación de otros cargos que dieron cohesión orgánica al Estado, como hemos citado anteriormente, marcaron su aparición como entidad política. Aún así, algunos de los cargos que a partir de 1505 se integran en esta estructura, ya existían en la India. Este es, por ejemplo, el caso del cargo de capitán mayor del mar, ocupado por vez primera en 1502 por Vicente Sodré, que debía haberse quedado para defender la factoría de Cochín de los ataques perpetrados por Samorín. En 1503-1504, le sucedió en el cargo Duarte Pacheco Pereira y en 1504-1505, Manuel Teles de Vasconcelos, asumiendo el mando de las fuerzas portuguesas estacionadas en el Índico después de la partida de las naves lusas con dirección a Lisboa. El cargo de capitán mayor del mar y el de administrador constituyen, hasta la llegada del primer virrey,

los dos puestos más importantes de la estructura militar y comercial portuguesa en tierras orientales.

Alrededor del virrey o gobernador se fue desarrollando una pequeña corte que, con el correr de los años, tendió a aumentar en número. Estaba conformada por un secretario (elemento de su confianza que despachaba con él sobre todos aquellos asuntos relacionados con la administración ordinaria y que acumulaba bastante poder en sus manos), un capellán, un médico, un alferez de la bandera real, su cuerpo de guardia —conformado habitualmente por alabarderos traídos del Reino, bajo las órdenes de un capitán— y, finalmente, un séquito de diversos funcionarios tales como el cirujano mayor, el boticario o el alguacil de la Corte, que lo acompañaban habitualmente en sus traslados.

El resto de los organismos de la administración central se fueron desarrollando a medida que el Estado de la India adquiría una mayor dimensión. La Administración de Hacienda (creada en 1517) y el Erario Público tenían a su cargo la gestión y la fiscalización financiera. Asimismo, se creó un Tribunal de Segunda Instancia con competencias en todo el estado y el Centro de Reclutamiento, que se ocupaba el enrolamiento de los soldados y el control del pago de los sueldos y la gestión de los alimentos. Inicialmente todos estos organismos tuvieron sus sedes en Cochín. Hubo que esperar a 1530 —con Nuño de Acuña— para que se llevara a cabo la transferencia de los principales órganos político-administrativos del estado a Goa, convirtiéndose esta ciudad en su capital de forma definitiva.

Con la fundación de las fortalezas se crearon las Capitanías. El mando de las fortificaciones pertenecía a un capitán a semejanza de lo que ocurría en las plazas norteafricanas, en Arguín y Mina. Éste estaba secundado por un alcalde mayor que tenía funciones más acotadas, relacionadas fundamentalmente con las tareas de organización militar y el control policial de la propia fortaleza. El capitán se ocupaba simultáneamente de la gestión del poder civil y militar, si bien desde fecha muy temprana su función jurisdiccional estuvo, en la mayor parte de las plazas, en manos de los magistrados. En un principio también las funciones fiscales y financieras le eran ajenas y se confiaban a los funcionarios de hacienda y a los administradores. A menudo —en plazas pequeñas— el capitán acumulaba sus propias funciones y las de administrador.

A pesar del desarrollo de la administración central con sede en Goa y la consecuente ramificación de su órganos, la estructura de las capitanías se mantuvo inalterada en el transcurso de todo el siglo XVI. Procederemos a analizarla cuando nos refiramos a la organización militar.

Si en el sistema de las capitanías y factorías reina una gran uniformidad desde el litoral africano a las Molucas, no cabe decir lo mismo acerca de los sistemas de ordenamiento de las comunidades directamente sometidas a la autoridad de la corona portuguesa. Efectivamente,

> ...en contraste con la monotonía de la organización interna de las capitanías, las estructuras de ordenamiento, administración del territorio y de la población activa varían de forma considerable. Se diría que el Estado no fue concebido ni para tener territorio ni población y que, cuando debido a la fuerza de las circunstancias los tenía, prefería mantener, con leves retoques, el ordenamiento preexistente antes que emprender un reordenamiento que no estaba en su vocación primera [5].

De esta manera, las instituciones administrativas diferían muy mucho según las diferentes localizaciones geográficas.

En Goa se mantuvieron en vigor las gãocarias o comunidades de aldeas, en donde un *tanadar* (funcionario que procedía del régimen anterior) se encargaba de cobrar los impuestos sobre las tierras que debían pagar dichas comunidades. Aparentemente, la administración portuguesa les quitó sus prerrogativas anteriores, eximiéndoles del cumplimiento de sus funciones judiciales, lo que quizás sirvió para reforzar la autonomía de las comunidades. La distribución del espacio en el que se asentaban las gãocarias iban a servir de base, posteriormente, a la estructura parroquial a medida que el cristianismo fue ganando adeptos.

Por su parte, en las territorios de Damán y Bazaim se adoptó el sistema de los *prazos*, que resultaba de la combinación de instituciones locales de carácter semifeudal con el derecho portugués.

En Bazaim se mantuvo, en una primera fase, la institución de los antiguos concesionarios musulmanes —los *igtadares* [6]; pero éstos fueron

[5] Idem, *ibidem*, p. 534.

[6] Idem, *ibidem*, p. 537.

Véase también los «regimentos das fortalezas de Baçaim e Damão» en P.S.S. Pissurlencar (estudio y notas de), *Regimentos das Fortalezas da Índia*, Goa, 1951.

sustituidos, gradualmente, por los portugueses y los brahmanes de Goa. En una tercera fase, que coincide *grosso modo* con el segundo cerco de Diu, se procedió a la sustitución generalizada de los concesionarios, cuyo puesto fue ocupado por hidalgos que se habían distinguido en el combate.

Se trataba de un sistema mediante el cual la Corona vinculaba a los hombres a las tierras, ya que, de la misma manera que ocurría con los *igtadares*, los nuevos concesionarios estaban obligados a criar caballos con el propósito de que sirvieran en la guerra. La donación de una aldea y las tierras circundantes se realizaba, en toda regla, por el plazo de tres vidas, en régimen de enfiteusis o emplazamiento.

> Una vez asimilados, desde los *casados* de las plazas restantes a los *fronteiros* de las plazas del norte de África (los concesionarios) constituían una tropa de segunda línea especialmente encargada de la defensa de las fortalezas en caso de ataque —razón por la cual estaba obligados a residir *intramuros*. Aún así, se les concedía tres meses por año para que se trasladasen a las aldeas con el propósito de cultivar y hacer productivas sus respectivas tierras [7].

En lo que respecta a la organización judicial y a la aplicación del derecho, se permitió tanto a los indúes como a los musulmanes que conservaran sus sistemas legales y sus magistrados. En Malaca, principalmente, éstos también cumplían funciones administrativas y militares, pudiendo estar al frente de las fuerzas que alcanzaran a reunir entre sus subordinados con el propósito de defender la plaza.

Los que se convertían al cristianismo pasaban a estar bajo la jurisdicción de las autoridades de la Corona y estaban sujetos a las normas del derecho portugués.

La estructura judicial de las fortalezas del Estado de la India era coordinada desde Goa por los siguientes funcionarios: Auditor General de la India, Canciller Mayor y cinco magistrados de la Casa de los Tribunales de Segunda Instancia —Auditor, Canciller, Juez de Autos, Proveedor Mayor de Difuntos y Procurador de Autos de Su Alteza. Ade-

[7] M. Justo Guedes, «A carreira da Índia-evolução do seu roteiro» (comunicación presentada en el IV Seminário Internacional de Historia Indo-Portuguesa, en *Navigator*, n.º 20, s/e, s/l, p. 4.

más de estos cinco funcionarios permanentes, había normalmente dos «extraordinarios», que no tenían asignada ninguna función específica.

La organización comercial

Los sueños de conquista y de expansión de la cristiandad —inscritos, en un principio, en el viejo ideal de la Cruzada— constituirán, sin duda alguna, un elemento fundamental en la panoplia de motivaciones que llevaron a los portugueses a establecerse en el Índico. Como ya hemos visto anteriormente, en la segunda mitad del siglo se abandonaron los proyectos de Cruzada, pero el Estado no dejó de considerarse responsable de la expansión de la Fe, sino que pasó a cumplir esta misión a través del apoyo financiero a la actividad de los misioneros. Sea como fuere, estos objetivos político-religiosos, así como todos los demás que se propuso la Corona —en muchas ocasiones menos idealistas—, siempre dependieron económicamente del éxito de las actividades mercantiles: primero de la creación de una ruta alternativa para canalizar el flujo de especias en dirección a Europa y después, de la penetración en las redes del propio comercio asiático.

Como señalamos anteriormente, la expansión del Estado Portugués de la India en dirección a diversas regiones de Oriente se llevó a cabo mediante la apropiación de puertos dispersos a lo largo de las costas, pero unidos entre sí por medio de las redes del tráfico marítimo. En consecuencia, se trató de una expansión fuertemente condicionada por una serie de objetivos de carácter económico.

De esta manera, el Estado de la India funcionó como una gran empresa comercial, marcada por los vicios y defectos típicos de los grandes organismos públicos.

La «Línea de la India»

Con la llegada al Reino de la armada de Vasco da Gama, que unió por vez primera los puertos de Lisboa y Malabar a través de la ruta del Cabo, quedaba dibujado a grandes rasgos el derrotero de la «línea de

la India». Esta definición es confirmada, como observa Max Justo Guedes, por las instrucciones dadas por Gama a Cabral:

> ...después de que, en buena hora, partáis de Lisboa, haréis vuestro camino directamente hasta la isla de Santiago y si cuando arribáseis allí tuviéseis bastante agua como para cuatro meses, no debéis descansar en dicha isla ni demoraros de ninguna manera; sólo cuando el clima sea propicio haréis el camino hacia el sur y si hubiéseis de girar con rapidez, que sea sobre la banda del sudoeste y aunque el viento fuera escaso, debéis tomar la vuelta del cabo de Buena Esperanza en dirección al este [8].

Como cabe entrever en el presente texto, los verdaderos problemas comenzaban apenas se rebasaban las islas de Cabo Verde. En efecto, después que dichas islas hubiesen quedado atrás, los marineros tenían que atravesar la región de la calma ecuatorial. Allí, un mal cálculo de la longitud podía significar el final del viaje, ya que los navíos podían ser empujados tanto hacia el golfo de Guinea como hacia la costa brasileña, al norte del cabo de San Agostinho, lo cual les impediría continuar en dirección hacia el sur.

Mientras tanto, para que el viento alísio del sudeste se interpusiese entre la flota y el cabo de Buena Esperanza, los pilotos tenían que rodearlo bolineando siempre al máximo, de forma que pudieran alcanzar más fácilmente el extremo sur del continente africano. En este trecho resultaba vital que los navegantes escapasen a la acción de dos corrientes, la que fluye del oeste y la de las Agujas.

A semejanza de lo que sucediera en la ruta atlántica, también la del índico quedó prácticamente definida tras los viajes de Gama y Cabral, comenzando los navegantes portugueses a aprovechar el monzón del sudoeste para llegar a las barras de Malabar en la mejor época del año.

Este monzón, que tiene su origen en marzo en la costa oriental africana, se extiende lentamente en dirección al este, llegando a alcanzar su mayor amplitud y fuerza en junio. Sus efectos comienzan a hacerse sentir en la costa occidental de la India en mayo-junio, y en julio tiene

[8] Cf. idem, *ibidem*, p. 5.

lugar un período de fuertes lluvias y vientos que, encrespando el mar, provocan el cierre de las barras en toda la costa.

Sólo en agosto, cuando se calman los vientos y amainan las lluvias, las barras se abren de nuevo a la navegación, menteniéndose todavía el monzón al sudoeste hasta setiembre, tras lo cual vienen nuevas lluvias, que marcan el final del monzón y el comienzo de los aguaceros que proceden del nordeste.

Con respecto a esto último, Max Justo Guedes comenta que

> ...el cierre de las barras de la India en junio y julio delimitaba claramente las dos etapas del monzón del sudoeste: el pequeño monzón entre marzo y mayo, abriendo las barras a mediados de abril y el gran monzón, desde agosto hasta los cambios de octubre [9].

No obstante, el pequeño monzón sólo fue utilizado por los navegantes en casos muy excepcionales, dado los riesgos que comportaba. Por esta razón, habitualmente se aprovechaba el monzón grande.

Una vez establecidos los meses de marzo y abril como los preferentes para partir desde Lisboa [10], se intentaba doblar el Cabo de Buena Esperanza en julio, de manera que pudiera aprovecharse el monzón favorable que condujese los barcos lo más rápidamente posible a Malabar.

Con el descubrimiento de la isla de Madagascar en 1506, por la armada que partió en 1505 pero que alcanzó a atracar allí en febrero de 1506, surgió una alternativa: hacer la ruta por el mar abierto —como parece que ya hiciera Diego Piteira en 1504— en vez de surcar el mar entre las costas de la isla y las del continente africano. En general, el trayecto adoptado fue el del «viaje por la parte de adentro», exceptuando los casos en que, llegando demasiado tarde al Índico (después del 15 ó 20 de julio) se optaba por navegar por fuera, con el propósito

[9] Idem, *ibidem*, p. 23.

[10] Vitorino Magalhães Godinho afirma que «de 918 partidas, desde 1500 a 1635, el 87% se produjeron en el transcurso de estos dos meses. En lo que respecta al 13% restante, la mayor parte tenía por destino puertos del Índico, pero no de la India (...), se trataba de pequeños veleros que se ocupaban de las comunicaciones urgentes o bien transportaban refuerzos militares». Ver *Os Descobrimentos e a economia mundial*, 4 vols., Lisboa, 1982-1983, vol. 3, p. 43.

de evitar tener que pasar el invierno en Mozambique [11]. Habría que esperar hasta mediados del siglo XVI para que comenzara a alterarse la idea de que la navegación interior resultaba más ventajosa.

Al regreso, las naves salían de Cochín en diciembre y enero —sobre todo en este último mes— por cuestiones relacionadas con la carga. La salida tardía, es decir, después del 20 de enero, causaba grandes inconvenientes, en la medida en que la armada tenía que pasar por la parte exterior de la isla de San Lorenzo sin poder repostar en África, lo que podría resultar fatal en el Atlántico, sobre todo si no se conseguía atracar en la isla de Santa Elena [12].

Una vez rebasada esta isla del Atlántico sur, los navíos ponían proa en dirección nor-noroeste. Ya en el hemisferio norte, utilizando la «vuelta larga», que consistía en internarse más en el Atlántico de manera que se aprovechaban los vientos y corrientes favorables que los empujaran en dirección al archipiélago de las Azores, atracaban en la isla Terceira, que, según Gaspar Fructuoso, se convirtió en «escala universal del mar de poniente» [13].

Esta isla, gracias a su localización geográfica, se transformó en un corto espacio de tiempo en un punto de confluencia de diversas rutas marítimas comerciales. Allí atracaban en busca de provisiones o de auxilio tanto navíos procedentes de la costa de África como los de la Línea de la India, de América española y del Brasil.

Las aguas situadas entre las Azores y la costa de Portugal, si bien no suponían ningún problema de navegación, se convirtieron, desde muy pronto, en uno de los trayectos más peligrosos de toda la travesía debido al saqueo de los piratas y corsarios de las naciones del norte, que se instalaban allí esperando el paso de las naves cargadas de especias y drogas orientales o bien, de productos procedentes de América.

Como resultado de la presión impuesta por aquéllos, las autoridades portuguesas comprendieron desde muy pronto la necesidad de crear

[11] Acerca de los diferentes aspectos relacionados con el papel de la isla de Mozambique como puerto de escala de la Línea de la India, véase C. Boxer, «Moçambique island and the 'Carreira da Índia'», en *Studia*, n.º 8, Lisboa, 1961, pp. 95-132.

[12] En el siglo XVII, la presión de los rivales ingleses y holandeses hizo que muchas naves de línea partiesen a principios del monzón siguiente, hecho que habría de causar muchos desastres o, por lo menos, que muchos navíos pasasen el invierno en alguna escala del Índico.

[13] G. Fructuoso, *Saudades da Terra*, Ponta Delgada, 1963, Libro VI, p. 13.

estructuras que permitieran la defensa de sus naves de línea y procediesen a aprovisionarlas. De esta manera, como cuenta Arturo Teodoro de Matos, parece haber sido alrededor de 1527, «según se deduce de una carta escrita en 1547 por Pedro Anes do Canto al rey» cuando fue creado el cargo de Proveedor de las Armadas en la Isla Terceira, a quien «competía tomar las medidas necesarias para proceder a la defensa y reabastecimiento de las embarcaciones procedentes de la India, Mina, Guinea e incluso, aquellas procedentes de otros lugares que llegaran a las Azores» [14].

Asimismo, dicho funcionario tenía a su cargo el abastecimiento de las armadas enviadas por el Reino para esperar a los navíos de Mina y de la India así como de las pequeñas escuadras organizadas en las Indias para fiscalizar los mares adyacentes y actuar en apoyo de las armadas.

Este sistema funcionó satisfactoriamente hasta aproximadamente la década de 1580, cuando se comenzó a dejar de lado. Según Vitorino Magalhães Godinho, «al entrar en vigor el tema de los contratos, el Estado, habiendo dejado de correr riesgos, «se 'olvidaba' de enviar las armadas» [15]. Asimismo hay que señalar un cambio sustancial que se produjo en aquel entonces: la sustitución de los corsarios aislados, que dio lugar a la aparición de verdaderas escuadras de los países que entonces se habían convertido en rivales —Francia, Inglaterra y Holanda—, así como la entrada en escena de los corsarios berberiscos, facilitada por la retirada de Arzila [16].

[14] A. T. de Matos, «A Provedoria das Armadas da Ilha Terceira e a Carreira da Índia no século XVI», en *Actas do II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 65-72, pp. 65-66.

Como señalamos anteriormente, fue a partir de 1519 cuando comenzaron a partir del Reino escuadras cuyo destino eran las Azores, con la misión de escoltar hasta Portugal a los navíos procedentes de la India (cf. cap. IV, apartado 1). Es natural que la creación de la Proveduría haya sido posterior, habiendo sido el resultado de la necesidad de repetir esta clase de acciones un año tras otro.

[15] V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. 3, p. 48.

[16] A pesar de que la ruta de la línea no sufrió modificaciones significativas durante este período, a lo largo del siglo XVI se sucedieron los proyectos encaminados a mejorar las condiciones de la navegación. Sobre este particular véase el estudio de M. E. Madeira Santos, «O caracter experimental da Carreira da Índia —um plano de João Pereira Dantas, com fortificação na África do Sul (1556)», en *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. 24, 1969, separata del Centro de Estudios de Historia y Cartografía Antigua, n.° 29.

Cuando se puso en marcha la Línea de la India, el régimen comercial instituido fue de una libertad casi total, bastando que los comerciantes tuvieran los medios necesarios para armar o fletar una nave, enviando en dirección al Índico todo aquello que quisiesen y recibiendo de allí mercancías en la misma cuantía. Una vez pagados los derechos aduaneros estipulados —cinco cruzados por quintal en algunos casos y el 5 % en otros— las mercancías no quedaban sujetas a ninguna clase de control estatal.

Esta situación sin embargo, se alteró rápidamente. En efecto, la Corona, ante el descenso de los precios de las especias y las quiebras que se derivaron de dichas bajas, procedió a alterar el sistema con el propósito de evitar la inestabilidad de los precios y de las ventas que tenían lugar en esta situación. Por esta razón, se determinó en 1504 que todas las mercancías enviadas hacia Oriente o bien provenientes de allí, pasarían por la Casa de la India, depositando sus productos contra un recibo firmado por los funcionarios reales. De esta manera, la Casa de la India tenía la función de proceder a vender dichos productos, lo cual permitía que se instaurase un precio uniforme, tras lo cual se procedía a la distribución de los montantes exactos de acuerdo con lo que cada uno entregara.

Asimismo, los derechos aduaneros también sufrieron grandes alteraciones y las especias pasaron a pagar una tasa fija que suponía el 30 %.

También se produjo un proceso parecido en Malabar, en donde los administradores de la Corona pasaron a centralizar la adquisición de las especias —en especial la pimienta— por medio de acuerdos con los reyes y señores locales, con el propósito de evitar la oscilación de los precios. Como afirma Vitorino Magalhães Godinho, las factorías pasaban ahora a tener «las mismas funciones, con respecto a la compra, de intermediario único y obligatorio» [17].

Por otro lado, esta tendencia intervencionista y monopolizadora no debía resultar ajena al desarrollo de los planes imperiales de don Manuel —a los que ya aludimos—, los cuales exigían la concentración de grandes medios financieros. El monopolio real del comercio de las es-

[17] V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, vol. 3, p. 58.

pecias por la ruta del Cabo se mantendría hasta 1570, si bien existieron una serie de frecuentísimas excepciones. Don Manuel I, por ejemplo, con el objeto de asociar a la empresa a todos aquellos que colaboraban en ella, ya fueran marineros o militares de la India, comenzó a conceder ciertas dádivas, fundamentalmente quintaladas [18] y cámaras [19], así como otras facilidades de importación de los productos más variados. Se trata de las llamadas «libertades de la India» [20].

Este sistema, como cabe comprender, servía sobre todo a las clases superiores de la sociedad y a aquellos que en la India habían sabido adquirir medios de fortuna que les sirviesen, al regreso, para gozar de esos derechos. Los que no poseían capital para invertir en mercancías se veían ante la necesidad de tener que vender sus propios derechos, lo que no les proporcionaba el mismo lucro.

Desde muy pronto, la concesión de libertades se reveló como algo contrario a los intereses de la Corona, siendo posible detectar a través de la documentación existente una serie de numerosos casos en que las mercancías del Estado eran relegadas en favor de las de los particulares, hasta el punto de que en algunas travesías, la desproporción resultaba nítidamente perjudicial para los intereses del monarca.

Pretendiendo evitar los males que de allí se derivaban, a partir de 1510 don Manuel restringió estos privilegios, lo que perjudicó especialmente a los grupos de menor capacidad adquisitiva. De acuerdo con lo estipulado en la disposición real, los perjudicados serían indemnizados a razón de cuatro cruzados de oro anuales, durante tres años.

[18] Según Vitorino Magalhães Godinho, se traducían en el pago de una parte del sueldo o salario bajo la forma de licencia de importación a la metrópoli de cargas de pimienta o de otras especias adquiridas con el dinero del beneficiario, transportados en franquicia de flete con participación en franquicia de derechos y que variaban de acuerdo con la categoría social y el cargo desempeñado por cada individuo (cf. idem, *ibidem*, p. 59).

[19] Compartimientos existentes a bordo destinados al almacenamiento de mercancías de particulares y especias, cuya importación era autorizada tanto a los miembros de la tripulación como a los oficiales y militares que viajaban de regreso al Reino.

[20] Acerca de este particular, véanse los estudios de G. Bouchon, «L'inventaire de la cargaison rapportée de l'Inde en 1505», en *Mare Luso-Indicum*, n.° 3, París, 1976, pp. 101-136; *Navires et cargaisons retour de l'Inde en 1518*, París, 1977. El lector interesado encontrará, asimismo, elementos relacionados con este tema en particular en el estudio de M. do R. Themudo Barata A. Cruz, *O sistema de distribuição das cargas da Índia*, Lisboa, 1988.

Más tarde, en 1517, don Manuel extendió la medida a todos los que aún detentaban dicho privilegio, los cuales, en compensación, pasaron a recibir pagos en especie. Tres años después, puesto que aún continuaban existiendo las regalías oficialmente extintas, las *ordenaciones de la India*[21] prohibieron nuevamente las quintaladas, *caixas* o libertades, bajo pena de que aquellos que infringieran las normas perdieran todos los bienes transportados de esta manera.

En el transcurso de medio siglo, el comercio de la pimienta entre Cochín y Lisboa se convertía de esta manera en un monopolio real. Como ya hemos adelantado, habría que esperar a 1570 para que se alterara este estado de cosas.

El fin del monopolio del Estado sobre el comercio de las especias por la ruta del Cabo no implicó, aún así, que aquél dejase de participar en el negocio, ya que algunos productos continuaron siendo monopolio de la Corona —es el caso, por ejemplo, de la plata y el cobre enviados hacia Oriente o la canela de Ceilán y el oro de Monomotapa, mercancías que permanecieron bajo el control estricto de los funcionarios reales.

A finales del siglo, ante el agravamiento de la situación político-militar en los mares como resultado de la presión holandesa e inglesa, la Corona se vio obligada nuevamente a asumir la explotación de la Línea de la India. En efecto, los particulares, temiendo los enormes riesgos que dicha empresa comportaba, evitaban formar compañías comerciales para el transporte de los productos del Índico a Lisboa.

En el transcurso de la década de 1570-1580, se potenciará el sistema de adjudicación para el armado de naves y la organización de travesías, teniendo cada contrato la duración de tres años y comprometiéndose los contratadores a enviar un número determinado de navíos armados a su expensas[22]. En la década siguiente, sin embargo, los grandes comerciantes nacionales y extranjeros optaron por no comprometer

[21] «As Ordenações da Índia» pub. por L. F. de Carvalho Dias en *Garcia da Orta* (número especial) Lisboa, 1956.

[22] Este sistema se vio interrumpido aproximadamente en 1580, volviéndose nuevamente a la administración directa por el Estado, pero posteriormente, tras la unión dinástica, los fletes fueron devueltos a los mercaderes privados, que recibían de la Corona los navíos debidamente preparados. Éstos debían ser devueltos en cuanto expiraba el contrato, momento en que debían pagar por su depreciación.

sus capitales en una empresa que parecía excesivamente costosa y que comportaba un gran riesgo. Aún se intentaron otras soluciones, tales como el armado de los navíos por parte de comerciantes privados de Goa y de Cochín, pero ninguna de estas tácticas dio resultados satisfactorios. Sin embargo, la línea tenía que mantenerse en funcionamiento de una forma u otra, pues constituía el cordón umbilical que ligaba la India portuguesa a la metrópoli. Lo esencial era evitar que provocase pérdidas.

La factoría de Cochín y la «Línea de la India»

En todo este proceso, la factoría de Cochín, creada por Pedro Álvarez Cabral en 1501 tras las negociaciones con el rey local, adquirió un papel particularmente relevante a lo largo de prácticamente todo el siglo XVI, comenzando a perder cierta importancia en el último tercio del siglo, cuando las autoridades transfirieron a Goa los asuntos relacionados con la carga de las naves [23].

En un principio, la factoría de Cochín centralizó toda la actividad económica de los portugueses en la región, tanto en lo que se refiere al abastecimiento de las naves en especias, como en lo que respecta a su aprovisionamiento de víveres y municiones.

La fijación del precio de las especias por medio del acuerdo que se firmó en 1503 entre Vasco da Gama y el rey local —que se mantuvo en vigor durante prácticamente toda la primera mitad del siglo XVI—, no impidió, aún así, que la acción de la factoría estuviese condicionada desde el principio, ya fuera por su propia pequeñez o bien por causa del reducido movimiento de capitales en el mercado de Cochín.

Este factor, junto con la necesidad de pagar las especias rápidamente y con moneda en metálico, no facilitaba la rápida canalización de las mercancías traídas del Reino por las naves portuguesas. La acumulación de cobre, plomo, azogue, estaño, tejidos de Florencia, Vene-

[23] Para una visión más detallada de la implantación de la factoría portuguesa de Cochín, véanse los trabajos de M. E. Madeira Santos y V. L. Gaspar Rodrigues, «A feitoria-fortaleza e o comércio inter-continental da Coroa Portuguesa no século XVI», en *Portugal no Mundo [...]*, vol. 4, 1989, pp. 237-250; y de V. Rau, *Feitores e feitorias «instrumentos» do comércio internacional português no século XVI*, Lisboa, 1966.

cia o Inglaterra e incluso de productos alimenticios tales como aceitunas, queso, pescado en salazón, frutos secos y vino, que no soportaban largos meses de almacenamiento, impidió, en términos generales, que el administrador reuniese el capital necesario para la adquisición de las especias. Por esta razón, en muchas ocasiones, los administradores hubieron de esperar la llegada de las naves con la esperanza de que en ellas se transportase oro, plata o cualquier otro metal susceptible de ser convertido en monedas y que permitiese adquirir a los productores la pimienta destinada a la carga de las naves.

Esta falta de liquidez financiera de las factorías repercutía negativamente, por un lado, en el precio de la pimienta, que era comprada de forma inoportuna y generalmente cuando su precio alcanzaba su punto más alto; por otro lado, en la salida de los navíos en dirección al reino de Portugal, puesto que al no tener carga suficiente estaban forzados a esperar en el puerto y, en algunos casos, terminaban por salir después de enero, cuando ya había pasado el monzón favorable. Estos atrasos no sólo retrasaban la llegada de las naves a Lisboa, con todos los problemas que esto acarreaba, sino que representaba igualmente un aumento de los riesgos que corrían las naves en el viaje de regreso.

En un primer período, que va aproximadamente hasta 1508, la compra de pimienta se efectuaba en la propia factoría, adonde la transportaban los mercaderes locales tras adquirirla en los centros productores. El desconocimiento físico de la región, así como de los medios y técnicas utilizados para hacer descender la pimienta desde los montes Ghates hasta la costa obligaba a utilizar este sistema. Por otro lado, por razones de seguridad, debido a los sucesivos ataques que emprendían las fuerzas de Calicut contra los dominios de Cochín, se imponían ciertas limitaciones en la penetración de los hombres de la factoría en el interior del territorio.

En ese año, Francisco de Almeida, con la intención de liberarse de la nefasta acción de los intermediarios que encarecían el precio de la pimienta, estableció que los productores que la vendiesen directamente a la factoría serían abonados de contado. Pero a partir de 1512, después de las principales conquistas de Albuquerque y de la conquista de Calicut, la situación se invirtió y los portugueses que residían en Cochín comenzaron a trasladarse a los centros productores.

La comercialización de las especias y las drogas orientales en Cochín estuvo, desde un comienzo, sujeta a factores de orden natural que

se derivaban no solamente del régimen de los monzones, sino también de los propios ciclos vegetativos de las plantas. De esta manera, sólo mediante una correcta articulación de estas dos condiciones con otros factores externos al proceso —como por ejemplo, las constantes crisis financieras de la factoría que retrasaban la compra de los productos— los funcionarios de la Corona pudieron construir un sistema eficaz, de manera que fuera posible la exportación de estos productos en las mejores condiciones y con las mínimas pérdidas hasta su llegada a Portugal.

Como la pimienta era recogida en torno a diciembre y enero, es decir, en los meses en que las naves partían en dirección a Lisboa, era necesario proceder a comprar el producto procedente de la zafra anterior algunos meses antes. Sin embargo, éstos no podían ser adquiridos antes de marzo, puesto que se corría el riesgo de que aún estuvieran verdes —lo que se traducía en grandes pérdidas para la Corona, ya que después de secarse pesarían bastante menos. Cuando se procedía a comprar especias de forma diferida, la operación resultaba bastante favorable para la factoría dados los bajos precios existentes en el primer semestre del año. Dichos precios iban subiendo a medida que se aproximaba la fecha de la llegada de las naves, como consecuencia del crecimiento de la demanda que siempre se producía en este período.

Asimismo, los administradores estaban encargados de la realización de otras tareas relacionadas con la necesidad de articular la partida de las naves del Reino con la llegada de los navíos de Ceilán que traían la canela y los de Malaca, que transportaban las mercancías procedentes de Asia Oriental, puesto que tanto unas como otras, eran enviadas en su mayor parte en dirección a Europa por la ruta del Cabo.

Como los navíos que venían de aquellas regiones llegaban a Malabar a finales de noviembre y principios de diciembre, la tarea de descargar y acondicionar los artículos en las naves de la Línea constituía, a decir verdad, un servicio bastante difícil y que requería el mayor cuidado. De producirse la desarticulación de estas líneas comerciales, este hecho provocaría, naturalmente, grandes pérdidas para el Erario Público, dada no sólo la inmovilización del capital que produciría la permanencia de estos productos en la factoría sino también la degradación de la mercancía que acarrearía su detención.

La carga de las naves destinadas al Reino estaría centrada en Cochín hasta la década de 1580-1590. A partir de entonces, Goa se con-

vertiría en el centro que ocuparía su lugar. El incremento de la producción de pimienta de Canará [24] en detrimento de la procedente de Malabar aceleró la tendencia que ya se había comentado anteriormente y que apuntaba a la sustitución de Cochín por Goa como puerto abastecedor de la ruta del Cabo.

De esta manera, el proceso de sustitución de Cochín por Goa como centro administrativo iniciado por Albuquerque y continuado por Nuño de Acuña en la década de 1530 tuvo su epílogo cuando la factoría de Malabar se vio relegada en favor de Goa como principal centro responsable de la carga de las naves pertenecientes a la Línea de la India.

Las redes del comercio marítimo de Oriente a la llegada de los portugueses

Como vimos anteriormente, al llegar al Índico, los portugueses se dieron cuenta rápidamente de que el flujo de mercancías que se dirigía hacia el Mediterráneo apenas si representaba una pequeña parcela del enorme tráfico que cruzaba los mares de Oriente.

Uno de los mayores importadores de los productos que circulaban por allí, particularmente de las especias, era China. La pimienta procedente de Malabar y fundamentalmente de Sumatra, era cargada en enormes cantidades destinadas al Celeste Imperio. A cambio, éste entregaba sedas, porcelana, alcanfor, metales preciosos y otros productos menos significativos, que una vez llegados a Malaca penetraban en los grandes circuitos del Índico. Por esta razón, no es de extrañar que los portugueses, tras haberse establecido en Malaca, hubiesen tenido tanto interés en establecer relaciones oficiales con los chinos. Más tarde la travesía de China se convertiría en una de las rutas más codiciadas.

[24] Canará. Con este nombre designaban los portugueses la costa indiana que limitaba al norte con el territorio de Goa y al sur con Malabar. A la llegada de los portugueses a Oriente, constituía la zona de acceso del imperio de Vijayanagar al Índico occidental. La penetración político-militar del Estado de la India en esta región tuvo lugar entre los años 1568 y 1569, tras el desmembramiento del imperio hindú ocurrido después de la batalla de Talicota en 1565. Procederemos a desarrollar este asunto en el próximo capítulo.

Malaca no sólo era el gran centro redistribuidor de productos de y para Extremo Oriente. La ciudad también funcionaba como intermediario comercial para todas las mercancías oriundas del Golfo de Bengala y de Gujarat que se dirigían a Insulindia, con particular relevancia para las islas de Banda y Molucas, en donde los tejidos hindúes se intercambiaban por las especias más raras —nuez moscada, pulpa y clavo, que afluían al gran emporio malayo a bordo de navíos quelines y javaneses. Asimismo, Malaca era el puerto desde donde partían las embarcaciones cargadas con productos de toda la parte oriental de Asia en dirección a Occidente, fundamentalmente a la India, al Mar Rojo y al Golfo Pérsico.

En el otro extremo del océano, Ormuz, enclavada entre Arabia y Persia y a medio camino entre las aguas cerradas del Golfo y el mar abierto, adquirirá una enorme importancia y esplendor, como consecuencia del importantísimo comercio de caballos persas y árabes que alimentaba a los ejércitos de los diversos potentados de la India, ya fueran musulmanes o hindúes. Goa se convertiría en el centro principal que se ocupaba de redistribuir estos animales para todo el Decán.

Por la ruta del Mar Rojo, que tenía en Adén su escala principal, llegaban al Índico productos originarios de Egipto (opio —entonces utilizado con fines medicinales—), de Arabia (incienso y agua de rosas) y también de Europa (azafrán, plomo, alumbre, plata y ciertas cantidades de oro).

Por su parte, Cambay era un enorme centro productor de tejidos (fabricados en moldes de carácter verdaderamente industrial) que se destinaban fundamentalmente al intercambio en la costa oriental africana por oro y marfil, productos que, a su vez, eran colocados en Malabar para adquirir especias. Los tejidos se destinaban a Malaca, que a su vez se utilizaban para adquirir especias raras de las Molucas, a pesar de que los paños más apreciados en esas islas fuesen los procedentes de Bengala y de Coromandel.

En Malabar, además de la pimienta, se producían grandes cantidades de jengibre, fundamentalmente junto a Calicut y Cananor.

Por su parte, la isla de Ceilán era el principal productor de canela. Este producto era vendido en Malabar, donde los cingaleses lo cambiaban por arroz, coral y mercurio. A partir de esta región hindú, la canela se dirigía tanto hacia occidente como hacia Oriente. Además de esta es-

pecia, Ceilán exportaba piedras preciosas —sobre todo zafiros y esmeraldas— y, asimismo, elefantes adiestrados para la guerra que eran comprados por gujarates y malabares.

Por otro lado, desde el Golfo de Bengala se exportaban ruibarbos [25], almizcle [26], benjuí [27], piedras preciosas y áloe [28].

Asimismo, estas regiones estaban especializadas en el suministro de los productos que mantenían las rutas comerciales de larga distancia; otras, a su vez, aseguraban el sustento de la mayor parte de la población de éstas, proporcionándoles arroz. Vijayanagar (que también ocupaba un lugar destacado en la exportación de piedras preciosas) era el principal productor, introduciendo el cereal a través de la costa de Canará en dirección al Golfo Pérsico y el norte de Malabar y desde Coromandel hacia Ceilán y Malabar meridional. Bengala y Pegu constituían otros dos centros realmente importantes, que alimentaban las Maldivas, Ceilán y el norte de Sumatra. Pegu se convertiría en el gran proveedor de arroz a Malaca tras la ocupación de la ciudad por los portugueses, mientras que en Insulindia, Java era el gran centro de abastecimiento de casi todo el archipiélago.

Antes de comenzar a analizar la penetración del Estado de la India en este sistema, seguiremos por un momento (conducidos por las expertas manos de Geneviève Bouchon y Denys Lombard) el curso habitual que transitaban algunos comerciantes, de manera que el lector pueda darse cuenta de una forma más directa de qué manera se relacionaban entre sí los circuitos anteriormente citados, en el marco de una red extremadamente compleja.

Los puertos occidentales que importaban las especias eran Jidah, Adén y Ormuz. Desde allí las especias pasaban a las caravanas terrestres que a cambio aportaban oro, coral, cobre, azafrán, bermellón, espejos y armas. Posteriormente, los navíos abandonaban estos puestos

[25] Nombre vulgar de una planta perenne, rizomatosa. Designación colectiva de raíces medicinales pertenecientes a las poligonáceas.

[26] Secreción de olor muy penetrante procedente de un saco que los machos de las cabras almizcleñas poseen entre el ombligo y los órganos genitales.

[27] Benjuí. Incienso. Según García da Orta, existían tres especies: almendrada, originaria de Siam; negra, procedente de Sumatra y el de boñiga, oriundo de Penango. Cf. S. R. Dalgado, *Glossário* ..., s.v.

[28] El tronco del áloe era muy utilizado como incienso. También era conocido como palo de Siam. Cf. idem, *ibidem*, s.v.

en agosto y muchos de ellos se dirigían a Calicut, en donde encontraban prácticamente todos los productos que deseaban. Allí intercambiaban pimienta por oro o jengibre por cobre y las especias procedentes de Malaca por otros productos occidentales, regresando a los puertos de origen en enero.

Sin embargo, otros comerciantes realizaban viajes menos extensos pero más provechosos: dejaban sus puertos de origen y hacían escala en primer lugar en el litoral de Gujarat, en donde vendían parte de su carga de productos occidentales y adquirían productos textiles. Luego partían junto con los mercaderes gujarates en dirección a Malaca, en donde intercambiaban lo que llevaban por especias de las Molucas y sedas y porcelanas del Extremo Oriente.

Asimismo, existía una ruta más compleja: los que la tomaban continuaban desde Gujarat hasta Sumatra, en donde intercambiaban sus paños de algodón por pimienta, que a vez vendían en Pegu. También hacían lo mismo con el opio y el agua de rosas, que eran productos que traían desde el puerto de origen. Allí adquirían laca, rubíes y benjuí y ponían rumbo a Malaca. Una vez concluidos los negocios en este emporio, regresaban al punto de partida pasando por Malabar o las Maldivas [29].

La penetración de los portugueses en las redes orientales del comercio marítimo

Como ya afirmamos anteriormente, la Línea de la India constituyó, inicialmente, la gran preocupación de los capitanes de Manuel I y su viabilización condicionó fuertemente las actividades comerciales desarrolladas en los primeros años, en la medida en que se trazaron las coordenadas de la política subsiguiente en función de las necesidades de abastecimiento de sus naves.

Careciendo del metal necesario para proceder al pago de las especias, los portugueses hubieron de volverse hacia el comercio del oro de

[29] Cf. G. Bouchon y D. Lombard, «The Indian Ocean in the Fifteenth Century», en *India and the Indian Ocean* (editado por A. Das Gupta y M. N. Pearson), Calcuta, 1987, pp. 46-71.

Monomotapa, exportado vía Sofala. A su vez, el interés por el oro africano les llevó a conseguir tejidos de Cambay, comenzando, de esta manera, a inmiscuirse en una red triangular en el marco del mar Arábigo.

En el transcurso del período que va de los años 1504 a 1512, en el Océano Índico se asiste a la afirmación del poderío de la marina portuguesa, al tiempo que se estaba consolidando la estructura político-militar que habría de conformar el Estado de la India. Una numerosa serie de capturas de navíos musulmanes que transportaban ricos cargamentos llevó al rey a plantearse la hipótesis de que existía la posibilidad de financiar la Línea con los beneficios obtenidos en esta clase de acciones corsarias.

Mientras tanto, con el gobierno de Albuquerque, se produjo la transformación del Estado en una potencia asiática, económicamente autosuficiente. Las sucesivas campañas le proporcionaron los principales apoyos del comercio marítimo en el Índico. La posición de estas bases, según lo veía el gran capitán, apoyadas por fuertes flotas que cruzaran el océano en misión de vigilancia para asegurar la soberanía, permitirían a corto plazo el dominio total de las principales rutas mercantiles.

Sin embargo, le faltó la conquista de Adén y fundamentalmente, la fuerza naval que le resultaba tan indispensable, pues quizás tendría un efecto aún mayor que la conquista de la ciudad, ya que dificultaría enormemente cualquier tipo de reacción por parte de las fuerzas musulmanas. Sea como fuere, el Índico resultaba demasiado grande para la capacidad de Portugal. Aún así, en 1515 las escalas principales de las grandes rutas oceánicas estaban en manos de la corona lusa y en esta época, dichas rutas resultaban prácticamente insustituibles. Estos elementos constituirían la base de la pujanza del Estado de la India en el transcurso del siglo XVI.

En una segunda fase, la ocupación de estos puertos permitió a los portugueses el desarrollo de las relaciones con otras regiones, geográficamente próximas o económicamente dependientes. Así se dio, por ejemplo, el avance hasta Siam, China y las Molucas y la penetración en el Golfo de Bengala como consecuencia de la ocupación de Malaca en 1511.

Si bien en el Golfo de Bengala la presencia portuguesa no estaba revestida del carácter militar que caracterizaba su permanencia en el Ín-

dico occidental y la Corona no poseía ni fortalezas ni factorías en aquel lugar, los intereses oficiales acabaron por penetrar en los principales puertos del Golfo, unidos por líneas regulares a Cochín, principalmente a Malaca y, en ocasiones, a Goa. El gran emporio malayo mantuvo una buena parte del anterior flujo de intercambios comerciales con los puertos de Coromandel y Pegu, al tiempo que se desarrollaba una navegación de cabotaje, explorada sobre todo por comerciantes particulares portugueses establecidos en el Golfo de Bengala [30].

La conquista de Ormuz confirió al Estado de la India el dominio de un centro estratégico, a partir del cual podía controlar la navegación del Golfo pérsico y la articulación del comercio marítimo con las rutas de las caravanas de la meseta iraní. Asimismo, la presencia portuguesa en esta región significaba la apropiación del comercio de los caballos. Adquiridos en el norte a cambio de arroz y vendidos en la India habitualmente a cambio de oro, los equinos constituían una de las principales fuentes de beneficios del Estado de la India en el siglo XVI.

De esta manera, cabe comprobar que la actividad comercial de las grandes ciudades incorporadas al Estado de la India no se alteró de forma significativa con la llegada de los portugueses. Sin embargo, éstos crearon a su vez nuevas rutas, uniéndolas a otros puertos que estaban bajo soberanía lusa, lo que ocurrió de forma más acusada en el caso de Goa, debido a su status de capital política.

Menos espectaculares pero enormemente importantes, resultaban las líneas de pequeño y medio alcance, fundamentalmente las que se ocupaban del transporte de alimentos y que permitían el abastecimiento de plazas tales como Malaca y Ormuz, que no poseían territorios adyacentes y que ya desde antes dependían por completo de los suministros de víveres procedentes del exterior [31].

Desde que Alfonso de Albuquerque implantó este sistema, las grandes redes mercantiles fueron exploradas por la Corona. Esta tendencia monopolista comenzó a matizarse en la década de 1530 con algunas me-

[30] Sobre este asunto véase el capítulo IV del tercer volumen.

[31] Para una visión más detallada sobre este particular véanse los estudios de M. Blanco Vélez, «As linhas comerciais portuguesas no Oriente (séc. XVI-meados do séc. XVII)», en *Actas do II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 73-100, así como nuestro estudio (V.L.G.R) «A apropriação das rotas comerciais do Índico pelos Portugueses», en *Portugal no Mundo* ..., vol. 4, Lisboa, 1989, pp. 260-278.

didas liberalizadoras implantadas por Juan III: la abolición del monopolio del clavo en Malaca (1533) y poco después en Maluco (1539), el intento de liberalización del comercio de la pimienta en 1545, puesta en práctica de manera parcial por Juan de Castro, medida paralela al cierre de la factoría de Flandes, que mereció al soberano un encendido elogio por parte de Damián de Gois en nombre de la libertad de comercio. Pero sólo a partir de 1570 se impuso de forma decidida la nueva política. De todos modos, como afirma Luis Felipe Thomaz, «la centralización estática del comercio en Oriente estaba lejos de constituir un verdadero monopolio» [32]. En efecto, el Estado reservaba para sí tan sólo el comercio exclusivo de algunos productos (especias, oro, caballos, etc.), dejando libres los demás. Asimismo autorizaba a la tripulación —como ocurría en la Línea de la India— a transportar en sus *agasalhados* una cierta cantidad de mercancía, cuya cuantía estaba en relación con su jerarquía a bordo. También era frecuente la concesión de licencias como dádivas para comerciar hasta un cierto límite, en géneros prohibidos.

A mediados del siglo se puso en práctica el sistema de las concesiones y el rey pasó a otorgar viajes de uno a otro puerto a particulares cuyos servicios quería premiar. Si los puertos estaban «vedados», la concesión equivalía a un derecho exclusivo o en todo caso a una prioridad y el concesionario recibía la posición de capitán mayor de todos los barcos portugueses anclados en ese puerto y el cargo de proveedor de difuntos —que habitualmente proporcionaba sustanciosos tributos conocidos como *percalços*. Al mismo tiempo, se alquilaban otros viajes, como sucedió en 1555 con la travesía de Malaca a Ternate, obligando en estos casos a los arrendatarios a pagar una cantidad fija, lo que podía resultar menos beneficioso, pero en todo caso no tenía ese componente de incertidumbre que suponía el otro proceso para el erario público.

El año de 1570 marca el momento de intensificación de estas medidas y, asimismo, se produce la cesión de la Línea de la India a propietarios particulares. El Estado sólo mantuvo en su poder algunas líneas comerciales de gran relevancia, como las que unían Goa y Mo-

[32] L. F. Thomaz, «Les Portugais dans les mers de l'Archipel au XVIème siecle», en *Archipel*, n.° 18, París, 1979, p. 107.

zambique a Ceilán y a las islas de Banda, debido a la importancia de los productos transportados, el oro, la canela y la nuez moscada.

De esta forma, toda la expansión comercial de los portugueses en el Índico se realizó basándose en la utilización de las rutas y conocimientos mercantiles de los musulmanes y sin que jamás se hubiesen implicado en el proceso de producción —a no ser por el mecanismo indirecto de la demanda—, razón por la cual no llegaron a provocar alteraciones significativas en las estructuras sociales y económicas de los estados productores. Si bien esto contribuyó a que en una primera fase de su parcial sustitución de los musulmanes todo se hubiese llevado a cabo sin convulsiones de mayor importancia, más tarde, fue causa de una rápida declinación ante la aparición de las nuevas potencias europeas —Holanda e Inglaterra—, mejor pertrechadas en términos técnicos y financieros, lo cual les permitió emprender en un breve plazo el control de la producción.

La organización financiera

La acción gubernamental de Alfonso de Albuquerque, con su política de conquista de plazas fuertes, provocó, en lo que respecta a la organización financiera del Estado de la India, una verdadera revolución, ya que la corona portuguesa pasó a contar —además de los lucros de los beneficios proporcionados por el comercio— con beneficios procedentes de la tributación. En principio se mantuvo en cada territorio el sistema tributario que estaba anteriormente en vigor, de manera que el Estado de la India tendría que esperar a la época actual para conocer un régimen fiscal uniforme. Las tasas percibidas procedían, en la mayoría de los casos, de las aduanas. Así ocurría en Malaca y en Ormuz, en donde los beneficios de las aduanas eran repartidos entre el fisco portugués y el rey local. En el caso de Goa cabía añadir los rendimientos resultantes de la transferencia de los antiguos derechos del sultán de Bijapur a los nuevos señores de la ciudad. Más tarde, esta situación se reprodujo en Bazaim y Damán, plazas que también poseían territorios adyacentes en las que las rentas tradicionales pasaron a revertir directamente en favor del Estado.

De esta manera, el Estado obtenía cuatro clases de beneficios: lucros del comercio que explotaba directamente, el producto del saqueo

realizado por los corsarios, los impuestos del comercio privado a través de las aduanas y las rentas sobre los terrenos en aquellas plazas provistas de alfoz. Las dos primeras formas eran consideradas extraordinarias y sólo las últimas dos tenían carácter ordinario.

Allí donde el Estado sólo poseía factorías —y por tanto estaba presente como empresa mercantil sin ejercer la soberanía— los beneficios se limitaban a la primera clase que hemos citado. Así ocurría por ejemplo en Baticalá (en Canará, dependiente del imperio de Vijayanagar), en Martabán (en el reino de Pegu) y otras regiones. En otros casos, como ocurría en la costa de Malabar, las factorías estaban protegidas por fortalezas construidas con la autorización de los soberanos locales, si bien, en muchas ocasiones, bajo la presión de una presencia militar más o menos encubierta. En todo caso, las autoridades portuguesas no ejercían una verdadera soberanía ni detentaban poder alguno sobre las aduanas.

Cochín constituyó el ejemplo paradigmático de esta realidad. Instado en sucesivas ocasiones por los funcionarios reales a ceder sus derechos sobre la aduana a cambio del pago de una tasa fija, el monarca local, apoyado por sus *casados* de Cochín (a quienes interesaba el mantenimiento del status quo, toda vez que el régimen fiscal le favorecía enormemente, pues apenas si pagaban un 4 %, es decir, la mitad de lo que pagaban el resto de los comerciantes) siempre se negó a arrendarlos. Más tarde, en 1587, la aduana fue parcialmente anexada por parte de la corona portuguesa para compensar el déficit de la factoría y atenuar los efectos nefastos que producía sobre la aduana de Goa, que se veía relegada por muchos comerciantes debido a las mejores condiciones que encontraban en Cochín [33]. En Chaul tuvo lugar un proceso similar: en una primera etapa la Corona apenas sí recibía *parias* (N. del T.: Antiguo tributo de sumisión al soberano) y los dividendos del corretaje y del *peso* de las mercancías, junto con algunas pequeñas tasas de menor cuantía tales como el *sarrafagem* [34] y la renta del vino de palma. Pero he aquí que a finales del siglo, en 1589, celoso por el enorme crecimiento que conociera la ciudad al convertirse en la principal escala

[33] Sobre este asunto véase el estudio de V. Magalhães Godinho, *Les Finances de l'État Portugais des Indes Orientales (1517-1635)*, París, 1982, pp. 103-105.

[34] Cambio de moneda.

del tráfico con África oriental y presionado por el aumento de los costes que suponían las flotas necesarias para escoltar a los navíos mercantes, el Estado de la India acabó por apoderarse del control de la aduana. En Diu, desde la transferencia de la fortaleza en 1535 hasta 1538, la aduana estuvo en manos gujarates de forma exclusiva, sin que los portugueses tuvieran acceso a ninguna clase de dividendos. No obstante, tras la conclusión del primer gran ataque de las fuerzas musulmanas contra la plaza, las autoridades portuguesas consiguieron que la aduana pasase a tener una administración mixta y la Corona obtuvo un tercio de las cantidades recibidas (proporción que en 1541 fue elevada a la mitad).

En 1553, Diego de Noronha, aprovechando las revueltas que habían estallado en Cambay e instigado por sus capitanes a asesinar al sultán, llevó a cabo la anexión de la aduana por completo, cuyos rendimientos se convirtieron en uno de los pilares más sólidos en las finanzas del Estado de la India [35]. En Ormuz tuvo lugar un proceso diferente, si bien éste condujo a una situación semejante. El control de la aduana pasa a manos de la corona portuguesa de una forma gradual, *pari passu* con el lento declive de la capacidad económica del rey local. En un principio, Albuquerque fijaría en 15.000 serafines anuales el valor de las parias que debía pagar el soberano de Ormuz, que continuaba administrando la aduana de la ciudad. Posteriormente, en 1523, Duarte de Meneses elevó el tributo a 60.000 serafines y en 1529 Nuño da Cunha exigió el pago de 100.000 serafines. Incapaz de pagar dicha suma, el rey de Ormuz contempló, impotente, la manera en que los portugueses tomaron definitivamente el control de la aduana de la isla en 1543.

En Goa y en Malaca la situación era sustancialmente diferente, pues el Estado, tras la conquista, pasaría a detentar todas las rentas y derechos que estaban anteriormente en manos de los soberanos derrotados.

En Malaca —en una primera fase—, los portugueses mantuvieron sin cambios todo el sistema de percepción de beneficios de tipo aduanero. Éstos eran de tres clases diferentes: los navíos que provenían de

[35] Acerca de los derechos cobrados en la aduana de Diu por los portugueses véase idem, *ibidem*, pp. 69-74.

las «partes de barlovento» (*negeri di-atas angin*, en malayo), es decir, de la India y del Medio Oriente y que pagaban un 6 % de derechos de importación; los que provenían de las «partes de sotavento» (*negeri di-bawahangin*, en malayo), es decir, de Insulindia, Indochina y los puertos de Extremo Oriente que no pagaban derechos pero estaban sujetos a los *bulibulião* (*beli-belian*, «venta múltiple o recíproca», en malayo), es decir, estaban obligados a vender al Estado con el 20 % de descuento sobre los precios del mercado, el 25 % de la carga transportada recibiendo el pago en mercancías de exportación en lugar de dinero, valoradas al precio del mercado gravado con un 20 % (lo que equivale a una tasa del 5 % tanto a la llegada como a la salida), ciertos géneros estaban incluso sujetos a una tasa suplementaria, el *peso*, a razón del 2 %, impuesto que incluía bajo el mandato del último sultán la renta del corretaje —que suponía un 1 % del valor— que fue suprimida debido a la acusación de los correctores de exacción arbitraria e ilegal [36].

Habría que esperar hasta 1546, cuando Martín Alfonso de Sousa envió a dicho lugar a Simón Botelho, para que se efectuase la reorganización de la aduana. Se suprimió el *beli-belian*, del cual sólo los capitanes y otros oficiales obtenían dividendos y se generalizó una tasa del 6 % para todas las mercancías a las que se sumó un 2 % en el caso de los géneros sujetos al pago del peso y el corretaje. Para evitar la deserción de soldados hacia Extremo Oriente y amortiguar la tentación materialista, los cristianos pagaron hasta finales del siglo XVI un 10 % de derechos en vez del 6 % que pagaban los musulmanes y los paganos. En la frontera entre los dos siglos la Corona, cediendo a las presiones de los *casados*, invirtió dichas proporciones. Al igual que ocurría en tiempo de los musulmanes, los géneros alimenticios permanecieron exentos.

En la costa de Canará, sólo a partir de finales de la década de 1560-1570, con la ocupación militar realizada por Antón de Noronha y Luis de Ataíde —a la que nos referiremos en el capítulo siguiente— se crearon las aduanas en Barcelos y Mangalor. Hasta ese momento, el Estado sólo recibía las parias, pagadas generalmente en arroz. Asimismo, este sistema también estaba en vigor en Ceilán, pero allí los pagos se efectuaban en canela [37].

[36] Cf. S. Botelho, «Tombo do Estado da Índia (1554)», en *Subsídios para a História da Índia Portuguesa*, dir. por R. J. de Lima Felner, vol. 5, Lisboa, 1868.

[37] Cf. V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, pp. 105-108.

En las Molucas, al igual que en Malabar, el Estado no tenía ingresos ordinarios, razón por la cual los gastos públicos corrían a expensas de la fortaleza de Malaca, por lo que, a su vez, ésta enviaba tejidos de algodón [38].

En el África oriental, los portugueses cobraron parias al sultán de Quilón desde un principio. Contrariamente a lo que hicieron en otros lugares, en vez de aprovechar el sistema aduanero existente, acabaron por desmantelarlo y los beneficios sólo podían obtenerse mediante la actividad comercial. De esta manera, los negocios acabaron por caer en manos de los capitanes y otros oficiales de Mozambique y Sofala, hecho que se hizo aún más evidente en la segunda mitad del siglo XVI.

Con las rentas de la tierra ocurrió lo mismo que con las rentas aduaneras: en las plazas que poseían territorios adyacentes se mantuvo el sistema fiscal y administrativo heredado de los anteriores poderes locales.

Como ya hemos visto, en el caso de Goa se conservaron las estructuras comunitarias, las gãocarias. Según Luis Felipe Thomaz:

> ...cada aldea conformaba una comunidad autogestionada de régimen interno «republicano», por decirlo de alguna manera, gobernado por asambleas y responsable colectivamente ante el Estado mediante el pago de una tasa o impuesto sobre las tierras que los portugueses asimilaron al *foro* o canon del contrato de enfiteusis [39].

De esta forma, el Estado Portugués de la India se limitó a sustituir a los antiguos señores dejando intacto el sistema de recaudación y el antiguo régimen fiscal.

En la provincia del norte, entre Damán y Bazaim, se adoptó una solución semejante, en donde se aplicó el sistema de los *prazos*. Aquí, al igual que ocurría en Goa, la percepción de los foros estaba centralizada en manos de agentes de exención fiscal que provenían del antiguo régimen, los *tanadares* [40].

[38] Cf. L. F. Thomaz, «Les Portugais dans les mers de l'archipel au XVIème», en *Archipel*, n.° 18, París, p. 114.

[39] L. F. Thomaz, «A estructura política e administrativa do Estado da Índia», en *Actas [...]*, p. 534.

[40] «En el Indostán actual, el vocablo thanadar designa al «jefe de escuadra de la policía», pero los escritores portugueses emplean el término con diferentes acepciones, como «capitán de un puesto militar, juez de una población y, especialmente, cobrador

En tiempos de la administración gujerate, las aldeas estaban concedidas en régimen del *iqta* del derecho musulmán, a una especie de feudatarios llamados *iqtadares*, que tenían la obligación de mantener un caballo con el propósito de servir en la guerra. Probablemente, con ocasión del segundo cerco de Diu los iqtadares musulmanes —tal vez debido a la sospecha de colaboracionismo con Cambay— comenzaron a ser sustituidos por pequeños nobles portugueses y brahmanes de Goa. A éstos se les arrendaban las aldeas y a aquéllos se les cedían en régimen de enfiteusis por un plazo de tres vidas, a cambio de la prestación del servicio militar en la caballería y el pago de un foro. Sin duda, este régimen habría de servir de modelo en el siglo XVII al de los *prazos* de Zambeze, en el actual territorio de Mozambique.

A los beneficios aduaneros y territoriales se le sumaban otras rentas que completaban el cuadro.

En Goa, por ejemplo, el Estado recibía grandes sumas por los derechos de posesión de los caballos y la emisión de moneda, además de una infinidad de pequeñas tasas tales como el cobro de peajes o sobre la venta de beteles y legumbres.

El cobro de las cantidades recibidas y el pago de los gastos efectuados mediantes esta compleja y poco uniforme maquinaria fiscal eran coordinados fundamentalmente por la Administración de Hacienda y el Erario Público, a quien competía gestionar y fiscalizar todas las actividades financieras del Estado de la India.

La creación de la Administración de Hacienda en la India en el año 1517 había sido, sin duda, una consecuencia del desarrollo de la complejización de la contabilidad pública del Estado que obligó a una división de las funciones. Asimismo, esto pudo haber sido acelerado por el deseo de don Manuel de no ver demasiados poderes concentrados en la persona de Lope Soares de Albergaria, de quien con toda razón, como ya vimos, desconfiaba. Paralelamente se creó la Tesorería Gene-

de rentas o tesorero de una aduana». Todos estos sentidos caben en la palabra que, una vez descompuesta, quiere decir: *thana* «estación o estancia en general» (...) y *dar*, «jefe». Bajo la dominación de los moros, el jefe del presidio militar habría sido en muchas ocasiones jefe de policía y cobrador de impuestos en Dalgado, *Glossário [...]*, s.v.

Dada la amplitud del término, es natural que en ocasiones se utilice también para designar a los titulares de las pequeñas concesiones a las que nos hemos referido —las *igtas*.

ral, cuyas competencias redujeron las del administrador de Cochín que, a partir de entonces, ya no pudo disponer del dinero para la carga de las naves del Reino [41].

La publicación en 1549 de un nuevo reglamento para los administradores de la India y la división de la Administración de Hacienda en tres organismos (1554), con la creación de un Administrador de Carga para las naves en Cochín, constituyen ejemplos de los esfuerzos que continuó realizando la Corona, en un intento por hacer que este organismo de importancia fundamental para el Estado de la India fuese aún más activo. Años más tarde, en 1589, le tocaría el turno de la reforma al Erario Público de Goa, organismo que centralizaba la fiscalización de los administradores de las fortalezas, las armadas, las naves y navíos e incluso de los almojarifes y cobradores de todas las rentas y que se había transformado en una estructura de carácter plúmbeo y poco funcional.

En términos generales y para terminar, podemos afirmar que en la segunda mitad de la centuria se asiste a un esfuerzo por parte de la administración del Estado de la India en el sentido de proceder a la elaboración del inventario de todas las cantidades recibidas y los gastos ordinarios efectuados en las fortalezas y factorías orientales.

Así, en 1554 Simón Botelho elaboró el primer *Tombo Geral do Estado da Índia* [42]. Allí se presentaba, como cuenta Vitorino Magalhães Godinho,

> ...para cada fortaleza y factoría, por un lado los títulos jurídicos del establecimiento portugués, los tratados y contratos que allí regulaban dicha presencia, si se tratasen de territorios no portugueses, la leyes y reglamentos, así como las costumbres locales, después de lo cual venía una relación de las rentas recibidas y las sumas de las entradas correspondientes a los años anteriores; por otro lado, las categorías y el número de funcionarios, magistrados, cuerpo eclesiástico, ejército y marina, servicios públicos, acompañados por las sumas globales relacionadas con cada categoría, con la especificación de los sueldos y salarios, así como la lista de registro del hospital o de la iglesia [43].

[41] Cf. V. Magalhães Godinho, *Os Descobrimentos e a Economia Mundial [...]*, vol. 3, p. 39.

[42] S. Botelho, *Tombo da Índia [...]*, vide nota 36.

[43] V. Magalhães Godinho, *Les Finances [...]*, pp. 2-3.

En 1564, le siguió la publicación de los *Regimentos das Fortalezas da Índia*, de Antón de Noronha, que establecía los gastos de las plazas portuguesas en Oriente. A partir de 1574, pasó a procederse a la organización de los presupuestos, en donde se comparaban los ingresos ordinarios con los gastos, lo cual permitía indagar acerca del estado general de las finanzas.

En términos muy generales, la impresión que cabe obtener de los presupuestos del siglo XVI es que los ingresos cubrían teóricamente los gastos, existiendo una serie de plazas que no obtenían ninguna clase de ganancias, pero cuyo déficit se cubría con los ingresos de las demás. Las plazas más rentables eran Ormuz, Diu, Goa y Malaca, si bien en el caso de la capital los ingresos eran sobrepasados, normalmente, por los gastos, debido a que allí se concentraban los principales órganos administrativos del Estado y al hecho de que en Goa se aprestaban las flotas principales que, tanto en misión de auxilio como cumpliendo misiones relacionadas con la soberanía del Estado, surcaban las aguas del Océano Índico [44].

La organización militar

Intentos de centralización

Al mismo tiempo que se iniciaba la presencia portuguesa en el Índico, comenzaba en el reino portugués un período de remodelación de las antiguas estructuras militares. En efecto, el rey Manuel, enfrentado al creciente deterioro de los principales cuerpos militares cuya reforma venía siendo solicitada por las Cortes, decidió en 1498 la eliminación de los *acontiados* o propietarios (vasallos que debían aportar a su señor cierto número de lanzas en tiempo de guerra) así como de los *besteiros do conto* (ballesteros a cargo del erario público). Asimismo, se eliminaban los cargos de todos los funcionarios que estaban relacionados con estas instituciones y los cargos subalternos que dependían de estos últimos.

[44] Acerca de este asunto, véase la relación presentada por Vitorino Magalhães Godinho, elaborada en base a los presupuestos de 1554 *ibidem*, p. 373.

A partir de esa fecha,

> ...la potencia militar del reino de Portugal quedó restringida a las mesnadas de los grandes hidalgos, las guarniciones de algunos castillos de la frontera y plazas de África, la guardia real de los jinetes, los religiosos pertenecientes a las órdenes militares, los mercenarios nacionales y extranjeros y al voluntariado de hidalgos, caballeros y escuderos, los únicos que podían utilizar armas [45].

Esta organización, que se basaba en arcaicas instituciones medievales y que estaba caracterizada por una enorme indisciplina y una falta de cohesión técnico-táctica, debido a la inexistente preparación de sus cuerpos, desde muy pronto se mostró incapaz de responder a los desafíos que las realidades de la expansión y las propias necesidades de defensa interna imponían, obligando a don Manuel a considerar, en 1506, la posibilidad de crear las *companhias de ordenança*. Asimismo, presionado por la inexistencia de una verdadera estructura militar que sustituyese a las anteriormente extintas, intentó entonces la implantación de los modelos que ya estaban en vigencia en Alemania, Suiza o incluso en el reino vecino, en donde los cuadros de *piqueiros* (piqueros) introducidos por Gonzalo de Córdoba en el ejército napolitano del rey católico, suponían un gran salto cualitativo.

Sin embargo, en la India, los intentos de creación de las *companhias de ordenança* fueron algo más tardíos debido, por un lado, a la clase de organización existente en los primeros tiempos que se basaba en la presencia de armadas destinadas a garantizar el dominio del mar; por otro, a la inexistencia de la voluntad política para proceder a su creación, dada la fuerte oposición que ejercía la nobleza con respecto al proyecto. A decir verdad, sólo tras la aparición de Alfonso de Albuquerque con la consiguiente adopción de su proyecto imperialista, se procede a su creación en Oriente.

Ciertamente, este designio debía formar parte de los planes que el gran capitán pergeñaba ya en 1506, la fecha de su partida en dirección hacia el Índico, con mayor razón, ya que en aquel mismo año don Manuel decidió finalmente reclutar instructores que pudiesen ocuparse del entrenamiento de las futuras compañías del Reino. Asimismo, no resul-

[45] C. Selvagem, *Portugal Militar*, Lisboa, 1931, p. 257.

ta nada extraño pensar que Albuquerque pudiera haber influido directamente sobre el monarca en este sentido, dado el enorme aprecio que siempre había manifestado por las «compañías a la suiza».

De esta manera, el Terrible, tras asumir el gobierno de la India, se aprestó a crear las referidas compañías, para lo que nombró como capitanes a algunos hombres experimentados en la guerra practicada en Europa (particularmente en Italia) sin esperar a la llegada de los instructores que había solicitado anteriormente a Lisboa.

Mientras tanto, en el Reino, el primer ensayo de creación de estos nuevos cuerpos militares ya se había saldado con fracaso debido a la oposición que presentaban tanto la nobleza como el pueblo, como es lógico pensar, por razones bastante diferentes. Si en el caso concreto del vulgo la animosidad se derivaba, fundamentalmente, de las innumerables revistas a que estaban sujetos anualmente, lo cual los apartaba de sus quehaceres profesionales, en relación a la nobleza, su actitud tenía orígenes más profundos y radicaba en sus concepciones acerca de la guerra y a través de ello, en la propia forma en que sus componentes encaraban la organización de las secciones militares que constituían el ejército.

Como señala Jean Aubin, «los hidalgos, acostumbrados a la guerra árabe, en donde habitualmente se practicaban las razzias, las emboscadas y el comportamiento audaz de los caballeros, cultivaban la acción personal» [46], lo que resultaba contrario a las nuevas concepciones técnico-tácticas sobre las que se asentaba la formación de las nuevas compañías. Al tratarse de tropas de infantería debidamente entrenadas e instruidas para funcionar como un todo, en donde el individuo apenas si importaba en tanto que parte integrante del conjunto, estando supeditado a las órdenes procedentes de su superior jerárquico, no tardaron en ser puestas en tela de juicio por parte de la nobleza. Por otro lado, estas compañías, compuestas por plebeyos y dirigidas por hombres que, en la mayor parte de los casos, ni siquiera pertenecían a los niveles inferiores de la hidalguía, representaban la intromisión del Tercer Estado en un dominio que resultaba esencial para los nobles en lo que respecta al mantenimiento de su condición de orden privilegiado.

[46] J. Aubin, «Le Capitaine Leitão, un sujet insatisfait de D. João III», en *Revista da Universidade de Coimbra*, 1984, p. 89.

En la India, sin embargo, la oposición que presentó la nobleza al mantenimiento de las *ordenanças* —aunque se reveló igualmente obstinada—, chocó frontalmente con la firme voluntad de Albuquerque, que estaba decidido a mantenerlas y así lo hizo, pues se mantuvieron en vigor hasta la fecha de su muerte. Como cabría esperar, Lope Soares de Albergaria se apresuró a eliminarlas en cuanto llegó a la India, alegando que se trataba de un instrumento de opresión para los soldados.

Estas compañías, que Alfonso de Albuquerque favoreció enormemente [47] y de las cuales se sirvió en muchas de sus conquistas, fueron —con la excepción de las fugaces tentativas de creación de cuerpos semejantes durante los gobiernos de Juan de Castro y Luis de Ataíde (1568-1571)— las únicas fuerzas militares debidamente estructuradas, dirigidas por una cadena de mando de carácter permanente (capitán, sargento, alférez, cabo de escuadrón y otros funcionarios dedicados al cumplimiento de tareas de carácter burocrático) que existieron en el Estado de la India hasta la década de los años ochenta, apartándose, de esta manera, de la indisciplina que reinaba habitualmente en el seno de las tropas portuguesas estacionadas en la India [48].

Reclutamiento y remuneración

El reclutamiento de los soldados y las tripulaciones de las flotas se realizaba, en gran medida, mediante el sistema del voluntariado. Habitualmente, los militares que servían en la India estaban ligados al ejército por un período de tres años, pero, en algunos casos, el plazo se extendía, de manera que podía significar hasta siete u ocho años.

A excepción de lo que ocurría con los artilleros y otros cuerpos especializados de número reducido, estos soldados partían hacia la India sin un destino previamente definido. En efecto, se enrolaban bajo la denominación general de «gentes de guerra», sin que en su título constase el nombre de la fortaleza o lugar de destino. Sólo a su llegada a Ma-

[47] Sus soldados percibían sueldos más elevados que los demás. Asimismo, se agraciaba semanalmente a todos aquéllos que se distinguían en los ejercicios de tiro.

[48] Sobre este asunto, véase nuestro trabajo (V.L.G.R.) *A organização militar do estado Português da Índia* (ver cap. IV, nota 53).

labar, primero y a Goa, más tarde, se les despachaba para que sirviesen en cualquiera de las plazas en donde se necesitaran hombres o bien, se embarcaban en las diversas flotas que en el transcurso del año se hacían a la mar cumpliendo misiones relacionadas con la soberanía portuguesa, la vigilancia o la conquista.

Desde el comienzo, este hecho provocó el lastre de la indisciplina de las tropas que, sintiéndose libres para optar por el lugar que más les conviniese, en muchas ocasiones procuraban lograr un traslado a las plazas más favorables para el comercio privado y una vez allí, abandonaban rápidamente su condición de militares, partiendo en busca de fama y fortuna. Las quejas sobre la fuga de hombres de las fortalezas y la armada fueron una constante a lo largo del siglo XVI y su explicación residía en el hecho de que no existía ninguna estructura de encuadramiento de los soldados ni tampoco, como hemos dicho anteriormente, una organización de cuerpos militares permanentes y dependientes de un mando centralizado. Éste existía solamente —y aún así de una forma muy vaga— cuando se encontraban realizando una campaña o bien, llevando a cabo una misión en la armada.

No obstante, hubo algunos años en que, con el propósito de proceder a preparar las dotaciones de las flotas de la Línea, fue necesario recurrir a la incorporación de deportados que partían hacia el Índico en situaciones realmente difíciles, ganando lo mínimo para su sustento, pues, al contrario de lo que sucedía con los demás, no se les pagaba ningún sueldo. Aún así, el viaje de ida hacia la India se presentaba para estos hombres como el medio más eficaz para «redimirse» de las causas que pesaban sobre ellos —para ello bastaría, en principio, con tener un comportamiento valiente en el campo de batalla que contribuyese a enaltecerlos a ojos de sus superiores— y les abría la perspectiva de poder participar, como elementos activos, en el maravilloso universo de las especias y las drogas orientales.

El recurso del empleo de desterrados o bien el envío de niños con el propósito de suplir la falta de hombres en la India —que se acentuó a medida que se acercaba el final del siglo— fue, no obstante, un baldón cuyo origen cabe situarlo aún antes de la mitad del siglo XVI. Sin embargo, al contrario de lo que se ha afirmado, en la segunda mitad de este siglo hubo varios períodos relativamente largos en los que el número de voluntarios excedió con mucho el monto de las cantidades solicitadas por la India. En esta misma época comenzó también a enviarse

adolescentes y simultáneamente, niños que, una vez llegados a Goa ingresaban en el séquito de los hidalgos en calidad de pajes y posteriormente se convertían en soldados.

Las condiciones ofrecidas a los soldados variaban también en función de los momentos de mayor o menor necesidad en que se encontrara el Estado, razón por la cual, durante muchos años, hubo soldados en la India que recibían sueldos diferentes.

Además de estas diferencias, existían aún las que se derivaban de la clase de funciones que desempeñaban cada uno de ellos en el seno de la estructura militar. A decir verdad, a los arcabuceros y a los artilleros, por ejemplo, se les pagaban sueldos sustancialmente más elevados que aquellos que se entregaban a los simples soldados. Por el contrario, se entregaba la misma cantidad de alimentos a todos ellos, a excepción de los cargos más importantes, en donde las cuantías variaban en virtud de la categoría del puesto.

En lo que respecta a la nobleza, formada por hidalgos, caballeros o simples escuderos que, en la mayor parte de los casos, residían en la Casa Real, obtenían asimismo el pago de sus *tenças* o *moradías* (N. del T.: pensiones concedidas por el rey a sus hidalgos), lo que producía un aumento de sus respectivos patrimonios. No obstante, como afirma el autor del *Livro das Cidades e Fortalezas* (...), éstas no constituían las principales fuentes de sus ingresos, ya que

> ...las moradías y sueldos siempre les son muy mal pagados, ya que la intención principal de los portugueses es prestar servicio al rey sin tratar acerca del pago, confiando en la real benevolencia de sus señores (...), quienes premian las acciones proporcionándoles la capitanía de fortalezas y lugares que tienen en diversas partes de la India y de otros muchos cargos que en ellas tiene de los cuales los portugueses sacan provecho y obtienen muchas y sustanciosas rentas [49].

A todos estos beneficios se les unían los procedentes de las actividades corsarias, por no hablar de las innumerables actividades ilegales que, como es bien sabido, encontraban terreno abonado en la India.

[49] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Coroa de Portugal tem nas partes da Índia, e das Capitanias, e mais cargos que nelas há, e da importância deles* (edición preparada por F. Mendes da Luz), Lisboa, 1960, p. 19.

Asimismo, el hecho de que desde muy pronto se hubieran acumulado los sueldos atrasados, debido a los constantes problemas a que se enfrentaba la Hacienda Real, contribuyó en buena medida a esta relajación de las costumbres. A su vez, este fenómeno contribuyó a que se debilitaran los lazos que unían a los soldados con el Estado, con la consecuente creación de vínculos de dependencia personal a través del desarrollo del sistema de las *mesas*. En la India se decía que un hidalgo daba «mesa» cuando sustentaba a un número variable de soldados —mayor o menor según sus posibilidades— a quienes proporcionaba comida y, eventualmente, alojamiento. De esta manera, estos soldados se convertían en individuos dependientes del noble, quedando obligados a servir en campaña a sus órdenes. La hidalguía, mediante este sistema, no sólo afirmaba su supremacía e incrementaba su prestigio social, sino que también conformaba su séquito de *paniaguados*, hecho que adquiría una importancia vital durante los combates y, fundamentalmente, en el transcurso de las expediciones de saqueo.

El atraso en los pagos de los sueldos acentuó la desorganización militar, pues llevó a muchos aventureros a abandonar el servicio a la Corona: sintiéndose privados de las cantidades a que tenían perfecto derecho mediante un acuerdo contractual realizado en el momento de su partida, se encontraban libres para poder decidir sobre sus propios destinos.

Con la acumulación de los sueldos atrasados en el Centro de Reclutamiento (organismo en donde se encontraban inscritos todos los soldados de la India y que controlaba el pago de los vencimientos, allí se guardaba toda la documentación al respecto) se estaba minando la propia operatividad del sistema político-militar, situación agravada por los sucesivos fraudes de los capitanes de las fortalezas, que en ocasiones hacían constar en el registro a soldados inexistentes o que ya habían fallecido, para así quedarse con sus respectivos sueldos.

Los atrasos en el pago de los soldados —al mismo tiempo responsable de las dificultades para organizar las flotas que todos los años partían de Goa y otras plazas, no se dieron de la misma forma en lo que respecta a la manera en que el Estado de la India se relacionaba con las tropas paganas que estaban a su servicio. Éstas, recibían su paga puntualmente y de esta manera, los portugueses procuraban evitar cualquier descontento que pudiese poner en peligro el pacto de fidelidad. Piezas importantísimas en el contexto de la estructura militar lusa durante todo el siglo XVI, estas tropas asiáticas estuvieron presentes —en

número muchas veces superior al de los portugueses— en la mayor parte de los grandes conflictos militares terrestres y, asimismo, suponían un número significativo de hombres en lo que respecta a la armada. Estos soldados asiáticos a sueldo de los portugueses se designaban, habitualmente, con el nombre de *lascarines*.

Asimismo, en las fortalezas también existían grupos de soldados paganos integrados en sus respectivas guarniciones y que por permanecer en sus puestos durante todo el año recibían no sólo un sueldo —que resultaba inferior al que percibían sus camaradas de armas portugueses— sino que también tenían derecho a recibir alimentos. En los contados casos en que se verificaron atrasos en los pagos —como ocurrió en Diu en 1540, por ejemplo, en donde lo lascarines se rebelaron girando los cañones hacia el interior de la fortaleza [50]— sólo la rápida solución del problema alcanzó a evitar males mayores.

Además de esta tropas que, como hemos señalado resultaban esenciales para el mantenimiento de los intereses del Estado de la India y sin los cuales habría sido imposible para un reducido contingente de guerreros europeos —por fuerza— realizar conquistas tan arduas y tan distantes, aún hay que sumar los contingentes de esclavos utilizados tanto en la armada como remeros, como en el ejército actuando como elementos de apoyo para sus señores, a quienes prestaron innumerables e inestimables servicios.

Finalmente, estaban los *casados*, que conformaban una especie de tropa de segunda línea y que servían en caso de conflictos abiertos. Estos hombres, que al casarse perdían su estatuto de soldados, recibieron sueldo como los demás hasta 1524, fecha en la que el virrey Vasco da Gama «quitó los sueldos y las provisiones a los casados, a los que no tolerasen si no era por causa de una guerra en que peleasen o formaran parte de una armada» [51].

Las flotas

La presencia lusa en Oriente comenzó por circunscribirse prácticamente a las flotas, ya que sólo a partir de las conquistas de Albu-

[50] Cf. Carta de D. Juan de Castro al infante D. Luis (30 de octubre de 1540), pub. en *Obras Completas de D. João de Castro [...]*, vol. 3, p. 29.

[51] G. Correia, *Lendas da Índia* ..., vol. III, p. 29.

querque se establecieron contingentes significativos de hombres en el ejército de tierra. Comencemos, pues, por analizar la composición de las flotas. Llevaban a bordo, naturalmente, elevados contingentes de soldados, hecho que se derivaba del estado de guerra permanente que se vivía en las aguas del Índico; la soldadesca aseguraba la defensa de los navíos en caso de abordaje o bien garantizaba la victoria en combates cuerpo a cuerpo, una vez que el fuego de los cañones hubiese disminuido considerablemente la capacidad de respuesta del enemigo.

Además de éstas, existían a bordo otras dos categorías de individuos: los hombres del mar, es decir, la tripulación, y los artilleros, que se encargaban del manejo de las armas pesadas.

El grupo de los marineros estaba constituido por un maestre y un piloto (a veces, estas dos funciones eran acumuladas por un mismo individuo), un contramaestre, un guardián, a quien competía el orden dentro del barco, las maniobras de combés y los aparejos que constituían el sistema de amarras, dos calafates, que estaban encargados del calafateo del navío con el propósito de mantenerlo en perfectas condiciones, dos carpinteros, dos estrinqueros, para realizar las maniobras de las vergas, un proveedor, un barbero, un sangrador, marineros y grumetes, cuyo número variaba en función del tonelaje del navío. Finalmente, había dos clérigos a bordo, que se ocupaban de dar el necesario apoyo espiritual a la tripulación.

Con la proliferación de embarcaciones de remo en el Índico —galeras, galeones, embarciones de carga y navíos mixtos destinados a operar en aguas poco profundas, sobre todo en las proximidades de la costa o en los estuarios y en los canales de los ríos— surgen también en la documentación múltiples referencias acerca de la presencia de ciertos comités a quienes competía mirar por los intereses de la marinería, en lo cuales se integraban, naturalmente, los remeros, entre los que había, a su vez, esclavos, desterrados y paganos contratados.

El número de artilleros variaba en función del tipo de navío y estaban dirigidos por un condestable. Éste, sólo respondía ante el capitán, dado el carácter específico de sus funciones.

La soldadesca completaba la plantilla de la armada, cuyas cantidades dependían igualmente de la clase de embarcación y de los cometidos específicos de cada armada.

Entre las diversas flotas que eran organizadas anualmente en la India, o que partían de Portugal con una misión definida, merecen destacarse especialmente las armadas del Estrecho, que debían controlar los accesos al Mar Rojo y a la costa meridional de Arabia. Formadas en muchas ocasiones en el Reino durante el mandato de Manuel I, estas escuadras tenían la misión, inicialmente, de atacar el tráfico mercantil musulmán que se dirigía a Egipto, obteniendo importantes presas, fundamentalmente en la década de los años 1520-1530 e incluso en la siguiente. Pero, posteriormente, los navíos enviados a esta región comenzaron a actuar en función de la estrategia de combate emprendida contra los turcos.

Otras flotas que se aprestaban en Goa se destinaban a recorrer la costa de Malabar durante todo el verano, con el propósito de disminuir el alcance del saqueo de los piratas sobre los convoyes que traían la pimienta para las flotas y los suministros para Goa, además de servir de escolta a los navíos que se dirigían en aquel área a China, Malaca, Molucas, Bengala y Coromandel.

Existía otra armada de gran porte cuya sede estaba en Malaca y estaba compuesta por un número variable de embarcaciones, pero nunca inferior a un galeón y seis navíos de remo. Se destinaba a proteger no sólo la ciudad, sino toda la navegación portuguesa que circulaba por el Estrecho.

Además de las flotas regulares, existían otras que, teniendo como base la isla de Goa, se dirigían allí en diversas ocasiones durante el verano, ya fuera para abastecerse o para recibir nuevas órdenes una vez concluidas las operaciones militares que les hubiesen sido asignadas [52].

Finalmente, una última referencia a las pequeñas fuerzas navales que existían en cada una de las fortalezas portuguesas en el Índico, que resultaron ser piezas fundamentales para el mantenimiento y el funcionamiento eficaz de las mismas. Generalmente conformadas por un número variable de embarcaciones (que resultaba mayor o menor en consonancia con la importancia estratégica o económica de la plaza en cues-

[52] Para tener una visión más profunda acerca de los movimientos navales que se efectuaron desde Goa, véase A. Botelho de Sousa, «A Armada e o Império da Índia», en *História da Expansão Portuguesa no Mundo*, 3 vols., Lisboa, 1939, vol. II, cap. VIII, pp. 98-99.

ción) no sólo actuaban como elemento disuasor ante eventuales ataques de las potencias rivales, sino que también hacían posible la extensión de la influencia portuguesa en el área en que actuaban y, en caso de ataque, permitían, asimismo, solicitar ayuda rápidamente a las guarniciones más próximas.

En ocasiones, cuando la situación político-militar obligaba a ello, se organizaban otras flotas. En este sentido, destacan las poderosas flotas que acudieron en socorro de Diu en 1538 y 1546.

Las fortalezas

La organización militar de las plazas portuguesas en Oriente en aquel entonces, tenía un carácter extremadamente simple y, sobre todo, presentaba una gran uniformidad desde Sofala hasta Molucas, ya que había sido calcada del modelo que anteriormente se había utilizado con éxito en el norte de África y en Mina.

Dirigidas por capitanes que detentaban una significativa autonomía —ya que apenas si tenían lazos de dependencia con el Gobernador o el Virrey—, la estructura de las fortalezas incluía los siguientes cargos: alcalde mayor, que se ocupaba de la defensa de la fortaleza y sustituía al capitán en su ausencia; alcalde o alcalde menor, condestable, *sobrerronda* (inspector del servicio de ronda), que se encargaba de coordinar las rondas o vigilancias y alcalde marítimo, responsable del control policial del puerto y de los hombres adscritos a la plaza.

Asimismo, en las fortalezas existía un cuerpo de artilleros, que era una pieza fundamental, dada la importancia de la artillería para su propia defensa. Su número variaba, naturalmente, según la importancia y la dimensión de las plazas, como cabe observar en el *Regimento das Fortalezas da Índia de 1564*, que establece un total de 15 artilleros para las fortalezas de Ormuz y Diu, 3 para Cananor, 8 para Cochín, 10 para Malaca y 6 para Molucas [53]. Estos hombres sólo respondían ante los condestables que, a su vez, a semejanza de lo que ocurría en el mar, estaban bajo las órdenes directas del capitán.

[53] Cf. nuestro estudio (V.L.G.R.), *A organização militar [...]*, cuadro n.° 5.

Además de estas fuerzas, existía un cuerpo de marineros destinados a la flotilla adscrita a la fortaleza y, finalmente, los soldados. En las plazas más importantes existía también la guardia del capitán.

De acuerdo con los reglamentos y los presupuestos, debía existir un número fijo de soldados, establecido previamente, que variaba de fortaleza en fortaleza, desde una pocas decenas para las de menor importancia hasta los centenares para aquellas que resultaban más relevantes. Sin embargo, nunca se cumplían las cantidades establecidas, a no ser en los inhabituales momentos en que se procedía a pagar los sueldos de los soldados en que «milagrosamente» aparecían todos los hombres para recibir el dinero, tanto si tenían derecho a ello como si no. Debido al incumplimiento de estas normas, hubo muchos casos en los que las fortalezas estuvieron a punto de perderse ya que no había suficientes hombres para defenderlas. En muchos casos, éstos fueron sustituidos por las tropas de paganos y los *casados*, conjuntamente con sus esclavos.

A decir verdad, los hombres adscritos a las fortalezas se preocupaban, sobre todo, de sus asuntos particulares, lo mismo que ocurría con todos aquellos que, vagando o llevando una vida miserable por los arrabales de Goa, Malaca, Cochín, etc., impedían el abastecimiento regular de las flotas. En muchas ocasiones, éstas sólo alcanzaban a equiparse convenientemente mediante el empleo de ciertos estratagemas destinados a atraer a los hombres con falsas promesas para que embarcaran —es el caso, por ejemplo, de los «sueldos de embarque».

Francisco Rodrigues da Silva, militar portugués que combatió en la India a finales del siglo XVI, dibuja en sus *Memórias de um soldado na Índia* un cuadro inquietante que habla de desidia, depravación moral y relajación de las costumbres que, si bien se refieren al caso concreto de Ormuz, cabría extender perfectamente a la gran mayoría del resto de las plazas portuguesas en Oriente:

> El alcalde mayor se levanta por la mañana y baja a abrir las puertas, sin antes asegurarse de que realmente las puede abrir. Después de abiertas las puertas por diez porteros que cumplen con la tarea de abrir y cerrar las puertas (y luego de abiertas, éstos se dirigen a sus casas para ocuparse de sus respectivas familias), llega el capitán o caporal de aquel cuarto de guardia (...). Y antes de que venga alguno

> de sus soldados transcurren por lo menos dos horas, porque todos se van a hacer sus propios negocios antes de presentarse a cumplir la guardia y después en llegando a las puertas sin prisa alguna, envían delante a algún negro o negra portando una albarda o lanza vieja. Y es notorio que todos o la mayor parte de estos soldados de la guardia residen fuera de la fortaleza en la ciudad de los moros (...) [54].

La reformas militares puestas en práctica por don Sebastián, que condujeron en 1570 a la creación definitiva en el Reino de las compañías de *ordenança* [55], no surtieron ningún efecto en la India. En efecto, la aplicación del «Reglamento de los Capitanes Mayores» sólo comenzó a hacerse en la década de 1580-90, en la medida en que sabemos que el intento de creación de estas compañías en la India por parte de Luis de Ataíde se tradujo en un nuevo fracaso.

Sin embargo, su creación en la década de 1580 no impidió que la indisciplina, el carácter disoluto y, en resumidas cuentas, la desorganización a que se refería Francisco Rodrigues de Silveira, continuasen aumentando considerablemente. Al contrario de lo que se esperaba de estas medidas, acabaron por sumarse a la tendencia a la desorganización y la disgregación de carácter generalizado que afectó al resto de las instituciones portuguesas en Oriente, durante gran parte del siglo XVII.

Paradójicamente, a pesar de todas estas claras deficiencias de carácter organizativo, el Estado de la India siguió siendo una gran potencia militar en Oriente hasta las primeras décadas del siglo XVII.

Por consiguiente, nos parece claro que a lo largo del siglo XVI se dio una situación ambigua, que fue definida en curiosos términos por Pero de Faria cuando, en 1525 escribía a Juan III acerca del peligro de un eventual ataque otomano:

[54] F. Rodrigues da Silveira, *Memórias de um Soldado da Índia*, Lisboa, 1987, pp. 120-121.

[55] Con la promulgación en aquel año del «Regimento dos Capitães-Mores», el monarca portugués definió un conjunto de disposiciones complementarias destinadas a regular la instrucción de los cuerpos entonces creados. Cf. Biblioteca da Ajuda, *Regimento dos Capitães-Mores e mais capitães e oficiais das companhias da gente de cavalo, e de pé, e da orem que terão em se exercitarem*, BA, 44-XIII-60, n.º 5, hoja 60-75.

> No se extrañe Su Majestad de que pueda ocurrir un desastre en la India, porque hacia allí se dirige la flota turca, que cuenta entre sus filas con muchos hidalgos y caballeros que cuando es menester se arrancan las barbas de vergüenza [56].

La organización eclesiástica

El cuadro que estamos dibujando acerca de la organización del Estado portugués de la India se quedaría incompleto sin una referencia, si bien suscinta, a las estructuras eclesiásticas. En efecto, siendo el catolicismo la religión oficial, los obispos, vicarios y otros clérigos estaban a cargo del erario público y en ocasiones, se les encargaban misiones diplomáticas e incluso el cumplimiento de funciones civiles, tales como el gobierno interino del Estado si éste estaba vacante o el gobernador se hallaba ausente. Por otro lado, la iglesia estaba al cuidado de una poderosa estructura de «conversos», dentro y fuera del territorio administrado por Portugal, prolongando, de alguna manera, la acción del Estado más allá de sus límites territoriales.

La Iglesia y el Estado de la India

El expansionismo portugués siempre se presentó como una consecuencia de la vocación universalista de la Iglesia. Cuando menos, éste siempre fue apoyado por los estamentos eclesiásticos, ya fuera en la Reconquista o más tarde, en la aventura allende los mares. En muchas ocasiones, la actitud de la Santa Sede resultaba ambigua: en un principio apoyaba y estimulaba las conquistas de la Cristiandad en territorio infiel, pero en la práctica tendía casi siempre a favorecer sus lazos con la poderosa Castilla, dejando a un lado —si era necesario— las pretensiones del pequeño Portugal. Es una historia tan sutil como llena de complejidades, cuyo análisis desborda el marco propuesto por esta obra. Bastará con apuntar que —concedido de buen grado o arrancado a base de negociaciones diplomáticas— el apoyo pontificio se tradujo la mayor

[56] *Sumário das Cartas que vieram da Índia no ano de 1525*, ANTT, Fundo Antigo, n.º 875, hoja 17 v.º.

parte de las veces en la concesión de bulas de la Cruzada que, por un lado, bendecían las expediciones y a los que tomaban parte en ellas y, por otro, permitían a la Corona cobrar impuestos sobre los beneficios eclesiásticos —que habitualmente estaban exentos— para contribuir a financiar las empresas.

Si bien no se identificaban por completo, los intereses de ambas instituciones tenían muchos puntos en común, como cabe comprobar analizando el caso de la India portuguesa.

En un principio, el proceso fue relativamente simple: la Corona sometía nuevos territorios al poder cristiano y la Iglesia, al amparo de estas acciones, adoctrinaba a la población local haciendo crecer lentamente el número de fieles, lo que, a su vez contribuía a la creación de un núcleo de adictos a la causa portuguesa. De esta manera, la acción de los sacerdotes contribuía a consolidar los intereses estratégicos del Estado de la India [57]. Los clérigos, al igual que ocurría con todos aquellos que embarcaban hacia Oriente, lo hacían con la autorización del rey de Portugal y dependían en gran medida de los capitales que la Corona movilizaba al respecto. A cambio, los religiosos proporcionaban al Estado una estructura de organización de los conversos.

En la primera mitad del siglo XVI esta acción se limitó, salvo contadas excepciones a los alrededores de las plazas portuguesas. Sin embargo, a mediados del siglo, como consecuencia de la llegada de los primeros jesuitas a la India en 1542, lo que suscitó la emulación por parte de otras órdenes, se dio un gran impulso a la acción misionera, que habría de modificar la situación de forma sustancial. La acción evangelizadora no sólo se acentuó en los lugares en donde la presencia portuguesa constituía un hecho, sino que comenzó a extenderse decididamente hacia otros lugares más remotos. En algunos enclaves, situados en el Imperio Mongol, el Tíbet o el interior de China, ni el Estado ni los mercaderes privados alcanzaron nunca a seguir a los misioneros, si bien en algunas ocasiones los utilizaron como agentes diplomáticos. En otras regiones, como sucedió en Japón y más tarde en Timor, los caminos abiertos por los religiosos acabaron siendo trillados, en mayor o en menor medida, por los concesionarios o incluso por las fuerzas del Estado. De esta manera, si bien la líneas de navegación y comercio ex-

[57] Cf. capítulo II, apartado 5.

ploradas por la Corona o por los mercaderes sirvieron para la difusión de los misioneros, que utilizaban las plazas portuguesas como base de operaciones, el Estado y los mercaderes no dejaban de aprovecharse de los caminos que les abrió la Iglesia. Como veremos, esta simbiosis de intereses no fue total, ni faltaron los conflictos. Los jesuitas, en particular, adoptaron en ocasiones una estrategia evangelizadora bastante independiente de la propuesta por el Estado.

En términos institucionales todo el clero activo en el Estado de la India estaba integrado en el Patronato Portugués de Oriente.

En los siglos XV y XVI el papado, demasiado concentrado en las sucesivas crisis que atravesó la iglesia romana —del Gran Cisma a la Reforma— no se preocupó de la evangelización con el mismo interés con que se preocupara en los siglos XIII y XIV, cuando con el beneplácito y el estímulo de Roma, los franciscanos llegaron a Mongolia y a China y los dominicos fundaron misiones en Persia y Malabar. Sin medir quizás el alcance misionero de la expansión iniciada por Portugal en el siglo XV, concedió a la Orden de Cristo, sin oposición alguna, el patronato de todas las iglesias que erigiese en ultramar. Con la subida de don Manuel al trono, gobernador de la Orden —hecho que se produjo en 1495— este derecho de patronazgo cambió de *facto* para la realeza, en donde quedó de *jure* integrado con la unión definitiva de los maestrazgos a la Corona en 1551. Según José Mattoso

> ...se denomina patronato al conjunto de derechos y deberes que un señor, normalmente (pero no necesariamente) seglar ejerce con respecto a una iglesia o un monasterio, como si se tratase de bienes privados (...). Es el equivalente, para las instituciones eclesiásticas, a la privatización de los derechos públicos o estatales, tan característica de la sociedad feudal [58].

En el Estado de la India, este derecho dejaba en manos del rey el abastecimiento de las vicarías y más tarde, cuando los hubo, de los obis-

[58] J. Mattoso, «Padroado», en *Dicionário Ilustrado de História de Portugal*, 2 vols., Lisboa, 1986. Sobre esta institución, véanse también los estudios de A. da Silva Rego, *Le Patronage Portugais de l'Oriente —aperçu historique*, Lisboa, 1957 y *História das missões do Padroado Português do Oriente— Índia (1500-1542)*, vol. 1 (el único publicado), Lisboa, 1949, pp. 92-94.

pados. Por otro lado, puesto que la Línea de la India era un monopolio del Estado, sólo mediante la autorización del monarca podían embarcarse misioneros en dirección a Oriente, lo que permitía, incluso en el caso de las órdenes religiosas, la realización de una cierta «tamización». A estos dos factores se le sumaba el hecho de que los diezmos percibidos de los fieles en las diferentes regiones de la India resultaban insuficientes para el mantenimiento de los numerosos miembros del clero que desde mediados del siglo XVI residían y trabajaban allí —lo que colocaba a las misiones en una cierta dependencia económica en relación a la Corona.

Entre los jesuitas, fundamentalmente, abundaban los misioneros extranjeros, la mayor parte de ellos italianos y españoles. Sin embargo, en términos generales, tendían a considerarse casi totalmente como súbditos del monarca que los protegía y a quien, de alguna manera, servían. En este aspecto, consideramos particularmente curiosa y reveladora de la existencia de esta sintonía en una expresión utilizada por San Francisco Javier en una de sus cartas de 1549. En ella escribe, cuando se dirigía en dirección al Japón en compañía de otros dos jesuitas también españoles y de tres japoneses, «vamos tres portugueses y tres japoneses (...)» [59].

Sin embargo, aún así esta circunstancia se alteró hacia finales del siglo, en primer lugar debido a la ocupación de las Filipinas por los españoles, lo que llevó a don Sebastián a prohibir que los jesuitas de esa nacionalidad fuesen a trabajar al Asia oriental [60] y posteriormente, en virtud de la ascensión al trono portugués de Felipe II de España [61].

Debido al derecho de patronazgo concedido a la Orden de Cristo, su vicario, que estaba instalado en Tomar, sirvió inicialmente como obispo diocesano de todas las iglesias de ultramar. Esta situación cambió el 12 de junio de 1514 con la creación de la diócesis de Funchal, que abarcaba inicialmente todos los territorios de ultramar a excepción de

[59] «Carta de Francisco Xavier para o padre João da Beira» (Malaca, 20 de junio de 1549), en *Documentação Para a História das Missões do Padroado Português do Oriente-Insulíndia*, dir. por A. Basília de Sá, 6 vols., Lisboa, 1954-1958, 1988. *Doc. cit.* en vol. 1, pp. 606-610.

[60] El monarca temía que los misioneros de origen español, movidos por una natural simpatía hacia sus compatriotas, ayudasen a los comerciantes de Manila a penetrar en los mercados controlados por el Estado de la India.

[61] Acerca de los conflictos que surgieron entonces, ver cap. VI, apartado 3.

Marruecos. Fue precisamente mediante la bula que instituyó este nuevo obispado (*Pro excelenti praeeminentia*), como se constituyó el sistema mediante el cual los nombramientos de personal eclesiástico para servir en Oriente fueron eliminados de las responsabilidades que competían al vicario de Tomar y quedaron definitivamente bajo la tutela del rey, como administrador perpetuo de la orden [62].

De esta manera, la Corona consolidaba su espacio de maniobra pero al mismo tiempo, adquiría una enorme responsabilidad, pues debía sustentar a todos los misioneros que trabajasen en el Patronato. En el transcurso de todo el siglo XVI y parte del XVII, la evangelización de los nuevos mundos fue confiada a los reyes de Portugal y España. Ya en el siglo XVII, cuando la monarquía filipina comenzó a flaquear, la Santa Sede resolvió actuar directamente en los territorios de ultramar, creando en 1622 la *Sagrada Congregação de Propaganda Fide*, una especie de «ministerio de las colonias» del Vaticano, encargado de centralizar la acción misionera, que en los años 1637 y 1638 envió en dirección a Oriente a los primeros administradores apostólicos, lo que creó un conflicto jurisdiccional con el Patronato [63].

Desde la llegada de los primeros padres a la creación de la diócesis de Goa

En la armada que partió de Lisboa en 1497 bajo el mando de Vasco da Gama, iban a bordo dos o tres sacerdotes que servían como capellanes. No obstante, el primer contingente de religiosos que partió de Lisboa con el propósito específico de consolidar y extender el cristianismo en la India, fue el que embarcó en la flota de Pedro Alvares Cabral en 1500, compuesto por ocho franciscanos (dirigidos por fray Enrique de Coimbra) y nueve sacerdotes seculares. Algunos de ellos resultaron víctimas del asalto a la factoría de Calicut, otros se quedaron en Cochín y la mayor parte, regresó a Portugal.

[62] Cf. J. M. dos Santos Alves, *Notícias de Missionação e Martírio na Índia e Insulíndia*, Lisboa, 1989, pp. 17-18.

[63] Cf. segundo volumen, capítulo V.

Los primeros años, cuando la presencia portuguesa en tierras orientales se limitaba a unas pocas fortalezas instaladas en territorios de príncipes aliados, se supone que los religiosos, principalmente franciscanos, «hacían poco más que confesar a las tripulaciones, celebrar misas en las escuelas, dar los últimos sacramentos a los moribundos y posiblemente, cuidar de los enfermos» [64]. De esta manera, atendían, por encima de todo, a las necesidades espirituales de los portugueses, si bien comenzaron también a ejercer alguna clase de actividades catequistas en las iglesias que comenzaban a ser erigidas en las inmediaciones de las fortalezas y las factorías de Malabar.

Aunque se tratase de una estructura bastante incipiente, desde muy pronto hubo una suerte de representación jerárquica, pues en 1505 llegó a la India el primer vicario general, cargo que cobraba sentido en el momento en que el primer virrey era enviado en dirección a Oriente. Los vicarios de las fortalezas y el resto de los clérigos residentes en la región estaban subordinados al vicario general y a su vez, éste representaba al cuerpo eclesiástico ante el virrey. Asimismo, dentro de sus competencias estaba la de velar por el control de la buena labor de los diferentes sacerdotes, procurando evitar abusos y conductas poco ejemplares [65]. De esta manera, sus funciones eran de carácter fundamentalmente administrativo.

Según Silva Rego, el primer titular habría sido el maestre Diego (1505-1510) [66], acerca de quien se sabe muy poco. Acerca de su sucesor, el padre Juan Fernandes (1510-1512) conocemos algo más, pues fue cesado en sus funciones por Alfonso de Albuquerque, con el pretexto de que cooperaba con sus opositores.

Este incidente no resulta extraordinario, ya que los vicarios generales debían residir en aquel momento en Cochín, primer centro de la presencia portuguesa en el Índico y al mismo tiempo, como ya vimos, centro de la contestación a la política de el Terrible. Viviendo en Ma-

[64] J. M. Santos Alves, Notícias de missionação [...], pp. 14-15.

[65] A juzgar por la escasa documentación que poseemos, ni siquiera la presencia de un vicario general impediría que el clero de la India cayese con frecuencia en los vicios que caracterizaban de una forma general a toda la jerarquía de la iglesia romana, en estos años inmediatamente posteriores a la Reforma. Véase, por ejemplo, «Carta de Gonçalo Fernandes a el-rei de Portugal» (1510), en *Doc Padroado Índia*, vol. 1, p. 77-80.

[66] Cf. A. da Silva Rego, *Historia das Missões do Padroado Português do Oriente-Índia (1500-1542)*, Lisboa, 1949, p. 287.

labar no resulta extraño que dicho clérigo se identificase con las preocupaciones del «pueblo de Cochín».

De los pocos datos que poseemos acerca de estos primeros años, cabe inferir que en 1514 el cargo fue ocupado por fray Domingo de Sousa y en 1519, por fray Luis de Vitoria.

No obstante, la presencia de vicarios generales en la India resultaba insuficiente para el buen funcionamiento del aparato eclesiástico, en la medida en que no podían ejercer las funciones y poderes estrictamente reservados a la dignidad episcopal. De esta manera, la India carecía de la visita regular de administradores apostólicos u «obispo de sello», cuyas competencias (fundamentalmente la de conferir el sacramento de la iglesia y la administración del sacramento de la confirmación) completaban las funciones de carácter jurisdiccional confiadas a los vicarios generales.

Después del fugaz paso por la India del dominico Duarte Nunes, obispo titular de Laodiceia, que tuvo lugar aún durante el gobierno de Albuquerque, pero que aparentemente no produjo grandes resultados prácticos, en 1500 desembarcó en Goa fray André de Torquemada, el primer «obispo de sello». Dicho prelado permaneció en la India durante un período de dos años. Un año después de su partida, llegó a Goa su sucesor, llamado don Martinho, de quien aún se sabe menos, hasta el punto de que se ignora si murió en la India o regresó a Portugal. Tan sólo se sabe con certeza que en 1532 llegó a la India un tercer obispo, fray Fernando Vaqueiro [67]. Mientras tanto continuaban siendo nombrados vicarios generales, habitualmente por períodos de tres años de duración a semejanza de lo que ocurría con el resto de los cargos administrativos. Excepcionalmente, el padre Miguel Vaz se mantuvo en funciones por un largo período (1532-1547).

Finalmente, en 1534, los territorios situados al este del cabo de Buena Esperanza adquirieron la autonomía eclesiástica con la creación de la diócesis de Goa mediante la bula *Aequum Reputamus*. En ese momento, el obispado abarcaba todo el área del Estado de la India, desde el sudeste africano al Extremo Oriente, sin embargo, la acción de la iglesia en esta vasta zona geográfica aún resultaba muy limitada. Creada

[67] Cf. F. de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, 4 vols., Porto, 1967-1971, vol. II, p. 35.

en 1534, la diócesis de Goa habría de esperar cuatro años para recibir a su primer pastor. El primer prelado nombrado por Juan III fue Francisco de Melo, pero su prematura muerte condujo al nombramiento posterior de fray Juan de Albuquerque, que por entonces era confesor del monarca.

Resulta importante destacar que la casi totalidad de los religiosos citados hasta el momento pertenecían a dos órdenes —franciscanos y dominicos—. Aún así, no puede decirse que dichas órdenes hubiesen diseñado ya en ese momento una política de acción misionera sistemática, sin embargo, constituían el sector de la iglesia más motivado para trabajar en tierras extrañas. En estos primeros años, los religiosos que actuaban en Oriente, se limitaban prácticamente a cumplir el papel que en Europa desempeñaba el clero secular. Cabe encontrar un claro ejemplo de esta situación en el hecho de que el primer convento de dominicos fue creado en Goa en el año 1548, por consiguiente, hasta entonces, los religiosos estaban dispersos en diferentes parroquias.

El desarrollo de la estructura oficial

En el transcurso de las cuatro primeras décadas del siglo XVI la actividad misionera fue muy escasa, limitada, como ya hemos visto, a una clase de conversos muy peculiar, razón por la cual, la incipiente estructura eclesiástica creada hasta entonces resultó suficiente. A decir verdad, la mayor parte de los asiáticos que se convertían al cristianismo en el interior de las plazas portuguesas o en sus inmediaciones lo hacían aparentemente por intereses de carácter socioeconómico o político, con el propósito de obtener el estatuto de cristianos. Por esta razón, no exigían la realización de un trabajo misionero demasiado persistente, situación que se unía a la permanencia de sacerdotes que no ponían demasiado empeño en la realización de sus respectivas tareas.

De esta manera, cabe comprender que en fecha tan tardía como 1537, se hubiese creado por vez primera un cargo destinado específicamente a los asuntos relacionados con los catecúmenos y neófitos: el *padre de los cristianos*. Este religioso estaba encargado no sólo de apoyarlos espiritualmente, sino también de defenderlos y garantizar que gozasen de forma efectiva de los numerosos privilegios que la Corona les otorgara. Hay que señalar que se trata de un cargo laico, pero que des-

de muy pronto fue entregado a los jesuitas (en 1557) que lo controlaron por espacio de dos siglos hasta su expulsión de los territorios de la Corona de Portugal, decretada por el marqués de Pombal en 1759.

Asimismo, la creación de seminarios también fue tardía, ya que los primeros fueron construidos en 1540-1541: uno en Cranganor y otro en Goa. De estos dos seminarios, tan sólo el de Goa se destinaba verdaderamente a la preparación de conversos para la carrera eclesiástica y para la vida misionera, ya que el de Cranganor sólo se utilizaba para formar al clero destinado a la comunidad sirio-malabar. En 1549 el colegio de Goa sería entregado a los jesuitas.

La lentitud del desarrollo de las estructuras eclesiásticas resulta quizás la consecuencia de una vivencia espiritual no demasiado exacerbada. Pero sin duda, constituye la consecuencia del expansionismo practicado por los portugueses en Oriente —un imperialismo marítimo, mucho más preocupado por el control de las rutas del comercio que por la dominación de espacios territoriales. La población bajo el control de los portugueses era pequeña en número y presentaba una gran dispersión. En este punto, resulta interesante realizar una comparación con lo que ocurría en aquel entonces en el imperio de Carlos V, en donde los españoles conquistaban grandes áreas del continente americano formando un imperio de características predominantemente terrestres. Al contrario de lo que ocurría con los portugueses, su movimiento expansionista asentaba sus bases en una idea colonizadora. Por consiguiente, no resulta extraño que cuando se creó finalmente la primera diócesis en la India, los españoles ya hubiesen creado nueve en el nuevo mundo, y asimismo, tampoco sorprende que al final del siglo existiesen seis diócesis en el Estado de la India en comparación con las veintisiete que funcionaban en la América española [68].

A partir de 1542 la situación en Oriente se alteró con la llegada de la evangelización militante iniciada por el espíritu enérgico cuyo punto de inicio cabe situar en el espíritu enérgico de San Francisco Javier. El reconocimiento por parte de la propia Iglesia Romana de la necesidad de imponer un nuevo estilo de vida y una mayor preparación moral y doctrinaria a todo el clero, cuyas bases se elaboran a partir de 1545

[68] Para las cantidades que afectan al imperio español, seguimos el estudio de J. Delumeau, *Le Catholocisme entre Luther et Voltaire*, París, 1971, p. 131.

en el Concilio de Trento, contribuyó ciertamente al desarrollo de la nueva dinámica evangelizadora. Al clero que vivía casi exclusivamente a la sombra de las murallas portuguesas se unieron entonces grupos de misioneros especialmente motivados para proceder a propagar el Evangelio entre los paganos en sus propias tierras. Si bien es verdad que los iniciadores del movimiento fueron los jesuitas, no es menos cierto que muy rápidamente fueron secundados por los franciscanos y dominicos y a partir de 1572, también por los agustinos.

Más tarde, en la década inmediatamente posterior a la llegada de la Compañía, la Corona portuguesa solicitó la creación de nuevos obispados, razón por la cual el cuatro de febrero de 1558 la Santa Sede elevó a Goa a la categoría de sede archiepiscopal y dividió los vastos territorios de su diócesis, creando las de Cochín y Malaca. Más tarde, el incremento de la presencia portuguesa en Extremo Oriente condujo a la fundación de otras dos: la de Macao en 1575 y la de Funai, en Japón, en 1588. En 1600 se crearía otra más en Malabar, con sede en Angamale. Sin embargo, esto no reflejaba un gran aumento de las conversiones, sino el deseo de controlar jurídicamente y en cierta medida latinizar, la cristiandad sirio-malabar, que hasta el momento estaba dirigida por obispos enviados desde la Mesopotamia por el Patriarca de los Caldeos [69]. En 1606 se creo el primer obispado en el Golfo de Bengala con sede en Santo Tomé y Meliapor. Mientras tanto, mediante la bula *Pastoralis oficii* del 13 de diciembre de 1572 se determinaba que en ausencia del arzobispo de Goa, el prelado de Cochín debería asumir inmediatamente el gobierno de la iglesia metropolitana.

Las grandes distancias que separaban los pequeños territorios del Estado de la India llevaron aún a la Santa Sede a promulgar el 12 de febrero de 1563 la breve *Superna dispositione*, que autorizaba al monarca portugués a nombrar administradores eclesiásticos destinados a Ormuz y al África oriental. Éstos podían administrar todos los sacramentos exceptuando el de la Orden. Más tarde, en 1612, los territorios africanos se constituían en prelatura, dependientes de la jurisdicción del arzobispado de Goa y gobernada por administradores eclesiásticos —generalmente sin carácter episcopal—, situación que se mantendría hasta el año 1940.

[69] Ver capítulo VI, apartado 4.

Las diversas órdenes religiosas poseían una organización interna de carácter autónomo. Tenían sus casas principales en Goa y estaban representadas en casi todas las plazas controladas por el Estado de la India. Sin embargo, algunas se especializaron en determinadas regiones. Los dominicos, por ejemplo, llevaron a cabo una acción particularmente notoria en Timor y la costa oriental africana, los agustinos, en Persia, los franciscanos en Ceilán y en las tierras de Bardez, territorios adyacentes a Goa, en la margen derecha de Mandovi y los jesuitas, en el Extremo Oriente, en la región meridional de la India, en la Corte del Gran Mongol y también en las tierras de Salcete, adyacentes a Goa por la parte sur.

Los franciscanos residentes en la India permanecieron ligados a la Provincia de Portugal hasta 1542. Entre 1517 y 1542 existió un comisariado de la India, que después dio lugar a la provincia de Santo Tomé de la India oriental. Éstos fueron los primeros en tener conventos en aquella región. El primero se creó en Goa en 1518 y el segundo, en Cochín en 1521.

Por su parte, los jesuitas confirieron un carácter autónomo a las misiones de Oriente en 1549, con la creación de la provincia de Goa. En 1583 se constituyó la viceprovincia de Japón, que también comprendía las misiones en China. Más tarde, en 1601, la provincia inicial se fraccionó en dos: la de Goa, con las misiones de África oriental, Etiopía y toda la India al norte de Goa y la de Malabar, abarcando el resto de la India, Ceilán e Insulindia. Poco después, la viceprovincia de Japón sería elevada a la categoría de provincia (1611), denominación que continuaría existiendo incluso después de la expulsión de los últimos misioneros del archipiélago en la década de 1630-1640 [70]. Mientras tanto, en 1623, se había separado de esta unidad mayor la viceprovincia de China.

En Asia oriental el Patronato portugués se vio enfrentado, a partir de 1565, a la presencia de misioneros ligados al *Patronato español*, instalados en las Filipinas desde 1565. Manila fue elevada a la categoría de sede del obispado en 1579.

[70] Los misioneros de la provincia del Japón procedieron entonces a actuar en Indochina y en el sur de China.

La presencia de religiosos que eran súbditos del rey de España en aquella región habría de crear algunas tensiones. En efecto, en el área de influencia portuguesa los jesuitas habían conseguido el monopolio de la evangelización de las tierras de Extremo Oriente, donde permanecían desde la visita de San Francisco Javier al Japón en 1549. El resto de las órdenes religiosas instaladas en Goa habían dado un consentimiento tácito a dicha situación, pero los franciscanos, agustinos y dominicos de Manila no la aceptaron. A las tradicionales rivalidades entre los diferentes grupos de misioneros (que aún se reflejan, desgraciadamente, en sus respectivas historiografías), se sumó una falta de entendimiento entre los organismos con sede en Manila y Goa, hecho que condujo a una «carrera» primero hacia el Japón y después a China, que comprometió decisivamente la actividad apostólica en el Extremo Oriente [71].

Como hemos comentado anteriormente en aquel entonces existían rivalidades más o menos acentuadas entre las diversas órdenes religiosas, incluso en el seno del Patronato portugués de Oriente. Éstas se derivaban no sólo de un espíritu de grupo en ocasiones exagerado, sino también de las diferentes concepciones acerca de los métodos misioneros [72]. Téngase en cuenta que estas diferencias no sólo afectaban a las relaciones entre las diversas órdenes, pues también existían en el interior de algunas de ellas, como se verificó por ejemplo, con respecto a los intentos de adaptación llevados a cabo por muchos jesuitas, fundamentalmente en Japón, China y la India meridional, que fueron contestados por miembros de la propia Compañía.

El ambiente de la Contrarreforma

El impulso evangelizador al cual nos hemos estado refiriendo fue acompañado de una intolerancia cada vez mayor hacia las poblaciones no cristianas, según veremos más adelante, destacando las medidas des-

[71] Cf. nuestro estudio (J.P.O.C.), «As missões cristãs à China e ao Japão» en *Portugal no Mundo* ..., vol. 3, pp. 143-157. Véanse también en el presente volumen el capítulo VI, apartado 4 y en el tercer volumen, el capítulo V.

[72] Sobre este asunto, véase también el capítulo V del tercer volumen.

tinadas a hacer desaparecer los templos paganos de los territorios administrados por los portugueses [73].

De esta manera, no resulta extraño que en 1560 se instalara en Goa un tribunal de la Inquisición. Contrariamente a lo que generalmente se piensa, éste no perseguía a los paganos, pues en un principio sólo tenía jurisdicción sobre los cristianos. Sin embargo, entre éstos había muchos que se habían convertido de una forma superficial y que conservaban o bien volvían a asumir fácilmente, algunas prácticas paganas que la Iglesia consideraba incompatibles con la fe cristiana. La represión del sincretismo cristiano-hindú constituyó en la India el principal objetivo de la Inquisición, así como en el reino de Portugal lo era el sincretismo cristiano-judaico de los marranos.

En este aspecto, la segunda mitad del siglo XVI fue —tanto aquí como en Europa— un período de contrastes o incluso de paradojas: en nombre de la pureza de la Fe y del Evangelio se practicaban actos que entraban en flagrante contradicción con los preceptos evangélicos de la mansedumbre y el perdón y la misma sociedad que adoptaba como norma la intolerancia y la delación ofrecía muchos de sus hijos para un servicio auténticamente apostólico. En efecto, hubo muchos hombres que se dispusieron en aquel momento a abandonar la vida confortable y las costumbres propias de su civilización y optaron por dedicarse a la propagación desinteresada del Evangelio en tierras remotas entre gentes extrañas. En muchos casos, el martirio constituía el punto final de dicha opción.

Sólo si se tiene en cuenta esta atmósfera mental cabe comprender mínimamente el carácter de la sociedad que generó al mismo tiempo la Inquisición y las misiones. Quizás, el hecho que mejor ejemplifica esta dualidad que resulta desconcertante para los hombres de nuestra época, puede haber sido la existencia de San Francisco Javier, el gran impulsor de la evangelización de Oriente, personaje que marcó a los hombres de su tiempo debido a su coherencia, el primero en solicitar a la Santa Sede la creación en Goa de un tribunal de la Inquisición.

En esta época, la Contrarreforma *stricto sensu* —es decir, la militancia antiprotestante o antiheterodoxa en general— estuvo asociada a la Reforma católica o «Reforma Verdadera» como los historiadores ecle-

[73] Cf. capítulo VI, apartado 2.

siásticos se complacen en denominar. Esta fue la tarea principal y más duradera del concilio reunido en Trento entre 1545 y 1563. Se trataba fundamentalmente de disciplinar al clero, combatiendo el desorden que imperaba a finales de la Edad Media y durante el Renacimiento, así como de templar el ánimo de los fieles y restablecer el prestigio de la jerarquía. De ahí surgió un puritanismo responsable, fundamentalmente como consecuencia del poco empeño puesto en la formación del clero nativo. Téngase en cuenta que no se trata exactamente de un prejuicio racial, teóricamente fundamentado, sino más bien de una medida eminentemente pragmática, inspirada en la constatación experimental de que la gente de los trópicos tiende fácilmente a la relajación de las costumbres, en especial en materia sexual. La prueba de que esto es así, la constituye el hecho de que la mayor parte de las órdenes religiosas, ávidas de «sangre nueva» se guardaban tanto de los nativos como de los europeos nacidos y criados en ultramar.

En el tercer volumen de esta obra volveremos a tratar estas cuestiones con mayor detenimiento [74].

[74] Cf. capítulo V del tercer volumen.

Capítulo VI

EL ESTADO DE LA INDIA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

La segunda mitad del siglo XVI, considerada como una época de decadencia por la historiografía tradicional es, salvo en lo que respecta a la acción misionera, uno de los períodos menos estudiados de la historia del Estado Portugués de la India. Ya hemos comentado la escasez de estudios monográficos sobre el particular. En el presente trabajo no podemos dejar de señalar algunas de las líneas de fuerza más notorias que caracterizan dicho período.

Tanto en el aspecto interior como en el exterior, muchas cosas habían evolucionado desde los días de Albuquerque. Fundamentalmente, el equilibrio entre las fuerzas centralizadoras y la dispersión de los intereses privados se alteró completamente y ahora la balanza tendía a inclinarse cada vez más en favor de estos últimos. Puesta en un segundo plano, aplastada por los intereses de los grandes, la pequeña nobleza, que había constituido tradicionalmente el sostén de la política centralizadora, experimentaba un inmenso malestar. He aquí que los historiadores en cuyo trabajo se basa nuestro conocimiento de este período pertenecían exactamente a dicha clase social. Diego do Couto sería el principal representante de estos últimos. En las páginas de su obra, al igual que ocurre con la de Castanheda y Gaspar Correia, pasa revista a la revitalización del período de Albuquerque, casi míticamente erigido en edad de oro, la exaltación de la conquista y la reprobación de la mercancía. Desde un punto de vista actual resulta difícil discernir qué es lo que corresponde en dicha visión a la realidad y qué es el resultado de un mero punto de vista clasista, teniendo en cuenta que se trataba de un grupo que tendía a sentirse frustrado. De todos modos, no hay duda de que esta visión catastrófica fue llevada hasta sus últimas con-

secuencias en la modernidad por la historiografía, en su mayor parte debido a la inspiración más o menos jacobina, siempre aterrorizada por el fantasma de los jesuitas, que se imaginaban manejando entre bastidores los hilos de la política y a quienes se responsabilizaba del «oscurantismo» de la Contrarreforma que había convertido a Portugal en un «reino cadavérico».

A decir verdad, algunos índices bastante expresivos que están en nuestras manos no señalan precisamente la existencia de un período decadente. Fue en este período cuando el número de fortalezas y posiciones portuguesas en el Índico alcanzó su apogeo —lo que puede haber acarreado una crisis financiera a medio plazo, debido a los gastos que implicaba— pero que de momento es una indiscutible señal de vitalidad y de capacidad de respuesta. Asimismo, en este período, la Línea de la India, si bien contaba con una media relativamente baja de navíos por año, funcionó de forma más regular y registró menos pérdidas de navíos. Asimismo, en este período —según cabe deducir de los *Orçamentos* que aún no existían en la primera mitad del siglo— el Estado de la India experimentó un mayor equilibrio entre los ingresos ordinarios y los gastos y los beneficios aduaneros alcanzaron en la mayor parte de las plazas su clímax.

Por otro lado, no hay duda de que comienzan en este período a aparecer notorias señales que anuncian una decadencia latente. Esto puede detectarse en los testimonios que hacen referencia de forma unánime a una disolución de las costumbres, causada por la riqueza fácil, agravada por el deseo de competir con los potentados asiáticos en lujos e incluso en conducta licenciosa. Se esfumaba la energía juvenil de la época heroica de la conquista y la relativa austeridad que reinara entonces y la desidia se adueñaba de los estamentos militares: se trata de la evolución típica de todos aquellos poderes *instalados*.

A la alternancia entre una política de centralización y estatismo económico y una política tendente a ceder a los intereses privados que caracterizara la primera mitad del siglo, le sucedía, con la generalización de las concesiones de viajes y el arrendamiento de la Línea, la supresión definitiva del Estado como empresa mercantil y una tendencia a subordinar cada vez más a su línea política las conveniencias de los intereses particulares, esparcidos ahora por todo el Índico y multiplicados por la constante afluencia de gentes del Reino, el mestizaje y la asimilación cultural. Quizás esta inflexión constituye la característica más notable

del período y la que, desde el punto de vista interno, le confiere más unidad. Cabe notar que esta subordinación del Estado a los intereses privados, ponía de manifiesto una tendencia de los cuerpos administrativos hacia la corrupción que ya estaba contenida en estado embrionario en la concepción de la función pública como un beneficio, otorgado en pago a los buenos servicios.

La precariedad del sistema administrativo en términos generales y de sus medios de control financiero en particular, hacía el resto. Rudimentario en muchos aspectos y conformado en general por principios feudo-señoriales mal adaptados a un contexto mercantil, la administración política, administrativa y militar del Estado de la India comenzaba a dar muestras evidentes de la existencia de un desajuste. De ahí la abundancia de los proyectos de reforma, en muchas ocasiones inconclusos, que cabe comparar con las aptitudes del *Soldado Prático* de Diego do Couto (que discierne agudamente sobre los fallos sin atinar a dar con el remedio).

Aun así, los desajustes de esta maquinaria excesiva, sólo se pondrían de manifiesto de forma plena en el siglo inmediatamente posterior que asistiría a la confrontación entre la India portuguesa y las potencias capitalistas del norte de Europa, mejor pertrechadas desde todos los puntos de vista. Si en la segunda mitad del siglo XVI el Estado Portugués de la India no sintió, si no era por determinados sobresaltos, la necesidad de formular sus estructuras nuevamente fue tal vez porque, aparentemente, ¡la coyuntura interna e incluso externa no se modificara cualitativamente!

Esto no significa que durante la segunda parte del siglo XVI la presencia portuguesa en los mares de Oriente conociese días tranquilos. Antes al contrario. En cierto sentido, puede incluso decirse que fue durante este período cuando la tensión entre el Islam y la cristiandad alcanzó su punto máximo de tensión en el Índico. En 1565, una coalición de sultanatos musulmanes de Decán infligió en Talicota una dura derrota al imperio hindú de Bisnaga, que comenzó a disgregarse. La euforia del éxito llevó a los vencedores a volverse contra los portugueses, aliándose con Samorín, al sultanato de Agén, en Sumatra, al reino de Japará, en Java y al Gran Turco apoyado por Venecia. En ningún otro momento de su historia el Estado de la India se había enfrentado a una coalición semejante en un frente tan extenso. La verdad es que no sólo consiguió sobrevivir a los cercos que se impusieron simultáneamente a

Chaul, Goa, Chalé y Malaca, sino que logró anticiparse a los musulmanes y ocupar los puertos de Canará, llenando a tiempo, de esta manera, el vacío de poder creado por la destrucción de Narsinga.

Los rescoldos de esta crisis parecen demostrar que la India portuguesa aún no era en aquel momento el cuerpo moribundo del que se ha hablado, pues no perdió ni la iniciativa, ni la capacidad de respuesta, ni la capacidad de intervención.

Resulta interesante señalar que este momento de tensión cristiano-musulmana en el Índico coincide *grosso modo* con el que se produjo en el Mediterráneo con el gran cerco a Malta (1565), la conquista otomana de Chipre (1570) y la batalla de Lepanto (1571). Fue en esta atmósfera de fervor anti-islámico que lograba eco tanto en Portugal como en Europa en la que escribieron *Os Lusíadas* que, como es bien sabido, pintan toda la historia de Portugal como una inmensa Cruzada contra los moros que culminaría en el Índico.

En el Reino, en las proximidades del poder central, este agravamiento súbito de la situación militar en el Índico provocó reacciones encontradas. Tal como ocurrió a comienzos del reinado de Juan III —en donde la agudización de las tensiones en Benalmerim había suscitado corrientes de opinión opuestas, proponiendo unos la retirada y otros la huida hacia adelante y la ocupación integral de Marruecos— ahora, las opiniones se dividían entre el paso a la ofensiva y el abandono de la India. Esta última opinión predominaba en otro momento, como ya vimos, en el consejo de don Manuel; ante el hecho consumado del establecimiento de Portugal en el Índico, la corriente mercantil-liberal que prefería el Atlántico al Índico —que parecía mayoritaria—, no osaba avanzar en sus reivindicaciones, prefiriendo hacer que la política oriental del soberano se decantase en el sentido de sus propios intereses. La oposición a Albuquerque preconizaba la evacuación de Goa, pero no la retirada de la India, lo cual resulta totalmente comprensible: las riquezas de Oriente eran tentadoras y aún el Atlántico no les ofrecía una alternativa suficientemente seductora. Quizás por ello la subida de la oposición al poder, con la llegada de Juan III, no modificó las cosas de manera significativa.

Sin embargo, hacia 1540, en la discusión sobre la política a adoptar en la Berbería, volvía a acariciarse la hipótesis de abandonar la India. Mientras tanto, los comienzos prometedores de la colonización del Brasil habían empezado a otorgar viabilidad a la alternativa atlántica con

respecto a la reformulación de la estrategia portuguesa. El Índico vencería en aquel momento, pero no resulta nada extraño que hacia 1570, cuando, por un lado, la situación militar se agravaba en Oriente y por otro, el incremento del cultivo azucarero comenzaba a convertir la exploración del Brasil en una alternativa esperanzadora, la hipótesis de mirar en dirección al Atlántico había ganado adeptos nuevamente. A continuación, veremos de qué manera se reflejó esta duda política en la India, en donde a un intento de huir hacia adelante sucedió un período de desinterés oficial y de retroceso. Como siempre, no triunfó una solución de carácter drástico, sino más bien de compromiso. El Estado se mantenía, pero se limitaba a estar a la defensiva y con la transferencia del centro de la atención de la Corona hacia el Atlántico, se abandonaba definitivamente a la India en manos de la exploración de carácter privado.

He aquí lo que parece ser la tónica del período que pasamos a considerar. No cabría caracterizarlo como un período de decadencia ni de recesión, sino en todo caso, de discreta evolución. El Estado no sufrió pérdidas significativas y su declive parcial no impidió que la presencia portuguesa en Asia continuase expandiéndose. Esta expansión no tendría su razón de ser en las iniciativas de los poderes establecidos en Goa, sino más bien estaría ocasionada por la acción de diversos agentes particulares. A lo largo de estos años, la estructura oficial del Estado de la India fue perdiendo vitalidad, en cierta medida, en favor de los grupos sociales «periféricos», sobre todo casados, mestizos, aventureros y misioneros que proseguirán con su avance lento pero incesante en dirección a áreas desconocidas o, al menos, inexploradas. Cabe decir que la gradual decadencia de los organismos oficiales mantenidos por la Corona, se correspondió, paradójicamente, con una creciente pujanza de la presencia portuguesa en Oriente.

No nos olvidemos, por ejemplo, que fue en este período cuando la iglesia portuguesa desarrolló significativamente sus estructuras, creando cuatro nuevas diócesis en una región que hasta entonces estaba bajo la dirección de un único prelado. Se trata no sólo de una señal de gran vitalidad de la institución eclesiástica, sino una demostración de las capacidades del propio Estado, que mantenía, como hemos visto, los costes devengados por esta multiplicación de los focos de irradiación del cristianismo a través del Patronato Portugués de Oriente. Aún así, al

asumir nuevos gastos, la Corona limitaba de forma inevitable su capacidad de acción.

Durante este medio siglo, el Estado de la India se fue convirtiendo esencialmente en un marco —la «sombrilla», en la feliz expresión de Sanjay Subrahmanyam [1]—, que, cuando resultaba necesario, protegía los diversos intereses lusos diseminados por la región.

El final del reinado de Juan III y el período de los Regentes (1550-1568)

Los últimos años del mandato de Juan III estuvieron marcados por el lento declinar del monarca y por el espectro de una crisis dinástica, debido al fallecimiento precoz de casi todos los miembros de la familia real [2], hecho que, según creo, contribuyó en gran medida al surgimiento de un pesimismo religioso que transformó la corte lusa en un espacio bien diferente de aquél que veinticinco años antes se deleitaba con el humor atrevido de los autos de Gil Vicente. Enfermo y amargado, Juan III fue debilitándose paulatinamente, lo que afectó inevitablemente a su autoridad.

A su muerte, que se produjo en 1557, le sucedió en el trono su nieto, don Sebastián, que entonces contaba tan sólo tres años de edad, razón por la cual, en los once años siguientes, el control efectivo del Estado quedó confiado a los Regentes, figuras por naturaleza débiles políticamente ante las tendencias autonómicas de la nobleza.

[1] Cf. S. Subrahmanyam, «'The tail wags the dog': sub-imperialism and the Estado da India, 1570-1600», en *Improvising Empire*, pp. 137-160; *cit.* en p. 157.

[2] Juan III tuvo nueve hijos entre 1529 y 1539, perdiéndolos a todos entre 1526 y 1554. De los nueve, tan sólo dos alcanzaron la edad necesaria para contraer matrimonio: doña María, que falleció en 1545, después de haberse casado con el príncipe Felipe, futuro Felipe II de España y don Juan, que murió en 1554, pocas semanas antes del nacimiento de don Sebastián. Nótese también que entre 1534 y 1555, el monarca presenció el fallecimiento de seis de sus hermanos menores, sobreviviendo tan sólo el cardenal don Enrique, que habría de reinar entre los años 1578 y 1580. Consideramos que esta dramática sucesión de muertes contribuyó significativamente al desarrollo de la creciente religiosidad de carácter intransigente que fue invadiendo la Corte durante los últimos años del gobierno de don Juan.

A esta situación meramente coyuntural se le añadían otros desarrollos que anunciaban la aparición de cambios estructurales que, de una forma u otra, habrían de afectar el curso de los acontecimientos en el Estado Portugués de la India.

Los orígenes de los nuevos comportamientos estructurales

Una vez definida la constante más significativa de este corto período de dieciocho años, analicemos brevemente las principales alteraciones estructurales que entonces comenzaban a dejarse sentir.

El imperio portugués en su totalidad se estaba convirtiendo cada vez más en un vasto y disperso conjunto de posesiones que se hallaban bajo presión. Si a comienzos del segundo cuarto del siglo los ataques de corsarios franceses sólo se localizaban en áreas razonablemente limitadas del Atlántico, ahora se habían generalizado y abarcaban casi todo el Océano, estando, asimismo, secundados por los asaltos de la piratería inglesa. El saqueo de la ciudad de Funchal, en la isla de Madeira, el 3 de octubre de 1566, es uno de los ejemplos más claros de esta situación. Contando con el beneplácito otomano, los corsarios bereberes recrudecieron sus actividades en el Mediterráneo y comenzaron a trasladarse frecuentemente hacia la región de Gibraltar. Poco adelantaría la Corona manteniendo la India si no fuese capaz de contener estos ataques en el Atlántico. Puesto que aquí la presión era mucho mayor, los medios que habría que utilizar para contener dichos ataques debían ser consecuentemente proporcionales.

La propia costa del Reino estaba afectada por esta situación, fundamentalmente el Algarve, sujeta en estos años a una nueva ola de ataques de piratas marroquíes.

Mientras tanto, en 1549, Juan III creó el Gobierno General del Brasil. Tras medio siglo de estar prácticamente abandonada, la América portuguesa inicia en aquel momento su ascensión en el contexto imperial, hasta convertirse en la joya más preciada de la Corona. A una importancia relativa del Brasil cada vez mayor correspondería, inevitablemente, una disminución de la importancia relativa del Estado de la India. Desde sus primeros pasos, la «opción atlántica» comenzaba a tomar forma.

Al mismo tiempo, una transformación profunda y duradera se proyectaba en el campo del pensamiento religioso: los vientos de intolerancia de la Contrarreforma soplaban con una intensidad creciente y con ellos habían llegado la Inquisición y la Censura. En un país en que la expansión en dirección a ultramar, al dotar a la nobleza de áreas de intervención que le permitían conservar el peso social que tenían antaño, ya había condicionado el desarrollo de las clases mercantiles, la aparición de estas dos instituciones venía a acentuar la tendencia a un cierto estancamiento social y mental. Por un lado, se impedía la libre circulación de las ideas, por otro, se perseguían a los descendientes de la comunidad judía, los cristianos nuevos, ligados fundamentalmente al comercio, que, en muchos casos terminaron por abandonar el Reino y un gran número de ellos fijaron su residencia en Holanda. Esta realidad hizo que se fosilizase una mentalidad medieval y caballeresca que cabe reconocer en muchas hazañas realizadas por hidalgos en la India a lo largo de este período, tanto en lo que respecta a actos de piratería, como en las diversas bravatas de heroicidad gratuita que resultan muy habituales en dicha época [3].

La exacerbación del sentimiento religioso y el celo fanático por la ortodoxia no condujeron sólo a reavivar aquellos viejos instrumentos de represión, sino que también fueron responsables de la nueva dimensión del proselitismo con el rápido florecimiento de la evangelización militante, a la que ya hemos aludido.

Este nuevo empeño en la propagación del cristianismo estuvo marcado por un cierto eurocentrismo. Con la Contrarreforma volvió a acentuarse el fervor apostólico, pero comenzó a apagarse el naturalismo humanista que caracterizara la expansión portuguesa en los primeros años del siglo XVI. En un principio tolerantes con respecto a las otras religiones y las costumbres de los pueblos de ultramar, ahora, los católicos se volvían progresivamente más radicales e intolerantes. Datan de entonces las primeras leyes ordenando la destrucción generalizada de templos e imágenes religiosas de los paganos.

[3] Acerca de estos comportamientos resulta muy aclaratorio el artículo de J. Cortesão, «O império português no Oriente (1557-1640)», en *História de Portugal*, Barcelos, vol. 5, pp. 319-389.

Es preciso reconocer que algunas de las prácticas sociales que entonces se proscribieron chocaban frontalmente con el derecho natural. Dentro de éstas destaca el *sati*, la cremación de las viudas junto con los maridos difuntos. En 1560, el virrey Constantino de Bragança (1558-1561) firmó un decreto que establecía que «no se podía quemar a ninguna mujer viva» [4], renovando un intento que había realizado Albuquerque.

Fue sobre todo tras la conclusión del Concilio de Trento (1563) cuando se endureció la legislación portuguesa. Aún así, sería un error imaginar que ésta era aplicada fuera de Goa del mismo modo que en la capital del Estado. En Goa, la «Roma de Oriente», que pretendía ser la metrópolis de un gran imperio cristiano, en donde la legislación anti-hindú fue aplicada con métodos variados que iban de la persuasión a la amenaza, pasando por la astucia engañosa, se consiguió, de hecho, la cristianización de prácticamente la totalidad de la población local. En el resto de las plazas, los intereses del comercio, que exigían una apertura al exterior y el mantenimiento de un cosmopolitismo tolerante, parecen haber prevalecido y la cristianización nunca superó un porcentaje de un 10 o un 15 % de la población. En las posiciones en donde, como ocurría en Cochín, los portugueses eran meros huéspedes, la legislación portuguesa no se aplicaba y las religiones locales no sufrieron mutilación alguna. Incluso en Diu, enteramente sujeta a la soberanía portuguesa desde el segundo cerco, los hindúes nunca dejaron de tener templos y cofradías y acabaron por ver legalizada, mediante un privilegio real, la libertad religiosa de que siempre habían gozado.

Uno de los ejemplos más curiosos e ilustrativos acerca del cambio de mentalidad que se produjo a mediados de siglo fue dado a conocer al público recientemente por Rebecca Catz [5]. Se trata de una carta escrita por Fernán Mendes Pinto en Malaca el 5 de diciembre de 1554 y publicada al año siguiente en Coimbra [6].

[4] «Provisão de Dom Constantino de Bragança para não se queimar nenhuma mulher viva», Goa, 30 de junio de 1560, en *O Livro do «Pai dos Cristãos»* (edición crítica de J. Wicki, SI), Lisboa, 1969, pp. 175-177.

[5] Cf. R. Catz, *Cartas de Fernão Mendes Pinto e outros documentos*, Lisboa, 1983, doc. n.º. 6, pp. 38-45.

[6] *Copia de unas cartas de algunos padres y hermanos de la compañia de Iesus que escrivieron de la India, Japon y Brasil a los padres y hermanos de la misma compañia en*

Fernán Mendes, uno de los aventureros más experimentados del Mar de la China, entró en la Compañía de Jesús en ese año en Goa, cuando se estaban celebrando las exequias fúnebres de San Francisco Javier y seguía entonces el camino de Japón. Por orden de su superior, describía en esa carta tierras asiáticas y costumbres de sus gentes. Habiendo salido de Lisboa en los años 30, Fernán se identificaba aún con el espíritu naturalista del Humanismo y no tenía prejuicios al describir «costumbres indecorosas» ni ritos idólatras. De esta manera, ni siquiera dudó en poner en boca del rey de los Lequios una severa crítica al expansionismo portugués [7].

No obstante, todas estas referencias fueron suprimidas en Portugal por sus cofrades, que ya estaban identificados con los nuevos valores: la desnudez, el concubinato, el libertinaje, la veneración de animales, de ídolos o de dioses múltiples, aún existiendo, no podían ser retratados.

Por esta razón, fueron omitidas en la edición de 1555 las referencias a una divinidad de las mujeres embarazadas, las alusiones a las innumerables mujeres del rey de Siam y la descripción de la veneración de los siameses hacia la orina del elefante blanco. Cabe destacar que, en la frase «andan descalzos (los peguanos) y sin gorros, ataviados con unos paños finos, con los dientes sucios y el cabello cortado a la manera de la coronilla de un fraile», en la edición de Coimbra se suprimió la expresión «a la manera de la coronilla de un fraile». Para tener una correcta noción del cambio que representa esta supresión, recordemos que hasta la época en que Fernán Mendes abandona Portugal, se representaban en la Corte piezas de teatro en las que los clérigos eran retratados como personajes que llevaban una vida sexual poco adecuada con su condición, lo que suponía la condena al fuego eterno del Infierno. Dos décadas más tarde, la figura del religioso pasó a ser cuidada de manera tal que ni tan siquiera su corte de cabello podía ser comparado con el de un pagano.

Portugal. Fueron recebidas el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco. Acabaron se a treze dias del mes de Deziembre [Coimbra] Por Juan Alvarez. Año MDLV.

[7] «(...) pero no quiso verlos, diciendo que no placía a Dios que él (el rey de los lequios) contemplase con sus propios ojos gente que robaba cosas ajenas, diciendo esto en relación con las tierras conquistadas en la India por los portugueses. En R. Catz, *op. cit.*, p. 45.

De esta manera, cabe comprobar que en pocos años se produjo un cambio significativo en la manera en que los católicos veían y aceptaban a las sociedades indígenas.

Mientras tanto, a mediados del siglo XVI, tiene lugar otro importante cambio cultural. En efecto, en la década de los años cincuenta aparecen las primeras ediciones de crónicas íntegramente dedicadas a narrar la gesta portuguesa en el Índico. En 1551, se publica el primer libro de la *História do Descubrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses* de Fernán Lopes de Castanheda, al año siguiente aperecían el segundo y el tercer libro de esta *História*, al mismo tiempo que entraba en prensa la primera *Década* de Juan de Barros. Los libros de Castanheda continuarían apareciendo entre 1553 y 1561 (del libro cuarto al octavo), asimismo, en 1554 se reeditaba el primero y más tarde, en 1553 y 1563 se publicaban la segunda y tercera *Década* de Juan de Barros. Esta última obra tenía un carácter más apologético, mientras que la primera se distinguía por un mayor rigor histórico. Pero lo que considero que resulta interesante para este análisis es el hecho de que estas publicaciones simbolizaron el inicio de una forma de ver el pasado que, al contener un fuerte elemento nostálgico, en cierta medida contribuían a que se contemplase al Estado de la India como el lugar en donde el centralismo estatal se consumía en su decadencia. En 1557, se añadían a las crónicas de Barros y Castanheda los *Comentários de Afonso de Albuquerque capitão-geral e governador da Índia*, escritos por el propio hijo del Terrible. La evocación de la figura legendaria del gran capitán se inscribía en este marco de nostalgia y descontento. Es probable que la divulgación de sus hazañas haya influido en la atmósfera militarista que volvió a vivir la India portuguesa en el tercer cuarto del siglo XVI.

Nuevas áreas de influencia del Estado de la India

En el transcurso del tercer cuarto del siglo XVI, los avances territoriales de la India portuguesa se debieron tanto a las acciones militares llevadas a cabo por las armas de la Corona como al aprovechamiento de las infiltraciones de aventureros o misioneros por parte del Estado. No obstante, existe una división geográfica nítida entre las zonas en donde tuvieron lugar ambos sistemas de expansión territorial: en lo que

respecta a los avances de carácter militar, éstos se llevaron a cabo en las costas del Mar Arábigo, mientras que aquellos basados en iniciativas de carácter particular tuvieron lugar en el Golfo de Bengala y el Mar de China.

En el Índico occidental destacó, en este período, la acción del virrey Constantino de Bragança que, tan pronto como llegó a Oriente, logró ocupar Damán, plaza fuerte en poder de mercenarios abejíes convertidos forzosamente al Islam, que la utilizaban como base para proceder a atacar constantemente las tierras de Bazaim. Su cesión fue lograda tras laboriosas negociaciones con la corte de Gujarat, pero ésta se convirtió en letra muerta, pues los abejíes se negaban a zarpar. De esta manera, se consolidó el dominio sobre las productivas tierras de Bazaim. Al año siguiente, el virrey Constantino pasó a Ceilán, en donde conquistó la ciudad de Jafanapatán. Asimismo, logró ocupar la isla de Manar, situada en el estrecho entre Ceilán y el continente e hizo construir allí otra fortaleza, consolidando la hegemonía portuguesa en dicha región. En 1567, el virrey Antón de Noronha (1564-1568) fue el encargado de tomar Mangalor, en la costa de Canará, ataque que anuncia las campañas de Luis de Ataíde, a quien nos referiremos en el siguiente apartado.

Resulta importante destacar que en este período, la mayor parte de las plazas portuguesas, desde el Golfo Pérsico hasta Malaca, sufrían frecuentes ataques e incluso eran asediadas. Sin embargo, estas dificultades no impedían que las aduanas de Goa, Diu, Ormuz y Malaca continuasen siendo bastante lucrativas, garantizando la estabilidad financiera del Estado de la India.

En lo que respecta al dominio del mar, se vivía una época un tanto indecisa, en la que ni los portugueses ni los turcos detentaban una hegemonía clara. En el fondo, persistía un equilibrio que se remontaba, *grosso modo*, a la tercera década del siglo XVI. Se trataba de un equilibrio que desgastaba tanto a los lusos como a los otomanos y, sin que nadie lo sospechara, preparaba el terreno para la hegemonía inglesa y holandesa de la siguiente centuria.

En los territorios del oeste, los portugueses comenzaron a encontrar las mayores dificultades. En 1554, la flota del Estrecho aún logró capturar seis galeras turcas y en 1555 y 1556 volvió a penetrar en el Mar Rojo, consiguiendo, en este último año, capturar el puerto de Sua-

quén. Pero a partir de la década de los años sesenta, los turcos comenzaron a realizar expediciones semejantes contra la línea que unía Ormuz a la India y desde 1561, la armada del Estrecho pasó a escoltar a las embarcaciones de esta línea comercial.

Los datos de que disponemos nos llevan a admitir que en esta década las acciones de ataque del Estado de la India se circunscribieron cada vez más a las aguas cercanas a sus posiciones, incluso en los años en que se reunieron flotas importantes. Es el caso de las construidas en los años 1566 y 1567: la primera estuvo al acecho de navíos que circularan sin identificación en los alrededores de las Maldivas y posteriormente asaltaron Socotora, en represalia por el apoyo prestado por el rey local a los navegantes turcos y la segunda «tenía órdenes de ir a esperar la naves de Agén en las islas Maldivas y dirigirse desde allí al Monte Feliz para esperar que fuesen al Estrecho y que se quedaran a pasar el invierno en Ormuz» [8]. Continuaba realizándose ataques al comercio mahometano a larga distancia, pero éstos se efectuaban desde posiciones más seguras. De esta manera, a pesar del equilibrio global, existía un relativo predominio de cada uno de los contendientes en las zonas contiguas a sus posiciones principales.

Mientras tanto, se estaban produciendo una serie de profundos cambios políticos no sólo en la India meridional con la caída de Bisnaga, sino también en el noroeste, con el comienzo de la conquista del sultanato de Cambay por los mongoles (1562-1573).

En la costa oriental del Indostán tendía a consolidarse la tutela del Estado sobre las colonias de comerciantes portugueses. Desde 1521, Meliapor constituía el centro de operaciones del capitán y administrador del rey en la Costa de Coromandel [9]. El establecimiento de mercaderes en esta región y en Paliacate —puerto principal de la zona— no surgió de una iniciativa oficial sino al contrario: se trató de un movimiento de deserción en los ejércitos reales. En la década de 1530-1540 ya existía otro núcleo de mercaderes particulares que se habían establecido en Negapatán, algo más al sur.

[8] D. do Couto, *Ásia*, VIII, cap. xvii.

[9] S. Subrahmanyam, «Trade and the flag: the Portuguese at Nagapattinam, 1530-1658», en *Improvising Empire*, pp. 68-95, 71.

Sus relaciones con el Estado de la India variaban en consonancia con los intereses que estaban en juego. Esto explica tanto su participación activa en la guerra contra los musulmanes por el dominio de la Costa de la Pesca y el Estrecho de Manar, como su ausencia en la defensa de Diu cuando se produjeron los grandes ataques turcos: en lo que respecta al primer caso, al combatir junto a los soldados de la Corona estaban luchando, en el fondo, por su propia libertad de acción en una zona que les resultaba particularmente vital, en el segundo, no se sentían implicados, ya que Diu se encontraba fuera del ámbito de sus negocios.

Naturalmente, esta independencia desagradaba a Goa y el virrey García de Noronha llegó a enviar un capitán a Coromandel «con poderes para trasladar a toda la gente que allí se encontrase a la India y destruir la población de la costa» [10]. Más tarde, Constantino de Bragança procuró trasladar a estos mercaderes a la ciudad cingalesa de Janapatán, recientemente conquistada por sus propias fuerzas. Pero ninguno de estos proyectos llegó a concretarse y el Estado de la India hubo de adaptarse a la situación creada por los comerciantes. En la década de 1560-1570 la capitanía de Coromandel se subdividió en dos, manteniendo una de ellas en Meliapor y la otra en Negapatán. Rebasadas por los particulares, las autoridades de Goa procuraban, de esta manera, seguir el ritmo de su movimiento de expansión, puesto que no lograban controlarlo.

Lo mismo ocurrió en el Mar de la China. Después del fracaso del proyecto de Manuel I, esta región quedará a merced de los aventureros. Éstos habían conseguido ganar de forma paulatina la confianza de algunas poblaciones chinas y tras dos décadas de esfuerzos continuados habían logrado obtener un puerto donde pasar el invierno sin necesidad de abandonar la costa del Imperio Celeste. Este hecho les permitió navegar hacia zonas a las que anteriormente no tenían acceso, debido a los límites impuestos por los monzones, que condicionaban la extensión de las distancias a recorrer.

De esta forma, a partir de 1543, algunos comerciantes alcanzaron por vez primera las costas de Japón, descubriendo de inmediato nego-

[10] G. Correia, *Lendas*, vol. IV, pp. 112-113.

cios muy lucrativos [11]. Por si esto fuera poco, los chinos y los japoneses estaban en guerra, lo que interrumpía el comercio entre ambos imperios, privando a los continentales de la plata japonesa y a éstos de la seda china. Siendo neutrales, los portugueses rectivaron este ventajoso intercambio, lo que habría de suponer su establecimiento definitivo en aquella región. En 1549 llegaron al Imperio del Sol Naciente los primeros misioneros y al año siguiente, Goa se hizo con el monopolio del comercio chino-japonés, creando una línea de frecuencia anual Goa-China-Japón, lo que, al mismo tiempo, restablecía la comunicación directa entre la India y China, rota desde hacía más de un siglo. En 1554 se reanudaron las relaciones oficiales entre capitanes portugueses y mandarines de Cantón y en 1557, los comerciantes estaban sólidamente implantados en Macao, que en poco tiempo se convertiría en la pieza fundamental de todo el comercio luso en Extremo Oriente. Durante este período, la ciudad estaría gobernada por un Senado electo, aunque durante la presencia en el puerto del capitán de la línea anual Goa-Japón, la ciudad quedaría teóricamente bajo su jurisdicción. En todo caso, el poder efectivo siempre estuvo en manos de los grandes comerciantes que se habían establecido allí.

Si en el caso de China la presencia portuguesa en Macao se mantuvo en la periferia, sin que las ciudades funcionaran como punto de partida para la penetración en ese mundo, en lo que respecta a Japón, el rol que desempeñaron los portugueses resultó importante desde un punto de vista histórico: hicieron que el país saliera de un período de semi-aislamiento, volviendo a colocarlo dentro de la escena mundial. Asimismo, al introducir las armas de fuego, que proporcionaron a los generales nipones el medio para poner fin a una guerra civil secular, los lusos interfirieron —si bien de forma indirecta— en su política interna. Su aparición rompió el *impasse*, alterando el equilibrio estratégico que impedía que ninguno de los nobles más poderosos se convirtiera en señor absoluto del Japón.

Esta aceleración del proceso de unificación política se inició en 1560 cuando Oda Nobunaga venció en la batalla de Okehazama y comenzó su ascensión político-militar. Los triunfos que llevaron

[11] Acerca de este proceso, véase el capítulo VI del tercer volumen.

a este caudillo a controlar la capital y a dominar el centro del país se debieron en gran medida, a la utilización generalizada del arcabuz por parte de sus tropas [12], lo que se puso de manifiesto fundamentalmente en la decisiva batalla de Nagashino, que tuvo lugar en 1575 [13]. Pocos años más tarde, en 1587, Toyotomi Hideyoshi, el continuador del proyecto de Nobunaga, concluiría la reunificación del imperio, poniendo fin a siglos de anarquía feudal [14]. De esta forma, una guerra civil que se remontaba al siglo XIV se decidía en el corto espacio de 27 años.

El archipiélago japonés fue, sin duda, una de las regiones en donde las actividades de los comerciantes privados y los misioneros se complementaron mejor y, quizás por esta razón, en donde la influencia portuguesa fue más intensa [15], haciendo incluso que algunos historiadores definiesen el período en que se produjeron estos contactos como el «siglo cristiano de Japón» [16].

En efecto, los evangelizadores desempeñaron una importante acción que los llevó a lograr —aún en el siglo XVI— cientos de miles de conversiones, al mismo tiempo que apoyaban a los comerciantes cuando estos arribaban periódicamente. En 1570, el *daimyo* [17] Omura Sumidata, el primer gran señor japonés que se convirtió al cristianismo, cedió a los jesuitas el puerto de Nagasaki, que de esta manera se convirtió en el centro de irradiación de la religión cristiana en el país. La ciudad se transformó, por encima de todo, en un gran establecimiento comercial y en la puerta de acceso al Japón de una variadísima gama

[12] Cf. F. Hérail, *Histoire du Japon*, París, 1986, p. 279.

[13] Cf. G. Parker, *The Military Revolution*, Cambridge, 1988, pp. 140-142.

[14] Si bien el Japón fue, sin duda alguna, el país en donde la introducción de armas de fuego por parte de los portugueses tuvo resultados más espectaculares, también resultó extraordinariamente importante en otras regiones del continente asiático. En lo que respecta al sur de la India, el fenómeno fue estudiado por S. Subrahmanyam en su artículo «The Kagemusha effect: The Portuguese firearms and the state in early Modern South India», en *Moyen Orient & Océan Indien*, vol. 4, París, 1987, pp. 97-123.

[15] Sobre este particular, el mejor estudio es el libro de A. Martins Janeira, *O impacte português sobre a civilização japonesa*, Lisboa, 1988, 2.ª edición.

[16] Expresión utilizada por Ch. Boxer para titular su estudio acerca de la presencia portuguesa en el archipiélago japonés: *The Christian Century in Japan*, Berkeley-Los Ángeles, 1967, 2.ª edición.

[17] Palabra con la que se designaba a los grandes señores feudales japoneses.

de productos. En los setenta años que siguieron, el comercio chino-japonés fue canalizado íntegramente por la ruta Macao-Nagasaki [18].

Los aventureros no eran los únicos que producían con su acción la extensión de la presencia portuguesa con un carácter semioficial, como los movimientos que se produjeron en el Golfo de Bengala y el Mar de China, ya que la acción de los religiosos en ocasiones también la provocaba. En el caso del imperio japonés, si bien fueron los mercaderes quienes lo descubrieron, los religiosos fueron los que se encargaron de profundizar las relaciones con sus habitantes. Avanzando hacia el interior del país, se convirtieron, asimismo, en figuras influyentes que permanecían junto a los grandes caudillos que habrían de dominar sucesivamente el Imperio.

En Insulindia, la creación de una capitanía para las islas de Solor y Timor se debió a la creación en 1561 de una misión de los dominicos en aquellas islas.

De esta manera, cabe comprobar que más allá del Cabo Comorín y en lo que respecta a la política exterior del Estado de la India, «el carro iba delante de los bueyes», según reza las expresión tan pintoresca de Sanjay Subrahmanyam [19], que al mismo tiempo define exactamente la cuestión.

Sin duda alguna, los comerciantes y los misioneros constituían las fuerzas vitales del nuevo impulso del expansionismo portugués en Oriente. Mientras que el aparato del Estado estaba minado por la avaricia de sus funcionarios, los mercaderes y los religiosos estaban animados por motivaciones de índole personal y sólo necesitaban de apoyo en los momentos de crisis. Estando los unos obcecados por el enriquecimiento material y deseando los otros la extensión de la fe cristiana, podían ser expulsados de cualquier región sin que su actividad se viese interrumpida, ya que podían continuarla en otras partes. No soportaban el peso político que arrastraban los funcionarios de la Corona y eso los hacía más flexibles y más libres.

[18] Sobre los viajes de los portugueses entre China y Japón. Ch. Boxer, *The Great Ship from Amacon, annals of Macao and the old Japan trade, 1555-1640*, Lisboa, 1963.

[19] «The tail wags the dog» —expresión que puede ser traducida literalmente como «el rabo precede al perro», y tiene aproximadamente el mismo sentido figurado que la expresión utilizada en el texto (el carro va antes que el caballo).

En muchas ocasiones, el estado se aprovechó de las puertas que le abrían los mercaderes y los misioneros, sirviéndose de su influencia en lo que respecta a los poderes locales. Asimismo, también ocurrió lo contrario: las acciones violentas de algunos aventureros predisponían a las poblaciones locales y a sus autoridades contra todos aquellos que fuesen portugueses y la propagación de la fe cristiana, considerada como un factor desestabilizador para ciertos poderes públicos, hacía que países enteros se cerraran a la posibilidad de contactos. Esto fue lo que ocurrió en Japón en el siglo XVII.

De esta manera, las relaciones que se dieron entre las diferentes modalidades de expansión —estatal, particular y misionera— resultan muy complejas y van de la complementariedad al conflicto abierto, pasando por la interacción.

Un nuevo modelo de hegemonía comercial

Ya hemos visto de qué manera en esta época se generalizó el régimen de concesiones de viajes en el Índico. En vez de recompensar a sus servidores concediéndoles tierras, como se hacía en la Edad Media, ahora, el rey les otorgaba la posibilidad de enriquecerse a través de viajes por circuitos enormemente lucrativos. Los concesionarios se beneficiaban de las ganancias procedentes de sus propios negocios y, al mismo tiempo, de las que obtenían del transporte, pago de mercancías pertenecientes a terceros en esa misma línea. Asimismo, detentaban el cargo de proveedor de difuntos, que resultaba particularmente beneficioso: «esto que digo sobre los beneficios que proporcionan estos viajes se refiere fundamentalmente al proveedor de difuntos, porque sin él no valdrían nada», según explica el *Libro das Cidades e Fortalezas* [20]. Una vez obtenida la autorización, los beneficiarios podían traspasar el derecho al viaje, ganando un dinero sin correr riesgos.

Fuera de la jurisdicción de sus plazas, la Corona dejaba de preocuparse por combatir el contrabando, ya que éste dejaba de perjudicarle

[20] *Livro das Cidades e Fortalezas que a Coroa de Portugal tem nas partes da Índia e das capitanias e mais cargos que nelas há e da importância delas* (edición preparada por F. Mendes da Luz), Lisboa, 1960.

—era el propio concesionario quien tenía que hacer valer sus derechos si el viaje era concedido en régimen de exclusividad.

Existía una serie de puertos *vedados*, por donde únicamente los concesionarios podían navegar y de esta manera, la concesión equivalía a un verdadero monopolio y, al mismo tiempo, existían los puertos abiertos, en donde los concesionarios gozaban de los mismos derechos que los capitanes mayores de todos los navíos portugueses que estaban anclados allí y de los proveedores de difuntos, consistiendo, según parece, en una serie de *proes e precalços*, es decir, las ventajas y emolumentos inherentes a dichos cargos. Desgraciadamente, el funcionamiento del sistema no se conoce del todo e incluso se ignora qué puertos estaban vedados y cuáles no.

El rey continuaba manteniendo administradores en Malaca, Meliapor y en muchos otros puertos, lo que significa que no desistió totalmente de dedicarse a realizar actividades de carácter comercial. Presumiblemente, a semejanza de lo que ocurría desde la década de 1530 en la línea de Maluco, los concesionarios estuviesen obligados a transportar gratuitamente en sus navíos un cierto número de quintales de mercancía perteneciente a Su Majestad, si bien, es posible que dicha mercancía se transportase como flete, aunque se le aplicaría una tarifa reducida.

Este sistema se desarrolló fundamentalmente en el Golfo de Bengala, en Insulindia y en el Mar de China, zonas en las que el Estado, en el segundo cuarto del siglo XVI, no ejercía una autoridad efectiva, pero lograba interferir en las actividades de los comerciantes privados y someterlos a cierto control, extendiendo, de esta manera, su propia esfera de influencia.

Desde el punto de vista financiero, la Corona intercambiaba los beneficios inciertos del comercio —que la corrupción de sus agentes hacían aún más inciertos— por los derechos aduaneros que los concesionarios y sus arrendatarios pagaban fundamentalmente en Malaca, aunque también en Goa y Cochín en el caso de las travesías que como la de Maluco y la de China y Japón, se realizaban partiendo de la India.

En este sentido, el sistema de las concesiones es más «liberal» y más «moderno» que el anterior y su adaptación se integra perfectamente en la tendencia general de la época, que apuntaba al declive del Estado como empresa mercantil y la «privatización» de la India. Aun así, este sistema está muy lejos del liberalismo de la época contemporánea,

ya que conserva dos características típicamente medievales: la primera consiste en el concepto de la concesión como un beneficio, en pago a unos determinados servicios, que corresponde a una consideración de la realeza como una suerte de Providencia en la tierra, distribuyendo premios y bienes materiales según los supuestos méritos de cada individuo y que da lugar a un sistema de intercambios de carácter híbrido, que en parte se rige por el principio de redistribución y en parte por el de intercambio comercial. La segunda es, en el caso de los puertos vedados, el concepto de exclusividad y monopolio que representa la transferencia al terreno comercial del principio de las *banalidades* (N. del T.: utilización pública de las cosas pertenecientes al señor feudal).

La línea que producía mayores beneficios era la que unía Macao con Japón. Los concesionarios iniciaban el viaje en Goa,

> ...hacían escala en Malaca, en donde tenían que pagar en la aduana el 8 % del valor de los productos que transportaban, siguiendo después en dirección a Macao, desde donde se dirigían al Japón. Sin embargo, como el capitán de Malaca tenía la exclusividad sobre el trayecto entre Malaca y Macao, frecuentemente se lo compraban, para así hacer poder llegar a destino la especias y drogas que transportaban [21].

En este período, los concesionarios eludían ocasionalmente los derechos del capitán de Malaca, haciendo la escala de Insulindia en la costa de Sonda, situada en la isla de Java [22].

Aparente, el trayecto entre Macao y Japón estaba vedado, ya que

> ...los habitantes de este lugar de Macao, así como cualquier otra persona que tiene trato y practica el comercio en Japón, transportan sus bienes y mercancías en la nave del capitán mayor, pagándole fletes de importantes cuantías tanto a la ida como a la vuelta, tanto es así, que en ellos consiste el principal beneficio y provecho de estos viajes [23].

[21] A. T. de Matos, *O Estado da Índia nos anos de 1581-1588*, Ponta Delgada, 1982, p. 34.

[22] Cf. *ibidem*, p. 34.

[23] *Livro das Cidades e Fortalezas* [...].

No obstante, entre 1555 y 1568, anclaron en el Japón una serie de navíos pertenecientes a mercaderes portugueses —a excepción de los años 1560, 1562 y 1566[24]— sin que se registrasen conflictos entre el concesionario y los capitanes del resto de las embarcaciones. Por consiguiente, existen dudas acerca del verdadero carácter de la concesión.

En los años 1555 y 1556, aparecieron dos navíos oficiales, puesto que el sistema se hallaba en una fase de adaptación y se produjo una duplicación (o incluso una triplicación) de los nombramientos. A partir de 1557 cabe suponer que los demás navíos que anclaban en la costa japonesa tendrían alguna clase de acuerdo con el concesionario, dado que no entraban en conflicto entre ellos.

Ciertos trayectos eran concedidos como una especie de complemento al vencimiento de los cargos de determinados funcionarios, fundamentalmente, los capitanes de Malaca, que por regla general controlaban varias líneas mercantiles que pasaban por esa ciudad.

Puesto en práctica en el Mar de China desde 1550, este modelo ya se había generalizado en el Golfo de Bengala a finales de la década de 1560-1570. Al parecer, estas medidas redundaron en un control mucho más efectivo de las rutas mercantiles de esta región por los portugueses del que se había logrado en la época de las líneas estatales, hostigadas tanto por los gujarates y otros rivales del rey de Portugal como por los comerciantes privados, sus propios vasallos. Sajay Subrahmanyam quizás tenga razón cuando considera el sistema de las concesiones de las travesías como la causa de la declinación del comercio dirigido por los moros y los paganos en la región y en particular, por la comunidad quelín de Malaca. Según él, si bien la llegada de los portugueses al Índico obligaba a efectuar una reorganización del comercio islámico de larga distancia, sólo este nuevo régimen alcanzaría a afectar verdaderamente las redes mercantiles regionales en el Golfo de Bengala[25]:

> Hacia finales de los años sesenta —cuando las concesiones parecen haber sustituido a las naves del rey— ya no resultaba posible que los cuatro o cinco navíos (musulmanes o hindúes) que cubrían habitualmente el trayecto hasta Malaca, continuasen haciéndolo. Los comer-

[24] Cf. C. R. Boxer, *The Great Ship from Amacon* [...], pp. 21-34.

[25] Cf. S. Subrahmanyam, *The political economy of commerce: southern India, 1550-1650*, Cambridge, 1990, pp. 108-114.

ciantes que quisieran comerciar en esta ruta tenían que alquilar un espacio a bordo del navío del concesionario [26].

Esta situación contribuyó, según el mismo autor, al declive del puerto principal de Coromandel, Paleacate, lo que hizo que los mahometanos reorganizaran su tráfico marítimo, centrándolo en la ruta entre Masulipatán y Agén.

De esta manera, cabe comprobar que en el tercer cuarto del siglo XVI, se asiste a importantes cambios en las estructuras del comercio regional en diferentes partes del continente asiático.

La llegada de don Sebastián y el intento de reorganización de los negocios del Estado de la India: el primer gobierno de Luis de Ataíde (1568-1571)

Mientras tanto, en Portugal, tras casi dos décadas de un poder central que daba muestras de debilidad, en 1568 el gobierno pasó a las manos (jóvenes e inexpertas, pero enérgicas) de don Sebastián, revitalizando el espíritu autoritario de la Corona.

En los años que siguieron, el monarca se esforzaría por reorganizar los intereses comerciales del Estado, procurando dar una mayor funcionalidad a sus organismos.

Una institución desgastada y una coyuntura menos favorable

La ascensión de don Sebatián al trono portugués marcó el comienzo de un período que, como afirma Joaquín Veríssimo Serrão, se caracterizó por la producción de innumerables textos legislativos [27], con el propósito de fortalecer el poder absoluto, que materializaron una se-

[26] Idem, *ibidem*, p. 113.

[27] «Los diez años del reinado de don Sebastián presentan una riqueza y variedad de leyes que sobrepasan con mucho la legislación promulgada durante los treinta y seis años de gobierno de Juan III. Cabe afirmar que data de entonces el 'barroquismo jurídico' en Portugal». J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. 3, 2.ª edición, Lisboa, 1988, p. 67.

rie de reformas en el seno de algunas de las instituciones más importantes del Reino y de los territorios de Ultramar. En esos momentos, en el Índico se estaba realizando el último gran esfuerzo para contrarrestar las tendencias individualistas que desde hacía mucho tiempo afectaban a la estructura político-administrativa del Estado de la India.

El ejército, por ejemplo, que los antecesores del monarca habían intentado reestructurar de acuerdo con las nuevas concepciones técnico-tácticas empleadas en prácticamente toda Europa, fue uno de los principales organismos que se convirtió en objetivo de la política reformista de don Sebastián. En este sentido, la promulgación de un documento del 9 de diciembre de 1569 que definía las obligaciones militares de sus vasallos, tomando en cuenta los beneficios de cada uno, seguida posteriormente de la publicación del estatuto de 1570, más conocido como *Regimento dos capitães-mores*, iba a poner punto y final a la anarquía reinante: se crearon compañías de soldados debidamente estructuradas, en donde los soldados se hallaban correctamente encuadrados, ya que dependían directamente de un cuerpo de oficiales que diariamente los acompañaba y los sometía a instrucción militar.

Por esta razón, no resulta extraño pensar que el rey Sebastián aún antes de la promulgación de estos documentos hubiese ordenado al virrey Luis de Ataíde, designado para encargarse del gobierno de la India el 27 de febrero de 1568, procediese a reorganizar los cuerpos militares creando en Oriente las «compañías de ordenanza». Esta medida que, como vimos en capítulos anteriores, ya había intentado poner en práctica Juan de Castro —que siempre encontró la oposición de grandes sectores de la nobleza— [28], parecía ser el único medio eficaz para acabar con la desorganización de las tropas.

Con el correr de los años, el hecho de que se hubiese agudizado el estado de caos en que se encontraban las fuerzas portuguesas presentes en el Índico —situación que era perfectamente conocida por el monarca y sus colaboradores, en la medida en que recibían regularmente información procedente de la India acerca de los desmanes y atropellos que cometían sus funcionarios— se hacía necesario que el nuevo rey procediera a reorganizar sus tropas. La tarea se realizó simultáneamente con el refuerzo de la armada, pieza fundamental para el mante-

[28] Cf. capítulo IV, apartado 3.

nimiento de la superioridad militar que habían demostrado hasta el momento, pero que había comenzado a ser puesta en tela de juicio por los potentados islámicos de la India e Insulindia que, conjuntamente con otras fuerzas opuestas a los portugueses, hacían todo cuanto estaba en su mano para dificultar la permanencia lusa en tierras orientales.

Asimismo, esta situación se derivaba de las profundas alteraciones producidas en la India meridional, en donde el cuadro geopolítico se había transformado sobremanera a partir de mediados de la década de los sesenta con el desmembramiento del imperio de Vijayanagar provocado por los estados musulmanes vecinos, vencedores en la batalla de Talicota en 1565 [29]. Sin embargo, contrariamente a lo que ocurría en el gran imperio hindú, el Estado de la India aún poseía una solidez institucional y militar que resultaba suficiente como para enfrentarse a la nueva coalición agarena.

Destruido su principal enemigo en el Decán, los mahometanos aumentaron, lógicamente, la presión sobre los portugueses que aún en tiempos del virreinato de Antón de Noronha se habían visto obligados a adoptar una serie de medidas defensivas de carácter especial.

Por otro lado, la administración portuguesa comenzaba a enfrentarse con dificultades crecientes para soportar y anular los ataques de los piratas de Malabar —cada vez más activos a lo largo de la costa— cuyos saqueos comenzaban a hacerse sentir sobre los convoyes de embarcaciones comerciales que transitaban por esa zona. En otra parte del Índico, el estrecho de Malaca, la situación también se estaba volviendo preocupante, debido a los sucesivos ataques de las fuerzas de Agén sobre la ciudad. Actuando de forma conjunta con otros estados musulmanes del área, e incluso con los de la India y los turcos, ponían en peligro la plaza y perturbaban el funcionamiento regular de la red comercial portuguesa. En ese momento, Agén no sólo representaba una potencia económica que descansaba sobre las rutas comerciales empleadas para transportar la pimienta y los demás productos en dirección a

[29] La unión de los sultanatos de la India central formada por Bijapur, Golconda y Ahmadnagar derrotó las fuerzas de Rama Raya, último soberano del gran imperio de Vijayanagar, en la batalla de Talicota, seguida de la destrucción de la capital imperial. Oficialmente, el imperio continuó existiendo, pero la supremacía de los musulmanes en Decán se volvió indiscutible. Vijayanagar fue disgregándose en pequeños reinos hindúes, muchos de los cuales fueron conquistados más tarde por los ejércitos agarenos.

Oriente y Occidente, sino que al mismo tiempo se afirmaba como una potencia naval capaz de poner en jaque las pretensiones portuguesas sobre el mantenimiento de sus posiciones en la región.

Además de esta coyuntura exterior desfavorable, en el seno del propio Estado Portugués de la India existían una serie de males que minaban sus cimientos, ya que sus estructuras estaban viciadas, anquilosadas y, sobre todo, no respondían a las necesidades actuales. Las tendencias anarquizantes que aperecieron ya en el reinado de Manuel I eran ahora mucho más evidentes.

El sistema de nombramientos trienales de los gobernadores reflejaba, como ya hemos visto, no sólo la necesidad de satisfacer de forma alterna los intereses de diversos clanes de la nobleza, sino también el recelo del monarca y sus consejeros ante la posibilidad de confiar durante mucho tiempo los destinos de un imperio tan grande en manos de una persona tan alejada de la metrópoli. Según lo contemplaban muchas personalidades de aquella época que reflexionaron acerca de este asunto, se trataba de una mala solución. En primer lugar, porque una nominación por un espacio de tiempo tan corto les impedía actuar a medio plazo (ya que en muchos casos, cuando lograban familiarizarse con los problemas de la India, estaban obligados a regresar al Reino, siendo sustituidos por alguien que conocía el Oriente de oídas), en segundo lugar, porque al disponer de un período de tiempo corto para enriquecerse mediante los *proes e precalços* que les fueran concedidos o los que pudiesen obtener por sus medios, en muchas ocasiones acababan por someter al Estado a una especie de saqueo trienal y en tercer lugar, porque el carácter efímero del cargo suscitaba la insumisión de los hombres que estaban bajo su mando, sobre todo en las plazas más alejadas. Conscientes de que los poderes del gobernante estaban limitados por la propia duración del mandato, tras el cual perdían todas sus prerrogativas, los capitanes no sólo no acataban sus directrices, sino que a menudo hacían todo lo contrario abierta y deliberadamente. La actuación de algunos capitanes de fortalezas adquirió, en ocasiones, visos de escándalo, ya fuera por la obstrucción de las órdenes procedentes de Goa o por los desmanes y arbitrariedades que cometían. Si Alfonso de Albuquerque ya hubo de enfrentarse al «grupo de Cochín», los gobernantes de este período tuvieron que soportar la actuación de varios focos de resistencia y protesta.

Asimismo, el cambio constante de gobernadores implicaba la creación de más puestos en los cuadros de la administración estatal, creados por la necesidad de recompensar a las enormes clientelas que les acompañaban siempre. Se trata de un fenómeno que se agravaba fundamentalmente en los últimos meses del mandato, cuando, como refiere el autor de la «Relación de 1568», se veían en la necesidad de «liquidar sus enseres y hacer ricos a criados y parientes» [30].

La persistencia en el transcurso de los años de innumerables individuos inscritos en el Censo cobrando sueldo y manuntención, sin prestar ningún tipo de servicio o incluso de soldados que ya se habían marchado de la India o habían muerto constituyó, al mismo tiempo, otra de las razones que explican el desvío de fondos públicos. En muchos casos, como en el de Ormuz, eran los propios capitanes quienes se beneficiaban de los sueldos de soldados inexistentes o que ya habían fallecido, dejando de pagar a los demás, quienes, debido a este fraude, casi siempre obtenían sus sueldos con varios meses de retraso.

Jorge Themudo, arzobispo de Goa (1567-1571), definió al Censo como «el jardín de los virreyes», puesto que se servían de él para

> ...conceder favores a sus parientes, amigos y criados. Allí cobran la mayor parte de las deudas de Su Majestad mandando a los deudores a que las paguen, en sueldos que ellos mismos adquieren y muchas veces lo hacen mediante procedimientos no muy limpios [31].

Así pues, se trata de un espejo de lo que ocurría en la administración del Estado de la India en aquella época. Con respecto a este tema, en 1568 se afirmaba en la «Relación anónima» que acabamos de citar, que allí

> ...están inscritos mil hidalgos en los libros de Su Majestad. Éstos cobran unos por otros, una vez hecho el cálculo, lo que cobran cuatro mil hombres. Entre todos éstos hay tres meninos, nacidos en la India o que proceden de ese Reino, los cuales, como son criados de éstos,

[30] Cf. J. Wicki, SI, «Duas relações sobre a situação da Índia Portuguesa nos anos de 1568 e 1569», en *Studia*, n.º 8, Lisboa, 1961, pp. 133-220, 149.
[31] Cf. idem, *ibidem*, p. 196.

> están inscritos en el listado de sueldos y cobran. Entre toda esta gente que estoy citando no hay ni uno que sepa disparar un arcabuz [32].

La desidia, la corrupción y el clientelismo habían contaminado en cierta medida a todos los órganos gubernamentales e incluso en la costa de Goa, en otro tiempo activo centro de construcción de navíos destinados a la armada, podían verse los resultados de una política marcada por la inhabilidad y el desprecio creciente hacia los asuntos relacionados con la guerra.

Los testimonios de varios autores contemporáneos acerca de estos acontecimientos coinciden en afirmar de forma unánime que el desinterés de los gobernadores hacia los asuntos militares, en especial el mantenimiento de las flotas en buenas condiciones —que constituían la garantía de la seguridad del comercio— terminaron por causar no sólo la reducción del número de hombres en servicio en la costa de Goa, sino también la falta de los marineros y soldados necesarios para proteger dichas flotas.

La crítica que se efectúa en muchas cartas dirigidas al rey, en proyectos, opiniones o disertaciones políticas, acerca de la preferencia otorgada al comercio sobre la guerra, resulta difícil de interpretar. Por un lado, aquellos que no disponían de capital para invertir en mercancía, preferían la guerra, debido a los beneficios que podía aportar el saqueo (sobre todo en el mar). Los que tenían intereses comerciales, preferían ver la guerra reducida a la mínima expresión necesaria para la protección al comercio, puesto que de lo contrario, se convertía en un estorbo. Por otro lado, dada la persistencia de los monopolios reales en la ruta del Cabo, a los que querían arriesgarse a pasar especias de contrabando sólo les quedaba la ruta del Mar Rojo, que escapaba enteramente al control de las autoridades de Lisboa. Para hacerlo, se asociaban con mercaderes moros. Quizás esto puede explicar el poco interés que pusieron los sucesivos gobernadores en ocupar Adén y la desidia de muchos en lo que respecta a la puesta a punto de las flotas.

[32] Idem, *ibidem*, p. 169.

A estos hombres, a los que se les iba a negar o bien retrasar indefinidamente el pago de sus sueldos, condenados a una vida miserable o a acogerse a la protección de un noble o de un capitán de posibles que les diese *mesa*, en muchos casos no les quedaba otro camino que la huida a otros lugares en busca de la vida con la que habían soñado al partir hacia Goa.

Este estado de cosas se veía agravado por la existencia de una justicia rudimentaria que, según el arzobispo ya citado, apenas si se ejercía en la persona de

> ...los soldados pobres, cristianos y gente poco pudiente, que son las personas que Su Majestad en su misiva (se trata de una carta que el prelado respondía) dice que desea favorecer. En lo que respecta a los capitanes, hidalgos y gente poderosa esta justicia no se pone en práctica, todo se cubre y disimula y ni los virreyes osan volverse contra ellos, para no indisponerlos contra Su Majestad [33].

Los soldados, mal pagados, siendo el blanco de una justicia extremadamente lenta y en muchas ocasiones arbitraria, sin ninguna clase de organización que los disciplinase o les administrara un mínimo conocimiento sobre técnicas y tácticas militares, careciendo de jefes respetables, que en todo caso los despreciaban, naturalmente no podían conformar un ejército capaz de responder adecuadamente a los enormes problemas provocados por la destrucción de Vijayanagar y la consecuente alteración del equilibrio político-militar que hasta entonces se hallaba en vigencia en el Decán meridional.

Para los escasos cuadros superiores que estaban en la India y se preocupaban realmente de los intereses de la Corona, la situación aparecía teñida de dramáticos presagios: «Yo comparo al Estado de la India con una nave que se va a pique y en la que todos gritan: ¡Nos hundimos! Pero nadie hace nada por achicar el agua» [34]. Para hacer frente a la situación, en 1568 el rey Sebastián decidió enviar a la India a Luis de Ataíde, hidalgo que ya conocía el Oriente y que tanto allí como en Europa había destacado como un gran guerrero.

[33] Idem, *ibidem*, p. 187.
[34] Idem, *ibidem*, p. 180.

Don Sebastián y el reforzamiento de la autoridad política y religiosa

Mediante el estatuto del 27 de febrero de 1568, el rey confería una serie de poderes aumentados al nuevo virrey, a fin de que su actuación pudiera desarrollarse sin la oposición del resto de los funcionarios. De esta forma, el rey Sebastián repetía los esfuerzos realizados por su abuelo cuarenta años atrás [35].

En nuestra opinión, resulta sintomático, acerca de este particular, que el monarca hubiera determinado en el propio estatuto que debía seguir Luis de Ataíde los poderes y las ventajas que disfrutaban los capitanes de las fortalezas, medida que estaba encaminada, sin duda, a privarles de algunas de sus prerrogativas. Esto tendía a facilitar la tarea del nuevo gobernante, ya que éste estaba arropado por un documento jurídico en el que se definía con claridad el alcance de sus poderes y el de sus subordinados [36].

Asimismo, el rey ordenaba que «fuese realizada una investigación en el momento en que los capitanes de mis fortalezas en esos lugares desalojan sus capitanías, por causa de entrar otro para ocupar su puesto (...) para averiguar cómo se ajustaban al cumplimiento de las ordenanzas» [37]. De esta manera, el monarca procuraba luchar eficazmente contra los desmanes y las arbitrariedades cometidas por muchos de estos capitanes.

Asimismo, el reforzamiento del carácter autoritario del poder central también afectaba a las poblaciones no católicas que vivían en los territorios bajo jurisdicción del Estado de la India. Las decisiones adoptadas en el Concilio Provincial reunido en Goa en el año 1567, agudizaron los conflictos religiosos, particularmente en lo que respecta a dicha ciudad.

En efecto, lejos quedaban los años de tolerancia religiosa en que Albuquerque basara toda su política social. Ahora, por el contrario, con los implacables vientos de la Contrarreforma, las decisiones del Conci-

[35] Cf. capítulo IV, apartado 3.

[36] Cf. «Regimento dado por D. Sebastião a Dom Luís de Ataíde, de 27 de Fevereiro de 1568», en A. Basílio de Sá, *Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente-Insulíndia*, vol. 4, Lisboa, 1956, pp. 83-87.

[37] Idem, *ibidem*, p. 79.

lio Provincial adquirían —el 10 de diciembre de 1567— el carácter de ley mediante un decreto que establecía nuevamente la demolición de todos los templos hindúes en territorio portugués. Anteriormente, el 15 de marzo de 1550, Juan de Albuquerque, entonces obispo de Goa (1538-1553), promulgó una ley parecida según las instrucciones recibidas de Lisboa [38] y que seguían una decisión más moderada del gobernador Jorge Cabral, que había prohibido la construcción de nuevos templos [39] y que fue renovada en 1566 por Antón de Noronha [40]. Estas leyes, que surgieron con los primeros vientos de la Contrarreforma, ahora se aplicaban de forma más contundente. Esto se debía al reforzamiento de las concepciones de carácter más intransigente que se inspiraban en las conclusiones del Concilio de Trento.

Asimismo, la nueva ley ordenaba la expulsión de todos los sacerdotes que practicaran otros credos y que aquellos libros sagrados pertenecientes a cultos o sectas que no estuviesen permitidas por Roma, fuesen arrojados al fuego. Se prohibía que los musulmanes e hindúes celebraran públicamente sus ritos y se decretó la monogamia como ley para todos, independientemente de la religión que profesasen.

Al menos en Goa, el catolicismo pasaba de insinuarse a imponer de forma autoritaria su civilización, hostigando las costumbres y creencias de las poblaciones nativas que a su vez, se sentían forzadas a convertirse o bien a huir (lo que muchos acabaron por hacer). Naturalmente, esto provocó la oposición de gran parte de la población hindú, hecho que tuvo como consecuencia inmediata el apoyo de los brahmanes de Goa a Hidalcán cuando éste atacó las tierras de Salcete en 1570 ya que, como cuenta Diego do Couto, «deseaban tomar venganza de las numerosas pagodas que los nuestros les habían destruido desde 1564» [41].

[38] «Provisão de Dom João de Castro pera se derribarem os pagodes» (Goa, 15 de marzo de 1550 —si bien citada como disposición del virrey fallecido en 1548, de hecho, fue firmada en 1550 por don Juan de Albuquerque)—, en *O Livro do «Pai dos Cristãos»* [...], pp. 162-164.

[39] «O Governador Jorge Cabral pera não se alevantarem mesquitas nem pagodes» (Baçaim, 2 de agosto de 1549), *ibidem*, pp. 165-167.

[40] «Do V. Rey Dom Antão pera não se edificarem pagodes e os feitos se não repararem», *ibidem*, pp. 212-215.

[41] Cf. D. do Couto, *Ásia*, VIII, cap. XXXIV.

Desde Portugal, el rey Sebastián apoyaba las nuevas medidas y en el estatuto de Luis de Ataíde, recomendaba al virrey que tuviese especial atención sobre estos asuntos.

Además de los problemas que hemos comentado a los que don Sebastián intentó hallar una solución, existía otro que preocupaba enormemente a la Corona: el estado de degradación en que se encontraban las fortalezas de la India, sus flotas y, sobre todo, la enorme indisciplina que reinaba entre la tropa. El rey y sus consejeros sabían que el mantenimiento del Estado de la India dependía única y exclusivamente de la capacidad de respuesta de sus fuerzas ante los nuevos y peligrosos ataques que desde hacía ya un tiempo se dibujaban en el horizonte.

En este sentido, el estatuto de Luis de Ataíde traza con cierto detalle la línea de acción que éste debía seguir, ya sea en lo concerniente a la política a adoptar en relación con los diferentes estados del Índico, como en lo que respecta a las medidas que era necesario asumir para que —dentro de lo posible— se eliminasen algunos de los principales defectos que afectaban a las fuerzas portuguesas en la India. Si en el primer caso el monarca deja al arbitrio del virrey la conducción más o menos pacífica de estos asuntos de acuerdo con las situaciones específicas en cada caso, con respecto a la cuestión de la organización de los soldados resulta bastante preciso e incisivo.

De esta manera, no sólo afirma que

> ...una de las cosas más importantes en que me habéis de servir consiste en cuidar que todas mis fortalezas de aquellas partes estén provistas de todos los avituallamientos precisos y la gente necesaria para su propia defensa, al tiempo que artillería, hombres que manejen dichas piezas, municiones y armas,

sino que, al mismo tiempo le solicita que visite en persona las fortalezas de la India,

> ...teniendo en mente que, cuando lo hagáis, aquella armada requiere el cargo que detentáis y el crédito que debe tener vuestra persona [42].

[42] Cf. «Regimento dado por D. Sebastião ...», p. 64.

La reducción del número de cargos superfluos, el control de las actividades de los capitanes y administradores, el cuidado puesto en la organización de las flotas de manera que permitiesen volver a ocupar la posición hegemónica de otros tiempos en los mares y finalmente, la organización de los soldados en las compañías, constituyeron puntos esenciales de atención por parte del monarca, en especial estos dos últimos apartados, en la medida en que se presentaban como cuestiones vitales para la continuidad de los proyectos portugueses de expansión. En el caso concreto de la formación de las compañías de ordenanza, la acción de Luis de Ataíde debe ser comprendida como un elemento integrado en un proyecto más vasto de creación de estos cuerpos militares en el Reino, que se habría de materializar en 1570 con la promulgación del «Reglamento de los capitanes mayores». Éste establece, de forma definitiva, la creación de una organización militar asentada en un esquema rígido de compañías, subdivididas en escuadrones, dependientes de un cuerpo definido de oficiales, los cuales, a su vez, estaban bajo las órdenes de un capitán mayor que coordinaba y dirigía todas sus acciones.

Estas compañías, acerca de las cuales sabemos que fueron reorganizadas en la India por Luis de Ataíde, una vez que en el *Orçamento do Estado da Índia de 1574* [43], elaborado por Antonio de Abreu, se encontraban especificados los sueldos a pagar a los oficiales y soldados de ordenanza estacionados en la fortaleza de Ormuz, no sobrevivirían a la sustitución del virrey y el intento de instaurarlas en la India fracasó nuevamente [44].

De esta manera, cabe comprobar que con el final de las regencias y la reaparición de un gobernante investido de un poder fuerte y autoritario, la monarquía procuró reasumir inmediatamente el control de los asuntos de la India. Pero, como en otras ocasiones, esto sólo sería posible si el rey encontrase un ejecutante a la altura de su proyecto. Luis de Ataíde iba a iniciar durante los tres años de su mandato una obra que nunca llegaría a concluirse. De esta manera, la Corona necesitaba o bien modificar el sistema de los nombramientos o atraer a su causa centralista a otros miembros importantes de la nobleza.

[43] Cf. «Orçamento do Estado da Índia», 1574, elaborado por A. de Abreu, en V. Magalhães Godinho, *Les Finances de l'État Portugais des Indes Orientales (1517-1635), (materiaux pour une étude structuralle et conjuncturelle)*, París, 1982, pp. 157-348, 170.

[44] Para un análisis más detallado sobre este asunto, cf. nuestro trabajo (V.L.G.R.), *A organização militar do Estado Português da Índia (1500-1580)* (ver nota 53, cap. IV).

La acción de gobierno de Luis de Ataíde

Llegado a la India, el virrey trató de llamar la atención de algunos de los hidalgos más obstinados, obligándoles a acatar sus directrices, después de lo cual se entregó a la ingente tarea de reorganizar las tropas y, fundamentalmente, reactivar la armada.

Una vez tomadas las primeras medidas para mejorar las posiciones defensivas de Goa y solucionados algunos problemas de abastecimiento logístico, el virrey se aprestó a enviar a Alfonso Pereira Lacerda en dirección al norte, como capitán de una flota compuesta por siete navíos que abandonó Goa el 18 de octubre de 1568. A ésta le seguirían dos más. La de Martín Alfonso de Miranda, capitán mayor de Malabar, con veinte navíos y que se destinaba a dar caza a los piratas y a infligir una «cruel guerra a Samorín» [45] y la de Aires Teles de Meneses, que salió en dirección a Banda con la misión de controlar los espacios en donde se imponía la soberanía portuguesa.

Entonces se asiste al retorno de un relativo fulgor en las acciones militares navales portuguesas, tanto en la India como en Insulindia. Aquí, los ataques del sultanato de Agén, si bien resultaban peligrosos, continuaban siendo contenidos por los navíos portugueses, como sucedió cuando la flota de Lopes Carrasco derrotó a una poderosa armada de los sumatrenses que se dirigía a Malaca y que fue forzada a retirarse antes de atacar la ciudad [46].

Procurando volver a tomar la iniciativa, el virrey intentó actuar ante la más mínima señal de peligro que llegase de Goa. De esta manera, habiendo sido informado de la presencia de piratas que actuaban en la costa norte de Goa hasta Chaul, en donde la flota de Alfonso Pereira no podía interceptarlos (por encontrarse en las inmediaciones de Damán, esperando a los navíos portugueses cargados de víveres y mercancías que debían ser escoltados hasta Goa), se aprestó a enviar dos galeras y un catur, bajo el mando de Jorge de Meneses Baroche. Éste par-

[45] Martín Alfonso de Miranda, tras proteger las fortalezas de Canará, Cananor y Chalé, acabó siendo gravemente herido cerca de la punta de Tiracole, mientras perseguía a un grupo de paraos enemigos, encontrando la muerte en Cochín, donde fue sustituido por Diego de Meneses, que había sido nombrado capitán de Malaca. Cf. D. do Couto, *Ásia*, VIII, cap. XXVIII.

[46] Idem, *ibidem*, VIII, cap. XXX.

tió de Goa en diciembre de 1568 y permaneció patrullando hasta marzo del siguiente año. En los meses inmediatamente posteriores se enviaron nuevas flotas en dirección a los distintos puntos neurálgicos del Océano, al mismo tiempo que se socorrían las fortalezas de Bazaim y Azarín.

Sin embargo, Luis de Ataíde pasaría a la ofensiva a finales de aquel año: el 12 de noviembre de 1569 salió del puerto de Goa al mando de una flota de

> ...ciento treinta y tantos navíos, setenta de ellos armados y otros de carga (...) que llevarían alrededor de 2.500 hombres portugueses, sin contar a los que después vinieron en flotas que se juntaron con ellos [47],

que estaban destinados a la conquista de Onor y Barcelor, en la costa de Canará.

Existían dos razones fundamentales que llevaron al virrey a apostar por la conquista de estas dos plazas: en primer lugar, se haría con el control de una zona rica en productos alimenticios —Antonio Pinto Pereira se refiere a estos territorios diciendo que allí había mucha

> pimienta, jengibre, hierro, fibra de coco, madera, salitre y otras cosas y debido a esta gran cantidad de productos alimenticios, los nativos denominan a esta región «barriga de la India, puesto que sin ella no podrían sustentarse» [48].

En segundo lugar, erradicaba de forma definitiva las guaridas de piratas que se refugiaban allí, los cuales causaban gran zozobra entre los convoyes de los navíos comerciales portugueses.

De esta manera, don Luis cubría el vacío creado en la región por la disgregación de Vijayanagar. Una vez terminado el dominio de Narsinga sobre Canará, el virrey procuró evitar que sus puertos principales cayesen en manos de los musulmanes y en una campaña rápida, conquistó las dos fortalezas.

Al tiempo que reforzaba el dominio portugués en el Índico occidental, Luis de Ataíde también atendía a las necesidades de las plazas

[47] Cf. A. Pinto Pereira, *História da Índia no tempo em que governou o Visorei Dom Luís de Ataíde*, Lisboa, 1987, p. 187.

[48] A. Pinto Pereira, *op. cit.*, p. 193.

más distantes, enviando albañiles y oficiales mecánicos a Malaca, con la misión de restaurar la fortaleza que había sido dañada en gran medida tras el durísimo cerco impuesto por las fuerzas de Agén en 1568.

Poseyendo un espíritu organizativo y metódico muy acentuado, el virrey procuró no dejar nada al azar, intentando dotar a sus principales fortalezas de los medios necesarios para enfrentar con éxito los eventuales asaltos de las fuerzas enemigas. En efecto, se avecinaban tiempos difíciles para los portugueses, ya que los musulmanes, vencedores de los hindúes en Talicota, tenían ahora la firme determinación de aniquilar el poder de los cristianos del Estado de la India.

Una vez conocida la coalición entre Niza Maluco e Hidalcán, a la que se asociaron Samorín de Calicut y los reyezuelos de la costa de Canará [49], así como el sultán de Agén (que debería volver a cercar Malaca), el capitán de Chaul, Luis Freire de Andrade y el virrey de Goa se apresuraron a ultimar los preparativos para resistir a tan poderoso ataque. Luis de Ataíde, informado por el capitán de Chaul de la precariedad de las fuerzas que poseía para defender la plaza, envió allí a Francisco de Mascarenhas

> ...con el cargo de capitán general para aquella guerra y de todas las fortalezas con sus poderes tanto en Hacienda como en la guerra, el cual partió de Goa a finales de octubre del año de 1570, con tres galeras y diez navíos [50].

El virrey no sólo abasteció los almacenes de Goa con toda clase de alimentos, sino que también distribuyó soldados por los lugares de paso y fortalezas de la isla, contribuyendo decisivamente a contener el primer ímpetu de las numerosas fuerzas atacantes [51], comandadas por el sultán de Bijapur.

Prácticamente de forma paralela, el ejército de Ahmadnagar sitiaba Chaul, al tiempo que los demás miembros ponían en peligro otras fortalezas portuguesas. Chalé, por ejemplo, fue cercado por las fuerzas de

[49] Cf. D. do Couto, *Ásia*, VIII, cap. XXXIII.

[50] Idem, *ibidem*, VIII, cap. XXXIII.

[51] D. do Couto afirma que el ejército del sultán de Bijapur estaba constituido por 100.000 soldados. Cf. idem, *ibidem*, VIII, cap. XXXIV.

Samorín y sólo el envío de algunos navíos desde Goa, Cochín y Cananor impidió su rendición inmediata. No obstante, dichas medidas no pudieron evitar que unos meses más tarde, el 4 de noviembre de 1571, el capitán de Chalé, Jorge de Castro, entregase la plaza a las fuerzas de Calicut a cambio de respetar la vida de sus defensores. Asimismo, ésta fue, por otro lado, la única posición perdida por Luis de Ataíde, hecho que habría de costar la vida a Jorge de Castro, acusado posteriormente de haberse entregado sin existir causas de fuerza mayor.

Mientras tanto, en Goa, la llegada de varias flotas, entre las cuales cabe destacar la de don Diego, que se encontraba en Malabar y llegó a la ciudad aproximadamente en febrero de 1571, a la que siguió la ayuda enviada desde Cochín, por intermedio de la flota de Vasco Lorenzo de Barbuda y, finalmente, la de Luis de Melo, que, procedente de Malaca, aportó un gran contingente de hombres para la defensa de la isla, contribuyeron en gran medida al relajamiento de la presión militar impuesta por las fuerzas de Bijapur.

Mientras que la situación de Goa mejoraba, Chaul continuaba estando en grandes aprietos y algunos consejeros del virrey llegaron a considerar la hipótesis de abandonar aquella fortaleza. No obstante, don Luis no desistió y envió en dirección a Chaul a Jorge de Meneses Baroche. Así, el cerco de Chaul cocluyó el 24 de julio de 1571.

Lo mismo ocurriría unos meses más tarde en Goa, en donde la llegada providencial de la armada del Reino, bajo las órdenes de Antonio de Noronha, disuadió definitivamente a los sitiadores del intento de desalojar a los portugueses de la base más importante en la costa de la India.

Pero he aquí que no eran sólo los grandes potentados musulmanes los que ponían en peligro las posesiones del Estado de la India, ya que también se daba el caso de ciertas guarniciones portuguesas que suscitaron de forma innecesaria la hostilidad de las poblaciones con las que convivían. Esto era lo que ocurría en Las Molucas. En efecto, la cristianización de Amboino, iniciada hacía algunos años y la construcción en esa isla de una fortaleza por obra de Gonzalo Pereira, el Marramaque, había conducido a una situación de tensión con el rey de Ternate, que no veía con buenos ojos la presencia portuguesa en un territorio vecino que no se encontraba bajo su jurisdicción.

Este conflicto, creado por una sucesión de malentendidos y por una falta real de sentido político por parte de los responsables portu-

gueses, que, dada la distancia, estaban en disposición de tomar medidas más expeditivas, acabó por conducir a la ruptura iniciada con el asesinato del rey por Diego Lopes de Mesquita, lo que provocó el levantamiento armado de la población y el abandono de la fortaleza por las fuerzas de la Corona en 1575. Aun así, esta indisciplina no impidió que los portugueses permanecieran en la región, estableciéndose por entonces en Amboino y poco después (1578) en Tidore [52].

Luis de Ataíde abandonó la India a finales de 1571 y fue recibido en Lisboa por el monarca con gran pompa y boato. Aclamado en olor de multitudes por las calles de la capital, veía, de esta manera, reconocida la acción que desarrollara a favor del mantenimiento de las «cosas de la India». Todos lo elogiaban por haber cumplido su misión brillantemente al haber conseguido no solamente mantener intactas las posesiones portuguesas [53], sino, incluso, haberlas ampliado en un momento en que el Estado de la India había sido sometido al ataque conjunto de las potencias musulmanas de Oriente, que, por vez primera se habían unido para intentar desalojar a los portugueses del Índico.

Con el regreso de don Luis al Reino se cerraba el último período «heroico» de la India portuguesa. Sin embargo, independientemente de los últimos intentos de reorganización que continuaron realizándose en los años inmediatamente posteriores por parte de don Sebastián, los portugueses continuarían constituyendo durante la década siguiente una de las principales fuerzas instaladas en los mares de Oriente. En efecto, a pesar de la corrupción que minaba a sus instituciones, el Estado Portugués de la India continuaría ejerciendo su influencia, esencialmente mediante el sistema de las concesiones, mientras que en el Mar Arábigo, sería la primera entidad en aprovechar las modificaciones geoestratégicas que se produjeron como resultado del desmembramiento del imperio de Vijayanagar y la caída del sultanato de Cambay en manos de los mongoles.

[52] Acerca de la presencia lusa en Tidore, véase el artículo de E. Trigo de Sousa, citado anteriormente (ver nota 10, cap. IV); sobre Amboino, véase el trabajo de H. Jacobs, SI, «The portuguese town of Ambon, 1576-1605», en *Actas do II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*, Lisboa, 1985, pp. 603-614.

[53] Como hemos visto, la pérdida de Chalé no tuvo repercusiones de carácter político-económico, ya que se trataba de una plaza de segundo orden con cierto valor estratégico, pero sin ningún peso específico en el imperio oriental portugués.

Los últimos años del gobierno de don Sebastián (1571-1578)

Los años de 1570-1571 constituyeron un momento particularmente activo en la definición de la estrategia expansionista portuguesa, prosiguiendo, al mismo tiempo, con los esfuerzos del rey y sus consejeros por dotar al imperio de una administración más eficaz. Mediante las decisiones tomadas en este período se iba a producir un reforzamiento de su vertiente atlántica, mientras que los intentos por reformular la estructura gubernamental de Oriente chocaron con la oposición más o menos abierta de algunos de los nobles que prestaban servicio en esas tierras.

La opción atlántica del rey Sebastián

Como hemos tenido ocasión de señalar, la historia del Estado de la India no puede ser comprendida fuera del contexto global del movimiento de expansión portuguesa. De esta manera, resulta importante hacer referencia, si bien de forma sucinta, a lo que ocurría mientras tanto en los territorios occidentales.

Cuando los portugueses se instalaron en el Índico, el Océano Atlántico quedó claramente supeditado a la estrategia de la Corona con respecto a Oriente, opción que no era ajena al hecho de que el dominio portugués en el Atlántico meridional aún no había sido amenazado seriamente por competidores europeos.

El abandono de los planes de Cruzada y un aumento significativo de los competidores en el Atlántico constituyeron, como ya vimos, elementos determinantes de la estrategia de Juan III en Ultramar.

En 1549, el Brasil adquiría una mayor importancia con el nombramiento del primer gobernador general. La colonización de este territorio sudamericano tendría como base económica el cultivo del azúcar, éste, a su vez, basaba su rentabilidad en la utilización de mano de obra esclava. Una vez que fracasaron los intentos de utilización de los indígenas en este trabajo, los plantadores miraron en dirección al continente africano. De esta manera, el litoral angoleño se convirtió en el principal centro exportador de esclavos en dirección a los ingenios brasileños.

Aquél fue, sin duda, uno de los motivos que llevaron a la Corona a crear la capitanía de Angola el 19 de setiembre de 1571. El capitán Paulo Dias de Novais estableció la capital en la villa de São Paulo de Luanda, fundada en el otoño de 1576 [54]. De esta manera, se consolidaba la presencia portuguesa en las dos márgenes del Atlántico Sur. Transportando mercancías casi exclusivamente en el Oriente, los portugueses crearon en Brasil, como había ocurrido en otros archipiélagos atlánticos, una colonia de características predominantemente agrícolas. El nuevo peso del Atlántico en el contexto del imperio exigía un empleo de los principales recursos en esta región.

En Oriente ya existían por entonces dos o tres generaciones de mestizos, descendientes de los primeros *casados* o bien, fruto de la mancebía de soldados con mujeres nativas. Junto con los *castiços* —es decir, los europeos «puros» que se habían instalado en las Indias— y los conversos asimilados a la cultura portuguesa, constituían una sociedad criolla de *compradores*, comerciantes y pequeños armadores que tenían un peso creciente en la vida local. Si bien las principales funciones del Estado, tales como las administraciones en las capitanías, continuaban siendo confiadas sistemáticamente a personas procedentes del Reino, los criollos, en contrapartida, controlaban las municipalidades. El Estado recurría a sus empréstitos en situaciones de apuro y por ello, no podía silenciar su voz por completo. A los criollos, poco importaba el equilibrio económico y estratégico del conjunto de las posesiones del rey de Portugal; lo que realmente les interesaba por encima de todo era la supervivencia del sistema socio-económico en el que vivían. Al darse cuenta de la mayor atención que ponía la Corona sobre las áreas occidentales del Imperio y alarmados por los insistentes rumores que corrían acerca de la posibilidad del abandono de la India, los luso-asiáticos comenzaban a inquietarse. Además de algunas elocuentes defensas de su punto de vista, del cual gran parte de la obra de Diego do Couto [55] constituye un buen ejemplo, faltan datos acerca de las presiones que se supone ejercieron sobre los poderes públicos para que no llegase a concretarse el abandono. Hay in-

[54] Cf. J. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, vol. 3, p. 145.

[55] Resulta particularmente importante el estudio de M. Agusta de Lima Cruz, *Diego do Couto e a Década 8va da Ásia* (disertación para el doctorado en estudios portugueses), 5 vols., Lisboa, 1987 (copia).

dicios de que de este sector partieron las mayores presiones para que se adoptara una política militante no sólo de cristianización, sino de asimilación cultural completa de la población nativa, avanzando tan lejos como fuera posible. Asimilando y vinculando más efectivamente a los paganos conversos y a los cristianos siro-malabares, los criollos disponían de recursos humanos más numerosos y permanentes que las fuerzas que enviaba anualmente la Corona y, al mismo tiempo, esto les aseguraba una relativa independencia con respecto a ésta.

Intentos de replanteamiento de la estructura de la India Portuguesa

El cambio estratégico al que aludimos no provocó, al menos en principio, el descenso de la atención del poder central dedicado a los asuntos referidos al Estado de la India.

Consciente de la dispersión que caracterizaba la presencia lusa en Oriente y ciertamente insatisfecho con el desorden y la indisciplina que se derivaba de esta cuestión, don Sebastián procuró en 1571 dar otra solución al problema, dividiendo el Estado de la India en tres áreas administrativamente autónomas:

1. La primera abarcaba el litoral de África oriental desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el cabo Guardafui. El monarca nombró como capitán general y conquistador de aquellos territorios a Francisco Barreto, que ya estaba allí en campaña desde 1569, intentando alcanzar las minas de Monomotapa y someter al rey local a que sirviera a los intereses de los portugueses. De esta manera, procuraban controlar el comercio del oro, que desde muy pronto les había atraído a Sofala, pero del que nunca se habían apoderado de forma eficaz.

2. La segunda abarcaba el Mar Arábigo, teniendo por límites el cabo de Guardafui a Occidente y la isla de Ceilán a Oriente y su sede estaba en Goa. De esta manera, incluía las áreas estratégicas del estrecho de la India y Antonio de Noronha fue nombrado virrey de esta región (1571-1573).

3. La tercera estaba constituida por las áreas del Golfo de Bengala, Insulindia y el Mar de la China y tendría la sede en Malaca. Don Sebastián confió su gobierno a Antonio Moniz Barreto.

Resulta imposible juzgar el aumento de la eficacia que supondría dicha medida, pues no llegó a ser puesta en práctica. Sin embargo, sin duda, la Corona procuraba agrupar de esta manera, de forma más eficiente sus fuerzas y dotarlas de una capacidad de respuesta más rápida.

La forma en que esta iniciativa real se frustró resulta extremadamente aclaratoria en lo que respecta a las dificultades que siempre enfrentaron los monarcas en sus relaciones con la nobleza que administraba efectivamente las posesiones en Oriente.

El gobierno de la parte africana volvió a unirse al de la India tras el fracaso de la expedición de Francisco Barreto, en la que el propio capitán murió antes de llegar a Monomotapa.

Sin embargo, la división más importante era, sin duda, la que separaba los territorios al este de Ceilán de la jurisdicción de Goa. A la llegada a la India del virrey, éste y Antonio Moniz Barreto no se entendieron: Barreto pidió un número exagerado de hombres y navíos al virrey, que éste no le quiso conceder. Aparentemente, cada uno procuraba lo mejor para sí mismo, sin intentar encontrar una fórmula que permitiese a ambos desempeñar con éxito sus respectivos cargos.

A partir de este momento comenzaron las intrigas: Antonio Moniz Barreto se negó a tomar posesión de su gobierno y permaneció en Goa, desde donde escribió al monarca, acusando a Antonio de Noronha de mala voluntad para con él y asimismo, de tener pocas dotes de mando [56].

Como ya ocurriera muchas veces en el pasado, la Corona, presionada por las cartas que le llegaban de Oriente, se vio forzada a tomar una decisión, a pesar de disponer de escasísimos elementos de juicio. El rey Sebastián determinó entonces el cese del virrey y nombró a Antonio Moniz Barreto gobernador del Estado de la India (1573-1576). Independientemente de la eventual exactitud de los argumentos invocados por el nuevo gobernador, la verdad es que los intereses particulares se antepusieron a la voluntad real y Barreto consiguió, hábilmente, quedarse con el gobierno de todo el Estado de la India y no sólo su mitad oriental.

En los años que siguieron, no se realizaron nuevos intentos de alterar las posesiones en el Índico, razón por la cual, el Estado de

[56] Cf. J. Cortesão, «O império português no Oriente (1557-1640)», en *História de Portugal*, Barcelos, vol. 5, p. 331.

la India permaneció unido, situación que perduró hasta la mitad del siglo XVIII.

Alteraciones geo-políticas en el Mar Arábigo

Mientras tanto, se consumó otra profunda alteración político-militar en el espacio lusitano: al colapso de Vijayanagar en 1565 le siguió en 1573 la conquista del sultanato de Cambay por los mongoles, tras una campaña que se había iniciado en 1562. Con mayor vocación para el dominio de espacios terrestres que para la implicación en redes de comercio marítimo, los mongoles, si bien constituyeron una fuente de preocupaciones para Goa, no pusieron en peligro las fortalezas portuguesas.

Curiosamente, la nueva coyuntura política trajo significativas ventajas comerciales al Estado de la India. Como demostró Geneviève Bouchon, los mercaderes gujarates, al procurar salvar sus mercados,

> (...) aceptaron la escolta de convoyes portugueses. Diu servía como puerto de escala para el tráfico entre Gujarat y los puertos del Mar Rojo. Goa experimentó entonces una prosperidad renovada debido al comercio Gujarat, que era casi tan importante en volumen como el de la Corona. De momento, los portugueses compensaban de esta forma el declive del comercio equino, cuyos beneficios habían bajado a una vigésima parte de su nivel habitual tras la caída de Vijayanagar [57].

Cabe señalar que el comercio portugués no sólo prosperó en esta región. En aquellos momentos el Extremo Oriente alcanzaba una notable pujanza. Las sedas, las porcelanas, las cajas lacadas y otras manufacturas de lujo de la China y el Japón comenzaron a llegar a Malaca y a Goa y a ser enviadas a Europa por la Línea de la India, lo que contribuyó a mantener su viabilidad económica en un momento en que el comercio de la pimienta atravesaba dificultades.

De esta manera, hasta finales del siglo, el Estado de la India continuaría siendo una gran potencia comercial y militar en el Mar Arábigo.

[57] G. Bouchon, «Sixteenth Century Malabar and the Indian Ocean», en *India and the Indian Ocean ...*, pp. 162-184, 178.

Una de las referencias más interesantes acerca de sus capacidades mercantiles es la que nos transmitió el italiano Filippo Sassetti, un viajero italiano, que en 1588 afirmaba que el comercio portugués era el más activo a lo largo de la costa occidental de la India [58].

Uno de los indicios más significativos acerca del reconocimiento de su importancia militar fueron los contactos establecidos por el sultanato de Golconda con las autoridades de Goa alrededor de 1590. Habiéndose beneficiado de la desaparición de Vijayanagar, dicho sultanato, uno de los que se creó como resultado de la disgregación del reino brahmanida que tuvo lugar a finales del siglo XV, constituía hasta ese momento en estado interior. Más tarde extendió sus dominios hasta la costa del Golfo de Bengala y a través del puerto de Masulipatán comenzó a intervenir en el comercio marítimo. En un principio, Golconda desarrolló sus negocios en aquellas aguas sin sentir la necesidad de establecer relaciones con los portugueses, pero cuando quiso enviar navíos de forma regular al Mar Rojo, entabló negociaciones con el Estado de la India para obtener emblemas de identificación para que sus embarcaciones no fuesen atacadas por los corsarios portugueses en el Mar Arábigo [59].

Resulta interesante señalar que, si bien resultaba suficientemente amenazador como para llevar las autoridades de Golconda a solicitar salvoconductos, el Estado de la India experimentó enormes dificultades para conseguir que dicho sultanato cumpliese las contrapartidas a que estaba obligado por la obtención de dichos salvoconductos: el envío de 300 candis de arroz por año a una fortaleza portuguesa de la isla de Ceilán [60]. Sin duda, este episodio resulta muy esclarecedor acerca del poder relativo de que disponían en aquel momento las fuerzas portuguesas destacadas en aquella región.

De esta manera, hasta finales del siglo XVI el comercio lusitano en el Índico occidental no cambió de forma significativa. Sin embargo, en las dos últimas décadas, el comercio de las especias comenzó a sufrir

[58] Cf. idem, *ibidem*, p. 178.

[59] Cf. S. Subrahmanyam, «The Portuguese response to the rise of Masulipatam, 1570-1600», en *Improvising Empire* ..., pp. 128-136.

[60] Cf. idem, *ibidem*; véase también idem, «Persians, pilgrims and Portuguese: the travails of Masulipatam shipping in the Western Indian Ocean, 1590-1665», en *Modern Asian Studies*, Cambridge, vol. XXII, 3, 1988, pp. 503-530.

un nuevo tipo de competencia. Como hemos dicho anteriormente, los mongoles desarrollaron un expansionismo de naturaleza terrestre, pero eso no les impidió inmiscuirse en el comercio de la pimienta: en los últimos años del siglo XVI crearon una importante red de caminos en el interior de la península hindú, reactivando la actividad comercial de muchas ciudades del interior. «A partir de 1580, caravanas que contaban entre 2.000 y 3.000 bueyes cargados de pimienta viajaban desde Cochín hasta el Asia Central, Bengala y Pegú» [61]. La aparición de estos nuevos circuitos afectaría no sólo a los tratos comerciales del Estado de la India en Malabar, sino también de Ormuz, en la medida en que una de estas rutas pasó a unir la India con Persia.

Los efectos de estas transformaciones sólo comenzaron a notarse vivamente en el siglo siguiente, cuando la coyuntura general que vivía el Índico se modificó sustancialmente con la entrada en escena de los ingleses y holandeses.

La India portuguesa en la política de Felipe II (1580-1600)

De lo dicho anteriormente, cabe concluir que desde un punto de vista comercial no se registraron cambios demasiado importantes tras la ascensión al trono portugués en 1580 de Felipe II, rey de España.

Sin embargo, en otros aspectos, el nuevo monarca procuró imprimir un nuevo rumbo al curso de los acontecimientos.

Nuevos esfuerzos para imponer la disciplina

Al asumir el gobierno de Portugal, Felipe II procuró, tal como habían hecho sus antecesores, combatir la indisciplina que minaba las instituciones del Estado de la India.

La lectura de las cartas que a lo largo de su reinado envió el monarca hacia la India, nos revela una constante preocupación por este asunto. Las continuas soluciones a los abusos de los capitanes que opri-

[61] G. Bouchon, «Sixteenth Century Malabar» [...], p. 182.

mían tanto a las guarniciones como a la población nativa [62], las deserciones de soldados, la falta de pago a todo el personal, desde los simples soldados hasta los obispos, la desaparición de numerosas piezas de artillería, etc., ejemplifican claramente la diversidad de los problemas con los que la mayor parte de las veces la Corona se debatía en vano.

Síntomas de las grandes dificultades que suponía luchar contra estas tendencias anarquizantes, constituyen, sin duda, las dos leyes promulgadas en Goa, una en 1592 y otra en 1593. La primera era extremadamente severa, ya que condenaba a muerte a toda aquella persona «de cualquier rango y condición que recibiese un sueldo para embarcar en dichas flotas y no lo hiciese o bien, después de embarcado, se marchara sin permiso del capitán mayor de dicha armada» [63]. Sin embargo, al año siguiente, se decretaba una amnistía para todos los fugitivos que estuvieran en el «pequeño puerto de Bengala y sus límites», que en el plazo de cuatro años se presentasen ante las autoridades portuguesas. Quien lo hiciese quedaría automáticamente perdonado de «cualquier crimen que hubiese cometido» [64].

Estas dos leyes nos revelan la complejidad del problema: la Corona procuraba atemorizar a los potenciales desertores, amenazando con la pena capital a todos los que abandonasen su servicio, pero cuando los infractores conseguían escapar fuera del área controlada por el Estado de la India no existía otra solución sino intentar atraerlos mediante la benevolencia y recuperarlos de esta manera para el servicio público, con el fin de atenuar la pemanente escasez de efectivos.

Se trataba, sin duda, de una mala administración de recursos humanos y materiales que minaba la institución. En una de las últimas cartas que envió a Goa, Felipe II deja bien claro que el Estado de la India era, en teoría, financieramente autosuficiente, pero que estaba gravemente perjudicado por la forma en que era gestionado:

[62] En 1584, el virrey temía que las poblaciones de la costa de Melinde pidiesen ayuda a los turcos, debido a las «sinrazones, tiranías y robos» a los que les sometían los capitanes mayores de aquella costa. Cf. Carta del rey enviada al virrey de la India, Lisboa, 22 de febrero de 1585, pub. en *Archivo Português Oriental* (en adelante designado *A.P.O.*), fasc. 3, Nova Goa, 1861, pp. 45-47.

[63] Cf. Edicto del 10 de marzo de 1592, pub. en *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 350-351.

[64] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 408-409.

> (...) y me envió (Francisco Pais, proveedor mayor del Erario Público del Estado de la India) una lista de lo que gasta el Estado de la India, en pago a mis funcionarios de este Estado, que supone un monto de un millón de reales de oro y trescientos setenta y cinco mil pardos y que aún siendo la cantidad recibida aún mayor que los gastos, no basta para cubrir los gastos causados por los desórdenes del gobierno y la codicia de los capitanes por las causas que señala y aconseja que los capitanes no tengan acceso a los bienes de mi propia hacienda [65].

La dificultad que suponía controlar las actividades de los súbditos no era una cuestión privativa de Portugal, puesto que también los castellanos tenían problemas en Oriente, centrados en las islas Filipinas. En efecto, el hecho de que Felipe II hubiese reunido en su persona el control de las dos coronas no significaba que los pobladores de Filipinas, dependientes de la corona de Castilla, pudiesen frecuentar libremente los mercados de Insulindia y del Extremo Oriente, ligados al Estado de la India. Las dos coronas permanecían oficialmente separadas y los comerciantes portugueses no estaban en modo alguno interesados en compartir sus negocios con los españoles que llegaban al Asia oriental por la vía del Pacífico. Respetando los acuerdos que se adoptaron en las Cortes de Tomar en 1581, cuando juró su cargo como rey de Portugal, Felipe II envió órdenes, ya fuera vía Goa o Manila, prohibiendo a sus súbditos la entrada en las zonas reservadas al país del que no eran naturales.

Aun así, estas disposiciones fueron sistemáticamente violadas, como lo prueba la nueva correspondencia acerca de este mismo asunto, que se envió a Goa en 1587, 1591, 1594, 1595, 1597, 1598 [66]. El 9 de marzo de 1594, el rey promulgó en Madrid un edicto sobre esta materia [67], pero su voluntad nunca se respetó.

Esta situación resulta comprensible: de cualquier manera, al encontrarse al otro lado del globo, la zona de contacto entre ambas esferas de influencia se situaba casi en las antípodas de la Península Ibérica, muy lejos no sólo de la Corte del Rey, sino también de los virreyes

[65] Carta del rey dirigida al virrey de la India, Lisboa, 10 de marzo de 1598, pub. en *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 852-856, *cit.* en p. 855.

[66] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 80-81, 276-277, 423-424, 482, 604, 670, y 758-760.

[67] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 453-454.

de la India y de México, centros administrativos de uno y otro imperio. Por otro lado, correspondían ambos casos a un área de escasa ocupación del espacio: los españoles estaban acantonados en las Filipinas y los portugueses, salvo los pequeños fuertes de Las Molucas y las comunidades instaladas en Macao y Nagasaki, apenas si tenían presencia oficial en Malaca. El vacío de poder que existía en la zona intermedia, convertía a la zona en un auténtico paraíso para los comerciantes privados, los desertores y los aventureros.

A esto cabe añadir que existía una cierta clase de comercio entre los dos imperios que beneficiaba a ambas partes. En las Filipinas prevalecía una economía agrícola con una fuerte tendencia autárquica. Sólo en el siglo XVIII, con la introducción del cacao y el incremento de la producción azucarera, el archipiélago comenzó a producir para exportar. Hasta entonces, si el galeón de Manila surcaba anualmente el Pacífico hasta llegar a Acapulco, no transportaba, fundamentalmente, productos filipinos, sino manufacturas del Imperio Celeste y especias de Insulindia que intercambiaba por plata mexicana.

Macao representaba para los mercaderes de las Filipinas un mercado de abastecimiento privilegiado y a su vez, Manila era para la colonia mercantil portuguesa de Macao un buen mercado consumidor de los productos que provenían del continente chino. A decir verdad, la plata mexicana competía con la que los portugueses traían del Japón y asimismo, la presencia de comerciantes españoles o sus agentes aumentaba la demanda y, por consiguiente, el precio del cobre chino. Aquí parece encontrarse la razón principal de las constantes protestas de Macao contra la injerencia castellana.

Además de desagradarles la competencia comercial, los portugueses también recelaban de las ambiciones hegemónicas de las autoridades de Manila. De Lisboa a Nagasaki corrían insistentes rumores sobre la voluntad de los castellanos de dirigir todas las actividades de los súbditos de la Península Ibérica en el Asia Oriental.

Es en este contexto en donde cabe entender hechos tales como la expulsión de Macao en 1585 de franciscanos castellanos procedentes de Manila [68]. Sin tener conocimiento de este acontecimiento, el jesuita ita-

[68] Cf. M. Teixeira, «Os Franciscanos em Macau», en *España en Extremo Oriente*, Madrid, 1979, pp. 309-375.

liano Alexandre Valignano escribía ese mismo año desde Goa hacia Roma, comentando las tensiones que se vivían en el Extremo Oriente:

> Lo que importa escrevir agora es, que los castellanos que están en las islas Filipinas, con el mucho desseo que tienen de las riquesas de la China, embiaron por diversas vezes religiosos con otros seglares al puerto de Amacao, y con el descuido que uvo en aquella tierra, porque no era aún ciudad como es agora, hizieron allí aposento unos frayles franciscos castellanos, y agora procuran de hazer los frayles agustinos. Y fuesse descubriendo que el Governador de las Filipinas pretende de poner los pies en Amacao y hazer com Su Magestad que lo ponga de baxo de su governación. Y como esto es tanto contra el bien del Estado de la India y del servicio de Su Magestad, lo sentió tanto el Visorrey con más hidalgos y Prelados de la India que embiaron a posta a hazer saber lo que passa a Su Magestad, quexándose mucho del Governador de los Luçones (...) [69]. (N. del T.: en castellano en el original).

En los últimos años del siglo, los jesuitas discutieron largamente acerca de la posibilidad de convertir la vice-provincia de Japón en una provincia independiente. La principal oposición a esta medida fue promovida por el «grupo portugués» que temía que ése fuera el primer paso para que las misiones y el comercio en el Asia Oriental quedaran bajo control de los castellanos de Manila:

> (...) si Japón quedara desmembrado desta Provincia, como allá haya muchos Padres castellanos, como V.P. sabrá por la lista, con capa de más breve viage, más fácil y de menos custo, tienen de pedir luego a V.P. que los subjectos, que de Europa le embiaren, vengan por la vía de la Nueva España y Manillas. Y ansí el comercio y navegación por allá se abrirá y continuará, y los castellanos forasteros poco a poco se irán apoderando del trato y comercio que los portugueses tienen en Japón con mucha ganancia, y como tuvieren los nuestros Padres

[69] Carta del padre Valignano, SI, dirigida al padre general Claudio Acquaviva (Goa, 1 de abril de 1585), en *Documenta Indica*, ed. J. Wicki, SI, 18 vols., Roma, 1948-1988, vol. XIV, pp. 1-14, 5-6.

en su favor y ayuda se quedarán con todo excluyendo a los portuguezes [70]. (N. del T.: en castellano en el original).

Otro acontecimiento significativo fue la captura en Macao en el año 1591 de un galeón del virrey de Perú, que había ido allí con la intención de comprar cobre. El dinero que transportaba fue confiscado y el navío enviado a Goa, en donde fue forzado a seguir camino a España por la ruta del Cabo. Las autoridades portuguesas vieron confirmadas por parte de Felipe II sus decisiones.

Este clima de rivalidad, prácticamente de conflicto, se alteró rápidamente con la aparición de los holandeses en Insulindia. La interposición de los «herejes» entre la India y el Extremo Oriente aconsejaba a los naturales de la Península Ibérica a cerrar filas contra el enemigo común. A partir del siglo XVII, las relaciones entre Macao y Manila tendieron a desarrollarse en esa perspectiva.

La India portuguesa y la estrategia mundial de Felipe II

Bajo el gobierno del primero de los Felipes, el Estado de la India volvió a ser concebido como una pieza importante de la estrategia mediterránea, a semejanza de lo que ocurriera durante el reinado de Manuel I.

Felipe II, según sabemos, no albergaba el sueño de la conquista de Jerusalén como ocurría con su abuelo materno, sino que estaba principalmente preocupado por el crecimiento del Imperio Otomano, al que sus ejércitos se habían enfrentado con éxito en el Mediterráneo, derrotando a las fuerzas turcas, primero, en la defensa de Malta en 1565 y posteriormente, en 1571, en la batalla naval de Lepanto. A pesar de que su expansionismo había sido frenado en el flanco sur de la cristiandad, los turcos conservaban un formidable imperio que constituía una grave amenaza para Europa central, en donde reinaba otra rama de la dinastía de los Habsburgo.

[70] Carta del padre M. de Veiga, SI, para el padre general, Claudio Acquaviva (Goa, 23 de noviembre de 1593), *ibidem*, vol. XVI, pp. 410-421, 417-418.

Asimismo, el Índico podía ser reactivado como área de presión contra el Mediterráneo oriental. Aparentemente, el monarca retomó la estrategia que había sido utilizada a comienzos de siglo por el Afortunado: intentar el bloqueo económico del Mar Rojo y procurar firmar alianzas ya fuera con el Sha de Persia (eterno rival de los otomanos) o con el Emperador de Etiopía.

Parte de esta política, el nexo diplomático con los persas, ya se ensayó en el transcurso del reinado de don Sebastián, que también estaba obsesionado con el peligro turco, que amenazaba con irrumpir en Marruecos y llegar hasta el Atlántico. En una carta de 1596, Felipe II hace referencia a una embajada enviada al Sha por don Sebastián tras la victoria de Lepanto, que portaba asimismo, cartas suyas y de la Santa Sede [71].

Ciertamente, se trata de la embajada de Miguel Abreu de Lima, que partió de Lisboa en 1572.

A partir del momento en que accedió al trono portugués, Felipe II procuró desarrollar esta vieja estrategia en una perspectiva global. De esta manera, después de 1581, al enviar a la India al virrey don Francisco de Mascarenhas (1581-1584), el monarca «le encomendó encarecidamente (...) que mandase posteriormente una embajada al Estrecho para cuidar que no fuesen allí las naves de Malabar ni las de Agén a los puertos de La Meca» [72]. En los años siguientes, a pesar de las pocas fuerzas disponibles, Goa intentó reanudar el bloqueo económico a los mercados egipcios, acción que sólo obtuvo un éxito relativo en las dos primeras décadas de la presencia portuguesa en Oriente. De esta manera, el rey procuraría obtener resultados semejantes a los que se habían alcanzado a comienzos del siglo, pero ahora los portugueses no disfrutaban de la superioridad naval que tenían a comienzos del siglo XVI ni tampoco el Imperio Otomano era la fuerza decadente que constituían los mamelucos ochenta años antes.

En 1585, se dieron órdenes desde Madrid para que el virrey Duarte de Meneses (1584-1588) «enviase una gran armada al estrecho del Mar Rojo para distraer con ella al turco de los acontecimientos de Persia, porque las victorias que habían alcanzado contra el Sha causaban

[71] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 601-602.
[72] D. do Couto, *Ásia*, X, ii, 5.

mucho daño a la cristiandad» [73]. De esta manera, el rey intentaba evitar el avance de los otomanos en dirección a Oriente, tras la conquista de Tabriz. Incluido en un imperio de dimensiones planetarias, el Estado de la India se veía obligado a efectuar maniobras de diversión al servicio de una estrategia que no le interesaba demasiado.

A decir verdad, la política agresiva contra los turcos reabría un conflicto que en aquél momento estaba atravesando un período de relativa calma. Ciertamente, la lucha contra los mercenarios turcos se había generalizado en todo el Índico y en el Golfo Pérsico se seguía dando una situación de guerra endémica, que quedó bien patente en el ataque de 1581 que arrasó la fortaleza de Mascate (que sólo alcanzaría a ser reconstruida en 1588). Pero estos conflictos no ponían en tela de juicio la supervivencia del Estado de la India ni justificaban el empleo de grandes efectivos militares.

A los *casados* y a la sociedad criolla en general no le interesaban esta clase de aventuras, ya que su supervivencia podía ser puesta en peligro si los otomanos contraatacasen de forma decidida. Diego do Couto, cronista claramente identificado con los intereses de estos grupos, deja bien claro su desacuerdo en dicha política al relatar los sucesos —sin consecuencia alguna— que afectaron a la flota que en 1586 atacó el Mar Rojo, en cumplimiento de las instrucciones procedentes de Madrid el año anterior. Significativamente, el cronista pone en boca de «dos ciudadanos ancianos, una primera objeción: ninguna flota portuguesa alcanzó el éxito en el Mar Rojo, al igual que ninguna flota turca lo hizo en la costa de la India» [74]. Más adelante, deja bien clara la principal preocupación de los *casados*, cuando recreando la escena de un abejí que conversa con un capitán portugués, escribe: «Al venir no hicísteis otra cosa que despertar al can que está durmiendo» [75].

Al igual que ocurrió con Manuel I, el Mar Rojo tenía un doble significado para Felipe II. Su dominio aseguraría tanto el bloqueo económico de Egipto como la posibilidad de establecer contactos regulares con Etiopía. Ante la imposibilidad de establecer una base en la costa africana del Mar Rojo, el monarca, al menos a partir de 1593, animó

[73] *Ibidem*, X, vii, 4.
[74] Cf. *ibidem*, X, vii, 7.
[75] *Ibidem*, X, vii, 17.

a sus súbditos para que alcanzaran el territorio etíope desde Melinde [76]. En 1595 y 1596, volvió a presionar a Goa en el mismo sentido [77]. Y en 1597, ante el fracaso de esta alternativa, volvió a proponer el ataque del Mar Rojo bajo dominio turco «ya que dichos puertos están faltos de gente, debido a que la mayor parte de ella está implicada en la guerra de Hungría (...) y no pueden ser ayudados debido a la necesidad de galeras que tienen los turcos» [78].

De esta manera, cabe notar una persistencia por parte del monarca, que se prolongó hasta el final de su vida. En este aspecto, Felipe II tuvo una actitud semejante a la de su abuelo y, al igual que el Afortunado, hubo de enfrentarse a la obstrucción de los que no compartían su visión estratégica y ocupaban cargos importantes en Oriente.

En 1596 llegaron a Goa dos cartas procedentes de la corte etíope. Se trataba de una excelente ocasión para reanudar las relaciones diplomáticas tan deseadas por Madrid. Sin embargo, Matías de Albuquerque, a la sazón, virrey de la India (1591-1596) no envió las cartas hacia España, con el pretexto de que estaban escritas en caracteres etíopes y que nadie las sabía traducir [79].

Ciertamente enfadado, e incluso desesperado, el rey escribió en 1598 al virrey Francisco da Gama (1596-1600) [80], ordenándole que, en el caso de que esto se repitiese, no dejase de enviar las cartas a la Corte «porque aquí no faltan personas que sepan interpretarlas» [81].

Este episodio resulta extrañamente semejante a lo que ocurrió durante el período del reinado de don Manuel, cuando tanto en la Corte como en el Índico se enfrentaban los puntos de vista de los partidos imperialista y anti-imperialista y el embajador Mateus llegó a la India [82]. Como ya hemos visto anteriormente, a la sociedad criolla no le interesaba la guerra abierta entre el Estado de la India y los turcos. De esta manera, cabe comprender que no estuviese interesada en los contactos con los etíopes, sabiendo que el rey deseaba atraerlos a su coalición an-

[76] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, p. 378.

[77] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, pp. 474 y 584.

[78] *A.P.O.*, fasc. 3, p. 694.

[79] Cf. *A.P.O.*, fasc. 3, p. 813.

[80] D. Francisco da Gama (1565-1632) cumplió un segundo mandato como virrey de la India entre 1622 y 1628.

[81] *A.P.O.*, fasc. 3, p. 826.

[82] Cf. capítulo II, apartado 5.

ti-turca. Con la disculpa de la falta de traductores, Matías de Albuquerque se identificó, ciertamente, con las aspiraciones de los luso-asiáticos obstruyendo veladamente la política real.

Esta verdadera obsesión de Felipe II por la creación de nuevos frentes de guerra contra los turcos se manifestó igualmente en la insistencia del monarca en entablar negociaciones con los persas. Las soluciones al asunto se repiten prácticamente todos los años en la correspondencia que se envía a Goa, insistiendo a los virreyes para que se aproximaran políticamente al Sha. En una carta de 1596 cabe encontrar un ejemplo extremadamente interesante, tal vez el más significativo, del empeño de Felipe II en lograr la alianza con los persas:

> ...y de las victorias que se obtuvieren contra el turco en Hungría se os dará una relación, la cual en la India haréis traducir en el idioma persa y que entregaréis al embajador que habréis de enviar a aquel reino para que allí pueda mostrarla [83].

En 1599, de los contactos con la corte persa se lograría una autorización para el establecimiento de una misión católica en Ispaán, empresa que quedó a cargo de los agustinos.

El fallecimiento de Felipe II no alteró estos planes, toda vez que la política de aproximación hacia Persia para intentar el cerco del Imperio Otomano fue llevada a cabo por Felipe III a lo largo de todo su reinado (1598-1621).

Es en este contexto de intensificación de la guerra luso-turca en donde cabe entender la construcción de la fortaleza de Mombasa en 1593: de esta manera se extendía la red de fortificaciones a una zona más septentrional de la costa africana, procurando aliviar la presión militar turca sobre el noroeste del Mar Arábigo. En ese entonces, se unió a esta plaza el rey de Melinde, viejo aliado de los portugueses, que de esta manera, se protegía de los ataques otomanos. Precisamente fue a partir del momento en que se establecieron en Mombasa cuando Felipe II comenzó a sugerir que se intentase alcanzar Etiopía desde el reino de Melinde. Parece, pues, que la nueva fortaleza fue concebida

[83] *A.P.O.*, fasc. 3, p. 605.

también como una eventual cabeza de puente para la penetración en el interior del continente africano.

Otra de las preocupaciones permanentes de Felipe II fue la continuación de la conquista sistemática de Ceilán, en la que Goa concentró, efectivamente, una parte significativa de sus esfuerzos militares, pero sin obtener éxito.

Como ya hemos visto, don Manuel llegó a sugerir a Francisco de Almeida que trasladase su base de operaciones a Ceilán. Sin embargo, no le indicaba que conquistase la isla, pues en aquella época aún no se pensaba en asumir la administración directa de los territorios en Oriente y el rey de Portugal se contentaba con el pago de parias con los reyes que lo reconociesen como soberano. Resulta probable que la idea de la conquista integral de la isla fuera el resultado de la influencia de las concepciones expansionistas tradicionales de la monarquía española, cuyo imperio no se había constituido mediante la apropiación de redes de fortalezas y ciudades costeras, sino por medio de la conquista de vastas áreas territoriales. Probablemente, debido a la emulación suscitada por el éxito obtenido por los castellanos en la conquista territorial de las Filipinas (1565-1572), este modelo comenzó a ganar adeptos entre los portugueses ya en el reinado de don Sebastián, período en el que comenzaron a diseñarse algunos planes de conquista. La ocupación del trono portugués por un monarca español favoreció, naturalmente, la adopción de este modelo expansionista.

Ceilán reunía las condiciones de constituir un lugar estratégico excepcional y, al mismo tiempo, poseía un elevado valor económico. Puesto que los males del Estado de la India se derivaban fundamentalmente de su dispersión, que hacía difícil la coordinación entre las diferentes fortalezas y facilitaba la deserción de los poderes constituidos, se comprende que una empresa tendente a la concentración como constituiría el dominio de Ceilán, se presentara como una alternativa plausible al sistema que entonces estaba vigente. Esa concentración sería preconizada más tarde como la mejor manera de sustentar el expansionismo holandés en el Índico. Pero en el reinado de Felipe II, considero que el deseo insistente de conquistar Ceilán significa, esencialmente, un intento de restructurar el Estado de la India según el modelo expansionista español.

Sin embargo, como sucediese ya en el reinado de Manuel I, eran más grandes las aspiraciones de la Corona que las capacidades de sus

súbditos. Los portugueses no tenían las condiciones necesarias para llevar a cabo simultáneamente una gran ofensiva al norte contra los turcos y al sur, con el propósito de conquistar Ceilán. Al mismo tiempo, pienso que ni siquiera tenían condiciones para alcanzar uno de estos objetivos por separado, dada la fragilidad de las instituciones que los gobernaban, la dispersión de sus dominios y, naturalmente, el poderío militar de sus adversarios. De esta manera, si bien disponían de importantes bases en la India, los portugueses no lograron su conquista.

En este período, el Estado de la India obtuvo una victoria importante en otra región. No se trata de una conquista territorial «a la española», sino de una expedición naval según la antigua tradición portuguesa: la guarnición de Malaca continuaba resistiendo con éxito los ataques de Agén y en 1587, las fuerzas portuguesas derrotaron al sultán de Johor, que tras muchas dudas, se alió con Agén, disminuyendo, de esta manera, la presión sobre el gran emporio malayo. Sin embargo, Malaca se granjeó un nuevo opositor aún más poderoso, cuando al final del siglo XVI, llegaron los holandeses al Índico. Éstos procuraron, en un primer momento, concentrar sus intereses en una región apartada del Mar Arábigo, excesivamente controlado por el Estado de la India. Por esta razón, optaron por establecerse en otra zona productora de especias, Insulindia, instalándose en Java. De esta manera, Malaca pasó a estar no sólo bajo la presión de las tropas de Agén, sino también de los rivales europeos recién llegados.

La absorción institucional de la cristiandad siro-malabar

Las relaciones entre los portugueses y la cristiandad siro-malabar no tuvieron un carácter uniforme a lo largo de este siglo. En un principio, hubo una comunidad de intereses político-económicos que, junto con el ambiente de optimismo religioso del período del reinado de don Manuel amortiguó en gran medida las diferencias que lo separaban. Más tarde —por intermedio del viaje de Pedro Álvares Cabral— los portugueses cayeron en la cuenta de que, contrariamente a lo que suponían y a lo que contara Gaspar de la India, los cristianos de Santo Tomé no disponían de poder político ni militar. En los años inmediatamente posteriores fueron constatando de forma gradual que su poderío económico y su participación en el comercio de las especias estaban en declive.

Pero en 1526, Juan III aún le sugería a Enrique de Meneses que potenciase las relaciones comerciales con estos cristianos, con el propósito de disminuir los beneficios de los mercaderes islámicos.

Los portugueses se dieron cuenta de inmediato de que los cristianos de la India tenían prácticas diferentes de las suyas, tanto en lo que respecta a la disciplina (como por ejemplo, la no obligatoriedad del celibato de los sacerdotes) como en la liturgia, pero parecen no haberse percatado de que, en realidad, aquella iglesia profesaba la herejía nestoriana. Cuando menos, tal sospecha no se encuentra registrada en ningún documento fechado en el primer cuarto del siglo XVI.

La cristiandad malabar, que estaba, al menos desde el siglo VI, gobernada por obispos enviados desde Mesopotamia, seguía el rito caldeo y el sirio constituía su lengua litúrgica. Desde el siglo XIV, los obispos, después de haber residido en Cranganor, se habían trasladado a Angamale, en el interior de Cochín, como consecuencia de los cambios que habían convertido a los musulmanes en señores del mar y obligaba a los cristianos a realizar un comercio terrestre, recluyéndolos en el interior del territorio. Los portugueses tuvieron frecuentes contactos con las comunidades de Cranganor y Coulán, pero éstos sólo fueron de carácter esporádico con la «cristiandad de la sierra», es decir, con las aldeas cristianas de las faldas de los Montes Ghates.

En 1504, vinieron de Mesopotamia cuatro obispos, dos de los cuales desaparecieron sin dejar ni rastro. De los dos restantes, Mar Jacob encabezó la facción que era claramente favorable al acercamiento a los portugueses, mientras que Mar Denha se mostraba más circunspecto, pareciendo querer evitar la costa y recelar de los recién llegados. Tras la muerte de Mar Denha, Mar Jacob gobernó en solitario la iglesia malabar, manteniendo las buenas relaciones con los portugueses y falleciendo en la década de 1550 en el convento franciscano de Cochín [84], en donde recibía una pensión de Juan III.

Esto no impidió que en aquel momento tuviesen lugar los primeros choques, que tenían su razón de ser en la intolerancia de ciertos elementos del clero católico, que no veían con buenos ojos la existencia

[84] No se conoce la fecha exacta de la muerte de este obispo. A. M. Mundadan la sitúa entre 1550 y 1553. Cf. A. M. Mundada, *History of Christianity in India*, vol. 1, Bangalore, 1984, pp. 346-347.

en la India de prácticas no ortodoxas. A pesar de estas dificultades, los cristianos de Santo Tomé eran asistidos tanto por los padres siro-malabares como por los latinos y los que eran bautizados por los sacerdotes católicos no pasaban a estar, por ello, bajo jurisdicción de la Iglesia Romana.

El acercamiento entre las dos comunidades cristianas se vio afectado por las propias dificultades en superar determinados prejuicios. En efecto, tanto los musulmanes como los reyes hindúes no veían este proceso con buenos ojos: a los islámicos no les interesaba la consolidación de un bloque político-comercial cristiano y a los reyes hindúes no les convenía la adhesión de numerosos súbditos a la Iglesia Romana, pues tenían la impresión de que, en ese caso, perderían la autoridad sobre ellos. El propio hecho de que los portugueses no procediesen siempre con honradez en los tratos comerciales con los siro-malabares facilitó el éxito de las intrigas de mahometanos y paganos. Esto es lo que parece haber sucedido con la formación de un partido veladamente antiportugués alrededor de la figura de Mar Denha. Una vez que la importancia de los intereses comunes disminuyó, se hacía más difícil la unión entre los portugueses y los cristianos de Santo Tomé. La llegada a la India de los aires de la Contrarreforma, seguidos del cambio en dirección al Atlántico de los intereses portugueses más importantes, dificultaban aún más este proceso.

Consciente o inconscientemente, la creación por parte de los franciscanos del colegio de Cranganor a comienzos de la época de 1540-1550, representa un intento de latinizar de forma progresiva a la cristiandad siro-malabar: con la aprobación de Mar Jacob, sus futuros sacerdotes fueron educados en la tradición católica. No obstante, si bien los cristianos de Santo Tomé enviaban a estudiar a sus hijos al colegio, la comunidad no los aceptaba como sacerdotes, puesto que se apartaban de las costumbres y prácticas tradicionales que estaban profundamente arraigadas. El colegio de Cranganor acabó por cerrarse y los jesuitas crearon en 1587, con el propósito de sustituirlo, el de Vaipicota, donde la enseñanza se realizaba en sirio y en la lengua local y no en latín (como ocurría en el anterior). Pero mientras tanto, la aproximación fue sustituida por la confrontación entre las jerarquías.

Entre la muerte de Mar Jacob y la llegada del nuevo obispo procedente de Mesopotamia en 1557, hubo un corto período en que los cristianos de Santo Tomé estuvieron sin obispo propio. Probablemente,

los portugueses pensaron que la desaparición de Mar Jacob conduciría, naturalmente, a la integración de esa cristiandad en la jerarquía latina, pero la llegada de otro obispo complicó decisivamente la situación. Para mayor complicación, el patriarca caldeo, Juan Sulaqa, elegido en 1552, había hecho acto de sumisión al Papa y había estado en Roma para recibir la consagración. La llegada de un obispo caldeo a Malabar era aún más alarmante cuando éste estaba en comunión con Roma, por lo que, aunque no cabía denominarlo cismático, no dependía de Goa. El entusiasmo con que fue recibido por los cristianos siro-malabares es un testimonio inequívoco de la voluntad que tenían de preservar su autonomía cultural e institucional. Al contrario que lo que ocurría con los latinos, los obispos mesopotámicos no se escandalizaban, naturalmente, ante las tradiciones locales. Siendo extranjeros, tradicionalmente se remitían a su *múnus* (encargado espiritual), dejando la administración eclesiástica en manos del clero local, fundamentalmente, de los archidiáconos nativos. El autoritarismo del clero latino, reforzado por la Contrarreforma, no podía sino provocar un conflicto. La presencia de obispos caldeos, además de constituir un símbolo de su identidad cultural, les permitía jugar sus cartas entre dos poderes y preservar una cierta autonomía.

A partir de entonces, los esfuerzos de la jerarquía latina que permanecía en la India, apoyada claramente por los luso-asiáticos, ya no tenían la intención de mantener buenas relaciones con el clero malabar con el propósito de conformar un único bloque cristiano, como sucediera en el segundo cuarto del siglo, sino que ahora pretendían subordinar jurisdiccionalmente a los cristianos de Santo Tomé a la autoridad del Patronato Portugués. El radicalismo de la Contrarreforma influyó en las relaciones entre unos y otros, sobre todo, debido a la mayor tendencia a la uniformidad que se produjo como consecuencia del Concilio de Trento, pero, al parecer, los intereses que estaban en juego tenían un carácter más político que religioso.

En efecto, ante la disminución del apoyo por parte del reino portugués, ahora mucho más interesado en el Atlántico que en el Índico, las personalidades destacadas de la India portuguesa vieron en la comunidad siro-malabar —que podía movilizar entre 25.000 y 30.000 soldados— una alternativa asiática a la escasez de refuerzos europeos. Religiosos y *casados* eran los dos grupos que estaban más directamente in-

teresados en la continuidad del Estado de la India. Sus objetivos, si bien no coincidían totalmente, se conjugaban perfectamente en este tema en particular.

De esta manera, el obispo Mar José fue apresado, acusado de herejía y enviado al Reino de Portugal. Aunque el cardenal don Enrique lo había recibido de buena manera, sin poner ningún reparo a su ortodoxia y reenviándolo a la India, volvieron a detenerlo y esta vez, lo enviaron a Roma, en donde falleció. Mientras tanto, a pedido de la cristiandad malabar, el Patriarca Caldeo envió a la India a Mar Abraham. Éste fue considerado un intruso por Mar José cuando había regresado de Portugal y también fue apresado y enviado a Roma. Una vez confirmado por el Papa, regresó y volvió a ser apresado bajo el pretexto de haber informado mal al Pontífice romano.

Hacia el año 1590, la Corona ya no se mostraba interesada en favorecer el comercio con los cristianos de Santo Tomé, como sucedía durante todo el reinado de Juan III, sino que eran los portugueses que se encontraban en la India quienes tenían esa preocupación [85].

Para los cristianos siro-malabares, estos problemas de los portugueses resultaban irrelevantes: sólo se sentían presionados al tener que alterar antiguas costumbres, sin recibir verdaderas contrapartidas. Eran forzados no sólo a abandonar sus antiguas tradiciones, sino también a subordinarse al autoritarismo de la jerarquía de los funcionarios y religiosos portugueses. A la muerte de Mar Abraham, ocurrida en 1597, la jerarquía latina lanzó de inmediato una nueva ofensiva dirigida por el propio arzobispo de Goa, fray Alejo de Meneses. Éste se trasladó entonces a Malabar y convocó en 1599 el sínodo de Diamper, que consagró jurídicamente la integración de los cristianos de Santo Tomé en el Patronato Portugués.

La decisión tomada por el arzobispo en febrero de 1599 es un episodio particularmente curioso y que resulta bastante revelador de la verdadera naturaleza de todo este proceso, cuando éste determinó la pena de excomunión para todos aquéllos que pronunciasen el nombre del Pa-

[85] Cf. «Informação da cristandade de São Tomé para Vossa Alteza ver com outras cousas tocantes ao serviço de Vossa Magestade», en *Documentação Ultramarina Portuguesa*, vol. 1, Lisboa, 1960, pp. 71-74.

triarca de Babilonia. Sin embargo, se trataba de Mar Simón IX, que estaba en comunión con el Papa [86].

El Concilio de Diamper y gran parte de las decisiones que se tomaron en él constituyeron un acto político de carácter marcadamente regional, ligado fundamentalmente a los intereses particulares de los luso-asiáticos y del clero de Goa, antes que un acto de reconciliación de las dos iglesias en imperfecta unión. La pasividad, ya fuera de la corte portuguesa o de la curia romana en todo este proceso, parece confirmar el carácter local de esta iniciativa.

De esta manera, cabe ver que en las últimas dos décadas del siglo XVI, mientras que la Corona de los Austrias procuraba utilizar el Estado de la India al servicio de su estrategia imperial, particularmente centrada en el Mediterráneo, el Estado de la India intentaba asegurar su supervivencia, acentuando su componente asiático, aunque para ello tuviese que devorar una cristiandad genuinamente asiática.

Nuevas potencias europeas en el Índico

El final del siglo XVI coincide con una verdadera ruptura de carácter estructural. La India portuguesa había sido capaz de soportar con éxito todas las reacciones del mundo oriental a su expansionismo, pero esta vez comenzaba a enfrentarse con la insatisfacción de dos potencias europeas.

Arrastrado por la política exterior de Felipe II, Portugal se convertirá en enemigo de ingleses y holandeses y Lisboa acabará por cerrarse a los mercaderes de la Europa septentrional interesados en adquirir especias.

Si los proyectos anti-turcos de Felipe II no habían significado beneficio alguno para el Estado de la India, la guerra contra Inglaterra y Holanda resultaría desastrosa, pues acabaría por atraer a estos nuevos adversarios al Índico. Los ingleses aparecieron allí por vez primera en 1591 y los holandeses en 1596. La decadencia de la hegemonía naval

[86] Cf. J. Thekkedath, *History of Christianity in India*, vol. 2, Bangalore, 1988, pp. 66-67.

ibérica, que resultaba irreversible tras la derrota de la Armada Invencible (1588) se hizo extensiva a los mares de éste [87].

La lucha en el Índico alteraría totalmente la estrategia del Estado de la India. Efectivamente, con el siglo XVII empezaba un nuevo período de la historia de los portugueses en Oriente.

[87] Cf. segundo volumen, cap. I.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA

El presente estudio está basado en una extensa bibliografía acerca de la cual es posible obtener referencias consultando las notas a pie de página. No alcanzaría el espacio disponible para referir los centenares de trabajos en libros, estudios y artículos que fueron examinados. Pretendemos citar tanto las obras generales, los índices y enciclopedias, como las monografías generales o especializadas sobre cada uno de los temas tratados. Cabe añadir que reconstruir la presencia de Portugal en el mundo desde comienzos del siglo XII hasta finales del siglo XVI no constituye una tarea fácil, ya que es la propia historia portuguesa la que surge principalmente en esta larga narración. Sin embargo, de acuerdo con el espíritu de la colección, tuve que limitar las referencias bibliográficas a los títulos esenciales con el propósito de conseguir la condensación deseada de la materia en cuestión. Teniendo en cuenta estas indicaciones, el lector podrá extender posteriormente su investigación a los diferentes campos de estudio.

Las obras de carácter general que resulta imprescindible consultar son *la História de Portugal* bajo la dirección de Damião Peres, vols. I-II-III, Barcelos, 1928-1931; *la História da Expansão Portuguesa no Mundo*, dirigida por António Baião, Hernâni Cidade y Manuel Murias, vol. I, Lisboa, 1938; *la História da Igreja em Portugal* bajo la dirección de Damião Peres, vols. I-II-III, Barcelos, 1928-1931; *la História da Expansão Portuguesa no Mundo*, dirigida por António Baião, Hernâni Cidade y Manuel Murias, vol. I, Lisboa, 1938; *la História da Igreja em Portugal*, de Fortunato de Almeida, 2.ª edición, dirigida por Damião Peres, vol. I, Oporto, 1967 y *la História de Portugal*, de Joaquim Veríssimo Serrão, vols. I-II-III, Lisboa, 1977-1979. Para el conocimiento de la situación geográfica de Portugal, resulta imprescindible leer los estudios fundamentales de Orlando Ribeiro, *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico*, 4.ª edición, Lisboa, 1986, y *A Formação de Portugal*, Lisboa 1987. En lo que respecta a los linajes reales y señoriales, la obra de base continúa siendo *la História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, de D. Antonio Caetano de Sousa, 2.ª edición, vols. I-II-III, Coimbra, 1946-1947. De cualquier manera, la historia de las relaciones externas continúa realizándose mediante la consulta del *Quadro Elementar das Re-*

lações Políticas e Diplomáticas de Portugal, tt. I-XVIII, París, 1843-1860 y del *Corpo Diplomatico Portuguez com as diversas potências do Mundo*, desde o século XVI ao nossos dias, pub. Luiz Augusto Rebelo da Silva, José da Silva Mendes Leal y Jaime Constantino Freitas Moniz, tt. I-XII (Relaciones con Roma), Lisboa, 1862-1902. Para obtener una perspectiva moderna, véase la *História Diplomática de Portugal*, de Pedro Soares Martínez, Lisboa, 1986.

La historia de la expansión portuguesa durante el siglo XV tiene como obras fundamentales *la História dos Descubrimentos Portugueses*, de Damião Peres, 2.ª edición, Coimbra, 1960; *los Descubrimentos Portugueses*, de Jaime Cortesão, vols. I-II, Lisboa, 1960 y *Os Descubrimentos Portugueses*, de Luis de Albuquerque, Lisboa, 1982. Para tener una visión de ciertos aspectos del movimiento expansionista, ver las Obras completas de Jaime Cortesão, vol. 5 y siguientes, Lisboa, 1974. Como fuentes documentales, véanse *los Descubrimientos Portugueses*, pub. J. M. Silva Marques, vols. I-II-III, Lisboa, 1944-1971, así como la valiosa *Monumenta Henricina*, pub. A. J. Dias Dinis, vols. I-XV, Coimbra, 1960-1974. Sobre la expansión portuguesa en el siglo XVI, véanse *la Documentação para a História das Missões do Padroado Português do Oriente: India*, pub. A. da Silva Rego, vols. I-XII, Lisboa, 1947-1958, e *Insulindia*, pub. A. Basilio de Sá, vols. I-VI, Lisboa, 1954-1988. En lo que respecta al África occidental, véase *Monumenta Missionaria Áfricana*, de António Brásio, 1.ª serie, vols. I-IV, Lisboa, 1952-1954, y en cuanto al África oriental, *Documentos sobre os Portugueses em Moçambique e na África Central (1497-1840)*, vols. I-VIII, Lisboa, 1962-1985.

La historia de las relaciones de Portugal con la Curia Romana puede, asimismo, estudiarse en base a las Orationes proferidas en Roma por los embajadores D. García de Meneses (1481), doctor Vasco Fernandes de Lucena (1485), D. Fernando de Almeida (1493), doctor Diego Pacheco (1505 y 1514), doctor Aquiles Estaço (1560 y 1574) y el doctor Antonio Pinto (1566) en *Orações de Obediência dos Reis de Portugal aos Sumos Pontífices*, con introducción de Martín de Albuquerque y traducción de Miguel Pinto de Meneses. Cabe resaltar la importante contribución del doctor Antonio Domingues de Sousa Costa para el estudio de las relaciones entre Portugal y Roma, en los campos político, religioso e intelectual, en las obras *Portugaliae Monumenta Vaticana*, vols. I-II-IV, Braga, 1968, 1970; *Portugueses no Colégio de S. Clemente e Universidade de Bolonha durante o século XV*, tt. I-II, Bolonia, 1990, y en el estudio luso-colombino, «Cristóvão Colombo e o cónego de Lisboa, Fernando Martins de Reriz, destinatário da carta de Paolo Toscanelli sobre os descobrimentos marítimos», Antonianum, vol 65 (1990), Roma, pp. 187-276.

Las relaciones con Francia pueden verse en el conjunto de la obra de Francisque Michel, *Les Portugais en France. Les Français en Portugal*, París, 1882. Resulta igualmente imprescindible consultar la obra de Mário Brandão, *A Inquisição e os Professores do Colégio das Artes*, vols. I-II, Coimbra, 1948-1969. Las relaciones marítimas y universitarias fueron objeto de estudio de Luis de Matos, *Les Portugais à l'Université de Montpellier. XIIjè-XVIIè siècles*, París, 1971. En un estudio acerca de la historia política, ver idem, *Relações Históricas entre Portugal y Francia (1430-1481)*, París, 1975. La proyección del Renacimiento

en Portugal, sobre todo la influencia italiana, puede verse en la obra fundamental de José V. de Pina Martins, *Humanisme et Renaissance de l'Italie au Portugal. Les deux regards de Janus*, vols. I-II, París, 1989. Asimismo, resulta de lectura provechosa la obra de Marcel Bataillon, *Études sur le Portugal au temps de l'Humanisme*, 2.ª edición, París, 1974.

Resulta fundamental profundizar en la historia de las relaciones hispano-portuguesas durante los siglos XV y XVI, que fueron importantes en el campo de los descubrimientos marítimos y en lo que respecta a las alianzas matrimoniales que se establecieron entre las dos coronas. En este sentido, conviene citar las obras de Luis Suárez Fernández, *Relaciones entre Portugal y Castilla en la época del infante don Enrique*, Madrid, 1960, y en colaboración con Antonio de la Torre, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, vols. I, II y III, Madrid, 1951-1963. Asimismo, consúltese la obra *Los Reyes Católicos*, del mismo autor, 5 vols., Madrid, 1989. Los estudios luso-colombinos tiene una gran deuda con una generación de historiadores españoles tales como Demetrio Ramos, Juan Pérez de Tudela, Juan Manzano y Manzano, Luis Arrainz y Antonio Romeu de Armas. De este último, véase El «Portugués» Cristóbal Colón en Castilla, Madrid, 1982, así como la reciente edición de «El Libro Copiador de Cristóbal Colón», tt. I-II, Madrid, 1989. Próximamente entrará en prensa el libro *Cristóvao Colombo e Portugal. Estudos Históricos* (Lisboa, 1993), en donde se examinan las cuestiones relacionadas con la estancia del navegante en Portugal y el aprendizaje de las artes náuticas que llevó a cabo en dicho país.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.


MS

El libro *Portugal y Oriente: el proyecto indiano del rey Juan,* de João Paulo Oliveira e Costa y Victor Luís Gaspar Rodrigues, forma parte de la Colección «Portugal y el mundo», cuyos títulos analizan la acción desarrollada por Portugal, centro pionero en los descubrimientos y la expansión ultramarina en América, África y Asia.

COLECCIÓN PORTUGAL Y EL MUNDO

- Historia de la navegación portuguesa.
- Portugal y las islas del Atlántico.
- Portugal entre dos mares.
- Portugal y Oriente: el proyecto indiano del rey Juan.

En preparación:

- Portugal en el Brasil.
- Portugal en el África negra atlántica.
- Portugal y Oriente. Decadencia, refundación y supervisión del Asia portuguesa.
- Portugal y Oriente. Viajeros y aventureros portugueses en Asia.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

